
Que termine en tus labios
LORENA MURIÉN

© 2026 Lorena Murién
SafeCreative © **2603255077766**
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y consejos el resultado no
habría sido el mismo.

"*Que estas palabras*
también sean tu liberación."

PRÓLOGO

Roser

Barcelona, abril de 2026.

El apartamento está en silencio mientras las cajas se amontonan contra la pared del salón como si me observaran, pacientes, a la espera de que reúna el valor suficiente para abrirlas. Algunas llevan etiquetas —libros, ropa, cocina—, pero otras siguen mudas, sin una sola palabra que las identifique, guardando esos objetos que no deseo tocar, que quizá… nunca debí haber traído conmigo.

Respiro profundamente y dejo las llaves sobre la encimera. El tintineo reverbera en la estancia vacía y me recuerda, con una dolorosa claridad, que a partir de ahora todo depende exclusivamente de mí. No habrá nadie que opine de mi día a día, que corrija o que cuestione si estoy haciendo algo mal. En teoría, esa idea debería tranquilizarme, pero en realidad me provoca un leve vértigo que se instala en la boca de mi estómago.

Camino reconociendo el suelo que piso, y me detengo frente a la ventana. Al otro lado del cristal, Barcelona se despliega con una indiferencia que hasta casi me ofende. La ciudad vibra a su ritmo sin sospechar siquiera que yo acabo de llegar con varias maletas, un montón de cajas y una mochila emocional que pesa demasiado. La vida sigue adelante, y yo trato de convencerme de que la mía también puede hacerlo.

—Pues ya estás aquí Roser… —murmuro, sin estar del todo segura de si me lo digo a mí misma o al espacio vacío que me envuelve.

No recibo respuesta, por supuesto. Solo el reflejo de mi rostro sobre el cristal. Me contemplo con atención, como si viera a una

desconocida. Durante mucho tiempo aprendí a medir cada gesto, cada palabra, para no desatar tormentas innecesarias. Ahora no hay nadie a quien apaciguar y, sin embargo, mi cuerpo todavía no ha asimilado del todo esa libertad.

Me aparto de la ventana y me obligo a comenzar por algo sencillo. Abro una de las cajas más pequeñas y saco mi cámara. El tacto familiar del cuerpo entre mis manos me produce un alivio inmediato. Es uno de los pocos objetos que nunca me ha traicionado. Ajusto la correa con cuidado, reviso los objetivos, limpio las lentes… Ese ritual siempre ha conseguido calmar cada una de mis emociones, por mucho que dentro de mí se desatara un huracán.

Mientras coloco el equipo sobre la mesa, las excusas regresan sin avisar, como viejas conocidas que se cuelan en la conversación sin invitación. Miedo. Culpa. «No es para tanto. Podría ser peor. Nadie te va a querer tanto como yo».

Aprieto los labios y sacudo la cabeza con fuerza, como si con ese movimiento pudiera ahuyentarlos. Durante años acepté esas palabras como si fueran parte de mí. Repetí esas excusas hasta convertirlas en un mantra oscuro que justificaba cada renuncia, cada silencio, cada ocasión en que me convencí de que estaba exagerando.

—Pero ya no más —aclaro en voz alta.

«Ya no más».

Continúo ordenando, cada objeto que saco de las cajas encuentra un lugar que he elegido con atención. No pretendo llenar el apartamento por inercia; quiero que este espacio sea verdaderamente mío. Una taza blanca en la cocina. Una planta pequeña junto al sofá. Un par de libros sobre la mesita auxiliar… Gestos mínimos, pero deliberados y conscientes de que llevan mi nombre y mi apellido.

Pintaré una pared del dormitorio con un tono claro, y a partir de ahí, observaré cómo la habitación se transforma poco a poco,

reclamando mi propio territorio, construyendo algo que no depende del humor ni de las decisiones de nadie más.

El cansancio me alcanza ya entrada la noche. Me dejo caer en el sofá rodeada de cajas a medio abrir, y apoyo la cabeza contra el respaldo. El silencio regresa, pero esta vez no me oprime el pecho con la misma fuerza. Existe una diferencia bastante sutil entre estar sola y sentirse sola. Todavía no sé con certeza en cuál de las dos categorías encajo.

Cojo el móvil y veo un mensaje sin abrir. El nombre que aparece en la pantalla me genera una tensión inmediata en el pecho. Pero no lo abro. Tal vez lo haga mañana. O puede que nunca.

Dejo el teléfono boca abajo y me levanto antes de que me dé tiempo a arrepentirme.

En el dormitorio, me siento en el borde de la cama con mi cámara entre las manos. Dudo unos segundos, pero al final la enciendo. Comienzo a revisar fotografías antiguas. Casi todas son de bodas. Sonrisas amplias, manos entrelazadas, miradas llenas de magia que yo capturé con sensibilidad y gusto, y que muchos me agradecen poco después. «Eres la mejor fotógrafa que he tenido».

—Pero lo que veo aquí, no es lo que yo he vivido… —murmuro otra vez.

Paso las imágenes despacio. Conozco cada encuadre, cada historia superficial que hay detrás. Recuerdo cómo me movía entre los invitados, siempre observando, siempre al margen, pero inevitablemente formando parte de su historia. Resultaba fácil esconderse detrás del objetivo. De hecho, nadie esperaba de mí nada más que buenas fotos.

Me detengo en una imagen concreta, en la que una novia ríe con la cabeza echada hacia atrás, completamente ajena a todo excepto a ese instante preciso. La luz le acaricia el rostro y tiñe la imagen con un matiz perfecto.

De pronto comprendo que he pasado gran parte de mi vida capturando la felicidad de los demás mientras evitaba enfrentarme a la mía propia. Mirar el amor desde fuera resultaba seguro, algo sin riesgos. Podía admirarlo, documentarlo, incluso creer en él… siempre y cuando no tocase mi realidad.

—Qué irónico —añado, dejando la cámara a un lado.

Me tumbo boca arriba y fijo la vista en el techo, y pienso en todo lo que he dejado atrás, en lo que ya no quiero seguir llevando conmigo. En la versión de mí que sobrevivía día a día, pero que rara vez elegía.

El miedo continúa ahí, por supuesto. No desaparece de un día para otro. A veces se presenta como una voz prudente que te aconseja cautela; otras veces, como un nudo inesperado en el estómago. Volver a confiar en el amor no es una meta inmediata, ni siquiera sé si lo considero una meta propiamente dicha. Pero sí sé que quiero empezar de nuevo. Aunque sea despacio. Aunque sea, de momento, solo conmigo misma.

Me incorporo y vuelvo a tomar la cámara. Esta vez no para revisar el pasado, sino para apagarla y guardarla en su funda. Apago la luz y me meto en la cama en mitad de un caos a medio ordenar, pero que ya no me resulta como un problema insuperable.

Este es mi nuevo comienzo. Uno imperfecto, silencioso y frágil. Como yo.

Justo lo que necesito para volver a vivirme a mí misma.

1

Roser

El fin de semana se presenta de golpe, como casi todo en esta nueva etapa de mi vida. Me despierto temprano, mucho antes de que suene la alarma, y me quedo unos segundos inmóvil, con la vista clavada en las paredes del dormitorio, todavía sin cuadros ni recuerdos que consigan hacerlo mío, pero ya pintada de esos colores que en algún momento imaginé. La luz de la mañana se cuela con timidez por la ventana, tamizada por las cortinas nuevas que compré precisamente porque necesitaba algo bonito que no arrastrara ningún pasado consigo.

«Hoy toca trabajar».

La idea no me genera la ansiedad de antes, pero tampoco me llena de ilusión. Es una sensación intermedia, desconcertante, como pisar una superficie que parece sólida y, sin embargo, no termina de inspirarme confianza. Me levanto, me meto en la ducha y dejo que el chorro caliente me recorra la espalda durante un rato largo, intentando disolver esa tensión que se ha instalado en mis hombros.

El apartamento ya está casi habitable. No perfecto, claro, pero sí lo suficientemente ordenado como para que pueda respirar dentro de él sin sentir que todo está pendiente. Eso ya cuenta como un pequeño triunfo, desde luego. Me preparo un café solo, lo tomo de pie junto a la encimera y repaso mentalmente el equipo que debo llevar: cámaras, objetivos, baterías de repuesto, tarjetas de memoria… Ya tengo todo guardado y preparado. Al menos esa parte de mi vida sigue funcionando con la misma normalidad de siempre y que he necesitado para no desmoronarme.

Mientras cierro la cremallera de la mochila, me sorprendo pensando que esta será una de mis primeras bodas en Barcelona.

Nuevo escenario, misma ceremonia de siempre; las promesas envueltas en flores blancas, música que acaricia el ambiente, miradas que se esfuerzan por sostener una felicidad que a veces es muy distinta a la que viven los protagonistas.

El trayecto en taxi hasta la finca se me hace sorprendentemente corto. El paisaje urbano se desdibuja poco a poco y da paso a una elegancia estudiada llena de jardines impecables, caminos de grava que crujen bajo las ruedas; una arquitectura pensada para ser fotografiada desde cualquier ángulo imaginable. Es simplemente…

«Artificial», pienso.

—Qué lugar tan bonito —comenta alguien a mi lado cuando bajo del coche.

Es la planificadora de bodas. Lleva una sonrisa que parece innata en su oficio y me indica con un gesto dónde puedo dejar mis cosas. Asiento, le devuelvo un gesto cortés y me pongo manos a la obra. En cuanto me quito la chaqueta que siempre me acompaña y la cámara cuelga de mi cuello y mis dedos rodean el cuerpo, algo en mi interior se recoloca de inmediato. Enderezo la postura, mi mirada se afila, y el caos del mundo exterior se ordena en posibles encuadres.

La ceremonia comienza puntual, como si el tiempo también hubiera sido contratado para la ocasión. La novia aparece radiante, envuelta en un blanco impoluto que parece absorber toda la luz del lugar, y los invitados se ponen en pie al unísono, en un movimiento que parece perfectamente ensayado. El novio la mira con una intensidad que, por un instante, me hace dudar si es auténtica o simplemente está bien interpretada. Me acerco con discreción, disparo, capturo el momento; las sonrisas amplias, lágrimas que luchan por no caer, manos que se buscan de inmediato.

Desde fuera, parece un cuento de hadas.

Desde dentro, yo sigo sin estar realmente aquí.

Me desplazo entre los invitados volviéndome invisible, evitando existir más allá del objetivo. Es una habilidad que he pulido durante años, la de observar sin que la mayoría sea consciente de que camino a su alrededor. Registrar momentos únicos sin participar realmente en ellos. A veces me digo que esa distancia fue mi salvación en los momentos más duros. Otras veces pienso que no fue más que una excusa demasiado cómoda para no tener que enfrentarme a nada.

Mientras fotografío, recuerdo la última vez que asistí a una boda como invitada, y no como profesional. Lo incómoda que me sentí entre tanta efusividad ajena. Cómo me aferré a una copa de vino solo para tener algo que hacer con las manos y no parecer fuera de lugar. No extraño a la persona que me acompañaba entonces. No la extraño en absoluto. Es un nombre que he borrado de mi corazón. Pero sí extraño, aunque me cueste admitirlo, a la versión de mí que todavía no había aprendido a hacerse pequeña para caber en los huecos que otros dejaban.

«Como si nunca hubieras valido nada».

Durante el cóctel la música flota en el aire con una alegría casi etérea. Las risas se entremezclan con el tintineo de las copas y el murmullo amable de conversaciones que no comprometen a nadie. Camino despacio, capturando gestos espontáneos, y como si fuera un faro en mitad de la noche, veo una silueta nueva que no he capturado durante toda la ceremonia.

Su presencia no termina de encajar del todo con el conjunto de la boda. No por su ropa —que es impecable—, sino por su manera de entrar en escena. La mujer no lleva una sonrisa de oreja a oreja como el resto. Observa a su alrededor y analiza lo que ve con cuidado. Casi como si fuera mi propio reflejo. Su mirada recorre el espacio con la misma atención minuciosa que yo suelo emplear cuando busco el mejor ángulo.

Siento un pequeño tirón en el pecho, inesperado y desconcertante. Vuelvo a levantar la cámara y disparo hacia otro grupo de invitados, completando un reportaje en el que se incluye el

banquete, los brindis, los gestos exagerados de los familiares más entusiastas. Hay momentos bastante divertidos, lo reconozco. Y hasta me sorprendo sonriendo cuando un niño pequeño se esconde debajo de una mesa para escapar de las fotos.

—Eres muy discreta —me dice una mujer mayor mientras ajusto el enfoque en un detalle—. Casi ni se nota que estás aquí.

—Es parte del trabajo —respondo con una sonrisa educada.

No añado que también es parte de mí. Que llevo años perfeccionando el arte de desaparecer.

Con el avance de la tarde el cansancio empieza a hacerse notar, no tanto en el cuerpo como en el ánimo. Estar tantas horas rodeada del amor de los demás produce un efecto extraño dentro de mí, aunque ya no duela como antes.

Estoy a salvo. Eso lo sé con seguridad. Nadie me gritará al llegar a casa, nadie me juzgará, nadie me hará sentir diminuta. Pero esa seguridad trae consigo una enorme soledad a la que todavía me estoy acostumbrado.

En un momento dado vuelvo a ver a la «invitada misteriosa» —no he escuchado a nadie decir su nombre, aunque sí sé que es cercana a la novia; quizá la mejor amiga—. Ahora está sentada, escuchando a alguien con atención, aunque su expresión sigue siendo distinta a la del resto, y eso me intriga.

Nuestras miradas se encuentran.

No sonríe. Y yo tampoco.

Aparto la mirada antes, incómoda conmigo misma. Ajusto la cámara, reviso una foto en la pantalla trasera y sigo a lo mío. «Está bien… todo está bien». Me repito la frase mientras sigo adelante. Me muevo entre cuerpos que se aproximan sin tanto pudor, manos que se buscan con naturalidad. Capturo instantes de felicidad auténtica y otros que son pura puesta en escena. Sé distinguirlos perfectamente y cuando pienso que ya puedo desvanecerme sin más, la invitada

misteriosa se planta delante de mí y me enseña su mano antes de sonreír.

—Encantada, soy Alexis.

2

Alexis

—Encantada, soy Alexis.

Lo digo con una sonrisa que llega con un segundo de retraso, justo cuando el banquete ya está prácticamente concluido y el murmullo general anuncia que la celebración habitual ya empieza a disolverse en el aire. He llegado a la boda tarde —estas «fiestas» no son lo mío— y me he colado entre los bancos con cierta naturalidad, aunque estoy segura de que Marta se habrá dado cuenta. Pero ahora mismo, eso ya no importa.

La mujer que tengo delante carraspea como si mi voz hubiera interrumpido algo más profundo que un simple pensamiento pasajero. Lleva la cámara colgada del cuello y una expresión que no deja relucir lo que piensa a la primera de cambio. Me observa con atención, pero hay algo más: una pausa brevísima en su gesto que, por primera vez en todo el día, me hace sentir que no estoy completamente fuera de lugar. O tal vez sea justo lo contrario, quien sabe.

«He llegado tarde a una boda. Otra vez».

No sé si fue casualidad perder las llaves en el último momento, quedarme atrapada en un atasco, o darme cuenta de que el vestido elegido resultaba excesivamente formal para alguien que, en el fondo, no cree demasiado en las formalidades. Soy la mejor amiga de la novia y, aun así, he aparecido cuando los votos ya se habían pronunciado y los aplausos empezaban a llenar el espacio. A Marta le debo una disculpa monumental. A mí misma, bastante menos, la verdad.

—Estaba a punto de marcharme, creo que los novios ya no me necesitan —dice la fotógrafa, tapando el objetivo de la cámara.

—Pues podrías quedarte para el cóctel —propongo con una naturalidad que me sorprende incluso a mí—. Después de todo el día trabajando, no deberías perderte las bebidas gratis.

Echo un vistazo a la barra como si ese gesto constituyera un argumento irrefutable. Picardía elemental, lo llamo yo. Y funciona con más frecuencia de la que muchos se creen.

Ella duda. Lo percibo en cómo aprieta sus labios, en la forma casi inconsciente en que ajusta la correa de la cámara, como si ese objeto le ofreciera la excusa perfecta para escapar. Ni siquiera me ha devuelto el saludo, y es esa precisa apatía es la que me mantiene aquí. No suelo insistir cuando alguien quiere marcharse. Nunca lo he hecho. Y, sin embargo, sigo esperando una respuesta que llega poco después.

—Supongo que no me hará ningún daño —asegura, y asiente con un movimiento de cabeza.

El cóctel arranca con un despliegue de risas, comentarios intrascendentes y el bullicio que caracteriza estas celebraciones. Me sirvo una copa generosa —quizá demasiado generosa— y me coloco al lado de la fotógrafa con cierta comodidad de más. Huele a flores blancas recién cortadas. Un perfume que siempre me ha parecido excesivo, casi invasivo.

—Bonito lugar —comento mientras miro alrededor con fingida despreocupación—. Demasiado perfecto para resultar creíble.

—Las fotos salen bien —responde ella con sencillez—. Al final, eso es lo que cuenta.

Me gusta esa respuesta. Es honesta sin parecer una amargada. La observo mientras habla. Sus manos se mueven con delicadeza, como si todo lo que tocaran mereciera un cuidado especial. Parece la calma escenificada en persona.

—¿Y te gustan las bodas? —pregunto, más por llenar el silencio que por conocer su opinión—. Porque la verdad es que debe ser un aburrimiento hacer siempre lo mismo.

—Me gustan las historias —contesta tras una breve pausa—. Y supongo que cada boda es una historia distinta. Ahí reside el encanto.

Sonrío sin poder evitarlo. Esta mujer sabe mirar. «Y no solo a través del objetivo de la cámara».

—Las bodas nunca han sido lo mío —confieso encogiéndome de hombros antes de darle otro buen sorbo a la copa.

Lo digo con humor aparente, pero siento cómo la tensión se instala en la boca de mi estómago. Es esa presión familiar que aparece cada vez que me acerco demasiado a ciertas verdades incómodas. Bebo de nuevo y dejo que el alcohol suavice ese dolor, al menos en la superficie.

Ella me observa con unos bonitos ojos color chocolate. No me pregunta, ni quiere saber más. Simplemente bebe conmigo y se queda en silencio, como si presintiera que sabe bien a qué me refiero.

—Y si las bodas nunca han sido lo tuyo. ¿Por qué no te has ido todavía? —pregunta al cabo de unos segundos.

—Soy la mejor amiga de la novia —respondo alzando la copa en dirección a Marta, que ríe rodeada de un corro de gente—. Supongo que eso me concede cierta inmunidad.

—O cierta obligación.

—Exacto, tampoco es que haya podido hablar mucho con ella —recalco, y me encojo otra vez de hombros—. Pero mejor, así me libro de la bronca por llegar tarde.

Reímos. Es una risa hasta liberadora. Me relaja de una forma que no esperaba. Y de repente, me doy cuenta de que hablo más de lo habitual, de que dejo escapar comentarios sarcásticos sobre el amor romántico, sobre esas promesas eternas que suenan tan bonitas en los discursos y sobre la presión asfixiante de los finales felices prefabricados. Ella escucha. Escucha de verdad. Ni siquiera

me interrumpe o intenta corregirme y suavizar mis palabras. Y eso, me resulta bastante raro.

Bebo otro sorbo. Llevo la tercera copa, y ya me estoy pasando, pero no me importa. El ruido de fondo, la música que flota en el ambiente, la extraña sensación de compartir un espacio sin máscaras ni defensas me empujan a continuar.

—¿Nunca te ha pasado… —pregunto bajando un poco la voz, casi como si temiera que alguien más pudiera oírme—, …que todo el mundo parece tener clarísimo lo que quiere en la vida menos tú?

Ella asiente despacio, con una lentitud que me da la respuesta antes de que hable.

—Más veces de las que me gustaría reconocer.

Las luces se transforman y la noche se vuelve más oscura, con una luna plateada preciosa. Pienso que, si esto fuera una película romántica —de las que evito ver—, este sería exactamente el instante en que algo importante empieza a gestarse entre las protagonistas. Me burlo de la idea incluso antes de terminar de formularla en mi cabeza. No creo en esas narrativas. O, mejor dicho, no quiero creer en ellas.

«Ya me han jodido lo suficiente».

—Deberías fotografiar este momento —le sugiero—. Esta luz es perfecta.

—Puede ser, aunque siempre puede haber algo que lo estropee —responde con una media sonrisa, aunque levanta la cámara de todos modos.

La observo mientras trabaja. La concentración en su rostro es perfecta, una entrega que resulta casi hipnótica. Me doy cuenta de que me siento cómoda simplemente viéndola, de que no necesito llenar cada segundo con palabras ni con gestos.

—Oye, que no me lo has dicho… —le recuerdo cuando baja la cámara—, ¿cómo te llamas?

Me mira directamente, hace una pausa y, después sonríe.

—Roser.

«Roser, qué bonito».

Repito su nombre en silencio, como si quisiera comprobar su textura. Encaja. No sé exactamente por qué exactamente, pero encaja.

—Pues encantada, Roser —repito, y le estrecho la mano.

La música sube ligeramente de volumen, y la gente se relaja aún más. Yo empiezo a notar ese cosquilleo familiar que aparece cuando una conversación fluye con demasiada facilidad. Y eso me obliga a frenar en seco.

Roser consulta el reloj y su expresión cambia de inmediato.

—Debería irme ya.

Asiento, aunque una parte traicionera de mí se resiste sin razón aparente.

—Gracias por quedarte un rato más —comento con sinceridad.

—Gracias a ti por la invitación —contesta con la misma cortesía.

Nos despedimos, sin florituras. La veo alejarse entre la multitud, cámara en mano, y siento una punzada breve, casi ridícula en su intensidad. Me quedo mirando a Roser un segundo más y cuando está a punto de desaparecer entre la gente, algo me impulsa a alzar la voz.

—¡Eh, Roser, espera!

3

Alexis

Las palabras se me escapan antes de que mi cerebro tenga tiempo de ponerles freno. Demasiado tarde para fingir que no han salido de mi boca. Veo a Roser detenerse a medio paso, con la cámara todavía colgando del cuello y el cansancio dibujándole surcos suaves en los hombros. Se gira despacio, poco convencida de querer escuchar lo que vendrá a continuación.

Yo ya estoy caminando hacia ella. Casi corriendo, para ser sincera, aunque intento disimularlo con un trote ridículo que pretende pasar por otra cosa.

—Algunos vamos a seguir la juerga por ahí —comento, esforzándome por ocultar que el alcohol ya va haciendo su efecto—. Nada formal, eh. En el bar que está cerca de la finca. ¿Te apuntas? No me apetece comerme sola las papas bravas.

Roser parpadea, claramente sorprendida, puede que con lo de las patatas me haya pasado. Su mirada se desvía un instante hacia el interior de la finca, donde la música sigue sonando con menos convicción, y luego regresa a mí. La cara que pone es una mezcla perfecta que no me pasa desapercibida; la expresión clásica de quien está a punto de decir que no, pero que tiene una vocecita traicionera que le susurra al oído que igual no es tan mala idea.

—La verdad es que estoy reventada —responde al poco rato —. El día ha sido eterno.

Asiento con comprensión, aunque no me muevo ni un milímetro de donde estoy plantada. Rendirme tan pronto no va conmigo.

—Lo sé, se te nota en la cara —confirmo con una media sonrisa que estoy segura no parece nada inocente—. Pero vente,

aunque sea un ratito. Si te aburres o no puedes aguantar el sueño, te largas y ya. Nadie va a esposarte.

Eso último no es del todo cierto. Yo intentaría retenerla un poco, lo reconozco. Con excusas malas y sonrisas peores.

Roser duda otra vez. Se pasa una mano por el pelo con un gesto breve que, por algún motivo absurdo, me resulta hipnóticamente interesante. «Se lo está pensando». Lo veo en cómo frunce ligeramente el ceño, en cómo sus dedos tamborilean contra la correa de la cámara. Me inclino un poco hacia ella, y bajo la voz como si estuviera compartiendo el secreto mejor guardado del universo.

—Venga, va —insisto—. Yo invito si hace falta. Algo me dice que necesitas socializar más que respirar.

Arquea una ceja, divertida a su pesar.

—¿Me estás diagnosticando?

—Puede ser —replico sin perder comba—. Claro aislamiento post-boda. Tratamiento recomendado: una cerveza fría y conversación mediocre con la mujer a la que acabas de conocer.

La hago reír. «Ya no va a decir que no».

—Está bien —cede por fin—. Pero solo un rato. De verdad.

—Hecho —respondo con un entusiasmo que roza lo patético.

Salimos del recinto con un pequeño grupo de amigos de Marta. El contraste con la ceremonia es brutal. Todo se vuelve más sencillo, desaliñado, y honesto. Más humano, en definitiva.

El bar está a solo un par de kilómetros de la finca. Un local estrecho, con luces cálidas que no pretenden impresionar a nadie. Exactamente el tipo de sitio donde la gente baja la guardia sin enterarse. Nos apretujamos como podemos en dos mesas juntas. El ruido es constante, pero acogedor. Pido una ronda sin consultar demasiado; a estas alturas nadie se atreve a objetar.

Roser se sienta frente a mí. Deja la cámara sobre la mesa con cuidado y me fijo otra vez en sus manos. En cómo envuelven el vaso cuando llega la bebida, en cómo sus dedos largos parecen medir cada centímetro del cristal.

—Por sobrevivir a las bodas —brindo alzando mi cerveza.

—Por llegar tarde a ellas y seguir viva —contesta Roser chocando su vaso contra el mío con una sonrisa tenue.

«Sabía que me tiraría la bromita».

Bebo y noto cómo el alcohol se desliza por mi garganta.

La conversación arranca con una facilidad que me deja descolocada. Empiezo a soltar anécdotas casi sin darme cuenta. Historias sobre los turistas, sobre los trabajos precarios como guía por Barcelona y que he acumulado a lo largo de los años. Exagero un poco, cómo no. Siempre lo hago. Pero es verdad. Me ha costado un mundo encontrar algo estable.

—Una vez un señor me miró muy serio y me preguntó si lo que estaba viendo era una réplica barata de la Sagrada Familia original, solo porque sigue en obras —cuento mientras me aparto un mechón castaño rebelde detrás de la oreja—. Me quedé tan bloqueada que tardé varios segundos eternos en procesar que no estaba de coña.

Roser se ríe a carcajadas.

—¿Y qué le soltaste?

—Que sí, que la auténtica estaba en un almacén secreto de Gaudí y que esta era la versión low-cost para turistas —respondo con una mueca teatral—. El hombre no volvió a abrir la boca en todo el recorrido. Creo que aún está buscando el almacén.

Se tapa la boca al final de la carcajada, como si de repente recordara que hay más gente alrededor. Me doy cuenta de que me encanta provocar ese gesto. Demasiado. Pero mucho. O sea, muy peligrosamente demasiado.

—Debe de ser agotador —comenta Roser cuando recupera el aliento—. Tratar con gente todo el santo día.

—Un poco —admito y le pego otro sorbo a la cerveza—. Pero también tiene su gracia. Nadie espera que seas profunda ni perfecta. No tienes que explicar quién eres ni por qué estás ahí. Solo cuentas historias y punto.

Asiente, pensativa, con la mirada perdida un segundo en el vaso.

—Pues suena… liberador.

—Hasta que un día deja de serlo y te das cuenta de que llevas años contando la vida de los demás para no tener que vivir la tuya.

«Joder, el alcohol ya está haciendo lo suyo». No añado más. Ella parece captarlo sin que tenga que deletrearlo.

Me cuenta que lleva pocos días instalada en la ciudad, que todavía se está aclimatando al ruido constante, al ritmo. Lo dice con una calma extraña, como si estuviera probando las palabras para ver si le quedan bien.

—Barcelona puede llegar a ser abrumadora —le digo sin bromear—. Pero también sabe esconderse cuando una lo necesita.

—Eso espero —responde Roser en voz baja, acariciando otra vez su vaso—. Porque ahora mismo todo me parece un poco… demasiado.

Hay algo en su tono que me hace callarme la broma fácil que ya tenía en la punta de la lengua. Por una vez en la vida, no voy a tirar de ironías. El grupo se fragmenta en conversaciones paralelas, pero Roser y yo seguimos en nuestro pequeño islote, hablando a ratos, callando a otros.

En algún momento, no sé ni cómo, la charla deriva hacia terrenos más personales y siento ese cosquilleo familiar en la nuca, el aviso interno de que estoy a punto de soltar algo que normalmente guardo bajo siete llaves.

—A mí me dejaron plantada en el altar hace un año —suelto de golpe, convirtiéndolo en una anécdota más del montón—. Como si el amor no hubiera servido de nada.

El silencio cae entre nosotras. Roser no dice nada de inmediato. No intenta rellenar el vacío con frases hechas. No pone cara de lástima barata ni de morbo. Simplemente me mira. Y eso, curiosamente, es mucho más difícil de sobrellevar que cualquier comentario.

Siento el impulso irrefrenable de reírme, de soltar un chiste tonto que lo desactive. Pero no lo hago. Me quedo quieta, con el vaso frío entre las manos, esperando a que el momento pase o se rompa por sí solo.

—Lo siento —murmura, un poco después—. No sé qué decir.

Y, sorprendentemente, esa es la mejor respuesta que podría haberme dado nadie.

—Gracias —respondo, levantando el vaso como si brindara.

No volvemos a tocar el tema. Lo que queda flotando entre nosotras ya es suficiente.

Roser esquiva hablar de su propio pasado. Lo noto claramente. Cada vez que la conversación se acerca demasiado, gira el timón con suavidad.

—La verdad es que yo solo estoy empezando de cero —admite en un momento—. No espero grandes cosas. Trabajar, asentarme, y ver qué pasa. Paso a paso.

Y así, es cómo la noche se va apagando poco a poco. La gente empieza a despedirse con abrazos torpes y promesas de «nos vemos pronto». El bar pierde volumen, las luces se vuelven más tenues. Salimos a la calle y el aire fresco de la madrugada nos golpea la cara como un recordatorio amable de que el mundo sigue girando.

—Me lo he pasado bien. Gracias por convencerme —dice Roser rompiendo el silencio—. Lo necesitaba.

—Para eso estoy —respondo con una sonrisa ladeada—. Para arrastrar a la gente a planes que no sabían que querían. Es mi superpoder. Muy poco útil, pero efectivo.

Sonríe y la sonrisa, me produce un calorcillo absurdo en el estómago. Nos detenemos en una esquina. Su camino sigue recto. El mío gira a la izquierda.

—Bueno… —digo metiendo las manos en los bolsillos para no hacer nada estúpido con ellas—. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo —contesta con la misma sencillez y después, saca una pequeña tarjeta de la mochila donde guarda la cámara—. Este es mi número, por si algún día necesitas a una fotógrafa.

Nos miramos un segundo de más. Esto no es una frase de película. Y, aun así, la sensación de algo más, queda suspendida en el aire entre nosotras.

Roser se da la vuelta y empieza a caminar. La observo alejarse, perderse poco a poco entre la gente que todavía llena las calles a esas horas, y yo me quedo aquí plantada, respirando hondo el aire fresco de la noche, antes de retomar mi camino.

Deletreando otra vez su nombre en mi cabeza.

4

Roser

Estoy doblando camisetas con esa concentración que siempre se apodera de mí cuando intento ordenar el caos exterior para no pensar en el interior, y de pronto, me doy cuenta de que algo no encaja. Como si faltara una parte importante de mi vida. Hay camisetas dobladas con más o menos esmero, jerséis de lana que huelen todavía a la casa antigua, un par de vestidos que no sé si volveré a ponerme alguna vez… Vuelvo a meter la mano, y remuevo la ropa con más energía, como si el algodón y el poliéster pudieran transmutarse en otra cosa si insisto lo suficiente.

Sin embargo, no hay nada.

«Pero si yo la dejé aquí al volver, ¿no?»

Me quedo inmóvil, sentada en el suelo del dormitorio con las piernas cruzadas, rodeada de cajas medio vacías, perchas y ese desorden que todavía no ha encontrado su lógica propia. El sol de media mañana se cuela por la ventana y se extiende perezoso sobre el parqué que fregué ayer. Todo parece excesivamente tranquilo para la pequeña punzada de irritación que empieza a crecer dentro de mí como si fuera una mala hierba.

—Joder —murmuro entre dientes—. ¿Dónde coño habré metido la chaqueta?

Es mi chaqueta favorita, la que compré hace años en una época en la que todavía me permitía gastar dinero en objetos que no eran estrictamente necesarios para sobrevivir. Negra, suave al tacto, con el forro interior ligeramente desgastado en los codos por el uso. La que me pongo cuando necesito sentirme un poco más fuerte, un poco más blindada de lo que realmente soy por dentro.

Cierro los ojos un instante y recuerdo el momento exacto en que me la quité antes de ponerme a trabajar. La dejé en el respaldo de una silla, convencida de que la recogería antes de marcharme. Pero está claro que no lo hice. «Porque estuve distraída con algo más…»

—Genial, Roser —me digo en voz alta, confirmando mi maldita metedura de pata—. Empiezas una nueva vida en una ciudad nueva y lo primero que consigues es perder media identidad por el camino. Bravo.

Me levanto con lentitud, como si mi cuerpo protestara por tener que moverse, y camino por el apartamento. Podría interpretar esto como una señal del universo, una de esas frases motivacionales baratas que aparecen en tazas, agendas y publicaciones de Instagram: «Deja ir lo viejo para que entre lo nuevo. Renueva el armario emocional». Todo muy bonito en teoría.

Quizá sea mejor así. Empezar de cero de verdad. Sin cuero, sin armaduras, sin esa prenda que me hacía sentir invulnerable cuando en realidad solo me ayudaba a disimular el vértigo.

Estoy a punto de autoconvencerme de esa versión poética cuando el móvil vibra sobre la encimera de la cocina.

Probablemente será publicidad de alguna tienda online, un mensaje automático del banco recordándome que sigo siendo una adulta responsable, aunque a veces se me olvide pagar facturas.

Pero no. Es Alexis.

Alexis: Marta me dijo que te la dejaste en la finca. Y yo he ido al rescate.

Leo, y adjuntada, hay una foto de mi chaqueta, extendida con cuidado sobre una mesa de madera rústica, perfectamente reconocible incluso en una imagen mal encuadrada y tomada con prisa. Siento un alivio tan absurdo como inmediato, como si alguien acabara de confirmarme que una parte esencial de mí sigue existiendo en algún lugar del mundo y no se ha evaporado para siempre.

Tardo varios segundos en darme cuenta de que estoy sonriendo como una idiota delante de la pantalla.

«Vale. Tranquila. Es solo una chaqueta», me repito mentalmente.

Pero no lo es. Y lo sé perfectamente.

Aunque lo que también me ha gustado, es ella escribiéndome. La sensación todavía fresca de una noche que terminó sin promesas grandiosas pero que dejó una pequeña marca, persistente, casi imperceptible, como el roce de unos dedos que no llegan a tocarte.

Respiro hondo antes de contestar, como si necesitara oxígeno extra para no escribir algo precipitado.

Roser: Menos mal. Pensé que la había perdido para siempre.

Tres puntos bailan en la pantalla. Desaparecen. Vuelven a aparecer. Desaparecen otra vez. El suspense me empieza a matar.

Alexis: Podría haberla subastado en Wallapop. Pero he sido buena persona. ¿Te la devuelvo con un café?

Me apoyo en la encimera y dejo caer la cabeza hacia atrás un segundo, mirando el techo como si ahí estuviera escrita la respuesta correcta.

Un café. No es una cita. Al menos, no debería serlo. Lo noto en la forma automática en que mi mente empieza a levantar defensas, a colocar límites invisibles incluso antes de haber cruzado ninguna línea.

Roser: Claro. Pero que conste que lo hago por la chaqueta.

La respuesta llega casi al instante, como si estuviera esperando con el móvil en la mano.

Alexis: Qué alivio. Odiaría que fuera una cita formal. En el Satan’s Coffee de la calle Parlament. ¿Te va bien a las doce y media?

Asiento frente a la pantalla, aunque sé que no puede verme. «No es una cita», repito en bucle mental. Es solo un café. Y que me devuelva la chaqueta. Nada más.

. . .

Salgo de casa con tiempo de sobra. O eso creo yo, que todavía no domino del todo los tiempos de Barcelona.

La ciudad aún me desconcierta. Las líneas de metro se enredan en mi cabeza como un mapa mal doblado y, en un arranque de exceso de confianza, tomo la dirección equivocada sin darme cuenta. No caigo en la cuenta hasta que las paradas empiezan a sonar demasiado desconocidas y los altavoces confirman mis peores sospechas.

—Perfecto —susurro mientras el tren avanza sin piedad—. Justo lo que necesitaba.

Me bajo en la siguiente estación, cambio de andén con prisas, vuelvo a subir en el sentido contrario. Miro el reloj cada treinta segundos. Llego tarde. No mucho, pero lo suficiente como para que mi puntualidad —ese pequeño reducto de control que todavía conservo como un tesoro— se resienta profundamente.

Camino rápido por las últimas calles, esquivando peatones distraídos, bicicletas que circulan sin respeto por las aceras y terrazas llenas de conversaciones ajenas que no me interesan. Cuando empujo la puerta del Satan’s Coffee, el olor intenso a café me envuelve con una familiaridad reconfortante que casi me hace olvidar el sofoco del metro.

Alexis está sentada junto a la ventana, con mi chaqueta doblada con cuidado en la silla continua como si fuera un objeto de valor incalculable. Lleva el pelo recogido de cualquier manera, con un mechón rebelde cayéndole sobre la frente. No parece estar interpretando ningún papel ni posando para nadie. Simplemente está ahí, bebiendo un sorbo de su taza y mirando hacia la calle con una calma exquisita.

Al verme, levanta la mano en un saludo breve y sonríe con naturalidad.

—Has sobrevivido al laberinto del metro —comenta cuando me acerco—. Eso ya es un mérito en esta ciudad.

—Por los pelos —respondo mientras dejo el bolso en la silla libre—. Me he equivocado de línea como una principiante.

—Clásico —asiente con solemnidad, y después, me dedica una sonrisa—. Barcelona pone pruebas a los recién llegados. Es su manera de cribar: o te adaptas o te escupe de vuelta a casa.

Me siento frente a ella y Alexis empuja la chaqueta hacia mí con un gesto suave.

—Aquí la tienes, sana y salva, y sin ningún rasguño.

Paso los dedos por el cuero sin pensarlo demasiado. La noto caliente, como si conservara algo del calor de la noche de la boda o del cuerpo de quien la ha cuidado estas horas.

—Gracias —comento con sinceridad—. Es más importante para mí de lo que parece.

No pregunto por qué la guardó, porque el gesto ya dice suficiente.

Pedimos café. Otro con leche y un poco de espuma para ella, y uno solo para mí. Detalles pequeños que se instalan en el aire sin hacer ruido, como si ya supiéramos que vamos a volver a pedir lo mismo alguna otra vez.

—¿Qué tal las fotos? —pregunta mientras el camarero se aleja con paso tranquilo—. ¿Sobrevivieron al drama romántico general?

Sonrío sin poder evitarlo.

—Han quedado bien. Muy bien, en realidad.

«De hecho hay algunas tuyas preciosas», pienso sin decirlo. Las recuerdo con una claridad casi molesta: Alexis mirando hacia otro lado, riéndose de algo que no entró en el encuadre, completamente ajena a que la cámara la estaba capturando…

—Al final, incluso en las bodas más perfectas y coreografiadas, siempre se cuelan momentos muy auténticos —añado.

—Eso suena a profesional curtida —comenta inclinándose ligeramente hacia atrás en la silla—. ¿Te pagan extra por detectar esas grietas emocionales?

—Ojalá —respondo yo con una risa breve—. Pero no. Es más bien por vicio.

Alexis se ríe y pierde los labios un rato en la taza de café.

—Te gustará vivir aquí —afirma de pronto, con una convicción que no suena a postureo—. Por mucho que la gente diga barbaridades sobre el turismo, los precios y el ruido, esta ciudad enamora cuando menos te lo esperas.

La observo mientras habla. Hay certeza en sus palabras, como si conociera perfectamente las sombras de Barcelona y, aun así, hubiera decidido quererla con todas ellas.

—Eso espero —contesto—. Todavía me siento un poco descolocada, como si llevara el GPS interno estropeado.

—Es normal al principio —asegura Alexis—. Barcelona no se deja conocer rápido. Pero cuando decide abrirse, ya es tarde para escapar sin daños colaterales.

Bebo un sorbo de café. Está caliente, amargo en su punto justo. Me ancla al momento presente.

Alexis empieza a bromear sobre el amor. Sobre su inutilidad práctica en términos de gestión del tiempo, sobre lo poco rentable que resulta invertir energía emocional en algo tan volátil. Y en ese acto sencillo empiezo a intuir la herida que hay debajo. No solo la del altar vacío que me mencionó la otra noche, sino otras mucho más enquistadas. Alexis habla como quien ha aprendido a reírse antes de que el dolor tenga tiempo de instalarse del todo.

Ella, en cambio, me mira de una forma que me hace apartar la mía de vez en cuando.

—¿Y tú? —pregunta de pronto, directa pero sin agresividad—. ¿Qué esperas ahora, en esta nueva etapa? El otro día dijiste que irías poco a poco, pero seguro que tienes una pequeña idea.

La pregunta va directa al centro. Siento el impulso automático de cerrar la puerta, de responder con una versión segura, funcional, inofensiva.

—Asentarme —digo al fin—. Trabajar y, sobre todo, ir paso a paso, no correr.

No es mentira. Pero tampoco es toda la verdad.

Alexis asiente, como si entendiera perfectamente ese punto medio que acabo de dibujar.

—Paso a paso… —repite con una media sonrisa—. Es una filosofía infravalorada, pero tremendamente efectiva. La mayoría se salta etapas y luego se pregunta por qué todo se desmorona.

Cuando el café se termina, ninguna de las dos hace el gesto inmediato de levantarse. Miramos alrededor sin prisa. La gente entra y sale, y la vida sigue su curso fuera de estas cuatro paredes.

—Supongo que debería irme —digo al final, aunque sigo sin moverme.

—Supongo —responde ella, sin levantarse tampoco.

Nos miramos. Sonreímos casi al unísono.

—Volveremos a vernos —dice Alexis, más como una constatación que como una pregunta incierta.

—Sí —contesto—. Hay que aprovechar esta nueva amistad.

Nos levantamos al mismo tiempo, como si hubiéramos coordinado el movimiento sin hablarlo. En la puerta, el sol de mediodía nos recibe sin ceremonias.

—Te llevaré a ver la Sagrada Familia —añade con una sonrisa traviesa—. La de verdad, no la versión que está guardada en el almacén.

Me río sin poder evitarlo.

—Eso suena bastante peligroso.

—Probablemente —admite sin inmutarse—. Pero confía en mí. Soy una guía divertida.

Nos despedimos con un gesto sencillo, sin besos en la mejilla ni abrazos incómodos. Me alejo unos pasos antes de girarme. Alexis sigue allí, apoyada en la pared con las manos en los bolsillos, observándome marchar sin disimulo alguno.

«Esto no ha sido una cita», me recuerdo.

Y, sin embargo, mientras camino por la calle con mi chaqueta de cuero sobre los hombros y el olor a café todavía en la ropa, siento que algo se ha colocado en su sitio.

Lo suficiente como para querer volver a intentarlo.

5

Roser

La mañana arranca con el sonido suave y repetitivo de la cuchara golpeando el borde del bol de cereales que llevo entre manos, un tintineo casi hipnótico que me saca poco a poco del letargo que parece acompañarme desde que llegué a Barcelona. El cereal ya está demasiado blando, empapado en leche porque me he despistado mirando el móvil como si el mundo fuera a acabarse si no contesto los mensajes en menos de treinta segundos. «No pasa nada grave», me repito mientras mastico sin entusiasmo y me apoyo contra la encimera de la cocina. Estos pequeños descuidos domésticos nunca han matado a nadie, aunque a veces me siento como si el bol de cereales empapados fuera una metáfora perfecta de mi vida actual.

La ciudad despierta poco a poco al otro lado de la ventana, con una luz tranquila que se filtra entre los edificios y me recuerda que ya llevo aquí más de una semana. Una semana exacta, creo, si no me he perdido en el cálculo. El tiempo empieza a dejar de ser una masa uniforme y pegajosa; ya distingue días, mañanas, tardes, noches… Y supongo que es un progreso.

Mi portátil está abierto sobre la mesa cuando entra la videollamada y muestra la cara de Pau, mi mejor amigo. Lleva el pelo ligeramente revuelto, como si acabara de pelearse con la almohada, y esa expresión de cansancio que parece viajar con él a todas partes.

—Buenos días, socia —saluda sin preámbulos.

Resoplo y me llevo la cuchara a la boca con más dramatismo del necesario.

—No empieces con eso, que acabo de llegar aquí.

—No me pidas imposibles, nena —replica Pau con una sonrisa traviesa—. ¿Cómo has dormido hoy?

—Más o menos —respondo encogiéndome de hombros—. Esta ciudad nunca parece quedarse en silencio. Hay motos a las tres de la mañana, y conversaciones a todas horas. Ah, tengo un vecino al que parece que le gusta la ópera —bromeo, metiéndome otra cucharilla de cereales blandos.

—Te acostumbrarás —asegura él con una sonrisa ladeada—. O no. Pero eso también forma parte del encanto, ¿no?

Pau y yo nos conocemos desde la universidad, desde antes incluso de que la fotografía dejara de ser una afición compartida y se convirtiera en algo serio, casi obsesivo para los dos. Hemos pasado por pisos diminutos con humedades, trabajos mal pagados que nos hacían cuestionar todas nuestras decisiones, bodas ajenas que fotografiábamos con una mezcla de envidia y distancia, y madrugadas eternas editando imágenes que nadie parecía valorar lo suficiente. Siempre yendo y viniendo, estando en lugares distintos, a punto de asentarnos en algún sitio sin llegar a hacerlo del todo.

«Salvo los últimos trágicos años», me recuerdo. Y sacudo la cabeza para intentar olvidar el porqué de mi último cambio.

—Pues para que lo sepas, ya he encontrado el local —anuncia Pau sin esperar más, con un brillo especial en los ojos—. Es pequeño, pero tiene una luz natural brutal. Mucha, de hecho. Y está bien ubicado, en una calle tranquila, pero con vida alrededor.

Levanto la vista del bol, que ya he dejado por perdido.

—¿Ya? ¿Tan rápido?

—Pues sí —asiente él con energía—. No es enorme, pero es perfecto para empezar. Y quiero que estés conmigo en esto, Roser. De verdad, quiero que seas mi socia y cumplamos ese sueño que nos hicimos en la universidad. Juntos hasta el final, ¿recuerdas?

Sus palabras se quedan flotando en el aire, suspendidas entre los dos como una fotografía mal colgada que podría caerse en

cualquier momento.

—Por favor, déjame pensarlo —digo apoyando el codo en la mesa y la barbilla en la mano—. Mi plan era empezar de cero, yo sola. Sin depender de nadie.

Pau ladea la cabeza con su maravillosa paciencia.

—No dependerías de mí… —me corrige enseguida—. Sería una manera de ayudarnos mutuamente, que no es lo mismo, y tú lo sabes perfectamente.

Miro la pantalla en silencio. Veo el estudio reflejarse en sus ojos, con sus paredes blancas, la luz entrando a raudales, la mesa de edición, el espacio para dos sin necesidad de tener agobios. Veo también la ilusión y el miedo que siempre acompaña a las ideas grandes. Y de alguna forma u otra me reconozco demasiado en eso.

—No te estoy diciendo que no —aclaro—. Solo… déjame respirar un poco antes de darte un sí definitivo.

—Vale, vale —concede Pau tras unos segundos—. Pero no tardes mucho. Me conozco y sé que, si no insisto, me acomodaré en el «ya veremos» y acabaremos los dos lamentándolo en un bar dentro de dos años.

Sonrío sin querer.

—Eso es algo que nunca cambiará.

—Por suerte —responde él riéndose—. Nunca pensé que viviríamos en la misma ciudad. Con ese sueño cumplido, debería ser bastante —apunta—. Pero dime, ¿qué tal te han ido estos primeros días en la ciudad de los sueños rotos y los alquileres sangrantes?

Dudo un instante. Luego suelto el aire con fuerza.

—Si yo te contara…

Y vaya si le cuento.

Le hablo de la boda, del trabajo que salió impecable en lo técnico y desastroso en lo emocional, de lo fuera de lugar que me sentí mientras capturaba tanto amor ajeno. Le hablo también de

Alexis, sin entrar en detalles escabrosos, pero sin esconder del todo la curiosidad que ella me despierta. Pau sabe leerme entre líneas desde hace años; no necesita que le deletree nada.

—¿Te ha gustado? —pregunta sin rodeos, directo como siempre.

—No lo sé —respondo con una honestidad que me sorprende —. Pero me siento… bien. Tranquila. Creo que me va a ir bien aquí. De verdad.

—Pues eso ya es un gran paso —responde, dándole un bocado a su tostada—. Más de lo que ahora te imaginas.

Nos despedimos y doy por hecho que terminará de empaquetar las cosas para la mudanza. Cierro el portátil y termino el desayuno sin prisa, saboreando por primera vez la sensación de no estar huyendo de nada concreto ni corriendo hacia ningún sitio en particular.

Más tarde me siento frente al ordenador para editar el resto de las fotografías de la boda. Las imágenes se suceden en la pantalla con la familiaridad de siempre: sonrisas amplias, manos entrelazadas, miradas emocionadas que parecen sacadas de un catálogo. Trabajo casi en piloto automático, ajustando luces, corrigiendo encuadres, afinando detalles minúsculos que nadie notará pero que a mí me quitan el sueño si no están perfectos.

Paso por algunas fotos en las que aparece Alexis al fondo, capturada casi por accidente. Y aunque las fotos no son para ella, hay dos o tres que guardo en una carpeta aparte sin decirme el motivo exacto. En una se está riendo con la cabeza ligeramente hacia atrás, completamente ajena a la cámara. En otra observa la escena con atención, como si estuviera midiendo el mundo antes de decidir si merece la pena entrar en él.

«No seas ridícula, Roser», pienso mientras sigo editando con concentración.

El sonido de varias notificaciones rompe el silencio. Luego otra. Y otra más. Tengo el WhatsApp abierto en el ordenador y veo

que es Alexis con varios iconos y un mensaje de voz que reproduzco al instante.

—Bueno… pues Marta no me ha asesinado por llegar tarde a la boda, como ves. Hemos hablado hace un rato, y se está tomando muy en serio su luna de miel, creo que es tan feliz que va a pasar ese pequeño detalle por alto.

Dejo lo que estoy haciendo y le respondo.

La conversación fluye entre nosotras con una naturalidad que me sorprende, como si hubiéramos estado hablando así desde siempre. Y para seguir con la retahíla de las bodas, el tema gira como si nada hacia citas ajenas que hemos observado en redes sociales. Alexis envía un pantallazo de una en particular y su voz llega en audio, cálida y divertida:

—Mira esta. «Juntos hasta que el wifi nos separe». ¿En serio alguien escribe eso y lo publica sin ponerse rojo?

No tengo idea de cómo hemos derivado a estas tonterías. Sin embargo, no tardo mucho en responderle por mensaje de voz.

—Es optimista, al menos. Yo no llegaría ni a la primera reconexión.

Ella contesta con otro audio, esta vez más largo, dramatizando la historia como si estuviera contando toda una película.

—Imagínate la escena. Él le dice «te amaré siempre», ella le contesta «yo también», y al día siguiente ya está poniendo *stories* con un café solo y la frase «empezando de nuevo, pero mucho más fuerte». Clásico. Yo creo que el amor moderno dura lo que tarda en cargarse el móvil.

Me río bajito mientras ajusto la exposición de una foto en la pantalla.

—Tienes razón. A veces pienso que las redes sociales son el peor sitio para medir la duración de una relación. Todo parece eterno en un carrusel de tres fotos.

Alexis responde casi al instante, y noto cómo su tono se vuelve relajado y cercano.

—Exacto. Y luego ves a la gente que publica menos, que no necesita demostrarlo cada dos por tres… y piensas: «esos igual sí que están bien. O igual solo son discretos». Yo qué sé. Pero me gusta más lo segundo.

Yo sigo editando, pero ahora lo hago más despacio, prestando atención a la voz de Alexis mientras escribo la respuesta.

> **Roser**: A mí me pasa que, cuando veo esas publicaciones tan perfectas, me da un poco de envidia sana. No por la pareja en sí, sino por la capacidad de creer todavía en eso.

Su siguiente audio llega enseguida:

—Te entiendo. Yo también lo siento a veces. Pero luego recuerdo que detrás de cada foto hay un montón de cosas que no se ven: discusiones, dudas, días grises… Y entonces se me pasa un poco.

Le contesto con otro audio. Estoy tan cómoda con la situación que no puedo evitar dejar un poco de lado el trabajo.

—Es curioso cómo las redes nos hacen creer que todos tienen claro lo que quieren, menos nosotras. O que todos están felices la mayoría del tiempo. Y luego estamos tú y yo aquí, hablando de esto como si fuera lo más normal del mundo.

Un nuevo audio de Alexis entra en pantalla.

—Porque lo es. Al menos entre nosotras. —Hace una pausa antes de continuar—. No hace falta fingir que lo tenemos todo resuelto. Me gusta eso. Me gusta que podamos hablar de estas cosas sin que parezca un interrogatorio. ¿Sabes? Hacía tiempo que no lo hacía con nadie.

Sonrío mientras paso a la siguiente foto. El cursor se mueve más lento antes de grabar otro audio.

—A mí también. Hace tiempo que no me liberaba de esta forma —contesto.

Hay un silencio corto, y bastante cómodo. Luego su voz regresa.

—Pues me alegro de ser la primera de la nueva etapa, entonces.

Seguimos así un rato más. Ella me cuenta una anécdota absurda de una cita que tuvo hace meses. Lo cuenta exagerando la narrativa desde luego, imitando la voz del chico, y yo me río tanto que tengo que pausar la edición para no joder las fotos.

Roser: Eres un peligro contando historias. Deberías cobrar entrada extra.

Alexis: Solo si tú haces de público oficial. Prometo no repetir el repertorio…

El tiempo se estira de una forma amable y perezosa, como si la mañana se hubiera decidido a darnos tregua. En algún punto, sin que ninguna lo diga como algo trascendental, la charla gira hacia un terreno totalmente inesperado.

Alexis: Pero a ver, tengo una pregunta seria: ¿tú cómo estás para volver al mercado?

Frunzo el ceño.

Roser: ¿Perdona?

Alexis: Al mercado sentimental. Al maravilloso mundo de las citas incómodas, las expectativas raras, los silencios eternos al final de la noche y los «te escribo» que nunca llegan.

Me apoyo en el respaldo de la silla y suelto una carcajada breve. Esto se merece que tengamos una conversación, así que busco el teléfono y la llamo.

—Vale —digo en cuanto descuelga—. Creo que no estoy lista para ello.

—Error de diagnóstico garrafal —replica Alexis sin dudar—. Estás escondida. Que no es lo mismo.

Me río por lo bajo. «Si ella supiera…», pero claro que no lo sabe, porque me da un pánico enorme abrirme de corazón tan pronto.

—Habla la experta en ocultarse detrás del cinismo y las bromas pesadas —le contesto.

Hay una pausa. Lo suficiente como para que piense que he ido demasiado lejos y que ahora vendrá *ese* silencio incómodo.

—Tocada y hundida —admite con un tono fingidamente dramático—. Pero por eso mismo lo digo. Necesitas recuperar la confianza.

—Y tú necesitas dejar de usar el humor como armadura.

—Oye, pero qué feo suena cuando lo dices así —bromea Alexis.

—Pero no es mentira, admítelo —le pido, jugueteando con un mechón de mi pelo.

Me imagino su gesto, con el ceño fruncido un segundo, la sonrisa a medio camino, una mezcla de fastidio y diversión que ya empiezo a visualizar en mi cabeza con claridad. Y entonces aparece la idea, casi sin peso, como una broma que se le ha escapado al destino.

—¿Y si lo convertimos en un juego? —propone de repente—. Sin improvisaciones locas.

Parpadeo.

—A ver, a ver. Explícamelo antes de que me dé algo.

—Por ejemplo… tener siete citas —aclara Alexis—. Siete citas para cada una. Sin repetir personas, y sin implicación emocional, como una forma de… lanzarnos al mercado. Y con informes detallados para la otra después, claro.

Suelto una carcajada que resuena en el salón, todavía lleno de algunas cajas.

—Eso es una idea terrible. Absolutamente desastrosa.

—Las mejores ideas suelen ser así —contesta sin inmutarse—. Piénsalo. Hablamos de deseo sin exponernos. Como esas citas rápidas de internet que no llevan a nada en concreto. Salvo a noches espectaculares —añade como matiz—. Y encima nos reiremos mucho al contárnoslas.

Me quedo en silencio, y siento el cosquilleo incómodo del miedo, pero también una curiosidad que no esperaba encontrar.

—No implicarse emocionalmente… —repito como si probara las palabras entre mis labios—. Esa parte es la más complicada de todas.

—Por eso estaremos la una para la otra —responde Alexis con una seguridad aplastante—. Para recordarnos las cosas cuando una empiece a patinar.

Miro la pantalla. Mi reflejo se superpone a la imagen de fondo. Pienso en lo que he evitado durante los últimos meses. En lo mucho que me he protegido con excusas razonables. En lo cansada que estoy de hacerlo todo con tanta precaución.

—Está bien —contesto—. Pero hay que definir bien las cosas.

—Por supuesto —asegura Alexis—. Será un pacto serio, sin nada de tonterías.

—Y sin presiones —enumero—. Si una no quiere seguir, se para el rollo sin dramas.

—Aceptado.

—Y nada de competir por ver quién ha tenido la cita más absurda.

—Eso me duele en el alma —bufa Alexis y luego se echa a reír —, pero vale.

Sonrío, imaginando también ese gesto de ella.

—Siete citas… —murmuro—. Suena absurdo. Ridículamente absurdo.

—Exactamente —responde—. ¿Y lo bien que lo vamos a pasar, qué? Imagínate los audios de después y nuestras salidas para tomar algo. Será material para una stand-up. Justo lo que ahora necesitamos.

. . .

Unos diez minutos después de colgar, me preparo una infusión —que probablemente no me calme los nervios que ahora tengo en el estómago—, y me siento en el sofá con la taza caliente entre las manos.

Noto una punzada extraña en el pecho, un sentimiento de alerta. Como si hubiera abierto una puerta sin saber qué hay detrás, pero con ganas de asomarme de todos modos. Dándome cuenta de que este juego de citas, no solo va a ir de eso, ni de ligues pasajeros o normas que se puedan romper con facilidad.

Va de mí. De volver a mirarme sin miedo, sin armaduras de cuero ni excusas baratas. Y por supuesto, también va de conocer a esa otra persona que el destino me plante delante para decir: «Puedes encontrar algo que te haga feliz de verdad».

6

Alexis

Me tomo la misión con una seriedad que ni yo misma sabía que podía desplegar para algo tan absurdo. Tal vez porque ponerle estructura y orden a la vida sentimental de otra persona resulta mucho más sencillo que enfrentarse a la propia con la misma valentía. O quizá porque, en el fondo, necesito creer que este pacto tiene sentido más allá de ser una distracción ingeniosa y temporal; necesito que funcione, que nos sirva a las dos, que nos ayude a salir del bucle de dudas que, en mi caso, llevo mucho tiempo arrastrando.

Debo reconocer que la conexión que sentimos en la boda es de las mejores cosas que me han pasado últimamente y que, ayudarnos mutuamente, es un experimento que deseo vivir.

Roser llega a mi casa a media tarde. Trae una bolsa pequeña con el portátil dentro y lleva el gesto concentrado, como si estuviera a punto de enfrentarse a una entrevista de trabajo importante o a un examen que no se ha terminado de preparar. Me hace gracia verla así, tan aplicada, con el pelo recogido en una coleta y unas gafas —que desconocía que usaba— ligeramente deslizadas por el puente de la nariz.

—Pasa —le digo abriendo la puerta de par en par y haciéndome a un lado—. Bienvenida al cuartel general del experimento amoroso más ridículo de la historia reciente. Advertencia: el vino ya está enfriándose y he preparado un buen aperitivo. Forma parte del encanto.

Roser entra con una sonrisa tímida y deja la bolsa junto al sofá.

—Huele delicioso —comenta mientras mira alrededor—. Me gusta —añade, y levanta la bolsa—. Yo he traído algunos dulces, soy

fan de los dónuts.

—Pues nada, habrá que ponerse las botas. ¿Qué le vamos a hacer? —bromeo mientras recojo una chaqueta del respaldo del sofá y tiro un cojín al suelo sin miramientos—. Va, que ya lo tengo todo listo.

Roser se ríe bajito y se sienta en el borde del sofá, como si todavía no se atreviera a ocupar el espacio que la rodea.

—Pues para que lo sepas… —empieza, y echa un vistazo a las copas de vino—. Casi me arrepiento a última hora, y también… casi me pierdo en el metro otra vez.

—Por suerte no lo has hecho —aclaro con una sonrisa—. Siéntete como mi mejor invitada, que no muerdo. Bueno, casi nunca.

Roser se relaja un poco y saca los dulces de la bolsa para dejarlo al lado del plato donde ya hay queso, biscotes y algo de jamón además de aceitunas.

Mi piso es pequeño, pero está lleno de vida. Un tercer piso sin ascensor en una calle estrecha del Eixample, con techos altos que todavía conservan molduras antiguas y suelos algo gastados. Las paredes están cubiertas de fotografías mías y de otras personas, láminas maravillosamente enmarcadas y postales de lugares en los que he estado o en los que he soñado estar. Hay plantas que sobreviven de milagro cerca de la ventana del salón —las llamo mis «supervivientes heroicas»— y una estantería abarrotada de libros que empiezo con entusiasmo y abandono sin el menor remordimiento; y que hacen compañía a mis guías de viaje.

Roser se permite dar un pequeño sorbo a la copa de vino que ya estaba servida.

—Es acogedor —comenta, sin ocultar la sonrisa—. Muy tú. Se nota que no has intentado que parezca de revista de decoración.

—Menudo cumplido, ¿eso es que ya empiezas a conocerme? Porque si es así, ya no te librarás de mí —respondo mientras le

ofrezco un cojín extra—. Pero gracias. No me gustan los pisos que parecen de Airbnb. Prefiero que se note que vivo aquí de verdad, con mis desastres incluidos. Porque sí, soy un desastre con patas.

—Pues sí que se nota… —aclara con una sonrisa pequeña—, …que vives aquí. Que no es solo un decorado para impresionar a alguien.

Nos sentamos una frente a la otra, con la mesa baja de centro entre medias y abrimos el portátil con gesto decidido.

—Muy bien —anuncio—. Vamos a empezar por lo básico, las fotos. Sin ellas no hay perfil que valga. Y no, no vale poner solo paisajes y decir «es que me gusta viajar». Eso ya lo pone todo el mundo.

Roser se tensa un poco. Lo noto en cómo cruza y descruza las piernas, en cómo se recoloca el pelo oscuro detrás de la oreja con un movimiento nervioso y la manera en que bebe otra vez de la copa de vino.

—Vale —dice—. Pero no prometo no arrepentirme a la mitad. Tengo fotos horribles que deberían estar quemadas. Para ser fotógrafa, casi nunca tengo atino con las propias.

—El arrepentimiento forma parte del proceso creativo —replico, encogiéndome de hombros. Me llevo un par de trozos de jamón a la boca y después asiento mirándola—. Confía en mí. Soy una experta en meter la pata y salir airosa. Además, las fotos feas son las que más cuentan. Las perfectas dan miedo.

Empiezo a revisar las carpetas que ha traído en una memoria USB. Hay paisajes, retratos llenos de luz, bodas capturadas con una emoción única, detalles mínimos que solo alguien con su mirada sabría encontrar y convertir en algo especial. Tardo un poco en localizar fotos suyas. Cuando aparecen por fin, se me escapa un gesto involuntario de aprobación.

—¿Ves? —Señalo la pantalla con el dedo—. Esto es exactamente lo que hay que enseñar. Esta de ti en la playa, con el

pelo volando y esa cara de «no sé qué hago aquí, pero estoy contenta» —vocaliza—. Es perfecta.

—Así soy yo trabajando —objeta ella, en un susurro que después se convierte en una deliciosa risa—. No cuenta como foto personal. Salgo despeinada y con la cámara al cuello.

—Cuenta muchísimo más de lo que crees —le corrijo sin pensarlo dos veces—. No todo el mundo sabe mirar así. Ni transmitir tanto con tan poco. Para mí, esa foto dice «soy alguien que observa el mundo con atención y que, de vez en cuando, se permite disfrutar». Y eso es oro puro, Roser.

Paso de una imagen a otra. En algunas apenas sonríe, con una media sonrisa que parece solo reservada para momentos privados. En otras está seria, concentrada, con el ceño ligeramente fruncido mientras ajusta la cámara. No hay poses forzadas ni filtros evidentes. Es ella, sin ningún tipo de adorno.

—Esta —digo apuntando con el dedo, deteniéndome en una donde aparece de perfil, con la luz de la tarde acariciándole la cara —. Esta tiene que estar sí o sí. Es bonita y no está forzada a serlo.

Roser se inclina hacia la pantalla y frunce el ceño.

—Estoy rara. Parece que tenga toda la humedad del mundo en el pelo.

—Sales real —respondo—. Y eso es bastante más difícil de encontrar en una aplicación llena de filtros y ángulos imposibles. La gente se cansa de ver versiones editadas de sí mismos. Tú ofreces algo auténtico.

No insiste más. Se queda callada mientras marco la foto como favorita. Percibo esa mezcla incómoda entre exposición y confianza que se le instala en los hombros. No es fácil dejar que otra persona decida cómo te muestras al mundo, aunque sea solo en píxeles.

—Ahora la biografía —anuncio con energía, después de darle otro sorbo a la copa de vino—. Aquí es donde la mayoría se equivoca de forma espectacular. Frases como «vivir sin dramas» o «busco a

alguien que me haga reír» son el equivalente digital a un cartel de «aléjate todo lo que puedas».

—Tampoco quiero parecer desesperada —dice Roser de inmediato, casi como un reflejo.

—Ni lo estás, igual que yo —replico sin dudarlo dos veces—. Así que tranquila. Vamos a hacer algo honesto, directo y que suene a ti. Nada de listas de requisitos, porque además… recuerda que esto es para citas sin ningún tipo de compromiso —añado, y le guiño un ojo.

Roser empieza a dictarme ideas con cautela, con frases que se corrige a sí misma antes de terminarlas.

—Podría poner… «Fotógrafa que prefiere capturar momentos a posarlos. Me gustan los libros que no se pueden soltar y las conversaciones que acaban en mejores cosas».

Yo voy puliendo, quitando palabras que suenan a disculpa o a miedo, añadiendo otras que engrandecen lo que sí es: curiosa, observadora, con un sentido del humor maravilloso.

—Queda bien —admite cuando lee el borrador—. Pero suena demasiado… yo.

—Esa es la idea ¿no? —comento, levantando una ceja. Le cedo el plato de queso y ambas comemos un poco más—. No queremos que conozcan a una versión inventada. Queremos que conozcan a la Roser de verdad.

Cada vez que duda o se frena, la paro con suavidad.

—No te minimices —le pido—. No es que te conozca mucho, pero pienso que eres una mujer maravillosa.

—Es que… digamos que no se me da ser natural —responde Roser, mirando la pantalla como si las palabras pudieran morderla—. Llevo años pensando que, si me muestro entera, tal y cómo soy, la gente termina por ser… —Se detiene unos segundos—. No sé, el caso es que las cosas nunca salen bien.

La observo con atención. Parece como si dentro de ella hubiera una mochila invisible que todavía no puede mostrar.

«Podrías decir lo mismo de ti», me digo.

—Pues si hace falta… —comento—, …yo estaré aquí para recordarte que vales exactamente lo que eres, sin ediciones. Y si alguien no lo quiere, que se vaya por donde ha venido. No es tu problema.

Roser asiente despacio, casi con gratitud. Seguimos trabajando. A ratos se ríe cuando alguna foto antigua la hace sentirse demasiado expuesta, a ratos se tapa la cara con las manos y murmura un «madre mía, ¿de verdad subí esto a mis redes sociales?» que me saca una carcajada.

—Estoy segura de que a ti te va a ir mejor que a mí —suelta en un momento dado, casi como si se le hubiera escapado.

Levanto la vista del teclado y la miro fijamente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú… —Hace un gesto impreciso con la mano—. Tú pareces segura. Sabes qué decir, cómo moverte. Yo todavía estoy intentando recomponerme después de… llegar a Barcelona. Me siento como un puzle al que le faltan piezas.

Siento el impulso de bromear, de quitarle hierro al asunto con una frase ligera. Pero no lo hago.

—La seguridad también se aprende a representar —le comento con honestidad—. Y tú ya tienes mucha más de lo que crees. Lo he visto poco, pero con mucha claridad. Cada vez que hablas de tu trabajo, cada vez que te ríes, cada vez que te atreves a decir lo que piensas, aunque te tiemble un poco la voz. Solo tienes que dejar que salga un poco más. Poquito a poco.

No sé si me termina de creer. Pero me regala una sonrisa pequeña, tímida, que por ahora me parece más que suficiente.

En algún punto la conversación se vuelve más íntima de lo previsto. Surge una pregunta sobre su última relación. Roser se

queda en silencio un segundo de más, el suficiente para que yo entienda que hemos tocado un terreno delicado.

—Prefiero no entrar ahí —me aclara, sin brusquedad—. Todavía, tengo que aprender a procesarlo…

—Vale —respondo sin insistir ni un poco—. No hace falta que digas nada, podemos hablar de otra cosa. O no hablar de nada. Me vale con estar aquí.

Y es verdad. No hace falta saberlo todo de una persona al principio, porque en realidad agradezco que por ahora confíe en mí lo suficiente como para marcar un límite.

Cuando llega mi turno, las palabras fluyen más rápido. Abro la aplicación y empiezo a escribir casi en automático. Frases medidas, tono ligero, ninguna expectativa explícita. Sé exactamente qué mostrar y qué esconder detrás de una sonrisa amable. Ya tengo mucha práctica.

Roser observa desde el otro lado del sofá con atención.

—Parece… distante —comenta sin dudarlo.

—Eficiente más bien —corrijo, aunque sé que tiene razón y que esa eficiencia es una forma de blindaje que llevo tiempo perfeccionando.

Roser no dice nada más, pero su mirada me lo dice todo.

—Es mi manera de protegerme —admito, encogiéndome de hombros—. Si no espero nada, no me decepcionan.

—En realidad lo sé perfectamente —responde Roser con ternura—. Y no está mal, la verdad. Aunque estoy segura de que mereces que alguien te conozca, Alexis. Por mucho que esto vaya a ser algo sin ataduras.

Terminamos con otra copa de vino blanco en la mano, sentadas en el suelo, apoyadas contra el sofá como si hubiéramos olvidado que este existe, y poco después, brindamos sin grandes discursos ni solemnidades.

—Por el experimento —digo alzando mi copa.

—Y por atrevernos a hacerlo —añade Roser con una sonrisa tranquila.

Yo la miro, e imito el gesto.

«Sí, por atrevernos a hacerlo».

7

Roser

La primera cita llega antes de lo que habría podido esperar, y eso ya me incomoda incluso antes de salir de casa. Me levanto, me preparo un café bien cargado y me quedo un rato mirando por la ventana mientras el vapor sube de la taza. Barcelona lleva horas despierta, inmersa en ese ritmo habitual y común en todas las grandes ciudades. Todo avanza con normalidad, aunque aquí dentro, entre estas cuatro paredes, el miedo amenaza con tragárseme entera.

«Aunque Alexis ni se lo imagine». Porque fingir que todo iba a ir de maravilla y que lo íbamos a disfrutar ambas, se me dio bastante bien.

Me llevo la taza conmigo y camino hacia el baño, quedándome parada frente al espejo, con la luz blanca iluminándome sin piedad, observándome como si fuera otra persona que acabo de conocer. No me reconozco, y supongo que es una percepción que me va a costar modificar algún tiempo. No porque haya cambiado físicamente —tengo el mismo pelo oscuro y ondulado, los mismos ojos color chocolate—, sino porque hace demasiado tiempo que no me miro con la de gustarme a mí misma. O, al menos, comprobar si todavía puedo hacerlo sin sentir que estoy fingiendo.

Con la taza de café ya vacía, me cambio la parte de arriba dos veces. La primera prenda escogida ha sido una blusa azul clara de algodón que me ha parecido demasiado formal, como si fuera a una reunión de trabajo en vez de a comer y tomar un. La segunda, una camiseta negra sencilla, que me resulta demasiado informal, casi desganada. Al final me quedo con una opción intermedia; una camisa blanca de lino con las mangas remangadas, nada llamativa pero cómoda. La tela no dice nada en particular, lo cual quizá sea un reflejo bastante fiel de lo perdida que me siento ahora mismo.

«Relájate», me digo en silencio mientras me miro una última vez al espejo. «Solo vas a salir a comer, a tomarte un café o lo que sea según el mensaje que intercambiamos anoche. Nada serio. Nada importante. Nada que deba ponerte nerviosa».

—Alexis… no sé si esto es tan buena idea —murmuro, como si ella estuviera delante de mí.

Tengo el corazón latiéndome a mil por hora, y las manos tan frías que la calefacción de casa no logra hacer nada.

La cita es en un pequeño restaurante vegetariano cerca del Born, uno de esos locales luminosos y acogedores que parecen diseñados para que nada vaya mal. Mesas de madera, plantas colgando del techo en macetas de cerámica, un murmullo constante de conversaciones tranquilas y un olor que parece llevarte de viaje. Es agradable. Demasiado agradable, incluso. Todo parece pensado para que la gente se sienta cómoda, para que las palabras salgan de tus labios sin ningún tipo de esfuerzo. Y eso, paradójicamente, me pone todavía más nerviosa.

Llego cinco minutos antes. Me siento en una mesa junto a la ventana y dejo el bolso en el respaldo de la silla, como si eso fuera a impedirme salir corriendo. Miro la carta sin leer realmente nada. Mi atención está puesta en la puerta, en cada persona que entra, en cada movimiento que podría ser el de la mujer con la que tengo la cita. Y cuando por fin aparece, la reconozco de inmediato.

Se llama Iria. No es un nombre común, y le encaja perfectamente. Tiene el pelo corto, oscuro, con un flequillo imperfecto que parece cortado así a propósito, como si hubiera decidido que el desorden le sienta bien. Viste de manera sencilla, deportiva, pero con estilo: pantalón largo verde oliva, camiseta blanca ajustada, zapatillas blancas… Me sonríe al verme y levanta la mano en un gesto pequeño, casi tímido.

—Roser, ¿no? —pregunta mientras se acerca.

Me levanto con algo de torpeza, casi tirando el vaso de agua al hacerlo. El líquido se mueve peligrosamente cerca del borde, pero

consigo estabilizarlo con un movimiento rápido y ridículo que me hace sentir aún más insegura.

—Sí. Hola, Iria.

Nos damos dos besos rápidos, algo descoordinados. Uno en la mejilla derecha, otro en la izquierda, pero nuestros rostros se cruzan en un ángulo extraño y apenas acabamos rozándonos. Me siento rígida desde el primer segundo, consciente de mis hombros tensos, de las manos que no saben dónde meterse, de la posición de mis pies bajo la mesa que parecen haberse olvidado de cómo quedarse en calma.

—El sitio es muy bonito —dice mientras se sienta frente a mí y deja su mochila pequeña en el suelo—. Buena elección.

—Gracias —respondo—. Ya me lo habían recomendado.

Eso ha sido una mentira piadosa. La verdad es que lo encontré buscando «restaurantes tranquilos para una primera cita en Barcelona» en Google a las once de la noche, con el móvil en modo incógnito como si alguien pudiera juzgarme por ello. Pero no hace falta decirlo.

Pedimos la comida. Ella elige ensalada de quinoa con aguacate, humus casero y una limonada de jengibre. Yo tardo más de la cuenta, dudando entre opciones que me dan exactamente igual. Al final me decido por un bol de verduras asadas con tofu marinado y una infusión de menta.

La conversación arranca con una facilidad engañosa. Hablo de mi llegada reciente a Barcelona, de lo mucho que aún me cuesta orientarme en el metro, de mi trabajo como fotógrafa de bodas y otros eventos. Iria escucha con atención, asiente en los momentos adecuados, hace preguntas precisas y bien formuladas.

—Debe de ser bonito capturar momentos importantes para otras personas —comenta mientras corta un trozo de aguacate con cuidado—. Ver cómo la gente se emociona de verdad.

—A veces lo es —respondo—. Otras veces resulta… extraño. Estás muy cerca de emociones que no te pertenecen. Te conviertes en testigo de algo muy íntimo y, al mismo tiempo, te encuentras totalmente fuera de ese escenario.

Asiente, comprensiva, y deja el tenedor un segundo sobre el plato.

—Yo trabajo como fisioterapeuta —me cuenta—. Supongo que también es una forma de estar cerca sin invadir a las personas. Ayudo a la gente a que se muevan mejor, pero nunca indago mucho más en sus vidas más allá de eso.

Todo es correcto. Demasiado correcto. No hay silencios incómodos, pero tampoco pausas entre las dos. Cada frase parece colocada con cuidado, como si ambas estuviéramos siguiendo un guion invisible de lo que se espera en una primera cita decente. Me noto tensa. Pienso antes de hablar. Corrijo mentalmente mis frases antes de pronunciarlas. Sonrío cuando toca. Afirmo con la cabeza cuando corresponde. Me siento como si estuviera interpretando una versión muy educada y contenida de mí misma.

Y, aun así, algo no me encaja.

No es que Iria no me guste. Es atractiva, amable… Probablemente todo lo que alguien sensato desearía en una pareja. Habla con calma, tiene sentido del humor, hace preguntas que demuestran interés. Pero no siento nada más allá de una simpatía distante. No noto que haya chispa, ni ese típico cosquilleo en el estómago que me den ganas de ir a por más. Ya me entendéis. Igual que tampoco tengo ganas de alargar la conversación más allá de lo normal.

Mientras ella habla de sus rutinas de entrenamiento, de lo mucho que le gusta correr al amanecer por la Barceloneta y de cómo el mar la ayuda a desconectar, me descubro pensando en otra cosa. En Alexis. En la otra mañana cuando la visité. En la forma en que camina descalza y con naturalidad por su piso, con esa camiseta vieja que encaja tan bien con ella. En cómo se ríe con todo el

cuerpo, echando la cabeza hacia atrás sin importarle quien la pueda llegar a observar. En lo fácil que fue contarle cosas que aquí, con Iria, no consigo ni rozar.

«Concéntrate», me reprocho mentalmente mientras fuerzo una sonrisa.

—¿Te gusta hacer deporte? —me pregunta ella con curiosidad.

—No especialmente —respondo con honestidad—. Camino mucho, eso sí. Me ayuda a pensar. Pero correr… no es lo mío. Creo que mis pulmones se rebelarían a la segunda zancada.

Sonríe, sin perder la compostura ni un ápice.

—Si algún día quieres probar, ya sabes dónde encontrarme. Al principio puedo ir despacio. Prometo no dejarte atrás.

Lo dice con naturalidad y sin dobles intenciones. Asiento, aunque sé que no va a ocurrir. No porque no sea amable, sino porque no me imagino haciéndolo con ella.

Comemos. Charlamos. Hablamos de cine, de literatura, de los barrios que más le gustan de la ciudad y que yo prometo visitar. Cuando llega el momento de despedirnos, me doy cuenta de que no quiero repetir una cita con Iria. No hay química. Ni ganas de un segundo encuentro. Aunque supongo que de eso trataba este plan absurdo. ¿No? De ir probando cómo está el mercado.

Nos levantamos, y hay otro intercambio de besos breves. Eso sí, esta vez mejor coordinados que al principio.

—Ha sido un placer conocerte, Roser —dice Iria con una sonrisa.

—Igualmente —contesto—. Gracias por la compañía.

—Espero que nos volvamos a ver.

—Claro, será un placer.

«Ninguna nos vamos a llamar. Lo tengo muy claro».

Salgo del restaurante y camino un par de calles antes de detenerme en una esquina tranquila. Saco el móvil casi por inercia y

grabo un audio sin pensarlo demasiado.

—Alexis… —empiezo, suspirando—. Acabo de salir de mi primera cita. Y ha sido… horrible, lo más aburrido que he hecho nunca. Y eso que la lista es larga.

No puedo evitar reírme un poco mientras sigo caminando, con el teléfono pegado a los labios mientras le envío los audios.

—Ni todas las fotos sexis del mundo van a ayudarme a conseguir algo decente para divertirme un poco —añado—. Estoy oxidada. Mucho. Creo que mi radar amoroso lleva estropeado incluso antes de salir de fábrica.

La respuesta de Alexis no tarda en llegar. Es un audio largo, y la voz de ella suena claramente divertida, cálida, sin rastro de juicio.

—Roser, por favor —dice entre risas contenidas—. Para un polvo tampoco hace falta tanto análisis. Y, por cierto, a mí me pareces guapísima. Así que no dramatices. Cuéntamelo todo. ¿No ha habido ni un beso? ¿Ni un roce de manos accidental?

Me apoyo en una pared y grabo la respuesta mientras miro el tráfico pasar.

—No ha pasado nada —le explico—. Cero chispa, y mucho menos un beso. Ha sido un desastre absoluto. Hablamos de trabajo, de deporte, de barrios bonitos… Fue como una entrevista de recursos humanos, pero aderezada con una deliciosa ensalada de quinoa.

—Eso es maravilloso —responde ella en otro audio—. Primer paso seguro. Ya está. El cuerpo sigue intacto y ninguna ha salido herida. Y encima has comido verdura. Eres toda una heroína.

Sonrío mientras la escucho, y el nudo que tenía en el estómago desde la mañana empieza a deshacerse poco a poco.

—Ya verás que te va mucho mejor en la siguiente —añade—. Ya te contaré cómo me va a mí. Tengo una cita mañana y estoy igual de perdida que tú. ¿Qué vas a hacer esta noche? —pregunta después.

—Ver algo en netflix, supongo —respondo—. Y editar las fotos antes de que Marta vuelva de la luna de miel y agendemos una cita para entregárselas.

—Pues es un plan perfecto —responde, y ya me la estoy imaginando sonriendo—. Descansa. Y no te machaques. La primera cita siempre es de entrenamiento. Como cuando empiezas a ir al gimnasio y te duele todo al día siguiente.

Afirmo con la cabeza y guardo el móvil. Me siento extrañamente aliviada. No ha pasado nada importante. No he sentido nada desbordante. Y, sin embargo, no me siento mal. Al contrario. Estoy como… ligera, como si me hubiera quitado una capa de presión que ni yo misma sabía que llevaba puesta.

. . .

Ya por la noche, mientras el salón se llena de la luz azulada de la pantalla y veo una serie sin prestarle demasiada atención, pienso en lo fácil que ha sido contárselo todo a Alexis. Lo natural que resulta con ella compartir incluso el fracaso, la torpeza, la decepción. No tengo mucho tiempo para profundizar en ello, porque el móvil vuelve a sonar, y veo el nombre de mi madre aparecer en pantalla.

—Roser, cariño —me saluda, con ese tono protector en su voz —. ¿Cómo estás? ¿Ya te has terminado de instalar? ¿Estás comiendo bien? Dime que no sigues viviendo a base de café y tostadas, por favor.

Me siento en el sofá, apoyo la cabeza contra el respaldo y cierro los ojos un segundo antes de responder.

—Estoy bien, mamá —digo, intentando que no se preocupe de más—. El piso ya está más o menos habitable, y he comprado plantas que todavía no se han muerto, así que eso ya es un progreso. Además, estoy comiendo bien. Ayer me hice una ensalada que hasta tenía aguacate.

Se ríe bajito, un sonido que siempre me ha calmado, aunque ahora mismo no quiera dejárselo saber.

—Ya sabes que solo me preocupo. Barcelona está muy lejos y aquí no puedo verte la cara para saber si mientes o no.

—Que no miento… —respondo, y esta vez es verdad—. Me va bien. El trabajo entra poco a poco, la ciudad empieza a gustarme. Hay días que camino sin rumbo y acabo en sitios que son una maravilla. Es raro, pero me gusta.

—Pues me alegro —añade, y se nota que lo dice de corazón —. Me alegro mucho. Pero no te olvides de seguir comiendo bien, ¿eh? Que el aguacate está de maravilla, pero no es comida.

Sonrío sin querer.

—Prometido. Ensaladas, lentejas, lo que haga falta.

Hay un silencio cómodo, de esos que se producen cuando ninguna sabe muy bien cómo seguir la conversación sin tocar temas delicados. Pero mamá nunca ha sido buena guardando silencio cuando algo le ronda la cabeza.

—Oye… —empieza, y ya sé por dónde va a ir antes de que termine la frase—. Paula ha preguntado por ti. Vino a casa el otro día a hablar con nosotros. Dice que quiere verte.

Siento cómo algo se me contrae en el pecho, un pinchazo rápido y familiar que ya conozco demasiado bien. Aprieto el móvil con más fuerza.

—No quiero saber nada de ella —le aclaro, sin elevar la voz, pero sin dejar espacio para la negociación—. Ya lo sabes, mamá.

—No te estoy diciendo que la veas —se apresura a aclarar—. Solo te lo cuento porque… no sé, pensé que debías saberlo. Estaba muy nerviosa. Trajo fotos antiguas. Incluso se puso casi a llorar aquí en la cocina. Tu padre no sabía dónde meterse.

«Siempre ha sabido bien cómo fingir las cosas».

Cierro los ojos y respiro hondo. Las imágenes llegan sin permiso: Paula sentada a la mesa de mis padres, con esas fotos que yo guardé en una caja y nunca quise volver a abrir.

—No me interesa —digo—. Lo siento si está mal, de verdad. Pero no puedo. Ni ahora, ni creo que nunca.

Se produce otro silencio, más largo esta vez. Y después, mamá suspira.

—Lo entiendo —murmura al fin—. O lo intento. Solo… no quiero que te cierres del todo, hija. Has pasado por mucho y lo sé. Pero también tengo muy claro que eres fuerte. Más de lo que crees.

—No me cierro a nada —respondo, aunque las palabras me vuelven a crear un nudo en el estómago—. Solo estoy… protegiéndome. Hay cosas que no quiero volver a tocar. Y Paula es una de ellas.

—Vale, vale —me asegura entre susurros—. No te voy a insistir más. Solo quería que lo supieras. Sea como sea, aquí estamos.

—Gracias, de verdad. Os quiero mucho.

—Y nosotros a ti —responde, y se nota que está sonriendo, aunque no la vea—. Cuídate, ¿vale? Y come verdura. No me hagas ir hasta Barcelona a comprobarlo.

Me río, aliviada por el cambio de tono.

—Prometido. Te mandaré foto de la próxima ensalada.

—Más te vale —bromea—. Y llámame pronto, que me paso el día mirando el móvil por si hay noticias tuyas.

—Claro que sí. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, cariño. Descansa.

Cuelgo y dejo el móvil boca abajo sobre la mesa. Me quedo mirando el techo un rato largo. El salón está en penumbra, solo iluminado por la luz de la televisión y el ordenador. «Paula». El nombre todavía duele. Es un dolor sordo, de fondo, como una

contractura que se nota al moverte de cierta forma pero que ya no te impide caminar.

No hay nada que esa mujer pueda decir y que borre lo que pasó. No hay disculpa que repare el tiempo que perdí sintiéndome pequeña a su lado.

Me levanto, apago la televisión y voy a la cocina a por un vaso de agua. Mientras bebo, miro el móvil otra vez, y me doy cuenta de que tengo un mensaje nuevo de Alexis.

«Descansa, fotógrafa valiente. Mañana hablamos para analizar la quinoa y la vida. Un beso».

No le contesto y me voy directa a la cama. El colchón me recibe con esa familiaridad que todavía me resulta nueva en este piso. Cierro los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, no me cuesta conciliar el sueño. No porque todo esté resuelto. No porque Paula haya dejado de existir para mí —que por desgracia, no para el resto—. Sino porque, poco a poco, estoy aprendiendo a elegir qué puertas abrir y cuáles dejar cerradas.

8

Alexis

Mi primera cita llega en una noche cualquiera que no tiene nada de épico ni de memorable en el calendario. Ni siquiera es fin de semana, así que no creo que esto se alargue más de lo necesario. Me muevo por mi piso mientras decido qué ponerme. Abro el armario sin prisas, saco varias prendas sin dudar demasiado y las dejo extendidas sobre la cama. Me visto rápido; unos vaqueros negros ajustados, una camiseta clara de algodón, con un escote discreto que deja ver mi clavícula y el inicio del pecho sin gritar por estar pidiendo atención. Después veo la chaqueta de cuero y sonrío al recordar cómo a Roser le brillaron los ojos al recuperar la suya. Me la pongo y extiendo mi pelo por la espada. Me miro en el espejo del pasillo. El reflejo me devuelve una imagen maravillosa. Tengo la boca relajada y los hombros rectos. Estoy guapa. Lo sé. Y no me genera nada especial admitirlo.

Antes de salir, cojo el móvil. La pantalla ilumina el salón en penumbra mientras encuadro una foto rápida frente al espejo. Me miro de reojo, con una media sonrisa que no llega a ser coqueta pero tampoco fría, y se la envío a Roser casi sin pensarlo.

Alexis: Primera misión oficial en marcha, veremos si no me secuestran para un reality de citas fallidas. —emoji de guiño—

La respuesta llega enseguida, como si ella también estuviera esperando que le dijera algo.

Roser: Suerte y disfruta. Y si necesitas refuerzos, ya sabes dónde estoy.

Esbozo una enorme sonrisa.

Alexis: Tranquila. ¿Tú qué tal con la quinoa post-cita?

Roser: Indigesta. Pero sobreviví. Ve con cuidado. Y cuéntamelo todo cuando acabe, ¿vale?

Alexis: Prometido. Buenas noches, fotógrafa.

Roser: Buenas noches. Que la noche te trate bien.

Me quedo mirando la pantalla un segundo más, como si esperara algo escondido entre letras. Niego con la cabeza, guardo el móvil en el bolso y cierro la puerta tras de mí.

—Seguro que me lo paso genial —me digo a mí misma en voz alta mientras bajo las escaleras—. Es solo una cita. Nada más.

El pub está en el Raval, se llama The Black Lion. Es estrecho, con paredes de madera oscura que absorben la luz, mesas pequeñas y luces cálidas que no intentan embellecer nada ni a nadie. La música suena a un volumen amable, suficiente para crear un ambiente delicioso. Me gustó desde el primer momento en que crucé la puerta hace un tiempo.

Mi cita ya está dentro cuando llego.

Se llama Alba. Alta, con una postura impecable y una serenidad que se nota incluso antes de hablar. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta baja y viste de negro: pantalón pitillo, camisa ajustada que deja ver apenas la clavícula y un colgante sencillo de plata que se mueve con cada respiración. Sonríe al verme y se levanta para recibirme.

—Alexis, ¿verdad? —pregunta, dedicándome una sonrisa.

—La misma —respondo, y le doy dos besos rápidos—. Tú debes de ser Alba.

—Encantada —dice, y su mano se posa un instante en mi brazo—. ¿Quieres algo de beber?

—Una cerveza, la que me recomiendes —contesto mientras nos sentamos en dos taburetes altos cerca de la barra.

Ella pide lo mismo y se gira hacia mí con una sonrisa tranquila.

—Bonito sitio, ¿no? Lo descubrí hace un par de meses. Tiene… rollo.

—La verdad es que sí. Es de mis sitios favoritos —admito—. Un lugar donde se puede hablar tranquilamente de cualquier cosa.

—Exacto —dice, y su rodilla roza la mía bajo la barra—. ¿Vienes mucho por aquí?

—No tanto como quisiera —respondo—. Trabajo de guía, así que suelo moverme más por el Gótico o el Born. Pero el Raval tiene su encanto.

Alba asiente y da un sorbo a su cerveza.

—Guía turística, debe ser divertido —afirma, y le da otro sorbo —. Yo trabajo en márquetin, así que me paso el día vendiendo historias que no siempre son del todo reales. Por las noches necesito sitios como este.

Nos reímos y las dos bebemos con naturalidad, como si ya nos conociéramos de antes.

—Tus ojos no dejan indiferente a nadie ¿te lo han comentado antes?

Sonrío despacio y me encojo de hombros.

—Truco de guía—respondo—. Hay que saber mirar para que la gente te preste atención.

Ella ríe y su mano roza la mía sobre la barra. El contacto dura unos cuantos segundos. Siento el calor subir por el brazo, y dentro de mí se despierta un cosquilleo lento y familiar que viaja por todas partes, hasta la boca de mi estómago.

—¿Quieres seguir la noche en otro sitio? —pregunta poco después con naturalidad.

Asiento sin dudar.

—Claro. Tú decides.

—Mi casa está a unos quince minutos andando desde aquí —propone, y su pulgar acaricia el dorso de mi mano—. Si te apetece,

claro.

—¿Por qué no debería? —respondo sin dudar.

Salimos del pub y la noche nos recibe con ese aire húmedo tan propio de Barcelona. Caminamos unos metros en silencio, hasta que Alba vuelve a rozar mi mano con seguridad. Me dejo llevar por la memoria de lo que sé hacer, de lo que lleva resultándome sencillo desde hace algunos meses.

—¿Nerviosa? —pregunta de pronto, mirándome de reojo.

—No —respondo con honestidad—. Raro… pero no.

Ella sonríe, y llegamos a su piso en menos de quince minutos. Las luces son bajas y el espacio está ordenado con una pulcritud casi impersonal: sofá gris, mesa baja de cristal, una planta alta en la esquina que parece recién comprada. Me besa primero, con decisión. Yo respondo sin pensarlo demasiado. El contacto es inmediato, físico, directo. Sus labios son suaves pero firmes, y cuando su lengua roza la mía, siento cómo el cuerpo responde por inercia. Mis manos suben por su espalda notando la tensión de los músculos bajo la camisa. Ella me aprieta contra la pared del pasillo, y el calor se acumula rápido entre nosotras.

Sus dedos se cuelan bajo mi camiseta, recorren la piel de mi cintura con lentitud. Siento su respiración acelerada contra mi cuello cuando besa la línea de mi clavícula. Mi cuerpo reacciona de inmediato, y siento cómo los pezones se endurecen bajo la tela, igual que el pulso se concentra entre mis piernas, y un calor húmedo y familiar se extiende por dentro. La beso con más fuerza, enredo los dedos en su pelo, tiro suavemente para inclinarle la cabeza y acceder mejor a su boca.

Nos movemos hacia el dormitorio sin dejar de tocarnos. La ropa cae por el camino. Me empuja con suavidad sobre la cama y se coloca encima, dejando que su piel caliente acaricie la mía. Sus manos recorren mis costados, suben hasta los pechos, los acarician hasta que me hace arquear la espalda. Bajo la mano por su abdomen, y noto los músculos contraerse bajo mis dedos, mientras

bajando hasta encontrar el calor húmedo entre sus piernas. Ella jadea contra mi boca cuando la toco, y mis dedos se deslizan con facilidad en su sexo, antes de empezar a moverlos en círculos.

—¿Te gusta así? —susurro, con voz ronca contra su oído.

—Sigue —responde—. No pares.

Todo es físico, intenso, urgente. Alba me gira con facilidad y se coloca detrás de mí, con sus pechos pegados a mi espalda y mete su mano entre mis piernas mientras la otra me sujeta por la cintura. Siento sus dedos entrar despacio, explorando mi interior, haciendo que me muerda el labio inferior. El placer sube en oleadas, rápido y preciso. Me corro con un gemido largo y ronco que no intento contener. Ella me sigue poco después, en una batalla que ambas ganamos.

Cuando terminamos, nos quedamos un rato así, respirando al mismo ritmo. Luego nos separamos con naturalidad y un rato después me visto y nos despedimos con un beso breve y sonrisas tranquilas. Un «ya hablaremos» que en realidad no exige nada sale de sus labios, y bajo las escaleras con una sensación extraña en el estómago, como si hubiera hecho algo correcto pero incompleto.

Camino sola varias calles antes de pedir un taxi. Apoyo la cabeza contra la ventanilla y dejo que la ciudad pase en forma de luces borrosas.

En casa, dejo el bolso en la encimera de la cocina y me sirvo una copa de vino tinto. Me quito la chaqueta despacio, como si el cuerpo empezara a registrar el cansancio de golpe y me siento en el sofá, con la copa entre las manos, antes de grabar un mensaje de voz.

—Bueno… —empiezo, aclarando la garganta antes de continuar—. Informe de la primera cita. No ha estado mal, la verdad. Agradable, segura, bastante directa. —Hago una pausa mínima—. Pero no era del todo mi tipo, así que misión cumplida. Y sin complicaciones. Tal como dijimos.

Lo envío antes de pensármelo. Como si pararme pudiera hacerme decir algo que no quiero oír ni yo misma.

La respuesta de Roser llega minutos después.

Roser: Me alegra que lo hayas pasado bien.

Es escueto, demasiado escueto. Pero me digo que es normal. Que no tiene por qué decir más. Me termino el vino de un trago y dejo la copa en el fregadero.

—Es parte del juego —me repito en voz baja—. Solo eso.

Me doy una ducha rápida. El agua caliente me relaja los hombros, pero no consigue borrar del todo esa sensación extraña que se me ha instalado en el pecho. Me acuesto sin mirar el móvil, y cierro los ojos con la intención firme de dormir.

Pero lo que hago es adentrarme en una pesadilla inesperada. Conmigo de pie frente al altar mientras el color blanco me rodea. Las flores, los bancos, la luz que entra por los ventanales… Sonrío, pero esa sonrisa me duele en la cara. Busco su mirada entre la gente y no está.

El murmullo crece. El tiempo se estira hasta volverse insoportable y que llene de nuevo un vacío que me ha acompañado desde entonces.

Me despierto sobresaltada, con el corazón acelerado.

La habitación está en penumbra. Respiro hondo varias veces hasta que el pulso se calma dentro de mí, y me giro en la cama buscando una postura cómoda.

Antes de que cualquier otro pensamiento se abra en mi cabeza, aparece el nombre de Roser. Cierro los ojos con fuerza, como si pudiera borrar su sonrisa, y esa forma tan especial que tiene de mirar tras su cámara.

—Esto no es más que una máscara —me digo en silencio, refiriéndome a las citas. Estoy segura. Y sin más, dejo que el sueño

me vuelva a encontrar, mientras el nombre de Roser sigue flotando en algún rincón de mi cabeza.

9

Alexis

Mi hermano pequeño Nico, está de visita en Barcelona, y seguro que ha llegado con la misma energía caótica de siempre, como si la ciudad no pudiera intimidarlo ni aunque lo intentara con todas sus fuerzas. Yo, en cambio, llego a la cafetería arrastrando los pies, con las ojeras bien marcadas y ese cansancio acumulado que no se va ni durmiendo ocho horas seguidas. Es mi día libre, en teoría. En la práctica, me he vuelto a despertar temprano, como si el cuerpo no supiera qué hacer cuando no tiene horarios que cumplir ni turistas que guiar por las calles.

El local está en mi barrio, una cafetería luminosa de ventanales amplios, con un aroma cargadito de olor a café y bollería recién salida del horno. Veo a Nico enseguida. Está sentado junto a la ventana, revisando el móvil con el ceño ligeramente fruncido, y el maletín a los pies de la silla como si llevara el peso del mundo dentro.

—Mírate —dice nada más verme, levantando la vista con una amplia sonrisa—. Tienes cara de haber soñado con turistas insoportables toda la noche.

Dejo el bolso en la silla de enfrente y me inclino para darle dos besos rápidos, uno en cada mejilla.

—Algo así —respondo mientras me dejo caer frente a él soltando un suspiro—. Versiones distintas del mismo infierno. Uno con sandalias y calcetines, otro con el mapa al revés.

Se ríe sin filtros. Nico es dos años más joven que yo, pero a veces parece que tiene mucha más experiencia en la vida.

Pedimos café casi al mismo tiempo. Él, solo y sin azúcar. Yo, doble con un chorrito de leche. No hace ningún comentario, pero

levanta una ceja al ver a la camarera alejarse con la bandeja.

—Ha sido una semana larga —me justifico, aunque no me ha pedido que lo haga—. Y la anterior también. Y la de antes. Creo que llevo un mes sin saber qué día es.

—Tú siempre estás igual —contesta con diversión, apoyando los codos en la mesa—. ¿Cuánto llevábamos sin vernos? ¿Dos meses?

—Dos y medio —corrijo.

Nos miramos unos segundos, reconociendo ese espacio de tiempo que no parece mucho en el calendario pero que se nota en las pequeñas cosas: él ha adelgazado un poco, tiene ojeras, aunque las disimula mejor que yo, lleva el pelo más corto de lo que recordaba y viste con una mezcla de formalidad y dejadez; camisa clara bien planchada, vaqueros oscuros, zapatos limpios, pero ya con alguna marca de uso.

—¿Qué tal está mamá?

—Bien —dice enseguida, como si supiera exactamente lo que iba a salir de mi boca—. Sigue empeñada en que algún día estaremos los dos de vuelta en Zaragoza como si no hubiera pasado el tiempo.

Sonrío. Nuestra madre siempre ha tenido ese don para fingir que la vida se puede rebobinar y que todo vuelve a su sitio con una llamada y una comida familiar.

—¿Y la empresa? —pregunto, dando un sorbo al café que llega humeante.

—A tope —responde mientras remueve el suyo con la cucharilla—. Hay mucho trabajo, pocos fines de semana libres. Ya sabes cómo es esto. Mamá no para de decir que necesitamos más gente, pero luego no quiere delegar nada y no se toma ningún descanso. El otro día me pilló revisando presupuestos a las once de la noche y me dijo: «Nico, hijo, ve a dormir que mañana hay que

madrugar». Como si ella no estuviera haciendo lo mismo, ya la conoces.

Me río y niego con la cabeza.

—Clásico. ¿Y tú? ¿Sigues pensando en escaparte a montar tu propio negocio o ya has tirado la toalla?

Se encoge de hombros con las palabras de «ya veremos», pintadas en los ojos.

—A ratos sí, pero por ahora prefiero quedarme así. Alguien tiene que mantener el barco a flote mientras mamá sigue creyendo que puede capitanearlo todo sola.

—Tienes toda la razón —añado, bebiendo un sorbo de café.

—Por cierto —añade tras una pausa—, la oferta sigue en pie. Mamá insiste en que tendrías un puesto cuando quisieras. Sin presiones. Bueno, con su presión habitual, pero ya me entiendes —comenta, encogiéndose de hombros—. Te echa de menos.

Me llevo la taza a los labios de nuevo y dejo que el calor me recorra un poco el pecho antes de responder.

—Sabes que me gusta mi vida aquí —respondo sin dudarlo—. A pesar de todo, me gusta enseñar los rincones más especiales de Barcelona a la gente. Me gusta caminar por toda la ciudad con ellos, ver cómo se les ilumina la cara cuando descubren algo nuevo. Además, es una forma de conocer a gente maravillosa. Gente que no solo se queda en la superficie.

Nico me observa con atención.

—¿Y a quién has conocido para que haya llamado tu atención así?

Me quedo quieta un segundo. No porque la pregunta me incomode, sino porque no esperaba que fuese tan directo. Nico siempre ha tenido ese talento para ver más allá de lo evidente, para leer entre líneas sin ningún tipo de esfuerzo.

—Pues a una fotógrafa —admito, bajando la voz, aunque no haya nadie cerca—. Roser. Es nueva en la ciudad. Llegó hace poco y… no sé. Es una mujer distinta.

—Ajá —dice él, apoyando los codos en la mesa y mirándome con atención—. ¿Y…?

—Y… nada —respondo demasiado rápido, y me doy cuenta de que he sonado muy a la defensiva

Nico frunce el ceño con diversión.

—Alexis, por favor. Ese «nada» es sospechoso incluso para ti —se burla, y se cruza de brazos—. Cuando dices «nada» con esa cara, significa que hay mucho que contar.

Suelto una risa breve y niego con la cabeza.

—De verdad, no es lo que estás pensando. No es una historia de amor loco ni nada parecido. Hemos conectado muy bien como amigas.

—No estoy pensando eso —miente él con descaro—. Solo quiero que me lo cuentes.

Le cuento lo justo. Cómo llegué tarde a la boda de Marta, el encuentro casual en la finca, las conversaciones que han ido surgiendo después por mensajes y audios. Omito detalles íntimos. No por ocultarlos, sino porque todavía no sé muy bien dónde colocarlos en mi cabeza.

—¿Y entonces? —dice Nico despacio, cuando termino—. ¿A dónde va a llevar todo?

—No pienses lo que no es. Solo hicimos una especie de pacto —explico, bajando la voz—. Tener citas cada una con siete personas distintas. Sin implicarnos emocionalmente. Solo… experimentar para regresar al mercado, y ver qué pasa.

—¿Es una broma? —pregunta Nico sin disimular la sorpresa, abriendo mucho los ojos—. Pero si tú no eres de citas de una noche.

—No lo era —le corrijo, con una media sonrisa—. Ahora estoy en modo «probemos a ver qué pasa».

Nico me mira unos segundos en silencio, sé que le he preocupado.

—¿Y eso te hace feliz? —pregunta, directo.

Me quedo pensando. Remuevo el café que ya se ha enfriado un poco.

—No lo sé —admito con honestidad—. Pero tampoco me hace daño. O eso creo. Me mantiene ocupada. Me obliga a salir, a hablar con gente nueva. Y, no sé, me distrae de… otras cosas.

Nico asiente despacio, aceptando la respuesta, aunque no le convenza del todo.

—Bueno —dice, cambiando de tema con facilidad—. Al menos no estás prometiendo casarte con nadie en la segunda cita. Eso ya es un avance respecto a cierta persona que conocemos.

Levanto la vista, y estoy a punto de echarme a reír.

—Cuidado —le advierto, señalándolo con la cucharilla—. Terreno delicado.

—Bueno, ya sabes… —sonríe—. Me declaro el payaso oficial de la familia. Al menos esta vez no habrá tarta que devolver ni invitados reclamando regalos porque «se han dejado el sobre en casa» —añade, imitando la voz de nuestra tía Carmen—. Eso ya es un avance histórico.

Me río. Y lo hago de verdad. Nunca pensé que un comentario como este fuera a aliviarme así.

—Gracias —le digo y deslizo la mano sobre la mesa para acariciar la de él—. Por no tratarme como si fuera de cristal.

—Nunca lo he hecho —responde, serio por primera vez—. Y no voy a empezar ahora. Pero escucha. Lo que pasó no fue culpa tuya. Da igual cuántas veces lo repases en tu cabeza. En algún

momento encontrarás a alguien que te mire. Sin excusas. Sin dejarte plantada en el altar como si fueras un paquete olvidado.

Siento un nudo leve en el pecho, pero no aparto la mirada.

—Quien sabe… —Me encojo de hombros, intentando aligerar el momento.

Nico mira el reloj y se termina el café rápido.

—Tengo que verme con mi cliente en veinte minutos —dice—. Trabajo, ya sabes. No todos podemos vivir de pasear turistas por la Sagrada Familia —bromea, y vuelve a hacerme reír.

Nos levantamos al mismo tiempo. Me rodea con los brazos y me da un abrazo fuerte, de esos que colocan las cosas en su sitio, aunque sea por un momento. Aspiro el perfume de mi hermano, para recordarme que en él puedo regresar a mi hogar.

—Deberías pasarte por casa un fin de semana —añade cuando nos separamos—. Mamá se alegraría. Y yo también. Podríamos hacer una comida de las de antes.

—Lo haré —le aseguro—. Prometido.

El asiente, y cuando abandona la cafetería, lo veo alejarse por la acera, perdiéndose entre la gente. Me quedo unos segundos quieta, respirando en calma, con una maraña de pensamientos que ahora mismo soy incapaz de ordenar, como si así quisiera tener la excusa perfecta para no mirar de frente lo que está empezando a moverse dentro de mí.

10

Roser

Han pasado dos semanas desde que conocí a Alexis en la boda de Marta, y todavía me sorprende lo rápido que ciertas personas se pueden colar en tu rutina como si nada. No ha sido un tiempo largo en términos objetivos, pero hay encuentros que parecen doblar el calendario, como si el reloj se hubiera vuelto flexible a su alrededor y decidiera contar los minutos de otra manera cuando ella está cerca. He quedado con Marta y Josep para entregarles las fotografías de la boda, en un restaurante elegante cerca del Passeig de Gràcia, uno de esos lugares que podría estar fotografiando hasta el mismísimo descanso.

Llego con antelación, como siempre. Me siento cerca de una de las ventanas que da a la calle, coloco la mochila a mis pies con cuidado y saco la cámara casi por inercia, como si el espacio me exigiera mirarlo con más atención. Las mesas de madera reflejan la luz suave de media mañana, los cubiertos brillan, el murmullo de las conversaciones se mezcla con el tintinear delicado de las copas al chocar. Hay algo armónico en el conjunto que me pide ser capturado, aunque no haya venido a trabajar. Ajusto el enfoque en un detalle mínimo y empiezo a hacer lo que más me gusta. Disparo dos veces. Bajo la cámara y respiro hondo. El corazón me late un poco más rápido de lo normal, y no sé si es por la espera o por saber que Alexis también va a venir con ellos.

Los veo entrar desde lejos. Marta camina todavía con ese brillo especial que dejan las bodas y los días felices recién estrenados. Es una mujer de estatura media, pelo castaño claro cortado a la altura de los hombros, ojos grandes y expresivos que parecen sonreír incluso antes que su boca. Lo que yo describo como felicidad pura. Lleva un vestido sencillo de color azul oscuro que le

sienta muy natural, y se nota que ha aprendido a moverse con confianza dentro de su propia piel. A su lado va Josep, relajado, con la mano apoyada en su espalda baja como si ese gesto ya formara parte de su anatomía compartida. Y un poco detrás, con una sonrisa ladeada que ya reconozco, viene Alexis.

No puedo evitar mirarla con intensidad y captar cada pequeño detalle en ella. Lleva unos pantalones claros de corte recto y una camisa remangada hasta los codos, el pelo recogido de manera informal con algunos mechones escapándose con rebeldía alrededor del rostro. Me encanta cómo el pelo le acaricia las mejillas, y no puedo evitar hacerle una fotografía de incógnito, porque ha sido inevitable, ajustar el encuadre mental antes incluso de mover la cámara.

—Roser —dice Marta al verme, y se acerca con los brazos abiertos para darme un abrazo sincero y cálido—. Qué alegría verte. Gracias por venir hasta aquí.

—El placer es mío —respondo, devolviéndole el abrazo con la misma intensidad—. Ya tengo todas las fotos listas. Espero que os gusten tanto como a mí me gustó hacerlas.

—Tenía muchas ganas de verlas —añade Josep, estrechándome la mano con firmeza—. Alexis no ha parado de hablar de ellas desde la boda. Dice que son mágicas.

Ella se inclina hacia mí y me da dos besos suaves, uno en cada mejilla, con esa cercanía natural que ya no me sorprende para nada. Su perfume llega sutil, y se queda un rato más en mi piel.

—Hola, fotógrafa —habla en voz baja, como si esto fuera un secreto—. ¿Lista para hacernos llorar de emoción?

Sonrío sin poder evitarlo y saco el sobre con el pendrive del bolsillo lateral de la mochila.

—Aquí tenéis —digo, entregándoselo a Marta—. Están todas las fotos editadas, más una selección en alta resolución para imprimir si queréis. Y un par de álbumes digitales que podéis compartir con la familia.

Marta lo guarda con cuidado en su bolso como si fuera un tesoro. Y después abro el portátil para enseñarle una pequeña selección que he hecho para este momento.

Las imágenes empiezan a pasar en la pantalla y no puedo evitar fijarme en la emoción que se refleja en los ojos de ambos, incluso en los de Alexis, que de vez en cuando me observa con una sonrisa.

—Me alegra mucho haberle hecho caso a mi madre y contratarte para la boda —asegura mientras apoya la espalda en el respaldo—. Las fotos son preciosas, y estoy deseando verlas todas en bucle.

—Gracias —respondo, y noto cómo se me relajan los hombros. A pesar de mi experiencia, debo reconocer que esto me sigue poniendo nerviosa—. Me alegra que os hayan gustado. Y espero que sea así con el reportaje completo.

Josep pide una botella de agua con gas y tres copas. Mientras esperamos, Marta se inclina hacia mí.

—Por cierto —añade con curiosidad—, ¿cómo están Jordi y Montserrat? Mi madre hace tiempo que no los ve. ¿Siguen igual de activos?

—Muy bien —contesto—. No están especialmente contentos con que me haya mudado tan lejos, pero están bien. Papá sigue convencido de que la jubilación no es lo suyo y mamá inició hace unas semanas clases de pintura. Supongo que necesitan tiempo para acostumbrarse a no tenerme a dos calles de distancia.

Alexis interviene con naturalidad, apoyando los codos en la mesa.

—Barcelona te va a acabar enamorando, si no lo ha hecho ya… —dice, y me dedica un guiño rápido que me provoca un calor inesperado en el pecho—. Aunque entiendo a tus padres. Dejar ir a una hija tan increíble como tú no debe ser fácil.

Bajo la mirada un segundo, como si necesitara recolocar algo dentro de mí.

—La verdad es que lo llevan como pueden —respondo—. Pero sí, vivir aquí me está gustando mucho. Hay días que salgo a caminar sin rumbo y acabo descubriendo sitios que me inspiran muchísimo. Ya no sé cuántas memorias he llenado.

Marta sonríe.

—Pues eso es señal de que ya estás dentro. Eso es lo que tiene Barcelona, que te atrapa y cuando te das cuenta ya no quieres irte.

—Dudo que lo haga… —añado, y todos levantamos los vasos para brindar.

Los novios se despiden poco después, no sin antes insistir en que nos veamos pronto.

—Te recomendaremos sin dudarlo —promete Marta mientras se levanta—. Y a ver si quedamos para una barbacoa cualquier día. Los cuatro. Sería genial.

—Cuando queráis —responde Alexis con una sonrisa amplia—. Yo pongo el vino. Y si hace falta, también llevo el carbón y… por supuesto, la actitud.

Josep ríe y me da un abrazo breve.

—Gracias de nuevo, Roser. Ha sido un placer.

Los veo marcharse de la mano, caminando hacia la salida con esa complicidad natural que tienen las parejas que acaban de empezar algo maravilloso. Durante unos segundos el restaurante parece quedarse en silencio. Alexis y yo nos miramos sin decir nada, como si estuviéramos decidiendo de forma tácita qué hacer con el tiempo que nos queda.

—¿Comemos? —pregunta ella, con una sonrisa tranquila.

—Claro —respondo—. Me muero de hambre.

Cambiamos de mesa y nos sentamos junto a la ventana que da al paseo. Pedimos una ensalada templada con queso de cabra y frutos secos para empezar y luego pasta fresca. Alexis con salsa de setas y parmesano; yo, con tomate natural y albahaca fresca. Mientras esperamos, apoyo los codos sobre la mesa y me observo las manos, inquietas sin motivo aparente. Alexis se da cuenta.

—¿Va todo bien? —pregunta, inclinándose un poco hacia mí.

Asiento despacio.

—Sí. Solo… creo que tengo cansancio acumulado. Y un poco de nervios, supongo.

—¿Nervios por entregar las fotos o por otra cosa? —insiste Alexis.

Sonrío, «pillada».

—Un poco de las dos. Siempre me pongo nerviosa cuando entrego un trabajo importante.

Ella se ríe. La conversación deriva pronto hacia nuestras citas, como si fuera el tema inevitable de esta etapa. Antes de ayer nos vimos con otra persona más, y la verdad es que mi cita fue un desastre.

Le cuento la mía con una chica que se llamaba Irene, demasiado formal para mi gusto. Alexis se ríe cuando le explico cómo me habló durante veinte minutos seguidos de su rutina de entrenamiento sin preguntarme ni una sola vez qué hacía yo en mi día a día.

—¿Y tú? —pregunto cuando termino, dando un sorbo al agua con gas.

—Pues fue con un chico. De vez en cuando me doy el gusto —responde, encogiéndose de hombros—. Pablo, muy seguro de sí mismo. Demasiado. Me explicó su plan de vida a cinco años en la primera cerveza. Incluía hipoteca, perro y dos hijos con nombres que ya tenía escogidos. Yo solo asentía mientras pensaba «este

hombre ya tiene mi futuro decidido y ni siquiera sabe cómo tomo el café».

Las dos nos echamos a reír.

—¿Y tú qué hiciste?

—Terminarme la cerveza y fingir que tenía una llamada urgente de mi jefa —miente, poniendo una voz dramática—. Le dije que era una emergencia profesional. Creo que se quedó esperando el taxi media hora por si volvía.

—Eres terrible —respondo entre risas.

—Más bien práctica —corrige con una sonrisa traviesa—. Y tú, ¿te arrepentiste de tu cita?

—No —admito—. Solo me confirmó que no estoy segura de querer esto. No quiero conversaciones que parezcan entrevistas de trabajo. Quiero… no sé. Algo con más chispa. Que me haga reír sin esfuerzo.

Alexis me mira fijamente un segundo.

—Vamos, alguien como yo. ¿No?

Estoy a punto de atragantarme con el agua. El corazón me late un poco más fuerte. Ella estira la mano por encima de la mesa y roza mis dedos con los suyos, solo un instante.

—Por suerte no soy el único pez en el agua —añade, guiñándome el ojo.

—Esperemos…

Mientras comemos, noto cómo la rigidez inicial se va diluyendo. Alexis mastica despacio, se limpia los labios con la servilleta de tela, cruza las piernas bajo la mesa de forma que su pie roza el mío sin querer. Cada tanto, cuando ella ríe, echo la cabeza hacia atrás y me permito mirarla sin disimulo. «Qué guapa es».

Sin darme cuenta, empiezo a hablar de mi última relación. No entro en detalles dolorosos, pero las palabras salen de mis labios sin poder evitarlo.

—Dejé de sentirme yo misma —comento, y noto cómo mi voz pierde firmeza—. Como si todo lo que hacía tuviera que pasar primero por un filtro que no era mío. Al final me di cuenta de que estaba desapareciendo para que ella estuviera cómoda.

Alexis deja el tenedor sobre el plato y me mira con atención.

—Eso deja marcas… —murmura—. Pero no creo que deba definirte. Tú sigues siendo la misma mujer capaz de captar la luz como nadie. La misma que se ríe con todo el cuerpo cuando algo le hace gracia —añade, mirándome directamente—. Y mira que nos conocemos poco.

Trago saliva. Sus palabras no suenan grandilocuentes. Son sencillas, directas. Y por eso mismo, me llegan al corazón.

—A veces cuesta recordarlo —admito.

—Pues yo lo haré cada vez que sea necesario —responde.

Ella también se abre un poco después. Me habla de su familia, de la presión que sintió tras la boda fallida, de la sensación persistente de haber decepcionado a todos, aunque nadie se lo haya dicho nunca en voz alta.

—Ellos dicen que no… —admite, jugando con el borde de la servilleta—. Pero es lo que sentí, la verdad. Como si hubiera roto algo que no se podía arreglar con disculpas.

La miro con una ternura que no intento ocultar.

—Pues sea quien sea esa mujer… —digo—, ella se lo pierde. Porque tú vales mucho más que un altar vacío y unas fotos que nunca se hicieron.

Alexis sonríe, y la emoción en sus ojos me hace apartar un poco la mirada.

Pedimos café. Cuando llega, el sol ya ha cambiado de ángulo y la luz entra más dorada por los ventanales. Pagamos y nos levantamos casi al mismo tiempo.

—Tengo que irme —digo—. Mañana he quedado con otro cliente.

—Yo también —responde ella—. Pero… ¿nos vemos pronto?

Asiento.

—Por supuesto —prometo.

Nos despedimos con un abrazo breve, y cada una toma una dirección distinta al salir del restaurante.

Por la noche, ya en casa, el móvil vibra sobre la mesilla con un mensaje totalmente inesperado.

> **Paula**: He estado pensando mucho en ti. Creo que nos debemos una conversación, al menos, eso no deberías de negármelo.

Siento un nudo en el estómago. Apago la pantalla y me meto en la cama. «No pienso permitir que me destroces la vida».

Y, después de mucho tiempo, me lo creo un poco más. Cierro los ojos y pienso en Alexis. En su risa, en su forma de mirarme, en cómo hace que el tiempo se estire cuando estamos juntas, unas imágenes que me hacen sonreír en la oscuridad.

«Me alegro de haber venido a Barcelona».

11

Alexis

Hoy he quedado con Roser en el centro de Barcelona. Tengo un par de días libres antes de volver al trabajo y he decidido no llenarlos de planes inútiles ni de cosas que hacer por casa. Mi rutina habitual suele ser bastante previsible; despertarme temprano, aunque no tenga que hacerlo, preparar café mientras reviso los mensajes de los grupos de turistas, responder dudas que podrían resolverse con una búsqueda básica en Google, preparar recorridos, memorizar horarios que ya me sé de memoria, sonreír mucho, caminar aún más y contar historias una y otra vez como si fueran nuevas cada vez. Hay días en los que termino agotada, con los pies matándome y la voz cansada de tanto proyectarla hacia grupos que no siempre escuchan. Otros, en cambio, regreso a casa con una energía extraña, como si la ciudad me hubiera devuelto algo que no sabía que estaba buscando. Hoy no tengo que guiar a nadie. Hoy no tengo que fingir entusiasmo ni medir lo que digo. Hoy puedo caminar sin rumbo y sin obligación de explicar nada.

Quedamos cerca de Plaça Catalunya, en una esquina tranquila junto a la fuente. Llego puntual, algo raro en mí últimamente fuera del trabajo, y me apoyo en una barandilla mientras observo a la gente pasar con esa prisa colectiva que siempre tiene Barcelona. Hay un murmullo constante, un idioma compartido hecho de pasos rápidos, conversaciones superpuestas en varios idiomas y motores lejanos que nunca terminan de apagarse. La veo aparecer entre la multitud y sonrío sin darme cuenta. Lleva una mochila pequeña colgada de un hombro y la cámara cruzándole el pecho como si fuera una extensión natural de su cuerpo; ya me he acostumbrado a verla así. Viste vaqueros claros, camiseta sencilla y una chaqueta

ligera de mezclilla que le queda perfecta. Cuando me reconoce, acelera el paso, y yo diría que mi sonrisa se acentúa.

Nos damos un abrazo fuerte y noto su respiración contra mi cuello, su olor y el toque frutal del perfume que ya asocio con ella. Cuando nos separamos, me mira con atención, como si quisiera leerme entera en un vistazo.

—¿Cómo ha ido la semana? —me pregunta mientras se ajusta la correa de la cámara.

—Caótica, pero ya ves… nadie puede conmigo —respondo, encogiéndome de hombros—. No quiero ni pensar lo que vendrá en los próximos días. Ya tengo reservadas un montón de guías y los grupos piden cosas cada vez más raras.

Un escalofrío me recorre la espalda y hago un gesto exagerado, encogiéndome de hombros y sacudiendo los brazos como si intentara espantar una amenaza invisible.

Roser se ríe, y ese sonido me relaja de inmediato, como si alguien hubiera bajado el volumen del ruido interior.

—¿Y tú qué tal? —le pregunto—. Marta me ha dicho que le está hablando a todos de las fotos. Vas a estar hasta arriba de trabajo, seguro.

—De hecho, ya tengo un par de sesiones agendadas —responde, y su cara se ilumina un poco—. Otra boda la semana que viene y una cena importante.

—¿Dónde te toca la cena? —pregunto con curiosidad.

—En un restaurante bastante elegante, es una especie de presentación.

Levanto las cejas y sonrío con picardía.

—El lugar perfecto para una nueva cita —comento, moviendo las cejas con descaro—. Mesa reservada, luz tenue, vino caro… solo falta que el cliente te pida fotos de pareja y acabes posando tú también.

—Siempre pensando en lo mismo —responde Roser, negando con la cabeza, pero no parece molesta en absoluto—. Aunque, siendo sincera, la idea no suena tan mal si la compañía es buena.

Empezamos a caminar sin un rumbo fijo. Bajamos por el Portal de l'Àngel, esquivando turistas con mochilas enormes, tiendas de suvenires y prisas ajenas que parecen no tener fin. Roser camina despacio, observando los detalles con esa atención que nunca pasa desapercibida: un balcón lleno de plantas que trepan por la fachada, una sombra curiosa proyectada en una pared de piedra, el reflejo distorsionado de un escaparate en un charco de agua. A veces se detiene, levanta la cámara y dispara. Yo la espero sin decir nada, acostumbrada a leer ese lenguaje silencioso que tiene cuando algo le llama la atención.

—¿Te molesta que pare tanto? —pregunta ella en un momento, bajando la cámara con expresión ligeramente culpable.

—Al contrario —le respondo con sinceridad—. Me obliga a mirar de otra forma la ciudad, aunque la conozca como la palma de mi mano. Normalmente paso por aquí a toda prisa, contando cabezas para que no se me pierda nadie. Contigo me fijo en cosas que nunca había visto.

Ella sonríe, satisfecha, y seguimos avanzando. Llegamos al Gótico y le explico historias que repito a menudo en mis tours, pero adaptadas, más íntimas, sin el tono de guía. Le hablo de calles que cambiaron de nombre varias veces, de plazas que fueron mercados medievales, de edificios que esconden capas de tiempo bajo fachadas restauradas. Ella escucha con atención, asintiendo, haciendo preguntas precisas que demuestran que no solo me escucha, sino que quiere aprender de verdad.

—¿Sabías que esta calle se llamaba antes de los Sombrereros? —le digo mientras pasamos por una vía estrecha—. Aquí se concentraban los talleres de sombreros en el siglo XVIII. Dicen que el olor a fieltro y plumas llegaba hasta la catedral.

Roser se detiene y mira hacia arriba, como si intentara ver fantasmas de sombrereros trabajando.

—Me lo puedo imaginar. Y ahora solo hay tiendas de suvenires y turistas haciéndose fotos con palos selfie. El tiempo cambia todo demasiado rápido.

Encontramos un bar pequeño cerca de la Plaça del Rei. Nos sentamos en la terraza, compartiendo una mesa estrecha que apenas nos deja espacio para los codos. Pido dos cervezas sin consultarlo y, cuando llegan, chocamos los vasos con un tintineo alegre.

—Por sobrevivir a las semanas caóticas —brindo, alzando la jarra.

—Y por las que vendrán —añade ella, chocando la suya—. Que sean mucho más divertidas.

Bebemos un sorbo largo. El ambiente es tranquilo, a pesar del tránsito cercano. Roser apoya los codos en la mesa y juega con el posavasos entre los dedos, girándolo una y otra vez. Ya reconozco ese gesto. Está rumiando algo.

—Anoche recibí un mensaje de mi ex —suelta de pronto, sin preámbulos.

Levanto la mirada, atenta.

—¿Y?

—Nada nuevo. Lo de siempre: que ha estado pensando mucho en mí, que cree que nos debemos una conversación, que no puedo huir para siempre. Bla, bla, bla.

Hago una mueca.

—¿Y le respondiste?

—No —dice, y bebe otro sorbo de cerveza—. Apagué el móvil y me metí en la cama. Pero no dormí bien, la verdad. Me pasé la noche dando vueltas, recordando cosas que preferiría olvidar.

Asiento despacio.

—Viejos recuerdos que no te abandonan…

—Y que me gustaría no sufrir —confiesa—. Pero también me recordó por qué me fui. Porque no quiero volver a sentirme pequeña nunca más.

No intento decir nada ingenioso. Solo dejo que el silencio haga su trabajo. Ella respira hondo y me mira.

—Creo que va siendo hora de tomarse más en serio esto de las citas —añado después, con una media sonrisa.

—¿No podemos contar nuestras salidas como una? —bromea —. Porque así las sumo y acabamos antes.

—Ni hablar —respondo, con algo de diversión en mi voz—. Las reglas son las reglas. Aunque admito que la última fue un muermo, necesitamos darle vidilla a esto. —Me inclino hacia delante y amplío mi sonrisa—. Lo que molaría… —añado, casi sin pensarlo—, es tener una cita juntas. Con alguien más. Algo a cuatro. Así nos vigilamos mutuamente y nadie sale escaldada.

Roser me mira fijamente, como si intentara descifrar si hablo en serio o si estoy de broma.

—Bueno… —responde, poco después—, siendo tú mi guardaespaldas, a lo mejor y me lo paso hasta mejor. Pero que conste que, si la cita es un desastre, la culpa es tuya.

—Trato hecho —respondo, extendiendo la mano por encima de la mesa—. Si sale mal, te invito a helado. Si sale bien… ya veremos.

Ella me estrecha la mano con fuerza y nos reímos al mismo tiempo. Terminamos las cervezas y seguimos paseando. Bajamos hacia el Born. Roser vuelve a sacar la cámara varias veces. Fotografía balcones llenos de flores, puertas antiguas con aldabas de bronce, una pareja de ancianos caminando despacio cogidos del brazo. Yo le explico detalles que no salen en las guías, historias pequeñas, casi invisibles.

—Podrías ser guía ¿sabes? —le digo mientras pasamos por una placita escondida—, unirlo a la fotografía.

—No sé yo —responde, guardando la cámara—. Estoy segura de que me pararía cada dos pasos y los grupos me lincharían.

—Quien sabe, yo creo que te los ganarías —le aseguro.

Caminamos hasta el Parc de la Ciutadella. Nos sentamos un rato en un banco junto al lago, observando a la gente pasar. No hablamos mucho. El sol empieza a bajar y la luz se vuelve un poco más dorada. Roser toma una última foto —un pato que nada tranquilo entre las barcas— y guarda la cámara con cuidado.

—Me lo he pasado muy bien —dice, girándose hacia mí.

—Y yo también —respondo—. Hacía tiempo que no me tomaba un día sin agenda ni prisas.

Nos levantamos y caminamos juntas hasta una esquina donde nuestros caminos se separan. Nos despedimos con otro abrazo, menos intenso que el de antes, pero igual de sincero. La veo alejarse con paso tranquilo y me quedo unos segundos quieta, respirando el aire templado de la tarde, con una calma extraña instalada en el pecho, como si algo estuviera encontrando su sitio dentro de mí. Porque el día me ha enseñado que esto también va de aprender a descubrir, que a veces lo mejor no es seguir las reglas al pie de la letra, sino atreverse a romperlas de vez en cuando.

12

Roser

El lugar del banquete está a las afueras de Barcelona, en una masía restaurada cerca de Sant Cugat, rodeada de viñedos todavía jóvenes que empiezan a mostrar sus primeros brotes y almendros que ya despliegan flores blancas y delicadas como papel de arroz. Llego con algo de antelación, como siempre hago cuando tengo una reunión importante con futuros clientes. Me gusta tener esos minutos previos para observar sin que nadie me hable, para recorrer mentalmente los espacios y escuchar lo que el sitio tiene que decir antes de que se llene de expectativas ajenas, de risas y de promesas que no se han pronunciado todavía.

La fachada de piedra refleja una luz suave de media mañana que parece acariciarla en lugar de golpearla. Hay un camino de grava fina que cruje bajo mis zapatos mientras avanzo hacia la entrada principal a paso lento. Respiro hondo varias veces. Imagino mesas redondas vestidas de blanco, copas alineadas como pequeños faros de cristal, centros de flores naturales que no roban el protagonismo a nadie y risas que todavía no existen pero que casi puedo escuchar flotando en el ambiente.

La pareja llega unos minutos después. Miriam y Damián. Ella es alta, de pelo oscuro recogido en una coleta baja que deja su rostro completamente despejado y resalta unos ojos verdes muy vivos, como si estuviera permanentemente a punto de sonreír o de soltar una ocurrencia inesperada. Lleva un jersey ligero de color crema y unos vaqueros de corte recto que le dan un aire relajado pero elegante. Él es algo más bajo, con barba cuidada de varios días y gafas redondas de montura fina que le confieren un aire reflexivo y amable. Caminan tomados de la mano con naturalidad, y ese gesto sencillo ya me dice mucho antes de que abran la boca.

—Roser, ¿verdad? —pregunta Miriam soltando la mano de Damián para acercarse con una sonrisa amplia y darme dos besos—. Teníamos muchas ganas de conocerte en persona después de ver tu portfolio.

—Encantada —respondo devolviéndole la sonrisa con una profesionalidad que esta vez no es fingida en absoluto—. Gracias por confiar en mí para un día tan especial.

Damián me estrecha la mano.

—También hemos visto tu trabajo en redes sociales —añade con una sonrisa en los labios—. Las fotos de la boda de Marta nos dejaron impresionados. No parecen para nada posadas, sino… vivas. Como si hubieras estado dentro de esas emociones en lugar de fuera apuntando con la cámara.

Esa palabra «emociones», me gusta tanto que casi se me escapa una sonrisa.

—Es justo lo que intento conseguir —les explico mientras saco la cámara del estuche y la cuelgo del cuello—. No me interesa tanto la perfección técnica como la verdad del momento. Las miradas, los gestos pequeños que nadie planea, lo que ocurre cuando las personas creen que nadie las está observando…

Miriam asiente con entusiasmo evidente.

—Eso es exactamente lo que queremos —dice—. Nada forzado ni artificial. Mi madre insiste en las fotos clásicas de toda la vida, ya sabes, todos en fila mirando a cámara con sonrisa fija, pero… —Se encoge de hombros con una mueca divertida—, nosotros no somos así. Queremos algo que cuando lo veamos dentro de veinte años nos haga decir «esto éramos nosotros de verdad».

—Podemos hacer algunas tradicionales para que nadie se sienta excluido —respondo con calma—. Unas cuantas grupales para la familia, los clásicos de los novios con los padres, con los amigos cercanos. Pero el grueso del reportaje puede ser más natural, más espontáneo. Me gusta trabajar casi en segundo plano. Que os olvidéis de que estoy ahí con la cámara.

Damián sonríe y mira a Miriam con complicidad.

—Eso nos tranquiliza mucho —añade—. Además, el espacio ayuda. No hay más que echarle un vistazo.

Entramos en el salón principal. El techo es alto, con vigas de madera oscura que contrastan con las paredes blancas. Los ventanales ocupan casi un lateral completo y dejan entrar una luz limpia que cae en diagonal sobre el suelo de baldosas con dibujos geométricos en tonos azules y terracota. Camino despacio, evaluando ángulos mentalmente, imaginando sombras al atardecer, posibles contraluces, momentos en los que la luz dorada pueda acariciar los rostros sin deslumbrar.

Levanto la cámara casi sin pensar y disparo un par de veces hacia los ventanales, capturando el reflejo de los viñedos en el cristal.

—¿Os importa que haga algunas fotos de referencia? —pregunto girándome hacia ellos.

—Al contrario —asegura Miriam con entusiasmo—. Nos encantaría verte trabajar. Es como ver magia en directo.

Les pido que se coloquen junto a una de las ventanas más grandes. No les doy instrucciones complejas, solo les pido que me miren. Lo hacen, y en ese intercambio silencioso aparece algo que ningún guion podría fabricar: una mirada cómplice, una sonrisa que se escapa, la forma en que sus hombros se relajan al mismo tiempo. Disparo varias veces, cambiando ligeramente el ángulo, buscando la profundidad de campo justa.

—Perfecto —murmuro bajando la cámara para revisar la pantalla—. El día de la boda, con la luz del atardecer entrando por aquí, este rincón puede ser mágico. La calidez del sol bajo, los tonos dorados en vuestras caras… va a quedar precioso.

Miriam se gira hacia Damián y le aprieta la mano con fuerza.

—¿Ves? Te lo dije —le susurra, aunque lo suficientemente alto para que yo lo oiga—. Sabía que ella era la persona adecuada.

Seguimos recorriendo el exterior. Hay un jardín amplio con olivos centenarios de troncos retorcidos y una pequeña pérgola cubierta de enredaderas que empiezan a brotar. Me agacho para captar la textura de la grava bajo la luz, el contraste entre el verde intenso de la hierba y la piedra antigua, el movimiento sutil de las hojas cuando pasa una ráfaga de viento. Pienso en cómo colocarme para no interferir en la ceremonia, en qué distancia usar para capturar esa emoción, en cómo moverme sin que mis pasos en la grava delaten mi presencia.

Mientras ellos comentan dónde irá el altar —justo bajo la pérgola, para que las flores naturales formen un marco vivo—, mi móvil vibra en el bolsillo de la chaqueta. Una vez. Dos. Tres veces seguidas.

El sonido es discreto, pero para mí es como un golpe seco en el pecho. Intento ignorarlo. Sigo escuchando a Damián hablar sobre la distribución de las mesas —quieren que los amigos cercanos estén casi unidos a ellos, pero sin que parezca forzado—, pero la vibración regresa, insistente, como si alguien estuviera llamando a una puerta que ya he cerrado con doble vuelta.

Me aparto unos pasos con discreción y saco el teléfono. Todos los mensajes son de Paula.

Siento cómo la sangre se me retira del rostro de golpe.

«¿Podemos hablar?». «Roser, contéstame». «No puedes desaparecer así». «Tu madre me ha dicho que estás bien.»

Mi respiración se vuelve irregular. Las letras parecen moverse en la pantalla. Un calor desagradable me sube por el cuello y se instala en las mejillas.

—¿Te encuentras bien? —escucho a Miriam a mi espalda—. Te has quedado pálida de repente.

Guardo el móvil demasiado rápido, casi con torpeza.

—Sí, sí, no os preocupéis —respondo forzando una sonrisa que sé que no convence a nadie—. Solo estaba pensando en cómo

voy a hacer las tomas cuando el sol esté más alto. A veces la luz cambia tanto que hay que ajustar las cosas sobre la marcha.

Me escucho mentir y me avergüenzo un poco, pero no puedo explicarles esto. Miriam me observa un segundo más, como si dudara entre insistir o dejarlo pasar, pero finalmente asiente con una sonrisa amable.

—Es un sitio precioso —añado retomando el tono profesional con esfuerzo—. Estoy segura de que la boda va a ir de maravilla. Tenéis un escenario perfecto.

Seguimos unos minutos más afinando detalles logísticos. Tomo un par de fotografías adicionales de ellos caminando por el jardín, riéndose de algo que no alcanzo a oír. Intento concentrarme en el encuadre, en la composición, en la luz que cae sobre sus rostros, en cualquier cosa que no sea el teléfono que pesa en mi bolsillo.

Cuando terminamos, nos despedimos con dos besos sinceros.

—Gracias por venir hasta aquí —dice Damián—. Nos quedamos muy tranquilos sabiendo que tú serás la fotógrafa.

—Yo también —respondo—. Va a ser un día precioso. Os lo prometo.

Los veo alejarse hacia el aparcamiento cogidos de la mano. Cuando desaparecen detrás de los olivos, el silencio del lugar se vuelve más denso. El viento mueve ligeramente las hojas y trae un aroma fresco de hierba mojada. Saco el móvil con dedos temblorosos.

Tengo otro mensaje nuevo.

Paula: Te echo de menos.

El corazón me late con fuerza en los oídos. Durante unos segundos dudo. Podría bloquearla de una vez. Podría no responder nunca más. Podría borrar su número y fingir que nunca existió. Pero

hay algo dentro de mí que necesita cerrar esto de frente, aunque sea doloroso.

Llamo a su número antes de arrepentirme.

Tarda dos tonos en contestar.

—Sabía que acabarías haciéndome caso —dice Paula con ese tono que siempre usaba cuando sabía que tenía el control.

Aprieto el teléfono contra la oreja hasta que me duele.

—Déjame en paz —empiezo—. ¿Es que no te ha quedado claro que ya no quiero nada contigo?

Hay un breve silencio al otro lado.

—¿Estás segura? —responde y enseguida me enerva—. Porque no es lo que tu madre me ha dicho. De hecho, tengo muy claro que me echas de menos, aunque no lo admitas.

Cierro los ojos. Me apoyo contra la pared de piedra de la masía, áspera y fría contra mi espalda.

—¿Echarte de menos? —repito incrédula—. ¿De verdad crees que deseo que me controles, que me digas qué tengo que hacer, que me anules poco a poco hasta que no sepa quién soy?

—No seas tan exagerada, Roser —replica ella con un suspiro teatral que me revuelve el estómago—. Jamás hice eso. Yo no tengo la culpa de lo que a ti te pasaba y de que no estuvieras satisfecha con tu vida.

Esa frase. Siempre esa frase. Como si mi infelicidad fuera solo un defecto mío y no una consecuencia directa de su forma de tratarme.

—No mezcles las cosas —respondo, notando cómo las manos me sudan y el pulso se me acelera—. Sabes muy bien cómo me hacía sentir estar contigo. Pequeña. Invisible. Equivocada todo el tiempo.

—Pues que yo sepa estabas muy acompañada —insiste.

La rabia me da un impulso inesperado.

—Mira, déjame tranquila —digo, marcando cada palabra con claridad—. No vuelvas a llamarme. No vuelvas a visitar a mis padres. No tienes ningún derecho a meterte en mi vida nunca más.

—Roser…

No la dejo terminar. Cuando cuelgo, el teléfono casi se me resbala de los dedos. Lo sujeto con ambas manos y apoyo la espalda contra la pared con fuerza. Mis piernas tiemblan. Siento un zumbido en los oídos, como si el mundo se hubiera reducido a un punto muy pequeño y asfixiante.

Me cubro la cara con una mano mientras lloro, avergonzada incluso de estar sola. Las lágrimas me nublan la vista y me arden en la garganta. Recuerdos que creía archivados se abren paso sin permiso: Paula revisando mis mensajes, cuestionando cada encargo que aceptaba, insinuando que mis amistades no eran buena influencia, que mi trabajo era «inestable». Yo cediendo poco a poco, convencida de que amar también era adaptarse hasta desaparecer.

«Sin mí no sabrías qué hacer.»

Aprieto los labios con fuerza hasta que me duelen. No. No voy a permitir que esa voz vuelva a definir quién soy.

El primer impulso que tengo es escribir a Alexis. Contárselo todo. Decirle que me he sentido pequeña otra vez durante unos minutos, que me ha costado respirar, que todavía hay días en los que creo que no valgo lo suficiente. Imagino su respuesta rápida, su forma directa de decirme que soy más fuerte de lo que pienso.

Pero me invade un miedo absurdo. «¿Y si piensa que sigo atada al pasado?» «¿Y si le doy pena?» «¿Y si ve en mí a alguien frágil que necesita rescate constante?»

No quiero que me mire como a alguien roto. No quiero ser la chica que necesita que la salven.

Me seco las mejillas con la manga de la chaqueta y guardo el teléfono. El sonido de la grava bajo mis pies me resulta

extrañamente reconfortante, como si cada paso confirmara que sigo aquí, en el presente.

Cuando entro en mi piso un rato después, dejo la cámara sobre la mesa. Me quito la chaqueta y la cuelgo despacio en el perchero de la entrada. El salón está en penumbra. A través de la ventana veo cómo el cielo empieza a teñirse de tonos anaranjados y rosados. Pienso en Miriam y Damián, en su manera de mirarse, en la naturalidad con la que se tocan sin necesidad de demostrar nada. No quiero que el amor vuelva a parecerme una jaula. No quiero volver a perderme dentro de alguien más.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y cierro los ojos. Barcelona sigue siendo la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo. Alejarme fue necesario. Doloroso, sí, pero tengo muy claro que me llevará a un futuro mucho mejor.

13

Roser

El tren que trae a Pau a Barcelona llega temprano. Lo veo salir por las puertas automáticas de la estación con una mochila colgada al hombro y una sonrisa amplia que me transporta directamente a cuando compartíamos piso y planes imposibles que casi nunca llegábamos a cumplir. Corre hacia mí sin disimulo alguno y me levanta unos centímetros del suelo al abrazarme con esa fuerza desmedida que ha tenido desde que lo conozco.

—Estás guapísima —dice separándose para mirarme de arriba abajo con el ceño fruncido y las manos todavía apoyadas en mis hombros—. ¿Es que Barcelona te ha cambiado y no me lo has dicho?

Me río y le aparto las manos con suavidad.

—Debe ser la comida —bromeo mientras recupero el equilibrio —, pero encantada de que te hayas dado cuenta —añado, moviendo las cejas con diversión.

—Te echaba de menos —comenta, y vuelve a abrazarme.

Pau es alto, desgarbado en apariencia, pero con una elegancia natural cuando se mueve que siempre me ha parecido envidiable. Tiene el pelo castaño algo más largo que la última vez que lo vi y una barba incipiente que le queda de maravilla. Sus ojos claros siempre parecen estar tramando algo, incluso cuando está callado.

—¿Preparada para caer en la tentación? —pregunta echando a andar sin más preámbulos, como si llevara semanas esperando este momento—. Quiero que veas el local con tus propios ojos antes de que me des una respuesta definitiva.

Caminamos por el barrio de Gràcia hasta una calle tranquila, arbolada y luminosa, de esas que conservan el encanto antiguo de

esta ciudad. El local está en una esquina discreta, con un escaparate amplio que deja ver el interior y un letrero todavía provisional escrito a mano con tiza blanca. La zona tiene vida propia, pero sin ruido excesivo: hay una panadería en la acera de enfrente de la que sale un olor a pan recién hecho que invita a entrar, y una librería pequeña a pocos metros con un cartel que anuncia «libros que no podrás soltar». La luz entra limpia por los cristales, sin sombras agresivas, y el espacio parece respirar por sí solo.

Cuando cruzamos la puerta, el olor a pintura reciente y madera nueva me envuelve. El local no es muy grande, pero está bien distribuido. A la derecha hay un mostrador sencillo de madera para atender a los clientes, con estanterías detrás donde seguro que estarán las cámaras antiguas que Pau suele rescatar de diferentes mercadillos, y donde hay marcos vacíos esperando fotos y un par de lámparas de mesa que parecen sacadas de los años cincuenta. Al fondo, separado por una cortina gruesa de color gris perla, se adivina un pequeño estudio. A la izquierda, una puerta conduce a una habitación más íntima donde Pau planea instalar el área de revelado y una mesa de edición con dos monitores grandes.

—¿Qué te parece? —pregunta extendiendo los brazos como si me estuviera ofreciendo un palacio en lugar de un local de cincuenta metros cuadrados.

Camino despacio, rozando con los dedos la superficie lisa del mostrador, asomándome al estudio, imaginando ya los flashes, trípodes, el silencio previo a una nueva sesión de fotos. Me acerco luego a la pared principal, amplia y limpia, todavía desnuda, y paso la palma por el enlucido blanco.

—Aquí… —dice Pau colocándose a mi lado y dándome un leve codazo amistoso—, …quiero colgar fotografías propias. Y estoy deseando que tú también lo hagas. Imagínate: tus retratos al lado de los míos. Sería como una exposición permanente de lo mejor de los dos.

Me quedo mirándolo. Sonrío porque su entusiasmo es contagioso, pero por dentro siento una punzada que no puedo

evitar.

—Ahora que lo has visto con tus propios ojos, ¿qué me dices? —insiste, apoyando las manos en las caderas con una postura de «no pienso aceptar un no por respuesta».

Camino hasta la ventana y observo cómo la luz entra y dibuja rectángulos dorados en el suelo de madera.

—Es precioso —admito, ahora mirándole con una sonrisa—. Tiene carácter. Y está en un lugar perfecto. Mucha luz natural, buena ubicación, ambiente tranquilo… Todo lo que necesita un estudio como este.

—Eso no responde a mi pregunta —replica Pau cruzándose de brazos, pero sin perder la sonrisa.

Me giro hacia él y respiro hondo.

—No sé si mi fotografía es buena para esto —confieso—. Llevo tiempo haciendo bodas y eventos. Retratos espontáneos, momentos robados. No estoy segura de que encaje en un estudio donde la gente viene buscando algo más… y, sobre todo, diferente.

Pau abre la boca, indignado, con los ojos muy abiertos y las manos ya preparadas para soltar una de sus defensas, pero en ese preciso instante la puerta del local se abre y entran cuatro personas hablando a la vez, riendo entre ellos y trayendo consigo una ráfaga de aire fresco y olor a café de la calle.

Me quedo paralizada un segundo, porque no los esperaba aquí ni en sueños.

Irene es la primera en verme. Menuda; con ese pelo rizado que siempre parece tener vida propia y las gafas grandes que resbalan constantemente por su nariz, suelta un grito ahogado de emoción y corre hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Roser! —exclama mientras me envuelve en un abrazo que huele a vainilla—. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué haces tú aquí?

Detrás de ella entra Marcos, corpulento, con una sonrisa fácil que ilumina cualquier habitación y los brazos tatuados asomando

bajo las mangas remangadas de su camisa de cuadros. Me da un apretón fuerte en el hombro y me sacude un poco, como si quisiera comprobar que soy real.

—¡Pero si es la desaparecida! —comenta entre risas—. Pensábamos que Barcelona te habría tragado para siempre.

Alba aparece a continuación, con el pelo corto casi plateado y esa mirada intensa que parece atravesarlo todo sin esfuerzo. Se cruza de brazos un segundo, evaluándome, y luego sonríe de lado.

—Vaya, vaya. ¿Nos has echado de menos o ha tenido que traerte a la fuerza? —pregunta, refiriéndose a Pau.

Víctor cierra el grupo. Alto, delgado, con un estilo sobrio y pulcro que contrasta con el desorden creativo del resto.

—Te echábamos un montón de menos —confiesa él.

Me quedo quieta, rodeada por ellos, con el corazón latiéndome fuerte en el pecho. Miro a Pau, que está apoyado en el mostrador con los brazos cruzados y una sonrisa de oreja a oreja que no intenta disimular. Somos el grupo de amigos que siempre estábamos juntos hasta que… «hasta que tú la jodiste».

—¿Esto lo has organizado tú? —pregunto, todavía procesando la sorpresa.

Pau se encoge de hombros con fingida inocencia.

—Qué va. Han venido por casualidad.

Irene suelta una carcajada y le da un codazo.

—No le hagas caso —dice—. Este nos mandó un mensaje grupal hace tres días diciendo que tenía una sorpresa gorda y que viniéramos hoy sin falta. Nos ha tenido en vilo toda la semana.

Marcos asiente con entusiasmo.

—Y si tú estabas en la ecuación, no podíamos perdérnoslo. Os vamos a odiar un poco por dejarnos atrás y veniros a la gran ciudad.

Alba se acerca a la pared principal y pasa la mano por el color.

—El sitio es una pasada —comenta ella—. Y verte aquí, Roser, sería la guinda. ¿Te lo has pensado ya?

—Ya veo que Pau os tiene al día.

Siento un nudo en la garganta que no esperaba. No es solo la sorpresa. Es verlos a todos juntos otra vez, como si el tiempo no hubiera pasado, como si la distancia y las semanas que he estado aislada, además de lejos por la mudanza, no hubieran borrado nada de lo que éramos. Pau se acerca y me pasa un brazo por los hombros.

—No tienes por qué decidirlo hoy —comenta, solo para mí—. Pero quería que vieras que no estás sola. Que hay gente dispuesta a apostar por ti, aunque tú todavía dudes.

Miro a cada uno de ellos y el espacio una vez más. Y luego miro a mis amigos, que me observan con mucha ilusión. Pau niega, como si estuviera leyéndome el pensamiento.

—La señorita dice que no sabe si su fotografía está a la altura —anuncia para los demás.

—¿Estás de coña? —se escandaliza Irene llevándose una mano a la boca—. Roser, por favor. Tus fotos son de otro nivel. ¿Cuántas veces te hemos dicho que deberías montar algo propio?

Marcos niega con la cabeza y se cruza de brazos.

—Eres una excelente fotógrafa y lo sabes —añade él—. Lo que pasa es que sigues pensando que solo vales para bodas y eventos, y no es que lo desmerezca, pero todo sabemos que eso no es así.

Alba se cruza de brazos y me observa.

—Tienes que quitarte de la cabeza las opiniones que pudiera darte esa zorra —suelta sin anestesia alguna. Pau está a punto de atragantarse con la saliva—. Porque si no, vas a seguir dudando de ti misma hasta que te jubiles.

Me quedo boquiabierta. Durante un segundo nadie dice nada, y luego estallamos en carcajadas.

—No hacía falta tanto dramatismo —protesto, aunque siento un calor extraño en el pecho. Algo cercano a la gratitud.

—Sí hacía falta —replica Alba acercándose para darme un abrazo breve—. Te conozco. Cuando dudas así, no es por tu talento. Es porque todavía llevas voces antiguas en la cabeza que no te dejan avanzar.

Bajo la mirada un instante y luego sonrío, más relajada.

—Apenas he llegado a la ciudad y ya quiere atarme a un negocio —digo señalando a Pau con el dedo—. ¿Qué pasa, tienes miedo de que me escape otra vez?

—Soy un tipo con recursos, ¿qué esperabas? —responde él moviendo las cejas con picardía—. Además, sería una forma de pasar más tiempo juntos y así me cuentas más de esa novia, no novia que tienes por ahí.

El grupo se queda en silencio medio segundo.

—¡Cómo que novia! —gritan casi al unísono, con Irene y Alba a la cabeza.

Siento cómo se me calientan las mejillas al instante.

—No es mi novia —aclaro levantando las manos en señal de rendición—. Es… se llama Alexis. Es guía turística. Nos conocimos por casualidad en la primera boda que fotografié y… no sé. Estamos haciendo un experimento.

—¿Un experimento? —pregunta Víctor alzando una ceja.

—Queríamos ayudarnos a volver al mercado, así que planeamos tener siete citas cada una —explico encogiéndome de hombros—. Con personas distintas. Sin ningún tipo de compromiso emocional.

Irene abre mucho los ojos.

—¿Es un proyecto de investigación sentimental? —pregunta fascinada—. ¿Y cuántas llevas?

—Dos —respondo—. Y ya estoy pensando en mandar todo a la mierda.

—¿Por qué? —pregunta Marcos, extrañamente interesado—. ¿No ha habido chispa?

—No, no. Nada de eso —comento—. Es que… es agotador. Fingir interés, repetir historias, intentar sentir algo que no me nace. Y mientras tanto… tengo la mente en otra parte.

—¿En otra parte, o en otra persona? —insiste Marcos.

Pau me sonríe y niega con la cabeza.

—Lo que tienes que hacer es dejar de contar citas como si fueran puntos en un mapa —dice—. Las relaciones no son competiciones. Si alguien te gusta, ve a por ello. El resto son excusas.

Nos reímos, pero sus palabras se me quedan dentro como una semilla que empieza a germinar. Durante un rato olvido el peso de cualquier decisión. Solo existe el presente, la compañía de los chicos, el calor de la amistad que siempre será mi segunda familia.

Cuando dejamos el local, la noche ya ha caído. Nos despedimos con abrazos largos y Pau se queda un momento más conmigo, caminando en silencio por la calle tranquila.

—Ya sabes que no tienes que tomar una decisión ahora —me recuerda, deteniéndose bajo una farola.

—Lo sé —respondo.

—Eso sí… no te escondas detrás de un juego si ya sabes lo que sientes —añade—. Porque se te nota en la cara cada vez que hablas de esa chica.

Lo miro de reojo.

—No digas tonterías, eso sería un error de cálculo. Y tremendo, además —recalco.

Pau se encoge de hombros con naturalidad.

—De todo se aprende ¿no?

Nos abrazamos y antes de separarnos, me quedo unos segundos viviendo de esta tranquilidad.

De regreso a casa, la ciudad respira a mi alrededor con un murmullo constante. Pienso en lo fácil que sería elegir a alguien nuevo. Empezar desde cero, sin expectativas acumuladas. Alguien que no conozca mis dudas ni mis cicatrices. Pero cuando llego a mi piso, dejo las llaves en la mesa y me apoyo contra la puerta cerrada, mi último pensamiento no es para ninguna de esas posibilidades seguras.

Es para Alexis.

Para su risa cuando exagera una historia hasta hacerla absurda. Para la forma en que me mira. Para la calma que siento cuando caminamos sin rumbo y sin necesidad de llenar cada silencio. Tal vez lo complicado no sea empezar de nuevo, sino admitir que ya he empezado algo sin darme cuenta de ello.

14

Alexis

El local se llama El Nébula; suena demasiado poético para un sitio donde la gente viene a conocerse sin grandes pretensiones. Es uno de esos bares híbridos que esquivan las etiquetas, un punto intermedio perfecto para conversaciones que pueden terminar en cualquier otra parte. La iluminación es tenue, cálida en las mesas y más fría en la barra, pensada precisamente para que dos personas se sientan cerca sin que el resto del mundo te llegue a molestar. La música —una mezcla suave de pop indie y electrónica— flota en el ambiente y le da el toque perfecto para querer pasar aquí horas. Está escondido en una callejuela discreta del Eixample, lejos del bullicio turístico y de las terrazas abarrotadas.

Las mesas son pequeñas, redondas, estrictamente para dos, colocadas en filas que permiten circular sin tropezones. En una esquina larga se extiende la barra de madera oscura, y detrás una estantería altísima llena de botellas que capturan y devuelven destellos azules y violetas, como si el local tuviera su propio cielo nocturno en miniatura.

Aquí organizan citas rápidas LGBT varias noches a la semana; el personal —chicos y chicas con camisas negras impecables— se mueve rápido, señalando con un leve gesto de cabeza o un toque en el hombro cuándo ha llegado la hora de cambiar de pareja. Todo sucede rápido, bastante rápido en realidad, como si los asistentes ya hubiéramos firmado un contrato tácito con reglas que hay que cumplir sí o sí: ocho minutos, sonrisa de oreja a oreja, escucha activa, y al siguiente ligue.

Roser y yo llegamos juntas, aunque traemos energías que chocan nada más cruzar la puerta. Yo entro con el paso decidido de quien ha convertido estas noches en un ejercicio casi profesional.

Ella, en cambio, camina más despacio, se ajusta la chaqueta vaquera como si le apretara de repente, y se pasa los dedos por el flequillo con un tic nervioso que ya me sé de memoria. Le lanzo una sonrisa amplia para quitarle hierro al asunto y le guiño un ojo justo antes de que nos separen hacia mesas distintas. «Ánimo, que son solo ocho minutos cada una», le susurro al pasar. Ella pone los ojos en blanco, pero se le escapa una risita.

La tercera cita oficial ha empezado, aunque esta vez no hay perfiles previos, ni mensajes intercambiados. Son como cápsulas temporales: minutos que se abren, se llenan de palabras y se cierran sin dejar rastro aparente, ni oportunidad de más. «Salvo que hagas *match* con alguien, claro». Estar en El Nébula debería resultarme como una rutina, pero esta noche noto algo diferente en el aire, como si el local entero esperara por más.

Me siento en la primera mesa que me indican. Frente a mí lo hace una mujer de unos treinta y tantos, pelo castaño ondulado recogido en una coleta alta, gafas de montura fina y una camiseta con el logo de una banda que no reconozco. Se llama Laura, me dice casi antes de sentarse, y suelta una risa nerviosa que intenta disimular con un carraspeo.

—Vale, voy directa —empieza, apoyando los codos en la mesa —. Odio estas cosas. Me siento como en un *casting* para un programa cutre. ¿Tú también?

Suelto una carcajada.

—Un poco sí. Pero mira el lado positivo: si no cuaja, solo has perdido ocho minutos de tu vida. Es como ver un capítulo malo de una serie y cambiar de canal.

Ella se relaja visiblemente y asiente.

—Buen punto. Yo vengo porque mi mejor amiga me ha dicho que «necesito salir de mi burbuja». Y aquí estoy, en la burbuja más rara de Barcelona.

—¿Y qué haces cuando no estás saliendo de esas burbujas? — me intereso, inclinándome un poco hacia delante.

—Soy diseñadora gráfica *freelance*. Me paso el día entero delante de una pantalla corrigiendo y discutiendo con clientes que quieren «algo más… no sé, más impactante». ¿Y tú?

—Soy guía turística —respondo con una media sonrisa, encogiéndome un poco de hombros—. Llevo grupos por toda Barcelona casi todos los días: el Barrio Gótico, la Sagrada Familia, el Park Güell, Montjuïc, el Born… Lo típico. Explico la historia de la ciudad, cuento anécdotas, intento que no se pierdan entre los turistas que van mirando el móvil en vez del camino, y al final del tour les deseo que disfruten de la mejor paella.

Laura se inclina un poco hacia delante, interesada de verdad.

—¿Y te gusta? ¿No te cansas de repetir lo mismo mil veces?

—Me encanta, la verdad. Cada grupo es diferente y digamos que eso me mantiene viva. Además, me pagan por pasear por sitios bonitos y hablar sin parar, que es lo que mejor se me da. Aunque a veces, cuando llevo un grupo de veinte personas y uno se pierde porque se ha parado a comprar un imán, sí que pienso en cambiar de profesión.

Ella suelta una risa, totalmente genuina.

—Suena agotador, pero también divertido. ¿Tienes algún tour favorito?

—El de la Barcelona oscura, el que hago de noche por el antiguo barrio judío y las calles más estrechas del Gótico. Y además, les tengo prohibidos los móviles mientras les cuento las leyendas y diferentes historias… Es el único momento en que siento que controlo la atención de todo el grupo.

Laura asiente despacio, impresionada.

—Joder, eso sí que suena potente. Yo me apunto sin pensarlo. ¿Lo haces a menudo?

—Un par de veces al mes, cuando hay suficiente gente apuntada. Si te animas algún día, te reservo plaza.

Justo cuando la conversación estaba en lo mejor el camarero hace el gesto sutil de cambio. Laura me guiña un ojo antes de levantarse.

—No te olvides. Quiero ese tour nocturno. Y si al final me cuentas alguna historia chunga, mejor que mejor.

Me despido con un gesto de cabeza.

—Hecho. Si salimos vivas de aquí, la Barcelona oscura te espera.

La siguiente es María. Pelo corto teñido de azul eléctrico, piercing en la nariz y una energía que llena la mesa antes de que abra la boca. Se sienta y me mira de arriba abajo con una ceja arqueada.

—¿Te gustan las mujeres que saben lo que quieren?

Me quedo un segundo callada, sorprendida por el arranque.

—Depende del día. Hoy me apetecen las que van de frente.

—Perfecto, porque esa justo soy yo —responde, y cruza las piernas con decisión—. Trabajo en una productora de eventos. Organizo bodas de lujo, fiestas corporativas y todo ese tema. ¿Y tú?

—Soy guía turística —repito, y ya no me suena tan elegante como antes.

María asiente, pensativa y la conversación continúa.

—Suena a que te adaptas bien al caos. Eso me gusta. Si algún día quieres venir a una de mis fiestas, me avisas y te pongo en la lista VIP.

Le sonrío, divertida.

—¿Sin condiciones?

—Sin condiciones. Bueno, una: que me eches un ojo de vez en cuando.

Nos reímos y, cuando el cambio llega, nos damos un choque de puños ridículamente teatral que hace que el camarero de al lado

sonría por primera vez en toda la noche.

La tercera es Sole. Más tranquila, habla en voz más baja y sus manos no paran quietas ni un segundo. Se gira el anillo que lleva en el dedo índice una y otra vez. Me cuenta que es profesora de literatura en un instituto, que adora a Lorca y que odia los viernes porque siempre le toca corregir redacciones sobre «el amor en la era de las redes».

—¿Y cómo es eso del amor en redes? —le pregunto, queriendo saber más.

—Un desastre. Los chavales escriben poemas de quince líneas con tres corazones y creen que han reinventado el soneto. Luego llegan a clase y me miran como si yo fuera la anticuada por pedirles una métrica correcta. El mundo está perdido, la verdad.

—Qué agotador. No sé cómo sobrevives a eso.

—Leyendo a escondidas en el recreo —responde Sole—. Y viniendo aquí de vez en cuando para recordar que todavía existe la conversación cara a cara.

Hablamos de nuestros libros favoritos, de si el amor romántico es una estafa o una necesidad biológica. Cuando el tiempo se acaba, me mira con una sonrisa tímida.

—Ha sido… refrescante. Si algún día quieres tomar un café y discutir sobre literatura, aquí tienes mi número.

Me pasa una servilleta con el número garabateado y yo la guardo en el bolsillo trasero del vaquero, prometiéndome mentalmente que quizás la llame. Quizás. «Ha sido la más interesante de todas».

Las mesas siguen rotando en ese baile silencioso. Conversaciones que nacen, crecen un poco y mueren sin pena ni gloria. Una chica me habla de su obsesión por la kombucha; otra, de lo mucho que odia el olor a vainilla en los perfumes. Sonrío, asiento, hago algún comentario ingenioso que las haga reír, pero por dentro

siento que estoy actuando en piloto automático. Porque a pesar de que me han gustado las tres primeras citas, no estoy del todo aquí.

Cuando suena el último cambio y termina la ronda oficial, busco a Roser con la mirada. La localizo en la barra, de pie, con los codos apoyados y la vista perdida en algún punto del estante. Me acerco despacio y me coloco a su lado.

—¿Qué te apetece tomar? —le pregunto, rozándole el brazo con el mío.

—Algo fuerte —responde Roser sin pensarlo dos veces—. Con mucho alcohol.

Pedimos dos Moscow Mule bien cargados. El jengibre me pica en la lengua nada más dar el primer sorbo y la lima me despierta los sentidos. Chocamos los vasos y volvemos a beber sin pensarlo demasiado.

—¿Qué tal la experiencia? —pregunto, mirándola de reojo.

Roser se encoge de hombros, pero la verdad es que no convence a nadie. No me parece que esté tranquila, ni mucho menos.

—Normalita, la verdad. Tampoco esperaba gran cosa.

La observo mientras juega con la pajita, haciéndola girar en círculos lentos dentro del vaso.

—Venga ya —insisto, dándole un pequeño codazo—. No me vengas con eso. Seguro que alguna te ha hecho tilín.

Ella suspira, da un sorbo largo y echa un vistazo a nuestro alrededor antes de hablar.

—Vale, sí. Alguna, sí. Pero una en concreto me ha propuesto… algo que no entraba en mis planes de esta noche.

Levanto las cejas, intrigadísima.

—¿Algo cómo qué?

—Un trío —suelta sin anestesia, y luego se tapa la boca como si no pudiera creer que lo haya dicho en voz alta—. Directamente y

sin rodeos. ¿Te puedes creer? —Le da otro sorbo al cóctel.

No puedo contener la risa; me sale natural, y muy contagiosa. Aunque en Roser no hace ningún efecto.

—Madre mía. Pues yo firmaba ahora mismo un dos por uno. Porque, vamos, mi ronda ha sido un desastre absoluto.

«Qué mentirosa eres».

Roser tose con el trago que acababa de dar, y se gira hacia mí con los ojos como platos.

—¿Qué?

—Nada, nada —rectifico rápido, aunque sigo sonriendo—. Solo digo que, si hay que animar la noche, yo no me cierro a nada.

Niega con la cabeza, entre divertida y escandalizada.

—No me esperaba esa respuesta, pero para nada. ¿Vas en serio?

—¿No me ves capaz de ser un poco atrevida? —pregunto, ladeando la cabeza y acercándome un poco más a ella.

Nuestras respiraciones están a punto de mezclarse.

—No es eso… Es que… No sé. Me ha pillado desprevenida.

—Pues si te ha pillado desprevenida… —continúo, apoyando el codo en la barra y bajando la voz—, llama a esa chica y nos vamos las tres a algún sitio más tranquilo. Tú y yo ya nos conocemos, no nos va a resultar muy raro.

Roser abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir.

—¿Estás hablando en serio o me estás tomando el pelo?

La miro fijamente, sin sonreír esta vez.

—Completamente en serio. ¿Quién es la candidata? Señálamela sin que se note.

Ella duda un segundo, pero al final gira la cabeza con disimulo. No hace falta que diga nada. La reconozco al instante: está sentada sola en una mesa alta, con una copa de vino tinto en la

mano, mirando hacia nosotras —hacia Roser, en realidad— sin ningún pudor. Alta, piel morena preciosa, pelo rizado que acaricia con dulzura su cuello. Lleva una camisa negra con los primeros botones desabrochados, lo justo para insinuar la piel que brilla bajo la luz, y una mirada segura, directa.

—Mira —susurro, inclinándome hacia el oído de Roser—. Allí la tienes. Te está devorando con los ojos.

Roser resopla, pero se le escapa una sonrisa traicionera.

—Que me coma lo que quiera. No pienso ceder tan fácilmente.

—Tú déjame a mí —respondo, con un brillo juguetón en los ojos—. Ya lo has dicho: que te coma lo que quiera.

Me río y, aunque Roser me agarra del antebrazo intentando retenerme, me suelto con suavidad, le doy un apretón cariñoso en la mano y echo a andar hacia la mujer. Me planto frente a su mesa sin preámbulos, apoyo una mano en el respaldo de la silla vacía y la miro directamente a los ojos.

—¿Te ha gustado Roser? —pregunto sin rodeos, señalando con la cabeza a mi espalda.

Ella alza la vista despacio, da un sorbo largo a su copa, y se permite dejar que el silencio se estire un par de segundos antes de contestar.

—¿Y tú eres…?

Sonrío de oreja a oreja, inclinándome un poco hacia ella.

—Alguien que puede hacer más divertida esta noche.

15

Roser

El sonido de la puerta del piso de Elena, resuena en mi pecho cuando se cierra. El apartamento está en penumbra, solo iluminado por una lámpara de pie en el salón que proyecta una luz dorada y cálida sobre las paredes blancas. El aire huele a sándalo y a vainilla, como si alguien hubiera encendido una vela hace poco. Mis zapatos se hunden ligeramente en la alfombra del pasillo mientras Elena nos guía hacia el dormitorio sin decir una palabra. Siento el corazón latiéndome tan fuerte que estoy segura de que ellas pueden oírlo.

La cama es enorme, cubierta con sábanas blancas que parecen brillar bajo la luz tenue que Elena enciende nada más entrar. Hay un espejo antiguo frente a ella, un armario de madera y una ventana que da a un patio interior donde las hojas de una enredadera rozan el cristal. Elena se sienta en el borde del colchón y nos mira con una sonrisa lenta, confiada. Sus ojos oscuros brillan nada más vernos.

—Venid —murmura, extendiendo la mano.

Alexis se acerca primero. Yo me quedo un paso atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho, intentando controlar el temblor de mis dedos. Siento un nudo en el estómago por culpa de la excitación que se mezcla con un intenso miedo que me sube por la garganta. «Esto es una locura», pienso mientras veo cómo Elena tira de Alexis hacia ella. «No deberíamos estar aquí. Ni mucho menos… juntas».

Alexis y Elena se besan. Es un beso profundo, lento, y tengo la sensación de que dura toda una eternidad. Veo cómo las manos de Elena suben por los costados de Alexis, cómo enreda los dedos en su pelo. Un calor líquido se me instala entre las piernas. Quiero apartar la mirada, pero no puedo. Alexis gime bajito contra la boca

de Elena y ese sonido me atraviesa como una corriente. «Dios, cómo la deseo», admito en silencio. «Pero besarla, seguir con esto… cambiaría mucho las cosas».

Elena tira de mí suavemente. Me siento en la cama, al lado de ellas. Alexis se gira hacia mí y me mira atentamente, casi dibujando una sonrisa placentera. Se acerca despacio, como si me estuviera dando tiempo a escapar. Pero no lo hago. Y cuando sus labios tocan los míos, todo mi cuerpo se estremece. Su lengua roza la mía y yo respondo sin pensar. Sabe a lima y a deseo. Mis manos suben por su espalda, sintiendo el calor de su piel a través de la blusa. «Me encanta», pienso mientras mi corazón se acelera. «Me encanta besarla. Pero no debería».

Elena nos observa con una sonrisa. Se incorpora y besa mi hombro desnudo mientras yo sigo besando a Alexis. Sus labios son cálidos, su aliento me hace cosquillas en la piel. Poco a poco, la ropa desaparece. Nuestras manos se mueven rápidas, casi en un abrir y cerrar de ojos, y cuando me quedo desnuda, el aire fresco me eriza la piel. Elena me mira de arriba abajo con admiración y eso me hace sentir poderosa y vulnerable al mismo tiempo.

Alexis se coloca sobre Elena. La veo besar su cuello, bajar por su clavícula, tomar uno de sus pezones entre los labios. Elena arquea la espalda y suelta un gemido ronco que me hace apretar los muslos. Yo me quedo a un lado, acariciando el brazo de Elena, rozando su piel morena con las yemas de los dedos. Quiero tocar a Alexis, pero me contengo. Aunque quizá es peor ver lo que hace; cómo su lengua traza círculos lentos, cómo sus manos abren los muslos de Elena sin pensárselo dos veces.

Su forma de llevar el control.

Alexis baja más. Separa las piernas de Elena y la besa allí, primero por encima de las bragas, luego apartándolas. Elena gime más fuerte, y sus caderas se elevan. Yo me inclino y beso su cuello, sus pechos, pellizco suavemente sus pezones mientras Alexis la lame con dedicación. Veo cómo sus dedos entran en Elena, y cómo esta enreda las manos en el pelo de Alexis.

—Alexis… me voy a correr… —susurra, casi sin aliento.

Y lo hace. Su cuerpo convulsiona, tira un gemido largo y profundo que sale de su garganta mientras sus caderas se mueven contra la boca de Alexis. Yo sigo besándola, tragándome sus jadeos. Cuando Elena se relaja, Alexis sube y la besa en la boca. Luego Alexis se gira hacia mí. Sus ojos están oscuros de deseo. Se acerca gateando, desnuda, hermosa. Me besa de nuevo y esta vez el beso los siento casi desesperado. Sus manos bajan por mi espalda, agarran mis nalgas y me atraen contra ella. Siento su humedad contra mi muslo y eso me enciende de una forma que me deja sin aliento.

—Quiero hacer que te corras… —me dice al oído, mordiéndome el lóbulo poco después.

Yo solo puedo asentir, porque la verdad es que no tengo ni idea de cómo huir de esta maldita —pero excitante— locura. Me tumba de espaldas con cuidado. Sus labios recorren mi cuerpo: mis pechos, mi vientre, el interior de mis muslos… Cuando llega entre mis piernas, su lengua es suave pero insistente. Primero lame despacio, trazando círculos alrededor de mi clítoris. Luego introduce dos dedos y empieza a moverlos con un ritmo constante. Yo gimo, arqueando la espalda.

Elena se mueve entonces. Se arrodilla a mi lado izquierdo, inclinándose sobre mí. Sus labios encuentran mi cuello y lo recorren con varios besos, bajando hasta mi oreja. Su lengua roza el lóbulo mientras susurra:

—Eres preciosa…

Su mano derecha se desliza por mi costado, sube hasta mi pecho izquierdo y lo cubre por completo. Amasa despacio, pellizca el pezón con los dedos índice y pulgar, tirando con la presión justa para que un latigazo de placer me recorra toda la columna. Al mismo tiempo, su otra mano se posa en mi muslo derecho y lo abre un poco más, ayudando a Alexis a tener mejor acceso, casi rozando

también mi clítoris hinchado. El cosquilleo que se mezcla con el calor que sube desde donde Alexis me folla con los dedos.

Alexis acelera. Sus dedos entran y salen con más fuerza, curvándose cada vez que llegan al fondo. Elena aprovecha el momento para bajar la cabeza y tomar mi pezón derecho entre los labios. Lo chupa con suavidad al principio, luego con más intensidad, mientras su mano libre sube por mi abdomen, presionando ligeramente justo debajo de mi ombligo, como si quisiera sentir los movimientos de los dedos de Alexis a través de mi piel.

—Respira hondo… —me susurra Elena contra el pecho.

Sus palabras me encienden todavía más. Mis caderas se mueven solas, buscando más profundidad. Elena suelta mi pezón con un sonido húmedo y sube a besarme la boca. Su lengua invade la mía mientras su mano derecha sigue jugando con mi pecho izquierdo. Con la izquierda acaricia ahora mi cara, apartando varios mechones de mi frente, antes de obligarme a mirarla a los ojos mientras Alexis me lleva al borde.

Su pulgar roza mi clítoris en círculos rápidos. Elena, sin dejar de besarme, desliza su mano izquierda por debajo de mi nuca y me sujeta la cabeza, manteniéndome pegada a su boca. Con la derecha baja de nuevo, acaricia mi costado, mi cadera, y luego se une un poco más abajo: sus dedos rozan los de Alexis, sintiendo cómo entran y salen de mí, cómo mi cuerpo se contrae alrededor de ellos. No me penetra, solo acompaña el movimiento, presionando ligeramente la base de los dedos de Alexis para que entren más profundo.

El orgasmo me golpea de repente, intenso y profundo. Mi cuerpo se tensa, mis caderas se elevan, un gemido largo sale de mi garganta y Elena lo atrapa con un beso feroz. Siento cómo me contraigo alrededor de los dedos de Alexis, cómo mi humedad la cubre. Elena sigue besándome, tragándose cada sonido, mientras su mano derecha pellizca mi pezón una última vez, prolongando las olas de placer. Sus dedos en mi nuca me mantienen cerca, no me deja escapar del beso hasta que los temblores empiezan a calmarse.

Cuando por fin me relajo, jadeando, Elena se separa despacio. Me mira con una sonrisa satisfecha y acaricia mi mejilla con el dorso de la mano.

—Hermosa —susurra.

Alexis sube y me besa suavemente en los labios, en la frente, en las mejillas. Sus ojos me dicen algo que prefiero olvidar. Aunque Elena no me da permiso a profundizar en ello. Empuja a Alexis de espaldas y se coloca sobre ella. Su boca baja por el cuerpo de Alexis, dejando un rastro de besos húmedos. Cuando llega entre sus piernas, Elena la lame con maestría. Yo me tumbo al lado de Alexis y llevada por el éxtasis, la beso en la boca mientras mis manos acarician sus pechos, tirando suavemente de sus pezones.

Alexis gime contra mis labios. Sus caderas se mueven buscando más. Yo la beso con más profundidad y mientras Elena sigue lamiéndola, sus dedos entran y salen con ritmo perfecto. El cuerpo de Alexis se tensa, su espalda se arquea y poco después, se corre con fuerza mientras ahoga el gemido en mi boca.

El aire apenas entra en mis pulmones.

Elena rompe el silencio con una risa suave.

—Creo que necesito un vaso de agua… ¿alguien quiere?

Yo levanto la cabeza y miro a Alexis. Ella me devuelve la mirada. Sus ojos están brillantes.

—Quedaos aquí —hablo, aunque ni yo misma soy capaz de oírme—. Yo voy.

Me levanto de la cama con las piernas temblorosas. Mientras camino hacia la cocina, desnuda, con la piel todavía sensible al menor roce del aire, miro atrás una sola vez. Las dos siguen allí, enredadas en las sábanas, mirándome. Elena sonríe con pereza. Alexis me mira con una intensidad que me hace sentir mucho más desnuda.

En la cocina, abro el grifo y dejo que el agua fría caiga. Me mojo la nuca, intento calmar mi corazón. «Esto ha sido solo una

noche», me repito. Pero en el fondo sé que no es verdad.

Porque nada volverá a ser igual.

16

Alexis

Me despierto con la luz del sol colándose a traición por las rendijas de la persiana. Una corriente rara me recorre la piel, como si todavía llevara pegada la electricidad estática de lo que pasó anoche. Tengo la boca pastosa, como si hubiera dormido con un calcetín dentro, y la cabeza algo pesada; un pequeño recordatorio de que ayer el ambiente estuvo cargado de copas y algo mucho más potente que el mismo alcohol.

Me quedo unos segundos tumbada boca arriba, con las manos detrás de la nuca, mirando el techo como si ahí quisiera encontrar mi reflejo. Las imágenes de la noche regresan desordenadas, como diapositivas que alguien ha tirado al suelo: la risa grave y algo ronca de Elena, la forma en que Roser ladeó la cabeza y me miró fijamente antes de que yo me acercara a ella despacio para después saborear su cuerpo. Cierro los ojos un segundo y una ola cálida me atraviesa de pies a cabeza. No siento ninguna culpa por lo que hicimos, porque esto formaba parte del plan. Disfrutar sin complicaciones. Aunque no sé por qué, una vibración suave se me ha instalado en el pecho y me obliga a respirar hondo. Una y otra vez.

Me incorporo, me paso los dedos por el pelo revuelto y camino descalza hasta la cocina. El suelo está helado y me despierta los sentidos de golpe. Abro la ventana de par en par; entra un aire fresco, limpio, con el olor a bollería casera de la panadería de la esquina. Una forma de empezar el día con ventaja hacia los demás.

Decido que hoy me merezco un desayuno sin prisas antes de ir a trabajar. Tengo que darme mimos, así que pongo agua a hervir para el café, saco el pan de ayer —que todavía está decente—, corto dos rebanadas generosas, las tuesto y las unto con mantequilla mientras tarareo sin darme cuenta una melodía que ni siquiera sé de

dónde ha salido. Me gusta esta lentitud, como si al moverme en este ritmo pudiera ordenar el revoltijo de sensaciones que traigo desde que Roser y yo nos despedimos en la puerta de casa de Elena. Cuando el café sube y su aroma inunda la cocina, lo sirvo en mi taza preferida y me apoyo en la encimera, abrazando la taza con las dos manos para que el calor me atraviese todo el cuerpo.

Cojo el móvil casi por instinto, y dudo si escribir el mensaje. Pero al final lo hago.

Alexis: ¿Cómo ha amanecido mi fotógrafa favorita?

Pulso enviar y sonrío a solas. No sé por qué me la imagino todavía medio enredada en las sábanas, con el pelo hecho un desastre adorable y esa mueca de fastidio que pone cuando se siente un poco molesta. «Es increíble cómo empiezas a conocer a alguien aun con tan poco tiempo». Dejo el teléfono boca arriba sobre la mesa y doy un sorbo largo al café. Está fuerte, amargo en su punto justo, perfecto para despejar la niebla que aún me queda en la cabeza.

Después, decido darme un baño. Abro el grifo y permito que el agua caliente caiga hasta empañar el espejo y dejarlo opaco. Me miro un instante en el reflejo borroso y descubro en mis ojos una chispa nueva, algo vivo que llevaba tiempo apagado. Anoche cruzamos una línea que, aunque en ese momento me pareciera un acto sin importancia y un planazo de la hostia, sí tiene un peso importante.

Una vez bajo el chorro, acaricio mi cuerpo mientras me lavo, y la imagen de Roser aparece en mi cabeza. No me arrepiento de lo que pasó; simplemente constato que las cosas han cambiado un poco de sitio dentro de mí.

Me visto con un pantalón negro ajustado pero cómodo, una camiseta blanca de algodón, y una chaqueta oscura que me regaló mi madre hace dos inviernos y que nunca me ha fallado en el trabajo. A las dos tengo visita guiada en el Palau Güell; y

sumergirme en el interior del modernismo de Gaudí, va a ser una forma maravillosa de seguir con el día.

Llego allí con media hora de margen, lo justo para repasar la lista del grupo y respirar hondo antes de ponerme en modo «guía profesional». Son unas quince personas: varias parejas jóvenes con cámaras colgando del cuello, un matrimonio mayor con mapa en mano y un par de turistas solitarios que parecen muchísimo más interesados que el resto. Les recibo con una sonrisa maravillosa y los empiezo a guiar.

—Buenas tardes y bienvenidos al Palau Güell —comento y les hago una pequeña señal con la cabeza—. Hoy vamos a pasear por uno de los rincones más fascinantes del modernismo catalán. Por eso, os voy a pedir que no solo miréis lo que tenéis delante, sino que también dejéis volar un poco la imaginación, porque solo así vais a sentir lo que de verdad hay dentro de estas paredes.

Mientras hablo, camino despacio entre ellos, señalando las columnas del vestíbulo, los capiteles tallados con motivos vegetales, los juegos de luz que caen desde las ventanas altas y dibujan sombras imposibles en el suelo. Una mujer de unos cuarenta años, levanta la mano tímidamente.

—Perdone, ¿es verdad que aquí organizaban conciertos privados para amigos?

—Sí —contesto con entusiasmo y pongo atención en los sonidos de nuestro alrededor—. La música era casi un miembro más de la familia Güell. Cerrad los ojos un segundo y estoy segura de que podréis escuchar el sonido de las teclas del piano.

Casi todos los visitantes cierran los ojos obedientes. Me encanta ese momento en el que consigo que dejen de ser meros turistas y se convierten, aunque sea por unos minutos, en cómplices de la historia que los rodea.

Subimos por la escalera principal; mis manos dibujan en el aire cada explicación. Hablo de la chimenea central, de los mosaicos, de cómo Gaudí jugaba a dar forma a la luz como si fuera arcilla. Me

pierdo un rato en el relato, en la belleza del lugar. Pero en una pausa, cuando el grupo se dispersa para hacer varias fotografías, saco el móvil con disimulo. La pantalla está en blanco, no hay ni una sola palabra de Roser. Frunzo el ceño solo un instante y lo guardo rápido. «Tranquila, no pasa nada. No todo gira en torno a un wasap».

En el segundo piso me topo de bruces con Paquita. Está reuniendo a su propio grupo y, al verme, abre los brazos como si fuera a abrazar a medio mundo. Es una mujer muy poco protocolaría, pero así se le quiere.

«¿Cuánto hace que no nos vemos?»

—¡Pero mira quién ha decidido honrarnos con su presencia! —grita, provocando que la mayoría de turistas se giren—. ¿Pensabas seguir jugando a hacerte la desaparecida o qué?

No puedo evitar soltar una carcajada. Me acerco y nos fundimos en un abrazo fuerte, antes de darle un par de besos en las mejillas.

—Sabes que de vez en cuando necesito hibernar —le susurro al oído.

—Más bien desaparecer del mapa, reina —protesta ella—. Siempre has estado en otra liga.

Nos separamos riendo y me clava una mirada de reproche, aunque enseguida sonríe. Nos llevamos poco más de doce años, pero la verdad es que se ve espectacular. Algunas canas pintan su pelo castaño y tiene unos ojos negros penetrantes que son capaces de leerte el alma en dos segundos —lo ha hecho conmigo—. Su sonrisa está pintada de rojo y mientras se pasa las manos por su blusa estampada, echa un vistazo a su alrededor.

—Cuando acabes tu visita, nos tomamos un café —dice, acariciándose el colgante con una cruz que siempre lleva consigo—. Y no acepto un no por respuesta.

—Ni pensaba negarme.

Terminamos casi a la vez nuestras rutas. Cuando el último visitante nos deja, Paquita reaparece como por arte de magia.

—¿Ya puedo secuestrarte para charlar un rato? —bromea.

—Si lo haces con ese café, encantada —respondo guiñándole un ojo.

Salimos juntas al Passeig de Gràcia. La tarde está templadilla, muy agradable, de hecho. El cielo se tiñe de dorado y la ciudad bulle con ese ruido agradable de fondo. Mientras caminamos hacia la cafetería, miro el móvil otra vez. Sigue en blanco. Una punzada pequeña pero persistente se me clava en el pecho, aunque enseguida lo aparto mentalmente. «Estará liada con el trabajo seguro. No dramatices».

Nos sentamos junto a la ventana. El camarero, que ya nos conoce, nos trae dos cafés con leche bien servidos y un platito de galletas de mantequilla que huelen a infancia. Paquita cruza las manos sobre la mesa y me observa con seriedad, a pesar de que yo denoto cariño.

—Ahora. ¿Cómo estás? Ya han pasado… ¿seis meses desde aquello?

«Desde que me destrozaron el corazón dejándome tirada en el altar, sí», me gustaría decirle.

—Cinco, en realidad —corrijo casi sin querer, y me doy cuenta de que llevo la cuenta exacta grabada a fuego—. Y estoy… bien. Al principio fue duro, pero ya ves. Sobrevivo. Hasta sonrío a veces cuando recuerdo lo ridícula que me sentí.

La ironía se me escapa sin permiso. Doy un sorbo largo y miro hacia la calle para no sostenerle la mirada y que dé lugar a preguntas que no quiero responder.

Paquita suspira, pero sin el más mínimo de dramatismo.

—No tienes que hacerte la valiente conmigo, ¿eh? Siempre estuve en tu equipo, aunque no me pidieras el carné de socia.

—No pedí que nadie se pusiera de mi lado —replico, y me obligo a carraspear—. Perdón, no quería ser tan brusca.

Paquita niega y bebe de su café.

—No te preocupes, pero no me negarás que parece que te hayas mudado a otra ciudad. Apenas he sabido de ti, y eso que trabajamos de lo mismo y estamos en los mismos grupos.

Me encojo de hombros y suelto una pequeña risa.

—Supongo que fue la única forma que encontré de protegerme. Reduje mi círculo de conocidos al mínimo. Soy una cobarde, lo sé.

Paquita niega enseguida.

—No eres una cobarde. Estabas herida, hay una gran diferencia —recalca—. Me alegra muchísimo haberte vuelto a pillar en el pasillo. Cuando necesites desahogarte, ya sabes que puedes hablar conmigo.

La miro fijamente. De pronto me entran ganas enormes de contarle todo lo que he vivido en estas últimas semanas. Que Roser apareció de la nada con su cámara, demostrando también que es una mujer de bandera y que puede sobrevivir a los golpes más duros de la vida. Que siento que anoche no solo disfruté un trío divertido con ella y Elena, que sentí algo más profundo, que me dejó temblando no solo de placer sino de algo que se me ha anudado en el pecho y no sé cómo liberar. Pero las palabras se me atascan.

En vez de eso, sonrío de lado.

—Te he echado de menos, Paqui —prometo, buscando su mano para dejar una pequeña caricia—. Mucho.

—Y yo a ti, cabezota.

Terminamos el café entre risas, criticando a alguno de nuestros peores turistas. Al salir, ya se nota un poquito más de fresco. Nos despedimos con un abrazo largo y la veo alejarse con paso decidido y, cuando gira la esquina, saco el móvil por enésima vez. «Qué raro». La inquietud ya no es un pinchacito.

Camino sin rumbo fijo por las calles del Raval, dejando que el ruido de la ciudad me envuelva como una manta. Me detengo bajo una farola encendida y, antes de que el miedo me convenza de lo contrario, marco el número de Roser. Un tono. Dos. Aprieto el borde del bolsillo con los dedos libres hasta que la tela se arruga y el corazón me late en los oídos.

Y entonces, escucho su respiración.

—No me estarás ignorando a propósito, ¿verdad?

17

Roser

—No me estarás ignorando a propósito, ¿verdad?

Escucho la respiración de Alexis al otro lado de la línea, un suspiro corto que parece atrapado entre sus labios. Me aprieto el puente de la nariz con dos dedos, cierro los ojos un segundo y apoyo la frente contra la palma libre, como si con ese gesto ridículo pudiera ordenar el revoltijo de pensamientos que llevo dentro desde ayer.

—Perdóname, estaba metida de lleno en unas fotos y tengo la manía de poner el móvil en modo avión cuando edito —respondo, aunque miento en parte. Porque no siempre lo hago—. Si no, me distraigo y acabo perdiendo el hilo.

Las imágenes se despliegan ante mí en filas ordenadas: retratos nítidos, luces suaves, composiciones que en cualquier otro día me habrían hecho sonreír de satisfacción. Hoy solo las miro de pasada porque mi cabeza está en cualquier sitio menos en esos píxeles perfectos.

—Tranquila, solo estaba algo preocupada.

—Lo imaginaba, perdón —recalco.

La verdad es que he estado trabajando todo el día, pero no porque tenga alguna entrega importante, sino porque necesitaba desconectar del ruido emocional que me dejó lo que pasó anoche. Necesitaba perderme en el visor, ajustar enfoques, corregir sombras, concentrarme en detalles técnicos que no tuvieran nada que ver con sentimientos, con el aroma de su piel, con la mirada de Alexis pegada a la mía. Porque todavía llevo el sabor de sus labios, una resaca sentimental que no he podido quitarme con café, y que me tiene dando vueltas como un disco rayado.

—¿Dónde estás ahora? —pregunto mientras me recuesto en el respaldo de la silla y dejo que la cabeza cuelgue ligeramente hacia atrás, estirando el cuello para aliviar la tensión que se me ha instalado en la nuca.

—Acabo de salir de tomar un café con una amiga. Hacía siglos que no coincidíamos y… bueno, me ha venido bien ponerme al día con ella.

—Me alegro mucho —contesto, y lo digo de verdad, aunque una parte pequeñita y mezquina de mí se pregunta cuánto de esa alegría es por verla feliz y cuánto por sentir que no soy la única que tiene vida fuera de este lío que nos hemos montado.

Se produce un silencio breve. Al otro lado oigo el murmullo lejano de la ciudad: un claxon impaciente, pasos rápidos sobre el empedrado, su respiración que entra y sale con un ritmo irregular…

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Alexis, como si temiera seguir con la conversación—. Porque lo de anoche…

—Estuvo genial, no te preocupes —la interrumpo demasiado rápido. Me doy cuenta al instante y bajo el tono—. Aunque reconozco que a la próxima me cortaré un poco con los cócteles. Creo que el tercero ya estuvo de más.

Es una mentira a medias, envuelta en una risita que pretendo que suene creíble. Estuvo bien, sí. Fue intenso, libre, excitante hasta el punto de marearme. Elena estuvo muy segura de sí misma, directa, sabía exactamente dónde poner las manos y cómo moverlas para que las cosas fluyeran de maravilla. Pero lo que realmente me tiene descolocada no es ella. Es la forma en que Alexis tomó el control de mi cuerpo, en cómo me miró, la complicidad con la que me tocó, y…

—Menos mal —responde Alexis con una risilla—. Por un momento pensé que ibas a mandar el plan a la mierda y que no querrías saber nada más de mí.

La frase me cae como un cubo de agua fría.

«¿Solo le importa eso?», pienso mientras aprieto los labios para no soltar lo primero que se me viene a la cabeza.

Me trago las palabras, aprieto otra vez el puente de mi nariz y respondo fingiendo que las cosas van de maravilla. «De lujo, vamos».

—No, para nada. Todo está bien, me sigo manteniendo en mis trece de que ahora mismo, es lo único que quiero.

—Vale… pues entonces te dejo trabajar tranquila. Mañana hablamos, ¿de acuerdo?

—Claro. Buenas noches.

La llamada se corta y miro la pantalla del móvil como si pudiera obligarla a volver con la fuerza de la mirada. El silencio que se instala en el salón es tan espeso que casi se puede masticar.

—Mierda… —murmuro entre dientes.

Me paso ambas manos por la cara, presionando las mejillas hasta que siento el calor recorrer todo mi cuerpo. Me levanto del sofá y camino hasta la ventana. Barcelona se extiende ahí abajo con la luz de las farolas tiñendo las paredes de un color anaranjado precioso.

—Pau sabría qué hacer —susurro para mí misma, deseando que él estuviera en casa. Pero ha andado tan ocupado con la mudanza, que apenas nos hemos visto.

«No le des tantas vueltas, Roser», me diría ahora mismo. Yo, en cambio, me siento perdida en mitad de una cuerda floja, dispuesta a una caída sin red.

Respiro hondo varias veces, contando hasta cuatro al inhalar y al exhalar, como me enseñó una vez una app de meditación que descargué y nunca volví a abrir. Lo peor que puede hacer una persona con dudas emocionales es buscar distracción en la primera esquina disponible. Y, aun así, eso es exactamente lo que decido hacer.

Cierro el ordenador. Me miro en el espejo del pasillo y voy directa hacia la habitación. Allí, abro el armario de par en par. Paso los dedos por las perchas hasta detenerme en un vestido negro que compré hace dos años y que solo he usado tres veces porque siempre me parecía «demasiado». Lo deslizo por el cuerpo con movimientos lentos, subo la cremallera despacio y me quedo quieta frente al espejo. El tejido se pega a mis curvas con una naturalidad que me hace sonreír por primera vez en todo el día.

Me suelto el pelo, lo cepillo con paciencia hasta que cae brillante sobre los hombros y me siento frente al tocador para empezar a maquillarme. Me delineo los ojos con cuidado, alargando el trazo hacia fuera para que parezcan más grandes, me pongo la máscara de pestañas y después, pinto los labios en un rojo profundo, mate, que resalta de lo bonito que es.

Cuando termino, me observo unos segundos largos. No busco convertirme en otra persona. Busco recordarme que sigo siendo deseable, que puedo tomar decisiones propias, que mi cuerpo y mi cabeza aún saben moverse por instinto.

Me pongo unos tacones negros de altura moderada —los suficientes para sentirme poderosa pero no para romperme un tobillo en el primer adoquín. Ironía pura y dura soy yo, está claro—, cojo un bolso pequeño y salgo del piso antes de que la vocecita sensata de mi cabeza tenga tiempo de convencerme de quedarme en el sofá con una serie y un paquete de pipas.

La noche de jueves en el barrio San Antoni luce increíble. Las calles mantienen un equilibrio al que ya empiezo a acostumbrarme. Camino sin rumbo fijo al principio, dejándome llevar por el sonido de risas lejanas y el tintineo de las copas. Giro por calles que todavía no conozco del todo, observo escaparates iluminados, rostros anónimos que pasan deprisa. Hay algo liberador en ser invisible para todo el mundo menos para mí misma.

Después de varios minutos dando vueltas, casi sin darme cuenta, termino frente al Candy Darling. He oído hablar de este bar desde que llegué a Barcelona; un sitio discreto, acogedor, con luces

cálidas y música que invita a hablar más que a gritar. Empujo la puerta y entro.

El interior es íntimo, casi acogedor. Paredes cubiertas de fotografías en blanco y negro de iconos queer, espejos antiguos con marcos dorados, lámparas bajas que arrojan una luz ámbar sobre cada detalle que hay aquí dentro. El bar no está abarrotado, pero hay el bullicio justo, con la suficiente gente para sentirse acompañada.

Me acerco a la barra y me siento en uno de los taburetes altos.

—Un gin-tonic, por favor —pido al camarero con una sonrisa educada.

Mientras prepara la bebida, echo un vistazo al local con aparente indiferencia. Una pareja joven ríe en una mesa cercana, dos mujeres juegan al billar en el fondo, y una figura solitaria al otro extremo de la barra mira su teléfono con el ceño fruncido.

El camarero deja la copa delante de mí. El hielo tintinea contra el cristal con un sonido fresco. Doy un sorbo lento; el alcohol me baja por la garganta con una calidez familiar que me relaja los hombros.

Apoyo los codos en la barra y dejo que mi mirada recorra el espacio sin prisa. No estoy aquí por casualidad. Estoy aquí porque quiero comprobar algo: si lo de anoche fue solo un juego pasajero, si puedo replicar esa chispa con cualquiera, si soy capaz de desconectar el interruptor que Alexis ha encendido dentro de mí, sin permiso alguno.

Y entonces veo a mi próxima «conquista». Sería… ¿la cuarta cita? Creo que ya ni me acuerdo.

Está apoyada contra la pared, cerca de la vieja máquina de discos. Lleva una blusa que le acentúan el color de su piel, pantalones oscuros que le quedan perfectos y el pelo castaño liso cayéndole hasta los hombros. No sonríe abiertamente, pero sus ojos

recorren el local con un interés tranquilo, como si estuviera catalogando cada detalle sin urgencia.

Nuestras miradas se cruzan de inmediato. Ella no aparta la vista y yo tampoco.

Siento una chispa leve dentro de mí. Nada exagerado, pero más que suficiente. Como si fuera el inicio de un espectáculo de fuegos artificiales. «Vale, esto ya me gusta más».

Doy otro sorbo a mi copa, manteniendo el gesto relajado. Ella se acerca a la barra unos segundos después y pide una cerveza. Se coloca a dos taburetes de distancia, lo suficientemente cerca para que sea posible hablar, lo suficientemente lejos para que no parezca intencionado.

Podría girarme. Podría inclinarme y soltar cualquier frase que se me pase por la cabeza. Podría dejar que la noche fluya sin nombres, sin promesas, sin expectativas.

Mi mente regresa, de forma inevitable, a Alexis. A su voz hace apenas una hora. A ese «por un segundo pensé que mandarías el plan a la mierda». A la forma en que lo dijo, como si todo esto fuera un proyecto que hay que completar sí o sí para no dejar ningún cabo suelto en esto que se llama vida.

Aprieto los labios alrededor del borde de la copa.

Si para ella esto es solo un plan, un experimento divertido que debe seguir su curso para no romper las reglas invisibles que nos hemos inventado, entonces no debería dolerme hacer exactamente lo mismo. De hecho, hasta me resulta excitante.

La mujer vuelve a mirarme. Esta vez su boca se curva en una sonrisa mínima, casi tímida.

Sostengo su mirada un instante más largo.

El gin-tonic ya no me sabe tan fuerte. La música de fondo —una versión suave de algo de los ochenta— envuelve el espacio con delicadeza.

Doy el último sorbo a mi copa y camino hacia ella con pasos tranquilos, sin prisa, sintiendo cómo el tacón resuena suavemente contra el suelo de madera.

Cuando estoy a su lado, me apoyo en la barra y la miro de reojo.

—Hola. Soy Roser, encantada —me presento, y le tiendo la mano.

Si Alexis quiere que esto no signifique nada importante, entonces no significará nada importante.

18

Roser

El baño del Candy Darling no es muy grande, pero el cubículo del fondo ofrece el espacio preciso para que dos cuerpos impacientes se encuentren sin más preámbulos. La puerta se cierra, y de inmediato el mundo exterior se convierte en un rumor distante. La luz apenas nos alcanza, proyecta sombras largas y temblorosas sobre los azulejos blancos, algunos ligeramente desconchados en las juntas. El aire está cargado con el olor penetrante del desinfectante cítrico, mezclado ahora con el perfume suave y ligeramente floral de Teresa y el regusto persistente del gin-tonic que aún se me pega a la lengua y al paladar.

Teresa me empuja contra la pared, sin rudeza alguna pero tampoco con vacilaciones que den pie a dudas. La pared se clava en mi espalda a través de la tela fina del vestido y el contraste repentino me arranca un escalofrío que nace en la nuca y me recorre entera hasta la punta de los pies. Nuestras bocas chocan casi con urgencia contenida. Su lengua roza la mía y sabe a cerveza con un fondo de menta que se mezcla con el amargor alcohólico que llevo dentro; yo respondo hundiendo los dedos en su pelo, atrayéndola más cerca, como si en ese gesto pudiera fundirme con ella y borrar por un instante el revoltijo que traigo en la cabeza desde que salí de casa.

Sus manos se posan firmes en mi cintura, ascienden despacio por los costados hasta detenerse un segundo bajo mis axilas, como si midiera el terreno antes de avanzar. Luego bajan otra vez, recorren la curva de mis caderas con las palmas abiertas y se cuelan bajo el borde del vestido. La tela se arruga contra mis muslos cuando lo levanta lo justo, lo imprescindible para que sus dedos encuentren mi piel desnuda. Trazan líneas lentas, deliberadas, por el

interior de los muslos, subiendo poco a poco hasta que el roce me hace temblar. Cuando por fin alcanzan la tela de mi ropa interior, ya estoy empapada; el deseo que se ha ido acumulando desde la barra, desde esa primera mirada, se ha transformado en una urgencia que me nubla la vista y me acelera el pulso en las sienes.

Teresa exhala contra mi cuello un suspiro ronco que me eriza la piel de los brazos y de la nuca. Sus dedos apartan la tela con delicadeza y se deslizan dentro, explorando primero con círculos suaves, tanteando, para después presionar justo donde más lo necesito. Mi cadera se mueve por instinto hacia delante, busca más contacto, más fricción, más de todo. Un gemido se me escapa, bajo pero imposible de contener, y ella lo atrapa al instante con otro beso profundo, casi devorador, que me roba el aire.

No pienso quedarme atrás ni un segundo. Mis manos bajan por su torso, palpan la firmeza del abdomen bajo la blusa, sienten cómo se contraen los músculos bajo mis dedos. Llegan al botón del pantalón, lo desabrocho y bajo la cremallera lo suficiente para meter la mano dentro. Rozo la tela suave de su ropa interior y encuentro calor, una humedad que me recibe como una invitación. Teresa suelta un jadeo ahogado contra mi hombro cuando mis dedos se cuelan bajo la tela y empiezan a moverse con el mismo ritmo que ella ha impuesto en mí, como si hubiéramos ensayado esta coreografía en algún lugar secreto.

Nos sincronizamos sin necesidad de palabras ni de miradas. Sus dedos dentro de mí se curvan en ese ángulo perfecto que hace que mis rodillas flaqueen y que un calor líquido se expanda desde el centro hacia todas partes; los míos en ella presionan con el pulgar en círculos firmes mientras el índice y el medio se hunden un poco más. Nuestras respiraciones se entremezclan, rápidas, entrecortadas, casi desesperadas. El sudor me perla la nuca, una gota resbala lenta por mi columna vertebral y me obliga a arquearme contra los azulejos fríos, lo que hace que el contraste con el calor de nuestros cuerpos sea aún más intenso. El placer sube en

oleadas apretadas en el bajo vientre, y se enrolla como un muelle cada vez más tenso, a punto de saltar.

Teresa acelera sus movimientos, su pulgar encuentra mi clítoris y lo frota con una precisión que me arranca un jadeo; sus otros dedos mantienen ese vaivén dentro de mí que me vuelve completamente loca. Y los míos responden al instante. Ella aprieta los ojos con fuerza, con su frente se apoya contra la mía. Un gemido bajo, profundo, sale de su garganta y vibra contra mi piel como una corriente eléctrica.

El orgasmo me atraviesa de golpe, intenso, casi doloroso de tan necesario después de tanta contención. Mis músculos se contraen alrededor de sus dedos en espasmos que me sacuden entera, mi cuerpo se tensa como un arco a punto de romperse y luego se deshace en temblores incontrolables. Tengo que morder el interior de la mejilla con fuerza para no gritar; en su lugar, suelto un gemido ronco que se pierde en su boca cuando me besa para acallarme y tragarse el sonido. Las piernas me fallan un instante, pero ella me sostiene con el brazo libre alrededor de la cintura, manteniéndome pegada a la pared, impidiendo que me deslice al suelo.

Segundos después —o tal vez minutos, el tiempo se ha vuelto elástico—, Teresa llega también. Su cuerpo se endurece contra el mío, un estremecimiento la recorre de pies a cabeza como una ola que la atraviesa entera. Su gemido es profundo, casi un gruñido contenido que se le escapa entre los dientes apretados. Nos quedamos así unos instantes que parecen eternos.

Lentamente, con cuidado, retiramos las manos. Teresa se sube la cremallera de su pantalón y yo me bajo el vestido y aliso la tela arrugada con el dorso de las manos, intentando devolverle algo de dignidad a la prenda que ahora parece testigo mudo de lo que acaba de pasar. Nos miramos un segundo y nos separamos sin apenas decir nada.

Nos lavamos las manos en el lavabo del baño envueltas en este silencio. El espejo nos devuelve la imagen de dos mujeres

despeinadas, con el maquillaje ligeramente corrido bajo los ojos y una chispa todavía viva en la mirada. Salgo primero, y ella me sigue unos segundos después. El bar continúa exactamente igual, nadie parece haberse percatado de nuestra ausencia ni de lo que ha sucedido en el fondo del pasillo.

Pido la cuenta, pago en efectivo para no tener que esperar el cambio ni cruzar más palabras de las necesarias y salgo a la calle sin mirar atrás.

El aire frío de la noche me golpea la cara como un bofetón inesperado, me despeja la cabeza al instante y al mismo tiempo me recuerda que el alcohol todavía está dentro de mí. Camino deprisa, casi trotando contra el pavimento irregular de las calles. Las sensaciones se mezclan con el subidón de adrenalina en una niebla espesa que hace que las farolas giren ligeramente, que las aceras parezcan inclinarse hacia un lado y luego hacia el otro, como si la ciudad entera estuviera borracha conmigo.

Llego al portal con las piernas flojas, como si hubiera corrido una maratón en tacones. Subo las escaleras agarrándome a la barandilla y tengo que concentrarme tanto para abrir la puerta que las llaves, casi se me caen dos veces antes de acertar.

Entro en el piso, cierro la puerta con el hombro y dejo caer el bolso en cualquier sitio. Voy directa al baño, me arrodillo frente al váter justo cuando el estómago decide que ya ha tenido suficiente. Vomito con fuerza, con arcadas violentas que me sacuden el cuerpo entero. El sabor amargo del gin-tonic regresa multiplicado por mil, mezclado con un regusto ácido que me quema la garganta

Cuando por fin termino, me dejo caer sentada en el suelo, con la espalda contra la pared, y las rodillas recogidas contra el pecho. Me paso el dorso de la mano por la boca para limpiarme, respiro hondo varias veces intentando calmar el temblor que todavía me recorre. El corazón me late en los oídos con fuerza, desbocado, como si quisiera salirse del pecho.

Miro el váter abierto, miro mis manos que aún tiemblan ligeramente, miro el vestido negro arrugado que se extiende sobre mis muslos como una prueba irrefutable de lo que acabo de hacer.

—Esto es una puta locura —susurro para mí misma.

Me quedo allí un rato más, sentada en el suelo del baño con la cabeza apoyada en las rodillas, el sabor del vómito todavía pegado a la lengua y un nudo en el estómago que no tiene nada que ver con el alcohol. Me pregunto en qué momento preciso perdí el control de todo esto, y si alguna vez voy a ser capaz de recuperar las riendas o si, por el contrario, estoy condenada a seguir dando tumbos de una decisión impulsiva a la siguiente hasta que algo se rompa en mi interior. El frío del suelo se me cuela por la espalda, pero no me muevo. Solo respiro, despacio, intentando que el mundo deje de dar vueltas a mi alrededor, aunque sea solo por esta noche.

19

Alexis

Estoy delante de la puerta del apartamento de Roser con las manos ocupadas y la cabeza convertida en un torbellino que no consigo ordenar del todo. En la mano derecha sostengo una de esas bandejas de cartón que encajan dos vasos de café para llevar —uno solo para mí, con doble de azúcar porque sé que lo necesita cuando se siente fatal, y otro con leche y canela para mí—; en la izquierda cuelga una bolsa de papel con donuts recién hechos que todavía desprenden ese aroma dulce y cálido que se cuela por las rendijas y me hace la boca agua a pesar de los nervios. He subido las escaleras con cuidado, pisando cada peldaño como si fuera de cristal, repitiéndome mentalmente que no pasa nada, que solo vengo a traerle el desayuno, que es un gesto normal entre amigas, que no hay nada raro en aparecer un viernes por la mañana con provisiones. Aun así, el cosquilleo en el estómago no se va; es como si tuviera un enjambre de abejas instaladas justo debajo del ombligo, zumbando sin parar.

Llamo al timbre con el dedo índice. Oigo pasos arrastrados al otro lado, un roce de zapatillas contra el suelo, y la puerta se abre despacio. Roser aparece en el umbral con el pelo revuelto en un nido imposible, la cara pálida y los ojos ligeramente enrojecidos, como si hubiera pasado la noche llorando o peleándose con el sueño. Tarda un segundo en enfocar la mirada en mí y, cuando lo hace, se apoya en el marco de la puerta con todo el peso del cuerpo, como si necesitara ese punto de apoyo para no derrumbarse allí mismo.

—Pero… ¿qué te ha pasado? —se me escapa sin filtro—. Menuda cara llevas, pareces un fantasma con resaca.

Roser resopla, un sonido que pretende ser risa, pero que sale más bien como un suspiro agotado. Después se pasa una mano por la frente arrastrando los dedos con lentitud, como si incluso ese gesto sencillo le costara un esfuerzo monumental.

—Mejor no preguntes ahora mismo —murmura con voz ronca, casi sin abrir la boca.

Se produce un silencio incómodo que se estira entre nosotras como un chicle pegajoso. Bajo un poco la bandeja de cafés para que no se note cómo me tiemblan ligeramente las manos y la miro con preocupación.

—¿Puedo entrar o prefieres que deje el desayuno en el felpudo y me vaya corriendo? —bromeo, sin poder evitarlo.

—No tengo ni idea de si voy a poder probar bocado —me aclara con una mueca que quiere ser sonrisa, pero se queda en intento—, aunque pasa, anda. No te quedes ahí como un repartidor perdido.

Se aparta despacio, con movimientos que parecen costarle, y me deja el paso libre. Entro y cierro la puerta con el codo porque sigo con las manos llenas. El apartamento huele a cerrado, y debajo de eso flota un regusto ácido que reconozco al instante: el perfume residual del alcohol. No digo nada. Camino hasta la mesa de la cocina con pasos cuidadosos, dejo la bandeja de cafés con cuidado para no derramar ni una gota y coloco la bolsa de donuts en el centro, alineando todo como si ese pequeño ritual pudiera devolverle algo de orden al caos que veo en su cara.

Roser se mueve por el salón con pasos lentos y arrastrados, abre la ventana de par en par dejando entrar una ráfaga de aire frío que trae olor a panadería cercana y a ciudad recién despierta, respira hondo varias veces con los ojos cerrados y se apoya un momento en el respaldo del sofá, como si necesitara recuperar el equilibrio. La observo sin disimulo, intentando leer entre líneas lo que ella no me cuenta.

Al final me señala la silla frente a ella con un gesto vago de la mano.

—Siéntate anda, y cuéntame qué haces aquí tan temprano un viernes. No me digas que has madrugado solo para traerme café.

Me siento despacio, coloco los codos en la mesa y la miro fijamente.

—He pensado que te vendría bien un café —respondo con naturalidad—. Y algo dulce para contrarrestar lo que sea que te haya hecho polvo esta noche. Pero ahora soy yo la que quiere saber qué ha pasado.

Roser se deja caer en la silla de enfrente con un suspiro que parece salirle desde los pies, apoya los codos en la mesa y se tapa la cara con ambas manos. Sus hombros suben y bajan con una respiración profunda, como si estuviera reuniendo fuerzas para hablar.

—Anoche salí —confiesa por fin—. Necesitaba despejarme, quitarme de la cabeza… todo. Me fui a un bar, el Candy Darling, conocí a una mujer y ya sabes… —hace una pausa larga, y separa los dedos lo justo para mirarme entre ellos—. Bebí mucho y me enrollé con ella en el baño. Como una adolescente con las hormonas revolucionadas.

Asiento despacio, sin interrumpirla, aunque por dentro algo se me contrae como un puño cerrado. Mantengo el gesto neutro, pero siento cómo el estómago se me revuelve un poco.

—Ya imaginarás que regresé a casa borracha perdida —continúa—. Y me puse a vomitar como si no hubiera un mañana. Un espectáculo patético, vamos. Creo que hasta lloré un rato mientras echaba el alma por la boca.

—Pues vaya nochecita —murmuro, intentando sonar comprensiva.

—Conmigo la cerveza no es buena mezcla con gin-tonic —añade encogiéndose de hombros mientras se aprieta la frente con

los dedos—. Soy un desastre andante, Alexis. Un desastre con tacones y vestido negro arrugado.

—No eres un desastre —respondo, inclinándome un poco hacia delante—. Estás intentando encontrar el camino después de unos meses muy duros. Y ya sabes que yo estoy aquí para lo que necesites, para escucharte, para traerte donuts o para sentarme contigo en el suelo del baño si hace falta.

Busco su mano sobre la mesa y la aprieto con suavidad. Su piel está caliente, ligeramente húmeda por la resaca. Cuando levanta la vista y nuestros ojos se encuentran, siento un vuelco en el estómago que me obliga a tragar saliva con fuerza. Aparto la mirada un segundo, como si eso pudiera protegerme de la corriente que me recorre cuando la miro.

—Pues espero encontrar ese camino pronto —dice Roser con un suspiro cansado que se le escapa entre los labios—. Porque estoy harta de dar vueltas en círculos.

Se queda callada unos segundos, jugueteando con el borde del vaso de café sin llegar a beber. Hay algo más, lo noto en la forma en que frunce los labios, en cómo evita mirarme directamente a los ojos durante demasiado tiempo.

—Alexis… —empieza, y su voz baja aún más—. Hay otra cosa que me tiene rayada.

—Dime —la animo, apretándole la mano un poco más.

—Mi ex me ha estado escribiendo otra vez —confiesa, con la voz baja y un poco ronca, como si pronunciar esas palabras le costara un esfuerzo sumamente grande.

Se queda callada un instante, mirando el borde del vaso de café como si allí tuviera la respuesta de lo que está pasando. Yo espero, sin presionarla, aunque por dentro ya siento cómo se me tensa el estómago.

—Lo típico —continúa—, «he estado pensando en ti», «te echo de menos». Como si no hubiera pasado nada. Como si no me

hubiera dejado sin fuerzas.

Siento una punzada, aguda y rápida, pero me obligo a respirar hondo antes de contestar. Aprieto los labios para no soltar lo primero que se me viene a la cabeza.

—El otro día, después de estar con Damián y Miriam la llame para decirle que me deje en paz.

—Lo siento mucho…

Roser se pasa la mano por la cara y suelta un suspiro largo.

—Siento que es como si hubiera olvidado que me destrozó la vida, o peor: como si lo recordara perfectamente y le encantara revivirlo a mi costa. Todavía llevo esperando a que me diga «lo siento por haberte humillado todo este tiempo». Como mínimo.

Se le rompe un poco la voz al final y baja la mirada a la mesa. Yo noto cómo se me humedecen los ojos por el enfado, pero me trago las lágrimas y busco su mano otra vez. La aprieto con fuerza, como si pudiera transmitirle con ese gesto lo que no sé decir con palabras.

—Es una cobarde —comento, poco después—. Una cobarde que no tiene el valor de enfrentarse a lo que hizo, así que te lo tira encima para ver si das tú el paso. Pero tú no estás obligada a recoger ese paquete, Roser. No tienes que abrirlo ni contestarlo ni dejar que te siga envenenando.

Ella asiente despacio, pero no levanta la mirada. Sus dedos se enredan en los míos, fríos a pesar del calor que empieza a entrar por la ventana.

—A veces pienso que lo hace a propósito —murmura—. Que sabe que cada mensaje me hace daño de verdad, y que por eso continúa. Como si quisiera asegurarse de que no consiga seguir adelante. O peor: como si disfrutara viéndome sufrir. ¿Cómo puede alguien que, supuestamente te quiso hacerte tanto daño y luego fingir que todo fue un malentendido?

Respiro hondo, intentando que mi voz no tiemble.

—Porque la gente como ella no cambia de un día para otro. O no cambia nunca. Solo aprende a disfrazar el egoísmo de arrepentimiento para seguir teniendo control. Pero tú ya no estás en esa historia, Roser. Tú saliste de ella cuando decidiste venir aquí. Y eso es en lo que te debes centrar.

Levanta la vista por fin y me mira con los ojos brillantes, pero no de lágrimas, sino de algo que parece una chispa de rabia.

—Tienes razón —contesta—. Pero duele igual. Duele ver que abierta mí me sigue afectando. Duele que pueda escribirme como si nada, como si no hubiera destrozado mi vida entera de una manera tan clara.

—Pues déjala que escriba lo que le dé la gana. Que se quede hablando sola. Tú no tienes que seguir escuchando sandeces. Bloquéala, bórrala, quema el móvil si hace falta. Pero no dejes que siga ocupando espacio en tu cabeza —le digo, con una enorme sonrisa—. Tú mereces paz, Roser. Y yo estoy aquí para recordártelo las veces que haga falta.

Ella suelta una risa débil, casi un bufido.

—Eres demasiado buena conmigo.

—No —respondo y le guiño un ojo—. Solo estoy siendo justa. Esa mujer no merece ni un segundo más de tu energía. Y tú mereces todo lo contrario: alguien que te mire y vea lo increíble que eres.

Roser me observa un momento en silencio. Luego asiente y mira los dónuts a placer, como si de repente se le hubiera abierto el estómago.

—Gracias —susurra—. No sé qué habría hecho sin ti estos días. Me alegra mucho haberte conocido en esa boda.

—No tienes que agradecerme nada —contesto, pasando un brazo con cuidado alrededor de sus hombros—. Para eso estoy.

Ella suelta una risa, genuina esta vez, se separa un poco y coge uno de la bolsa.

Nos quedamos un rato en silencio, bebiendo café a sorbos pequeños, y comiendo los dónuts, dejando que el sol entre por la ventana abierta y caliente poco a poco el salón. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento ese tirón en el pecho. Pero por ahora me conformo con estar aquí, con ella, disfrutando de este desayuno improvisado y con la certeza de que, aunque su ex siga intentando colarse en su vida, al menos hoy no está sola para enfrentarlo.

20

Roser

—Pues vamos al lío —murmuro nada más terminar mi segundo café de la mañana.

El fin de semana se me ha echado encima casi sin darme cuenta, y con él ha llegado la boda de Miriam y Damián. Por dentro, llevo ese cóctel explosivo de nervios y energía que siempre me invade cuando tengo entre manos una boda tan grande como esta. Y por eso, me he pasado dos horas preparándome con mucha calma, prestando atención a cada detalle como si ya estuviera componiendo mentalmente todos los encuadres del día desde el primer minuto.

La masía de Sant Cugat, me envuelve de inmediato. Aparco el coche en la zona habilitada, descargo todo el equipo con cuidado y, al bajar, el aire me recibe con ese olor tan característico a tierra húmeda después del rocío matutino. El sol de primera hora baña la fachada de piedra, hace brillar las contraventanas de madera y resalta los arcos generosos del patio interior, donde dentro de unas horas se servirá el cóctel con vistas a los campos.

Hoy he elegido un traje de dos piezas en color marfil que me sienta de maravilla, como si lo hubieran cosido directamente sobre mi cuerpo. La chaqueta entallada me ciñe la cintura y el pantalón cae recto y elegante hasta los tobillos, alargándome la silueta de una forma que me hace sentir segura y profesional al mismo tiempo. También me he recogido el pelo en una coleta perfecta, asegurándome de que ni un mechón rebelde me moleste cuando empiece a moverme entre la gente. Me cuelgo la cámara del cuello ajustando bien la correa para que no me pese mucho, y hago la revisión final del equipo antes de entrar.

«Perfecto. Seguro que el día va a ir de maravilla».

Empiezo a trabajar antes incluso de que lleguen los primeros invitados. Me encanta atrapar ese silencio previo, ese momento mágico en el que todo está colocado a la perfección, pero todavía no ha sido rozado por la emoción humana. Me acerco despacio a los centros de mesa: pequeños jarrones de cristal transparente llenos de flores silvestres en tonos blancos y lilas muy suaves, casi etéreos. Hago varias fotos de la mesa principal, donde los nombres están escritos a mano con una caligrafía delicada y cuidada en tarjetas de papel grueso. Las copas están alineadas esperando la orden del primer brindis, y el reflejo del sol en el cristal me regala unos destellos que no puedo dejar pasar.

Después salgo hacia los viñedos. El sol acaricia las hileras de cepas jóvenes, todavía frágiles y sostenidas por tutores finos de madera que parecen palillos comparados con las plantas adultas. Me agacho bastante para encuadrar desde abajo, dejando que el verde intenso ocupe casi todo el encuadre y que la masía aparezca solo como una silueta sugerida al fondo, casi como si fuera un sueño lejano. Mi propio sueño lejano. Disparo una y otra vez, variando ligeramente el ángulo. En mi cabeza ya imagino cómo estos detalles, que ahora mismo pasan desapercibidos para casi todo el mundo, serán los que dentro de diez o quince años hagan que Miriam y Damián se miren con una sonrisa enorme y digan: «Fue el primer día más feliz de nuestras vidas».

Después, subo a las habitaciones donde los novios terminarán de prepararse antes de hacerles las fotos reglamentarias. En la de Damián, el traje azul oscuro cuelga junto a la ventana abierta; la luz natural acaricia la tela y resalta cada hilo de la textura. En la habitación contigua, el vestido de Miriam está extendido con mimo sobre la cama; vaporoso, con un encaje delicado en las mangas y una caída que parece flotar incluso estando tan quieto. Dedico un buen rato a fotografiar los detalles pequeños que cuentan la historia entera sin que nadie la haya escrito todavía. Capturo los zapatos de novia con ese tacón discreto pero elegante, el ramo envuelto en

cinta de raso, los gemelos de Damián grabados con sus iniciales entrelazadas, el pañuelo de bolsillo doblado. Cada vez que suena el obturador me hace sentir que estoy guardando pedacitos de su día para siempre.

Los primeros invitados empiezan a aparecer poco a poco. El murmullo va creciendo como una ola suave. Me deslizo entre ellos con la máxima discreción, capturando abrazos apretados de primos que no se veían desde Navidad, besos en las mejillas con olor a perfume caro, miradas cómplices entre amigas que comparten secretos antiguos.

Pero entonces, veo a alguien que no esperaba encontrarme por aquí.

Mi corazón pega un brinco tan fuerte que por un instante pienso que hasta la cámara va a temblar en mis manos. Elena está mezclada entre la gente. Lleva un vestido precioso, y el pelo castaño cayéndole sobre los hombros como si se hubiera peinado sin esfuerzo. Camina con tranquilidad, como si ya tuviera claro su papel en esta historia.

«Seguro que es dama de honor», pienso.

Nuestras miradas se encuentran y sus labios se abren en una sonrisa amplia, iluminándole toda la cara.

Se acerca sin dudar ni un segundo.

—Roser, ¡qué alegría verte por aquí! —exclama dándome dos besos en las mejillas—. No tenía ni idea de que estarías.

—Pues ya ves —contesto mientras ajusto la correa de la cámara para disimular que las manos me tiemblan un poquito—. Soy la fotógrafa oficial de la boda.

Ella suelta una risita.

—Así que tú eres la que Miriam y Damián describieron como: «La fotógrafa que captura magia al momento» —comenta, y me echa un vistazo de arriba abajo—. Fueron palabras textuales, que conste.

Noto cómo el calor me sube por el cuello y las mejillas.

—Bueno, no será para tanto —intento quitarle hierro, aunque sé que sueno algo torpe—. Solo hago mi trabajo.

—Créeme que sí lo es —insiste ella, y sus ojos brillan con un punto travieso—. Según tengo entendido es tu don, así que tómatelo en serio.

Nos quedamos un segundo suspendidas, mirándonos fijamente, como si el ruido del patio se hubiera apagado de golpe. La otra noche regresa a mi cabeza con una claridad que provoca un torrente ardiente que recorre todo mi cuerpo.

—Me alegra muchísimo que estés aquí —añade Elena poco después—. Va a ser precioso poder revivir todo esto a través de tus fotos.

—Haré todo lo que esté en mi mano —respondo, intentando esconder el nudo que se me ha formado en el estómago.

Alguien la llama desde el otro lado del patio —una prima lejana, creo— y ella se despide con un gesto rápido de la mano. La veo alejarse entre la gente y siento cómo algo se asienta en mi pecho; una mezcla de sentimientos que, ahora mismo, no puedo procesar.

La ceremonia comienza al aire libre, bajo una pérgola cubierta de flores blancas y telas ligeras que ondean con la brisa suave de la mañana. Los invitados van ocupando las sillas de madera dispuestas en filas perfectas sobre el césped recién cortado. Me coloco en un lateral discreto, buscando el ángulo que me permita abarcar tanto la entrada de la novia como las reacciones del novio.

Miriam aparece del brazo de su padre y la emoción le ilumina la cara entera. Avanza despacio, con esa sonrisa nerviosa que no puede contener. Damián la observa como si el universo se hubiera reducido a ella en ese preciso instante. Disparo sin parar: las manos que se encuentran temblorosas, las lágrimas discretas que ella intenta disimular con una risita, el momento exacto en que

intercambian los anillos y se miran como si acabaran de descubrir el mejor secreto del mundo.

Sus votos suenan sinceros, un poco temblorosos por la emoción, y me erizan la piel de arriba abajo. Me concentro en capturar cada gesto, cada parpadeo, cada sonrisa que se escapa sin permiso. Este trabajo es, sin ninguna duda, de los mejores que he hecho en mi vida. La luz acompaña, los encuadres salen solos, la emoción es tan auténtica que casi se puede tocar. Ojalá yo hubiera podido vivir este tipo de cuento de hadas y no…

—… una pesadilla —murmuro en voz muy baja.

Después de horas de movimiento constante —arrodillarme, subir a una banqueta, correr de un lado a otro sin que se note—, durante el banquete me permito por fin un respiro. Me acerco a la barra del patio interior, dejo la cámara con cuidado sobre el mostrador de madera y me masajeo el cuello, que ya empieza a protestar.

—¿Cansada de estar todo el día de pie?

La voz de Elena llega desde atrás. Me giro y ahí está ella, preciosa con ese vestido verde suave que le resalta los ojos de una forma casi injusta, con una caída elegante que le marca la figura sin esfuerzo. Reitero. Está preciosa. Más que preciosa. Ridículamente preciosa.

Trago saliva con fuerza.

—Un poco, la verdad —admito—. Pero son gajes del oficio.

—Pues entonces mereces una recompensa —replica con esa sonrisa tan habitual en ella—. ¿Qué te apetece?

—Un cóctel fresquito no me vendría nada mal, la verdad —confieso entre risas.

Pedimos dos. El camarero nos sirve unos gin-tonics bien cargados de hielo, con rodajas de limón que flotan como pequeños soles. Nos apoyamos en la barra una al lado de la otra, mientras el murmullo del banquete nos envuelve.

—La ceremonia ha sido una maravilla —comenta ella después de dar un sorbo.

—Sí —asiento—. Se nota cuando las palabras llevan verdad detrás y no es postureo.

Ella se gira un poco hacia mí, curiosa.

—¿Tú crees en eso? —pregunta con interés—. ¿En ese amor que dura para siempre?

La pregunta me atraviesa como una flecha.

—Creo que… —dudo, buscando las palabras justas para no revelar ni un poco de mi propia vivencia—, creo que cada historia tiene su propio tiempo. Unas duran décadas, otras solo unos meses o semanas. Pero todas son reales mientras duren y se sostengan con amor.

Elena me observa con atención, como si intentara leer entre líneas lo que no digo.

—La otra noche… —empieza, bajando la voz para que solo yo la oiga—, …me quedé con unas ganas tremendas de más.

Un escalofrío me recorre la espalda. Qué digo, el cuerpo entero.

—Fue… bastante intensa —murmuro, notando cómo me arde la cara.

Ella da un paso pequeñito hacia mí. Apenas unos centímetros, pero suficiente para que su perfume me envuelva.

—Me gustaste muchísimo —susurra muy cerca de mi oído—. Muchísimo más que tu otra amiga, para que te quede claro.

Su mano roza mi brazo con una caricia lenta, deliberada. El contacto es ligero, casi inocente, pero despierta un incendio silencioso que me sube desde la muñeca hasta la nuca.

La miro a los ojos. Me veo reflejada en ellos: confusión, deseo, una necesidad urgente de algo simple y sin complicaciones. Porque eso es lo que me repito que quiero: sencillez. Nada de

enredos emocionales, nada que me obligue a mirar de frente lo que realmente siento por dentro. «Tal y como pacté con Alexis».

—Pues fue mutuo —respondo, aguantándole la mirada.

No sé si lo digo porque lo siento de verdad o porque necesito huir de lo otro.

Antes de que alguien vuelva a reclamarla, Elena me dedica una sonrisa enorme.

—¿Qué te parece si salimos el lunes por la tarde? —propone —. Tengo el día libre y me encantaría verte sin prisas ni cámaras de por medio.

Mi mente da un respingo. Pienso en Alexis, en el plan sencillo que ahora mismo se va complicando un poco.

—Estaré encantada —contesto, y le doy un sorbo a mi copa.

Elena se aleja hacia su mesa con ese andar tranquilo que me hipnotiza. Yo me quedo en la barra, con el cóctel a medio beber y el corazón latiéndome en los oídos como si hubiera corrido una maratón.

Me repito una y otra vez que esto es más fácil. Que no hay fantasmas del pasado acechando en cada esquina. Que esto es lo mejor.

Aunque, muy en el fondo, sé perfectamente que lo sencillo rara vez es lo que me hace sentir viva. Lo sencillo no me acelera el pulso de esta manera. Lo sencillo no me deja con esta sensación de estar caminando por el borde de algo enorme y peligroso.

Lo sencillo no llegará a mi casa con donuts y café.

21

Alexis

El tren a Zaragoza sale temprano, demasiado para mi gusto, y tengo que obligarme a no cancelar el billete en el último segundo, como hago siempre que la nostalgia empieza a pesar más que la ilusión. Me instalo en el asiento junto a la ventanilla, apoyo la frente contra el cristal frío y dejo que el paisaje se deslice a toda velocidad ante mis ojos. Los campos alternan tonos ocres y verdes apagados, salpicados por pueblos con sus casas bajas y sus campanarios solitarios. Respiro hondo varias veces, intentando centrarme en el motivo real del viaje: mi madre, Nico, la casa donde crecí y donde todavía guardo tantos recuerdos que a veces duelen de lo vivos que están.

Pero mi mente se empeña en escaparse por otros derroteros.

Me pregunto qué estará haciendo Roser en este preciso instante. Si seguirá removida después de lo que pasó la otra noche —por mucho que intente negarlo—. Si de verdad estuvo tan tranquila como me dijo cuando fui a su casa, o si solo lo fingió para no complicar las cosas. Aunque también tendría que preguntarme si yo misma lo estoy, la verdad, porque sigo sintiendo un nudo raro cada vez que pienso en las tres juntas en aquella cama.

Sacudo la cabeza con fuerza, como si así pudiera espantar los pensamientos.

—Deja de darle vueltas a tantas tonterías —me digo, casi en un murmullo para que nadie del vagón me oiga, y después, niego con la cabeza mientras saco el móvil del bolsillo del abrigo.

Abro la aplicación de citas casi por costumbre, sin mucha convicción. Hay un mensaje nuevo de Yasmina, la chica con la he quedado para el domingo por la tarde.

Yasmina: Entonces, ¿el plan sigue en pie para mañana?

Sonrío sin demasiado entusiasmo, más por educación que por ganas reales, y tecleo una respuesta rápida.

Alexis: Claro que sí. A las once en el café que hay con la esquina del Barrio Gótico. Así tenemos tiempo de charlar sin prisas.

Yasmina: Perfecto. Tengo mucha curiosidad por conocerte mejor.

Bloqueo la pantalla y dejo el teléfono boca abajo sobre la mesita plegable. «Curiosidad». Qué palabra tan ligera, tan inofensiva en apariencia, y al mismo tiempo tan peligrosa cuando aparece en el contexto equivocado. Guardo el móvil en el bolso y vuelvo a mirar por la ventanilla, repitiéndome que eso es precisamente lo que toca ahora: conocer gente nueva, mantener las cosas en la superficie, no profundizar ni complicar las cosas, por mucho que hayan atracciones.

Simple. Directo. Sin riesgos innecesarios.

Cuando el tren llega a la estación, mi madre ya está esperándome en el andén con una sonrisa amplia y luminosa, ablandándome por dentro en cuestión de segundos. Nico está a su lado, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta vaquera y esa expresión burlona que heredó directamente de nuestro padre.

—Mira quién se digna a volver a vernos por fin —suelta él, abriendo los brazos con un gesto teatral.

«Como si no nos hubiéramos visto hace nada».

—Qué exagerado eres, de verdad —resoplo mientras me lanzo a abrazarlo con fuerza, sintiendo el olor familiar del perfume que siempre lleva encima.

Mi madre me envuelve después, apretándome contra su pecho como si todavía tuviera diez años y acabara de caerme de la bicicleta.

—Estás más delgada, Alexis —murmura, separándose un poco para analizarme con ese ojo clínico que tiene desde siempre.

—Estoy exactamente igual que la última vez, mamá. No empieces.

—Eso dices siempre, hija. Pero una madre ve estas cosas.

La casa sigue exactamente igual que la recuerdo, como si el tiempo se hubiera detenido en la fachada blanca recién encalada, en las macetas junto a la puerta principal con geranios rojos y petunias moradas, en ese olor inconfundible a guiso casero mezclado con madera vieja y cera de suelo. Entro y el corazón me da un vuelco suave, casi dulce. Ahí está el pasillo estrecho con sus baldosas desgastadas, la fotografía de papá enmarcada en la pared del recibidor, hecha unos meses antes de que el falleciera, cuando yo tenía veinticinco años. Siempre lo echamos de menos. En las comidas familiares, en las bromas tontas que ya no tienen el mismo sentido, en los silencios que se hacen más largos de lo normal.

—He pensado que podríamos cocinar juntas —propone mi madre mientras se dirige a la cocina—. Así no te escapas tan rápido como otras veces.

—No pensaba escaparme, de verdad —contesto, dejando el bolso sobre la silla de siempre junto a la entrada.

Nico se apoya en la encimera de granito con los brazos cruzados, observándonos como si fuéramos un espectáculo.

—Yo superviso —anuncia con aire solemne—. Alguien tiene que garantizar que no queméis la casa entera.

—A ti lo que te gusta es probarlo todo antes que nadie —le reprocho mientras me remango y abro el grifo para lavarme las manos.

—También es una labor importantísima, hermana. Alguien tiene que dar el visto bueno a la comida.

Cocinamos entre risas y pequeñas discusiones. El sonido rítmico del cuchillo contra la tabla de madera, el chisporroteo del aceite caliente en la sartén, el aroma que va impregnando toda la cocina poco a poco: ajo, laurel, tomate frito, carne que se dora… Mi

madre me pasa una cuchara con salsa para que pruebe; yo asiento con aprobación. Nico roba un trozo de pan crujiente y lo moja directamente en la cazuela antes de que podamos impedírselo.

—Papá diría que le falta sal —comenta de repente.

El silencio cae durante unos segundos largos. Mi madre baja la mirada hacia la olla, pero enseguida levanta la cabeza y sonríe con un gesto que le crea arruguitas en los párpados.

—Tu padre siempre decía que le faltaba sal a todo —responde ella, removiendo despacio—. Era su frase estrella.

Trago saliva, sintiendo ese nudo familiar que se me forma en la garganta cada vez que se le menciona de forma inesperada.

—Y luego añadía tanta que al final acababa diciendo que se había pasado —añado yo.

Nos echamos a reír. Es una risa con un matiz melancólico, pero necesaria, como si al recordarlo juntos lo mantuviéramos un poco más cerca.

Cuando la comida está lista, llevamos todo al jardín trasero. El césped está perfectamente cortado, las hortensias en flor aportan toques de azul y rosa intenso en la esquina junto a la valla de madera. Nos sentamos alrededor de la mesa grande bajo la sombra del toldo rayado que papá instaló hace tantos veranos.

El primer bocado me sabe a infancia; a esos domingos largos sin prisas, discusiones sobre política que acababan siempre en carcajadas, el ruido de los cubiertos contra los platos, las historias que se contaban una y otra vez.

—Sabes que aquí lo tienes todo, ¿verdad? —empieza mi madre como quien no quiere la cosa, mientras corta un trozo de carne—. Un trabajo estable, un horario normal, gente que te quiere cerca…

Ahí está. El tema inevitable.

—Pero es que a mí me gusta mi horario tal como está —respondo, apoyando el tenedor en el plato con cuidado—. Me aburre

hasta morir estar sentada ocho horas en una oficina mirando una pantalla. Lo veo soso. Y no te ofendas, Nico, sé que tú lo adoras.

—A mí no me metáis en vuestras guerras —bromea él, levantando las manos en señal de rendición—. Yo soy feliz con mi escritorio, mi cafetera y mis auriculares con cancelación de ruido.

Mi madre suspira, pero no insiste demasiado.

—Solo digo que Barcelona está lejos. Aquí estarías más tranquila, más arropada.

—Estoy tranquila, mamá. De verdad —replico, quizá con más rapidez de la que pretendía—. Me va bien allí.

Ella me observa unos segundos en silencio, como si intentara leer entre líneas todo lo que no estoy diciendo.

—En fin… supongo que ya lo intentaré en otro momento —cede al final, con una media sonrisa resignada—. Cuéntame cómo va lo demás. La vida social, los amigos …

«Mierda. Ya se ha puesto en modo sentimental».

—Que todo va bien, mamá —repito—. Estoy conociendo a gente sin más. No quiero ninguna complicación.

—Ya, claro —responde Nico, arqueando una ceja con esa expresión que significa «no nos engañas ni un poco»—. Y haciendo pactos misteriosos con mujeres que conoces en bodas ajenas.

—¿¡¡QUÉ!!? —A mamá se le escapa tan alto que Nico está a punto de tragarse la lengua.

—Ah, ¿no lo sabías? —Mi hermano mira a mi madre con fingida inocencia—. Tu hija mantiene acuerdos muy interesantes últimamente.

—A ver, hija, ¿de qué está hablando tu hermano exactamente? —pregunta mi madre, girándose hacia mí con los ojos muy abiertos.

Nico, que hasta ese momento había estado callado disfrutando del espectáculo como si fuera una serie en *streaming*,

decide soltar la bomba con toda la tranquilidad del mundo.

—Es que Alexis ha conocido a una fotógrafa en una boda —anuncia, como quien comenta el tiempo que está haciendo ahora mismo—. Y han hecho un pacto bastante interesante. ¿Verdad, hermanita?

El calor me sube por el cuello hasta las orejas en cuestión de segundos. Miro a Nico con ganas de estrangularlo, pero él solo me devuelve una sonrisa angelical.

—¿Una fotógrafa? —repite mi madre, dejando el tenedor a medio camino hacia la boca—. ¿Y cómo es que no me lo habías contado tú?

—Porque no hay nada que contar, mamá —respondo rápido—. Fue una boda en la que coincidí con ella. Hablamos un rato, nos caímos bien y pactamos que teníamos que volver al mercado. Nos estamos echando una mano. Fin de la historia.

Mi madre arquea una ceja, esa ceja que sabe usar como arma letal desde que éramos pequeños.

—¿Y cómo se llama esa fotógrafa tan interesante?

—Roser —interviene Nico antes de que yo pueda abrir la boca —. Según Alexis, hace unas fotos increíbles. Y tiene un rollo… especial, ¿no?

Le lanzo una mirada asesina que él ignora.

—Nico, cállate un momento, por favor —le pido entre dientes.

Mi madre no le hace caso a mi hermano y se centra en mí, inclinándose un poco hacia delante.

—¿Y es guapa? ¿Simpática?

Trago saliva. El jardín parece de repente más pequeño.

—Es… normal —contesto, encogiéndome de hombros—. Simpática. Tiene gracia. Y hace bien su trabajo, eso seguro. Hablamos mucho. Nos reímos. Y… sí, hubo una noche en la que las

cosas se pusieron un poco más intensas. Pero Roser no es nada serio. Solo estamos forjando una bonita amistad.

—¿Intensas cómo? —pregunta ella, y juro que veo cómo Nico se muerde el labio para no soltar una carcajada.

—Mamá, por favor —protesto, notando que me arden las mejillas—. No voy a darte el parte detallado. Fue algo entre dos mujeres adultas. Punto.

Nico enseña tres dedos y estoy a punto de matarlo, no sé ni para qué le pongo al día de mi vida. Mi madre se cruza de brazos, pero no parece escandalizada. Más bien intrigada.

—¿Pero esa Roser te gusta?

Me quedo callada un segundo. La pregunta me pilla desprevenida porque, la verdad, no tengo una respuesta clara ni para mí misma.

—No tengo ni idea —respondo, bebiendo para esconder la expresión detrás del vaso.

Nico suelta un silbido bajo.

—Vaya confesión. Eso sí que no me lo habías dicho a mí.

—Cállate, Nico —le digo sin mirarlo.

Mi madre estira la mano y me aprieta la mía con suavidad.

—No tienes que tener miedo, cariño. La vida es demasiado corta para estar siempre midiendo los riesgos.

—Es que no sé si estoy preparada —murmuro.

—Lo importante es si cuando estás con ella te sientes más tú misma o menos.

—Yo voto por que la invites a casa algún día —suelta Nico, poniéndome otra vez contra la espada y la pared—. Así la vemos en acción. Y de paso me saco una foto con una fotógrafa famosa para fardar en el curro.

—Ni loca —respondo, pero no puedo evitar reírme.

Mi madre me da un apretón más fuerte en la mano antes de soltarla.

—Solo quiero que estés feliz, Alexis. No deberías dejar las cosas escapar por miedo a que te hagan daño otra vez.

Me quedo callada un instante.

—Estoy… bien —aclaro de nuevo.

Seguimos en medio de la discusión hasta que llega la hora del café. Desvío sus preguntas, cambio el rumbo hacia el trabajo de Nico, hacia la vecina nueva que ha puesto un gallinero en el patio y ahora todo el barrio huele a gallina, hacia cualquier cosa que no implique reconocer que Roser ocupa mucho más espacio en mi cabeza.

El día avanza con una calma agradable y reconfortante. Recogemos la mesa entre los tres, sacamos el café y unas pastas caseras al jardín. Nico cuenta historias exageradas de su oficina, y mi madre recuerda una anécdota de cuando yo tenía quince años y decidí teñirme el pelo de azul eléctrico sin avisar a nadie. Acabé con el baño hecho un desastre y el pelo verde durante dos semanas.

Me río de verdad, como si el peso que llevo encima desde la última vez que vi a Roser se hubiera aliviado un poco con el simple hecho de estar aquí, rodeada de los míos.

Hasta que el móvil vibra sobre la mesa, y aparece su nombre en pantalla.

Abro el mensaje con el pulso un poco acelerado.

> **Roser**: He visto a Elena en la boda en la que estoy trabajando ahora mismo. Me ha propuesto quedar el lunes por la tarde. Creo que voy a decir que sí. Ahora mismo soy todo dudas, pero bueno, te dejo que los invitados ya me reclaman por todos lados. Espero que estés pasando un buen día en familia.

Las palabras se me clavan en el pecho, dejándome sin aire un segundo. Releo el mensaje dos veces más. «Voy a decir que sí», y después, siento algo parecido a un vacío repentino en el estómago,

como si alguien hubiera retirado de golpe la silla bajo mis pies y yo estuviera cayendo en cámara lenta.

—Alexis, ¿estás bien? —pregunta mi madre, notando el cambio en mi expresión.

Levanto la vista, forzando una sonrisa que espero resulte convincente y natural.

—Sí, de maravilla.

22

Alexis

Estoy sentada en la terraza del pequeño café que hace esquina en el Barrio Gótico, con las manos rodeando una taza todavía humeante de café solo. Son las once en punto, ni un minuto más ni uno menos. A esta hora el barrio conserva una calma casi milagrosa: todavía no ha llegado la invasión turística con sus cámaras y sus mapas arrugados; solo hay parejas paseando, algún vecino que pasa por aquí con la barra de pan recién horneada bajo el brazo y el sonido lejano, casi reconfortante, de los pájaros sobrevolando el cielo.

Aunque me ha apetecido, no he cancelado la cita a última hora. Necesitaba romper con el malestar que llevo desde que leí el mensaje de Roser. Desde ese «voy a decir que sí» que se clavó en la pantalla de mi teléfono y me dejó un pinchazo sordo en el pecho que no ha desaparecido todavía.

Respiro hondo varias veces, dejo que el aroma intenso del café me llene los pulmones y doy un sorbo lento a la taza.

Poco después, veo caminar mi cita hacia mí, como si conociera cada irregularidad de los adoquines de esta zona de la ciudad. Yasmina es exactamente mi tipo. Alta, estilizada, con el pelo oscuro en un recogido que deja al descubierto un cuello largo y elegante. Sus rasgos son definidos y armónicos: pómulos altos, piel ligeramente dorada por el sol, ojos almendrados… Lleva una camisa blanca impecable, ligeramente entallada en la cintura, y unos pantalones de lino beige que caen con naturalidad sobre unos mocasines.

Por un segundo fugaz, algo en su silueta me resulta extrañamente familiar, como si la hubiera visto antes en algún sitio

que no consigo ubicar. Pero guardo esa sensación en un rincón oscuro de la cabeza y lo ignoro.

—¿Alexis? —pregunta cuando llega a la mesa, con una sonrisa que no es para nada exagerada, más bien…

«Preciosa».

Me pongo de pie casi de un salto y nos damos dos besos en las mejillas. Percibo un perfume suave y limpio, con un fondo amaderado que me envuelve apenas unos segundos, y que se queda flotando en el aire entre nosotras.

—Perdona el retraso —dice ella mientras se sienta frente a mí y cruza las piernas con elegancia—. Me entretuve eligiendo qué ponerme. Parece una tontería, pero le doy mucha importancia a estas cosas.

Y me gusta que lo haga.

—Tranquila, en realidad es que yo he llegado antes —le aseguro, volviendo a sentarme—. Y por si sirve, vas muy guapa.

—Lo sé, pero me gusta ser puntual. Es manía profesional.

—¿Ah, sí? ¿A qué te dedicas exactamente?

—Soy curadora de arte, y créeme, el tiempo es un privilegio que no todos tienen muy en cuenta —responde, con una sonrisa pícara en los labios—. Llegar tarde a una reunión significa que te miren como si les debieras una obra de Picasso. Así que intento no darles esa excusa.

Sonrío, dándome cuenta que incluso esa respuesta, me ha sonado muy atractiva.

Pedimos otro café para ella y algo ligero para compartir: unas tostadas con tomate y aceite, un platito de aceitunas arbequinas y un poco de jamón ibérico que el camarero trae con una sonrisa. La conversación fluye con más naturalidad de la que esperaba después de tantos días con la cabeza revuelta. Yasmina me habla de su trabajo en una galería de arte contemporáneo, de las exposiciones privadas que hace para coleccionistas exigentes, de clientes que

compran piezas como quien adquiere acciones en bolsa. Yo le cuento anécdotas de mis rutas guiadas por la ciudad, y por primera vez, veo a alguien que le interesa lo que hago.

—Siempre me ha parecido rarísimo esto de quedar un domingo por la mañana —comenta en un momento, apoyando el codo sobre la mesa y sosteniendo mi mirada sin pestañear—. Pero conforme pasan los minutos ya no lo veo tan extraño.

Se muerde el labio inferior apenas un segundo, un gesto rápido que me acelera el pulso sin que yo lo busque.

—Siempre hay una primera vez para todo, ¿no? —respondo, intentando quitarle importancia.

Por dentro, sin embargo, la pregunta que me martillea sin piedad es otra muy distinta. ¿Qué estará haciendo Roser en este preciso instante? ¿Ya le habrá dicho a Elena que sí? ¿Estará pensando en esa maldita cita del lunes, planeando qué ponerse o dónde ir, o seguirá concentrada en el trabajo?

Sacudo la cabeza mentalmente, obligándome a volver al presente.

—¿Estás conmigo o en otro sitio? —pregunta Yasmina de repente, ladeando la cabeza.

Parpadeo y regreso a la realidad. «Mierda. Céntrate».

—Sí, sí, perdona. Estaba pensando en algo del trabajo que me ronda desde ayer. No te preocupes.

Me sostiene la mirada un segundo de más, como si quisiera comprobar que le he contado la verdad.

—Te decía si luego quieres venir conmigo a un sitio —continúa ella, bajando un poco la voz—. Tengo que pasar por la galería y me apetece enseñártela. No es nada formal, solo un rato. Si te aburres, me lo dices y nos vamos a otro sitio.

—No, no —niego rápidamente—. En realidad, me encantaría.

Y es verdad. Quiero distraerme. Quiero sentir que puedo estar con alguien sin que mi cabeza divague constantemente hacia otra persona que ya ha decidido romper con los planes y avanzar por otro camino.

Aunque ni siquiera sé por qué coño estoy celosa.

Terminamos el café, pagamos a medias a pesar de sus protestas y salimos a caminar juntas por las calles estrechas del Gótico. El sol ya calienta más y el bullicio empieza a crecer. Yasmina me guía hasta llegar a una avenida más amplia, donde los edificios se vuelven más elegantes y señoriales, con balcones de forja y tribunas acristaladas.

Nos detenemos frente a la galería cuyo letrero discreto sobre la puerta de cristal brilla con una tipografía minimalista y elegante. Ella saca una llave del bolso y abre sin prisas.

—Mi trabajo aquí es el de ser asesora y gestora de colecciones privadas —explica mientras me deja pasar primero—. La mayoría de nuestros clientes son empresarios, familias con patrimonio importante o algún que otro excéntrico con mucho dinero y poco tiempo. Buscan piezas exclusivas, una inversión segura y, por supuesto, prestigio social.

El interior es luminoso y sereno, con paredes blancas impecables, focos dirigidos que resaltan cada obra y un silencio casi reverencial que solo rompe el movimiento de nuestros pasos.

—Es… impresionante —murmuro, girando despacio sobre mí misma para abarcar todo el espacio.

—Me gusta pensar que este lugar tiene algo de santuario —responde ella, cerrando la puerta tras de sí—. Aquí el arte respira sin el ruido exterior. Puedes hasta sentirlo. ¿No te lo parece?

Se acerca a uno de los cuadros de gran formato: dos cuerpos femeninos entrelazados en un abrazo cargado erotismo. Las pinceladas son intensas, y percibo en los tonos rojizos y oscuros deseo y vulnerabilidad al mismo tiempo.

—Esta es de una artista emergente que está empezando a despuntar —explica, muy cerca de mí—. Explora la sensualidad desde una perspectiva completamente femenina.

Observo el cuadro con atención.

—Es muy… directo —comento, aunque en realidad no entiendo mucho de arte.

—El arte no debería pedir permiso para existir —dice Yasmina, mirándome de reojo con una media sonrisa—. Ni para provocar… ciertas cosas.

Avanzamos por la sala. Hay esculturas de líneas curvas y orgánicas, fotografías en blanco y negro de cuerpos capturados en pleno movimiento, otra serie de pinturas donde las miradas de las protagonistas parecen seguirnos por toda la sala como si supieran exactamente quiénes somos.

—¿Llevas dedicándote a esto desde siempre? —le pregunto mientras nos detenemos frente a una instalación de espejos fragmentados que reflejan nuestras imágenes en mil pedazos.

—No. Estudié Historia del Arte en París —responde—. Después estuve un tiempo en Londres, trabajando en casas de subastas. Pero necesitaba algo más llamativo. Barcelona tiene una energía mediterránea que me atrajo desde el primer momento.

—Entonces, ¿no eres de aquí?

Por primera vez me fijo con atención en su acento. Es un español impecable, fluido, pero hay una musicalidad diferente.

—No, soy de Marruecos —dice con total naturalidad—. De Casablanca.

La miro con más atención. Todo encaja de pronto: la piel dorada, la elegancia en los gestos, esa mirada tan intensa…

—¿Y decidiste quedarte aquí solo por trabajo?

—Por trabajo… —sonríe levemente, un gesto que ilumina su mirada—. Y por otras cosas. Barcelona me dio libertad. En muchos

sentidos. Libertad para ser quien soy sin tener que explicármelo cada mañana.

Nos detenemos frente a un cuadro especialmente sensual: dos figuras femeninas, casi desnudas, que se rozan en gesto íntimo. La luz cae sobre sus hombros con una delicadeza que parece acariciar sus pieles.

—Hay quien dice que el arte erótico es provocación y nada más —comenta Yasmina, acercándose un paso más—. Yo creo que habla de honestidad, de mostrar lo que sentimos sin máscaras.

La escucho con atención, pero al mismo tiempo soy dolorosamente consciente de la proximidad entre nosotras.

—¿Y tú? —pregunta de repente, girándose hacia mí—. ¿Qué buscas cuando sales con alguien?

La pregunta me toma por sorpresa y me deja sin defensas un instante.

—La verdad es que no lo sé —respondo con sinceridad, mirando el cuadro para no caer en su mirada—. Supongo que… una conexión diferente. Alguien con quien no tenga que fingir ciertas cosas, o sentirme sola a pesar de estar acompañada.

Ella asiente despacio, como si lo entendiera perfectamente.

—La soledad puede ser elegante, incluso bella —comenta, esbozando una sonrisa—. Aunque no siempre es agradable.

El aire entre nosotras parece densificarse.

—Esta es una de las tantas razones por las que me quedé aquí —continúa, y se acerca un poco más hasta que siento el calor que desprende su cuerpo.

Mi respiración se vuelve más entrecortada.

—¿Cuáles son las otras? —pregunto, casi en un susurro.

—La posibilidad de elegir… —responde ella—. Elegir lo que me hace vibrar de verdad.

Da un paso más, invadiendo mi espacio personal, con una naturalidad que resulta irresistible. Puedo sentir el calor de su aliento cerca de mi mejilla.

—Me encantan las mujeres españolas —murmura pegada a mis labios, con un tono ronco y juguetón—. Siempre tienen esa mezcla de fuego y contención que me vuelve loca.

Y, antes de que pueda procesarlo o decidir si quiero apartarme o acercarme más, Yasmina me muerde suavemente el labio inferior.

. . .

El mordisco envía una corriente eléctrica directamente al centro de mi cuerpo. Yasmina lo hace con una delicadeza que roza la provocación, con sus dientes rozando apenas la piel sensible antes de soltarla con un movimiento lento, casi tortuoso. Sus ojos se clavan en los míos, oscuros y cargados de promesas, y por un instante el mundo entero se reduce a ese contacto, a ese pulso acelerado que siento en las venas.

No digo nada. No hace falta. Mi mano se mueve por instinto y se posa en su cintura, atrayéndola más cerca hasta que nuestros cuerpos se pegan en el silencio de la galería. El aire huele a pintura fresca y a ese perfume suyo que me envuelve como una niebla cálida. Sus labios vuelven a los míos, esta vez con más urgencia, y yo respondo abriendo la boca, dejando que su lengua explore la mía en un beso profundo que me deja sin aliento. Siento el calor de su aliento en mi piel, el roce de su pecho contra el mío a través de la tela fina de nuestras camisas.

—Joder, qué ganas tenía de esto desde que te vi sentada en la cafetería —susurra Yasmina contra mis labios.

Yo solo respondo con un gemido suave, porque las palabras se me atascan en la garganta. Nos movemos despacio al principio, como si estuviéramos probando el terreno, pero la tensión crece rápido. Yasmina me empuja suavemente contra la pared más cercana, una superficie lisa y fría que contrasta con el fuego que me

sube por el estómago. Sus manos se deslizan por mis costados, subiendo la ropa con dedos hábiles que dejan un rastro ardiente en mi piel. Yo hago lo mismo: desabrocho los botones de su camisa uno a uno, revelando la suavidad de su vientre plano y el encaje negro de un sujetador que apenas contiene sus pechos.

—¿Te gusta? —pregunta ella, mordisqueando el lóbulo de mi oreja mientras sus dedos rozan el borde de mi sujetador.

—Mucho —consigo decir entre jadeos—. No pares.

El beso se rompe un segundo cuando ella suspira contra mi cuello, mordisqueando la piel sensible justo debajo de la oreja. Un gemido se me escapa sin permiso, bajo y ronco, y noto cómo mi cuerpo responde al instante: los pezones se endurecen bajo la tela, un calor líquido se acumula entre mis piernas. Yasmina sonríe contra mi piel, como si supiera exactamente el efecto que provoca, y sus manos bajan hasta el botón de mis pantalones para desabrocharlos con facilidad.

Estamos solas, en este rincón escondido que huele a óleo y arte en su más estado puro. La luz entra filtrada por una ventana alta, iluminando su piel dorada como si fuera una de las obras de arte que cuelgan en las paredes principales. Empujo su camisa hacia atrás, dejándola caer al suelo, y mis dedos recorren su espalda, sintiendo los músculos tensos bajo la piel cálida. Ella hace lo mismo conmigo, tirando de mi camisa hasta que quedamos las dos con el torso expuesto.

Sus labios bajan por mi cuello, dejando besos húmedos que me erizan la piel. Me arqueo contra ella cuando llega a mi clavícula, mordisqueándola con la misma delicadeza que usó en mi labio. Mis manos suben a sus pechos, apretándolos con firmeza a través del encaje, y siento cómo sus pezones se endurecen bajo mis palmas. Yasmina jadea suavemente, un sonido que me enciende aún más, y sus dedos se cuelan rápido por la cintura de mis pantalones, bajándolos junto con la ropa interior hasta las caderas.

El aire fresco me roza la piel expuesta, pero el calor de su cuerpo lo compensa todo. Me presiona contra la pared con su cadera, y siento la fricción deliciosa de su muslo contra el mío. Mis manos bajan ahora a sus pantalones de lino, desabrochándolos con urgencia, y los bajo lo suficiente para acceder a ella. Tocarla es como encender una mecha: su piel es suave, caliente, y cuando mis dedos rozan el borde de su ropa interior, noto la humedad que ya se ha acumulado allí.

—Estás empapada —murmuro contra su boca, incapaz de contenerme.

—Y tú también —responde ella, introduciendo dos dedos en mí de golpe y curvándolos justo donde más lo necesito.

Yasmina no pierde tiempo. Sus dedos se deslizan entre mis piernas, separando los pliegues con una precisión que me hace temblar. Encuentra mi clítoris casi al instante, frotándolo en círculos lentos que me arrancan otro gemido. Me aferro a sus hombros, clavando las uñas en su piel, y respondo buscando su interior, sintiendo cómo se contrae alrededor de mí. Está mojada, resbaladiza, y el movimiento de mis dedos dentro de ella provoca un ritmo que sincronizamos sin palabras.

Nos movemos juntas. Su aliento se acelera contra mi cuello y el sudor empieza a perlar nuestra piel, haciendo que el roce sea más resbaladizo, más intenso.

La galería trasera parece un mundo aparte, con los lienzos observándonos en silencio, mientras una mesa larga a nuestro lado podría ser el altar para este ritual improvisado. Yasmina me empuja hacia ella, y yo me dejo guiar, sentándome en el borde con las piernas abiertas. Ella se coloca entre ellas, sin romper el contacto, y sus dedos vuelven a hundirse en mí con más fuerza. Inclino la cabeza hacia atrás, mordiéndome el labio para no gritar, pero un gemido se escapa de todas formas cuando la siento dentro de mí.

Mis manos no se detienen: una se aferra a su cadera, guiándola más cerca, mientras la otra sigue trabajando en ella.

Yasmina se arquea contra mi mano, y siento el latido acelerado de su corazón sincronizado con el mío. El placer sube en oleadas, cada movimiento de sus dedos me acerca más al borde, y noto cómo su interior se aprieta alrededor de los míos, señal de que ella también está cerca.

Un jadeo más profundo escapa de sus labios, y entonces llega: su orgasmo la sacude entera, gimiendo mi nombre a placer.

El mío llega segundos después, una explosión que me deja temblando, con las piernas apretadas alrededor de su cadera y un grito ahogado en su hombro. Nos quedamos así un momento eterno, mientras nuestras respiraciones se tranquilizan poco a poco. Yasmina se aparta primero, sacando los dedos con lentitud sin yo poder evitar protestar, y después, hago lo mismo, sintiendo el vacío inmediato, pero también una saciedad profunda.

Nos vestimos en silencio, con sonrisas cómplices que no necesitan explicación. El sudor se seca en nuestra piel, dejando un brillo sutil. Salimos de la galería como si nada hubiera pasado, pero todo ha cambiado. En el camino de vuelta, mientras el sol de mediodía calienta ya las calles de Barcelona, nos detenemos en una esquina tranquila. Yasmina me mira con intensidad, y yo hablo antes de que el momento se enfríe.

—Me gustaría que esto no fuera solo un encuentro de domingo —comento, sin dejar de mirarla—. Me gustaría verte más.

Ella sonríe, lenta y satisfecha, y asiente.

—Pues así será —responde, rozando mis labios con un beso ligero—. Además, no tenía pensado que te libraras de mí tan fácilmente.

23

Roser

Las paredes del estudio todavía huelen a la pintura reciente y permanecen desnudas, salvo por un par de marcos apoyados contra el suelo y varias cajas abiertas que dejan asomar cables, focos envueltos en plástico protector y herramientas desperdigadas como si estas supieran que están a punto de librar una dura batalla.

Estoy plantada en mitad del local, girando lentamente sobre mí misma con los brazos un poco abiertos, imaginando cómo será cuando esté terminado de una vez por todas. Ya puedo ver fotografías colgadas en las paredes, clientes entrando con curiosidad y saliendo con sonrisas enormes, risas compartidas entre una sesión y la siguiente, el tintineo de tazas de café en la pequeña zona de espera que Pau y yo planeamos montar al fondo… Todo eso me provoca un cosquilleo en el estómago que no sé si es de nervios o de una emoción que no tenía idea de si iba a sentir dentro de aquí.

—Entonces… ¿ya has tomado una decisión? —pregunta Pau desde el suelo, con un destornillador en la mano derecha y el ceño fruncido sobre unas instrucciones que parecen haber sido traducidas por una especie de algoritmo borracho.

—Me quedo —respondo y dejo mi bolso en una esquina sobre una caja de cartón que hace las veces de perchero—. Pero solo lo haré con una condición.

Él levanta la vista de golpe, desconfiado, y se pasa la mano libre por el pelo revuelto.

—A ver, suéltalo.

Me siento frente a él en el suelo, cruzando las piernas con cuidado para no pincharme con algún tornillo suelto.

—Lo de ser tu socia va a ser una maravilla, pero quiero que tú lleves el peso del estudio. Desde el principio este ha sido tu proyecto, Pau. No quiero quitarte protagonismo ni dejarte con menos responsabilidad de la que tú quieras asumir. Bastante has hecho ya eligiendo Barcelona, solo porque yo me vine aquí.

Pau me observa unos segundos en silencio, con una mirada que siempre parece ver más allá de las palabras. Luego sonríe, ladeando la cabeza como si ya se hubiera esperado lo que le iba a decir.

—Sabía que ibas a decir algo así —comenta, y niega con la cabeza—. Siempre tan justa… Pero para que lo sepas, también he decidido mudarme a Barcelona porque es un lugar lleno de oportunidades, aquí vamos a tener mucho trabajo y no pienso negarte la oportunidad de que hagas otras cosas. Y antes de que añadas nada… —habla, apuntándome con un dedo—. Sí, yo llevaré el peso del estudio, pero no pienso permitir que te niegues a lo que acabo de decir.

—Vale, tú ganas —le aseguro, extendiendo la mano con la palma abierta. Las chocamos y el golpe resuena en el local vacío.

Enseguida volvemos a la tarea que tenemos entre manos: montar un mueble que, según la caja, debería ser «de ensamblaje sencillo. No más de veinte minutos» y que lleva casi tres cuartos de hora convirtiéndose en nuestra peor pesadilla. Las piezas se acumulan alrededor nuestro como restos de un naufragio, y el suelo sigue lleno de tornillos dispersos que ruedan cada vez que movemos un pie, mientras el aire se llena de suspiros de frustración.

—Creo que esta tablilla va aquí —digo, sosteniendo una pieza rectangular mientras intento encajarla en el hueco que parece perfecto.

—No, me temo que esa es la base y que nos hemos equivocado —contesta Pau, negando con la cabeza.

—La base es más grande, fíjate bien.

—¿Estás segura?

Le lanzo una mirada incrédula que no deja lugar a dudas.

—¿Quién crees que se ha montado los muebles de la casa? —contesto, echando un vistazo a las piezas esparcidas por el suelo—. Confía un poco en mí, por favor.

Él suspira y me hace caso al fin. Intentamos fijarla con dos tornillos largos, pero algo no encaja.

—Esto no tiene ningún sentido —murmura él, rascándose la nuca.

Nos dejamos caer hacia atrás al mismo tiempo, tumbados boca arriba sobre el suelo frío, mirando el techo como si las respuestas estuvieran escritas allí con rotulador rojo. A nuestro lado hay bolsas con comida para llevar que compramos en el bar de la esquina y dos smoothies que empiezan a perder el frío y a sudar gotitas de condensación.

—Por cierto —dice de pronto, girando la cabeza hacia mí sin incorporarse—. ¿Cómo te fue la cita del lunes con Elena?

—No fue exactamente una cita —respondo, levantándome sobre los codos para mirarlo mejor—. Simplemente salimos por ahí, tomamos algo y aprovechamos para ir al cine.

—¿En un lunes? —Pau arquea las cejas con exageración—. Pues sí que es rara esa chica. ¿Quién va al cine un lunes por la tarde?

Sonrío sin poder evitarlo, recordando la sala medio vacía y cómo nos sonreímos por ese hecho durante los anuncios. La verdad es que después de cómo nos conocimos, esperaba haber hecho de todo, menos ir al cine.

—A mí me parece muy interesante. Tiene un humor que me encanta.

Pau se incorpora también, apoyando los antebrazos sobre las rodillas y mirándome con curiosidad.

—Recuérdame a qué se dedica exactamente.

—Es abogada. Trabaja en un despacho bastante importante aquí en Barcelona. Derecho corporativo, contratos grandes, fusiones, ese tipo de cosas que parecen aburridas, pero que ella las cuenta de una forma bastante interesante.

—Vaya —silba Pau, impresionado—. Mujer de armas tomar, entonces. De las que no se andan con tonterías.

Asiento, jugueteando con una bolita de papel que hay a mi lado.

—La verdad es que sí tiene muy claro lo que quiere en la vida. Pocas personas se conocen tan bien a sí mismas a los treinta y pico.

—Pocas personas muestran la verdad de lo que son desde el inicio —puntualiza él, y su frase se queda suspendida en el aire.

Sé perfectamente a qué se refiere, y no hace falta ni que pronuncie su nombre. Paula sigue siendo una sombra que aparece cuando menos lo espero, aunque ya no me escriba ni me llame.

—De no ser así… ella… —empieza Pau, pero se detiene de golpe, cerrando la boca y negando con la cabeza—. Nada, olvídalo.

—Tranquilo, estoy bien —le aseguro, bajando la mirada a las instrucciones de nuevo—. Después de pedirle que me dejara en paz de una vez, ya no me ha dicho nada más, y no creo que lo haga.

Sujeto de nuevo el papel lleno de dibujos y entrecierro los ojos intentando descifrar el siguiente paso.

—Me da que tenías razón, creo que hemos colocado mal la tablilla de atrás.

Pau observa el mueble, parpadea varias veces como si no diera crédito y luego se lleva la mano a la frente con dramatismo.

—¿Vas en serio? ¿De verdad Roser Medina se ha equivocado?

—Cállate —le pido antes de arrearle un manotazo.

Pau se levanta, y poco después comprueba las medidas con la cinta métrica, toca la pieza con resignación y finalmente suelta un bufido largo y teatral.

—Tendremos que volver a empezar desde cero —se queja, y echa la cabeza hacia atrás—. Eso me pasa por pedir un día tranquilo.

Me echo a reír.

—O por hacerme caso, que viene a ser lo mismo —bromeo.

Entre bromas y quejas, desatornillamos lo que habíamos montado y dejamos de nuevo las piezas en el suelo. La herramienta resbala varias veces; nuestras manos se chocan mientras intentamos trabajar en el mismo espacio reducido, y en un momento Pau me da un codazo sin querer que me hace soltar el destornillador.

—Perdón, perdón —dice entre risas—. Es que eres muy invasiva, chica.

—Tú eres el que está ocupando medio estudio para montar un simple mueble —le contesto, dándole un empujón con el hombro.

«Joder. Pagaría por tener más momentos así».

Seguimos trabajando un rato más, y él se concentra en encajar todas las piezas.

—¿Y con Alexis qué tal? —pregunta sin más—. ¿Seguís con ese absurdo plan?

Siento cómo algo se tensa dentro de mí, un nudo que no esperaba notar con tanta fuerza en mi estómago.

—Más o menos.

—¿Más o menos? —insiste él, ladeando la cabeza—. ¿Es que no quieres hablar?

Carraspeo. No sé exactamente por qué no le dije nada del trío. Tal vez porque ni yo misma sé qué significó aquello, o tal vez porque me da miedo verbalizarlo y que suene… real.

—Pau… —empiezo, dejando el destornillador sobre el suelo—. Hay algo que no te he contado.

Él frunce el ceño, intrigado.

—Suéltalo.

—Hice un trío con Alexis.

La herramienta se le resbala de la mano y cae directamente sobre su pie.

—¡AUCH, JODER! —grita, llevándose ambas manos al empeine y saltando un poco—. ¿Qué coño has dicho?

No puedo evitar soltar una carcajada, tapándome la boca con la mano.

—¿Estás bien? ¿Te has roto algo?

—Sí, sí… —masculla Pau, respirando hondo mientras se frota el pie—. Pero espera, espera. Repíteme eso.

—Que participé en un trío con Alexis —repito, más calmada esta vez.

—¿Con quién más? —pregunta, aunque estoy segura que ya intuye la respuesta.

—Pues… con Elena.

A Pau se le desencaja la mandíbula. Creo que no ha entendido muy bien la ecuación.

—¿Por qué coño no me dijiste que te has acostado con Alexis?

—Porque no me he acostado con ella exactamente —replico, algo a la defensiva—. Participé en un trío en el que disfrutamos muchísimo, como si fuera una noche más. Aunque Elena dijo que yo le gusté más… —añado, encogiéndome de hombros.

Creo que Pau ya está procesando los datos. De hecho, veo las palabras moverse por su cabeza.

—Eso no cambia el hecho de que te acostaras con alguien que…

Bajo la mirada hacia mis manos, que juguetean con un tornillo.

—No fue… como lo estás imaginando.

—¿Ah, no? Pues entonces ilumíname.

—Reconozco que fue intenso, sí —confieso—. Pero también raro. Muy raro. Había demasiada tensión en el aire. Vamos que no estuve cómoda del todo.

Él se pone más cómodo y se abraza las rodillas.

—Aquí hay gato encerrado, Roser.

Levanto la vista, desafiándolo con la mirada.

—¿Qué pasa?

—Que cuando dices «raro» con esa cara, siento que no hablas de la situación en sí. Sino de lo que sentiste en ese momento. O de lo que sientes ahora.

Su capacidad para leerme me irrita.

—Me sentí fuera de lugar —admito e intento desviar la importancia bebiendo de mi smothie—. No por el hecho de estar en el trío. Sino porque esa cercanía con Alexis, me dejó…

Me quedo callada un instante, buscando la palabra adecuada.

—Descolocada —suelto al poco.

—¿Descolocada en qué sentido? —insiste mi mejor amigo.

—Como si hubiera algo ahí que no termino de entender.

—¿Y eso significa…?

Trago saliva. «¿Para qué habré venido?»

—Es que no sé cómo explicarlo. Tengo la sensación de que cada vez que estamos cerca se me acelerara el pulso de una forma inesperada.

Pau se cruza de brazos, pensativo.

—¿Te gusta?

La pregunta me deja boquiabierta. Siento cómo el corazón me da un salto ridículo en el pecho.

—¿Qué? —niego casi antes de que termine de hablar—. No digas tonterías, Pau.

Se me escapa una risa nerviosa.

—Alexis no sabe ni lo que quiere. Está muy descentrada —añado rápido, como si las palabras pudieran protegerme—. Metida de lleno en esto de las citas, con gente nueva cada dos por tres. Así que no tiene ningún sentido. Como tampoco que yo siga dándole vueltas, porque no es lo que me llama ahora mismo.

Pau no aparta la mirada ni un segundo.

—¿Y qué es? Si se puede saber.

Respiro hondo, intentando ordenar el caos que tengo dentro.

—A pesar de lo que me ha pasado y que esté hecha polvo. Yo busco el amor de verdad. No estar dando tumbos de una persona a otra como si fuera una bola de pinball.

Pau toma su smoothie, le da un sorbo largo y me observa por encima del borde del vaso, convencido de la respuesta que va a darme ahora mismo.

—Pues yo que tú, se lo iría diciendo pronto…

24

Alexis

Las plazas del barrio de Gràcia están llenas de conversaciones superpuestas, de vasos que chocan y de niños que corren alrededor de las fuentes mientras sus padres los animan a que sigan jugando. Me gusta terminar aquí mis últimas guías del día porque la energía es cercana, casi doméstica, como si la ciudad bajara el volumen antes de que la noche bañe por completo Barcelona.

Hoy voy con quince minutos de retraso. Lo sé porque miro el reloj disimuladamente mientras explico la historia de la Vila y noto cómo el grupo empieza a cambiar el peso de un pie a otro. Sonrío con profesionalidad, modulando la voz para que suene cálida y segura, aunque por dentro me esté recriminando la mala gestión de mi tiempo en algunas ocasiones y me repita mentalmente que la próxima vez calcularé mejor los recorridos de traslado entre plazas.

—Y si se fijan en la torre del campanario —hablo, señalando hacia arriba con un gesto amplio—, entenderán por qué este barrio siempre ha tenido un espíritu propio, casi independiente del resto de la ciudad.

Una pareja de mediana edad asiente con interés. Un chico joven, con auriculares colgando del cuello, levanta la mano como si estuviéramos en plena clase.

—Aquí es donde se celebraban las famosas fiestas de verano, ¿verdad?

—Sí, las fiestas mayores de Gràcia —respondo, agradecida por la participación que me permite recuperar el ritmo de la guía—. Esa semana, las calles se decoran con temáticas que preparan los vecinos durante meses. Es un espectáculo de creatividad, con

concursillos que se toman muy en serio. Hay años en que parece que han bajado decorados de Hollywood.

Mientras hablo, siento una presencia distinta entre las personas que observan. Busco con disimulo entre la multitud y veo que Roser está apoyada en la esquina de la plaza, a unos metros, con una chaqueta clara y las manos metidas en los bolsillos. Me observa con una media sonrisa que no intenta esconder. Su pelo cae suelto sobre los hombros y el gesto tranquilo con el que me mira me hace carraspear, además de sentir un delicioso calor en las mejillas.

Pierdo el hilo durante una fracción de segundo. El cerebro se me queda en blanco.

—Eh… —me recompongo rápido—. Como decía, este barrio siempre ha sido un núcleo cultural muy activo, con teatros independientes, cooperativas y esa costumbre tan nuestra de convertir cualquier pequeña excusa en una fiesta.

Recupero el ritmo con más agilidad, acelero un poco el final de la explicación y cierro la visita agradeciendo al grupo su atención con una sonrisa amplia. Reparto un par de recomendaciones gastronómicas —el bar de tapas de la Plaça del Sol y la heladería artesanal que hace colas interminables— y respondo a una última pregunta sobre transporte público.

—Ha sido un placer acompañarlos —aseguro al final, juntando las manos frente al cuerpo—. Que disfruten de la ciudad y, si regresan algún día, ya saben dónde encontrarme.

Algunos se acercan a despedirse personalmente, me dan las gracias con efusividad y sacan fotos de última hora con el móvil. Cuando por fin me quedo sola, suelto el aire que llevaba reteniendo en los pulmones como si hubiera estado conteniendo la respiración todo el rato.

Roser continúa inmóvil, esperando con paciencia.

Camino hacia ella mientras me paso una mano por el pelo, consciente de que debo de tener el maquillaje ligeramente corrido después de tantas horas al sol y la voz algo más grave después de

hablar sin parar. Me siento expuesta, como si hubiera olvidado ponerme la armadura antes de salir de casa.

—Debo ir hecha un desastre —me quejo nada más llegar a ella, inclinándome para darle dos besos en las mejillas.

Su piel está fresca, huele a jabón y a algo floral que no consigo identificar.

—En realidad te queda bien la faceta de guía —responde, observándome de arriba abajo sin el menor pudor—. Tienes pinta de saberlo todo y de no dejar que nadie se salga con la suya.

Hoy llevo una chaqueta de traje en tono oscuro, ligeramente entallada, que marca la cintura sin exagerar. Bajo ella, una camisa azul claro con los primeros botones abiertos y unos pantalones anchos que caen con elegancia hasta los tobillos. Zapatos de tacón bajo, prácticos pero con carácter. Me miro un segundo en el reflejo de un escaparate cercano y entiendo su comentario: parezco más una abogada a punto de cerrar un acuerdo importante que una guía turística perdida en Gràcia.

—¿Lo dices en serio o estás siendo amable para no herir mis sentimientos? —dramatizo mientras me paso las manos por el pelo para arreglarlo un poco.

—Muy en serio. Tienes un aire… convincente.

Siento un cosquilleo extraño en el estómago que no analizo demasiado.

—¿Cómo ha ido todo por el estudio? —pregunto para cambiar el foco y ganar tiempo—. ¿Ya tenéis todo listo Pau y tú?

Nos hemos escrito casi a diario estos últimos días. Mensajes breves, alguna broma tonta sobre los muebles y foto del avance del local con comentarios como: «¡Mira qué desastre de base!» o «Pau dice que esto es arte contemporáneo». Pero verla en persona es muy distinto.

Roser asiente y se guarda las manos en los bolsillos de la chaqueta otra vez, como si necesitara protegerse de algo. «¿Qué le

pasará?», me pregunto.

—Sí, todo va tomando forma. Hemos montado muebles, colocado varios focos, discutido si cambiar el mostrador de sitio o no… Todavía queda trabajo, pero empieza a parecer un estudio y no un local cualquiera.

—Me alegro mucho —digo con sinceridad, y es de corazón—. Se nota que lo estás disfrutando.

—Aunque no quiero descuidar lo que hago —añade ella, bajando un poco la voz—. Pasado mañana tengo la cena que te dije en el Born, y estoy de los nervios. No es una sesión cualquiera, es para un cliente que puede abrirme puertas grandes.

—Lo vas a hacer de maravilla, ya verás —respondo sin dudar ni un segundo—. Si algo tienes es talento. Y criterio. Así que tienes que estar tranquila.

Ella sonríe, pero hay un leve gesto de tensión en su mandíbula que no se me escapa.

—¿Nos sentamos en alguna terraza? —propongo, llevándome una mano a la espalda porque después de tres horas de pie me duele todo—. Estoy molida, y si no me siento ya, me voy a quedar tiesa como un palo.

Caminamos hasta un restaurante de estilo elegante que da a una pequeña plaza adoquinada. La terraza está iluminada por guirnaldas de luces cálidas que crean un ambiente íntimo sin resultar pretencioso. Las mesas son de madera oscura, con manteles claros y copas finas que reflejan los destellos del atardecer. Nos sentamos frente a frente. El murmullo de otras conversaciones nos envuelve. Pido dos cervezas bien frías y algo para compartir: unas croquetas de jamón ibérico, patatas bravas y una ensaladilla rusa que aquí hacen de escándalo.

Cuando el camarero se retira, noto que Roser me observa fijamente, como si hubiera estado ensayando lo que va a decir a continuación.

—Alexis… —empieza, y su voz baja un tono.

Conozco ese timbre perfectamente. Es el preludio de algo importante, de esas conversaciones que cambian el rumbo de las cosas.

—He estado pensando en esto de las citas y la verdad es que…

—Deberíamos dejarlo —la interrumpo antes de que termine.

Roser se queda boquiabierta, con el ceño ligeramente fruncido, como si no estuviera segura de haber escuchado bien.

—¿Cómo? —murmura.

Sostengo su mirada. He ensayado esta frase mentalmente varias veces desde la mañana, repitiéndola en el espejo del baño mientras me ponía el rímel.

—Tengo que admitir que fue un poco locura, la verdad —añado, y se me escapa una pequeña risilla—. Y no es lo que ahora mismo necesito.

Ella no responde. Toma la cerveza que acaba de llegar y da un trago largo. Sus dedos se tensan alrededor del vaso hasta que los nudillos se le ponen blancos.

—Explícate —me pide sin dudar. Incluso extrañada.

Me inclino ligeramente hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—Ir de una cita en otra puede hacer que te pierdas a gente interesante. Y no es lo que quiero. Quiero parar un momento, respirar, ver qué pasa sin forzar las cosas —añado.

La frase flota entre nosotras como una niebla espesa.

—¿Has…? —empieza ella, pero el camarero interrumpe dejando el primer plato en la mesa con una sonrisa profesional.

Agradezco la pausa. De repente me doy cuenta de lo hambrienta que estoy después de la caminata y el estrés acumulado. Cojo el tenedor, los panecillos, y empiezo a comer despacio. Necesito

un par de minutos para ordenar lo que voy a decir sin que suene a excusa barata.

Roser apenas prueba su comida. Remueve la ensaladilla con el tenedor como si estuviera resolviendo un problema matemático.

Cuando termino de tragar, limpio mis labios con la servilleta y vuelvo a mirarla.

—Puede que haya conocido a alguien interesante… —comento con naturalidad, y noto cómo el corazón me late desbocado—. Pero todavía es muy pronto para saber si va a ser algo o solo un espejismo. Además —añado con una media sonrisa—, tú también has visto a Elena un par de veces. Técnicamente has roto el trato, y eso no entraba en los planes —concluyo en tono bromista antes de sonreír.

Roser baja la mirada un instante hacia su plato y luego la levanta de nuevo.

—Sí, es verdad —admite, antes de carraspear—. Supongo que ninguna de las dos ha sido muy fiel al acuerdo.

Su sonrisa es breve, apenas un gesto educado. Luego se concentra en el plato como si de pronto fuera lo más importante del mundo.

El ambiente se ha vuelto un poquito más tenso, aunque a nuestro alrededor todo sigue igual.

—Lo mejor que podemos sacar de todo esto… —continúo, buscando claridad en mis propias palabras—, …es que nos hemos hecho buenas amigas. Eso sí que no va a cambiar. Me gusta hablar contigo, me gusta reírme contigo, me gusta que estés aquí ahora mismo, aunque sea en mitad de unas papas bravas y una conversación normal.

Lo digo convencida. O eso creo. Roser levanta la vista y esta vez su sonrisa es distinta. Mucho más real. Tal y como me gusta verla en su rostro.

—Ni se me ocurriría perder esto —responde, apuntándome con el tenedor—. Eres de las pocas personas con las que puedo ser yo sin filtros.

Se queda mirándome un segundo de más. Sus ojos tienen una intensidad que me atraviesa. Siento un cosquilleo en el estómago, una leve presión en el pecho que no asocio a nada concreto, y la conversación continúa sin más. Ella me relata con todo detalle cómo Pau se clavó un tornillo en el dedo y gritó como si le hubieran amputado la mano, nos reímos de su torpeza y recordamos la boda donde todo empezó. Poco a poco la tensión inicial se diluye, aunque algo invisible ha cambiado de lugar entre nosotras. Ya no es lo mismo, y las dos lo sabemos.

Cuando dejamos el restaurante, la noche ya se ha instalado sobre Gràcia. Las luces de las ventanas dibujan rectángulos cálidos en las fachadas y Roser decide acompañarme a casa, como si alargar el trayecto fuera lo más importante del mundo ahora mismo. Vivimos en el mismo distrito, aunque muy alejadas, una pequeña curiosidad que sigue haciéndome sonreír.

—Ya me contarás qué tal va la sesión, con todo lujo de detalles ¿eh?

—Serás la primera en saberlo —asegura.

Nos acercamos para despedirnos y le doy dos besos en las mejillas. Su piel roza la mía apenas un instante más de lo habitual, o tal vez lo imagino. Su perfume se queda flotando en el aire entre nosotras.

—Descansa —murmura, dando un paso atrás.

—Tú también. Y no te preocupes demasiado. Vas a bordarlo.

Roser asiente, gira sobre sus pasos y la veo alejarse por la calle, con las manos de nuevo en los bolsillos y la espalda recta. Me quedo unos segundos observando su figura hasta que dobla la esquina y desaparece.

Luego entro en casa con la sensación extraña de haber hecho lo correcto… y, al mismo tiempo, de haberla cagado profundamente.

25

Roser

Estoy frente al espejo del aseo, bajo una luz demasiado blanca que no perdona ni una sombra. El restaurante es uno de esos locales del Born donde cada detalle parece calculado para impresionar sin que se note el esfuerzo. Yo, en cambio, sí que lo hago por aparentar calma y profesionalidad mientras intento retocar el delineado con un pulso que se niega a darme un momento de paz.

Me inclino un poco más hacia el cristal, repaso el carmín con cuidado y después junto los labios, como si con ese gesto pudiera sellar algo más importante que el mero color. El móvil vibra sobre la encimera de mármol con un mensaje de Alexis, y noto cómo una fina línea se mueve en mi boca. Por mucho que las cosas estén raras, la sonrisa siempre aparece cuando se trata de ella.

> **Alexis**: Esta noche también salgo. Mucho ánimo, ya verás cómo todo va de lujo y haces una sesión espectacular.

—Ojalá —murmuro en voz alta antes siquiera de ponerme a teclear.

Le respondo con un «Gracias, disfruta tú también» y dejo el teléfono boca abajo. La sonrisa se me desvanece casi al instante. Siento un nudo apretado en el estómago, una presión incómoda justo debajo del esternón, como si fuera a pasar algo que va a terminar por joderme la noche.

Me miro unos segundos más. Llevo un traje negro sencillo pero elegante: chaqueta ligeramente entallada y blusa de seda color marfil que suaviza el conjunto. El pelo recogido, pulcro y práctico. Muy profesional. Demasiado profesional. Pero así son las cosas.

Reviso que todo el equipo esté en orden, respiro hondo —muy hondo— y asiento mirándome en el espejo.

—Todo va a salir bien.

El restaurante ocupa un antiguo edificio rehabilitado con mimo: techos altísimos, vigas de madera, paredes que combinan el ladrillo original con paneles de terciopelo oscuro que absorben la luz. La iluminación es cálida, íntima, con lámparas colgantes de diseño contemporáneo que dibujan pequeños círculos dorados sobre las mesas.

Me han contratado para documentar una cena privada que organiza una galería internacional con sede en Barcelona para una revista importante del sector. Presentan a una joven artista emergente especializada en arte contemporáneo —que ya está en el restaurante—, ese tipo de piezas que invitan a tocar, oler, a escuchar… La velada reúne a potenciales compradores con bolsillos generosos, coleccionistas y algún crítico influyente. El objetivo del anfitrión es claro; quiere imágenes que destilen exclusividad, elegancia y esa complicidad intelectual que tanto gusta en estos ambientes.

Camino hacia la mesa principal, larga, impecable, vestida con mantelería blanca que es preciosa. Los centros florales son minimalistas, casi escultóricos, y la vajilla de porcelana brilla con discreción bajo la luz.

—Ah, Roser —me llama una voz masculina, grave y educada.

Es Arturo Beltrán, el propietario de la galería que patrocina la velada y, además, jefe de la curadora que dio a conocer a la artista emergente. Un hombre de unos sesenta años, alto, de porte imponente, pelo plateado peinado hacia atrás, traje oscuro hecho a medida y un pañuelo de seda asomando apenas del bolsillo que cae sobre su pecho. Su mirada es penetrante, pero nunca agresiva; está acostumbrado a cerrar muchísimos acuerdos, eso seguro.

—Todavía falta gente por llegar —me explica con una sonrisa diplomática—, pero si lo desea puede empezar ya. Fotografíe el

ambiente, los detalles… —comenta, echando un vistazo a su espalda —. La anticipación forma parte del relato, ¿no le parece?

—Por supuesto, señor Beltrán —respondo con tono profesional —. Me pondré con ello ahora mismo.

—Le hemos pedido al restaurante que le sirva un tentempié para cuando lo necesite —añade con cortesía—. No queremos que nuestra fotógrafa pase la noche entera en ayunas.

—Se lo agradezco de corazón —contesto.

Él asiente, satisfecho, y se aleja con paso tranquilo para saludar a otro invitado que acaba de entrar mientras yo me pongo a trabajar.

Al principio soy hiperconsciente de cada fotografía que saco, de cada composición, de la posición exacta del encuadre. Capturo el reflejo de las luces en las copas de cristal, la textura casi táctil de las servilletas dobladas, las manos que se estrechan con sonrisas medidas al saludarse. El chasquido del obturador se convierte en un ritmo constante que, poco a poco, me aísla del resto del mundo. La concentración siempre ha sido mi refugio perfecto.

Pero no sé por qué, mientras ajusto el enfoque en un pequeño grupo que conversa animadamente junto a la barra, me viene a la cabeza la última charla con Pau en el estudio, justo antes de irme a cambiar.

—Creo que hiciste bien dejando las cosas claras —me soltó mientras enrollaba cables—. Ahora que Alexis y tú os habéis alejado de esa tontería, igual y hasta Elena termina siendo el amor de tu vida.

Sonreí, más por inercia que por convicción.

—No digas chorradas, Pau.

—No, lo digo del todo en serio… —añadió, sonriente—. Creo que solo tienes que darte tiempo. Y también, dedicarte a disfrutar.

Negué con la cabeza, fingiendo que me lo tomaba a broma, pero ahora, mientras enfoco a un crítico de arte que gesticula con

entusiasmo exagerado mientras explica algo sobre texturas y emociones, mi mente no se queda en Elena. Se va hacia otro lugar. Hacia otra persona.

Y lo que empiezo a descubrir, no me está gustando nada.

—Mirad, Yasmina ya está aquí —anuncia de pronto Arturo.

Ajusto el objetivo hacia la entrada casi por puro instinto. La puerta principal se abre con suavidad y ella entra al restaurante.

Es evidente que es una mujer guapísima, y que ha visto mucho mundo. Alta, estilizada, de pelo oscuro… Lleva un vestido largo de satén verde esmeralda que se adhiere a su figura con una caída perfecta, como si la tela hubiera sido creada exclusivamente para ella. La luz rebota en la superficie con un brillo sutil y elegante. Pendientes largos de oro fino enmarcan su rostro, y lleva un maquillaje que es discreto pero certero y resalta unos ojos profundos, casi hipnóticos.

Está radiante. Absurdamente radiante.

Levanto la cámara y disparo una ráfaga corta. La expresión del resto al verla es de pura satisfacción.

Pero entonces me doy cuenta de que no ha entrado sola. Sino que da la mano a otra mujer.

Al principio mi cerebro se niega a procesarlo. Pero cuando la luz incide de lleno sobre su rostro, y cuando su sonrisa se dibuja al saludar a alguien conocido, el suelo parece inclinarse bajo mis pies.

Alexis lleva un traje oscuro impecable, pantalones de corte ancho que le dan un aire relajado pero sofisticado, blusa de seda que contrasta con la sobriedad del conjunto. Se ha dejado el pelo suelto, con ondas suaves que caen sobre sus hombros, y sus labios se curvan en una sonrisa que no tiene nada de profesional.

Mi pulso falla un segundo. La cámara se ladea y tengo que corregir el equilibrio con un movimiento brusco. El corazón me golpea contra las costillas como si quisiera salirse de mi pecho.

No puedo parar de disparar. Trabajo en piloto automático: encuadro, disparo, cambio de ángulo, ajusto la exposición… Mi cuerpo se mueve solo mientras mi cabeza intenta —sin éxito— procesar la escena cuando se acercan al anfitrión.

—Arturo —saluda Yasmina con un cariño evidente—. Gracias al resto por venir.

Arturo abre los brazos, sonríe de oreja a oreja y la besa en ambas mejillas con afecto. Después extiende la mano hacia Alexis con la misma cordialidad.

—Encantado de conocerte. Yasmina ya nos ha hablado mucho de ti —dice, y enfatiza ese «nos ha hablado mucho» de una manera que resuena dentro de mi cabeza como un eco molesto.

Me desplazo un par de pasos para captar el saludo desde un ángulo lateral. El objetivo enfoca de nuevo sus manos unidas. Los dedos de Alexis rozan con suavidad el dorso de la mano de Yasmina, un gesto pequeño, casi inconsciente, pero que parece reafirmar algo mucho más profundo.

Cuando Arturo me hace un gesto discreto para que me acerque, siento que el estómago se me retuerce en un nudo imposible.

—Roser, ven, por favor —me llama con orgullo—. Te presento a nuestra mejor curadora, Yasmina… y a su pareja, Alexis.

«Pareja».

La palabra me atraviesa como una corriente de aire frío.

—En realidad ya nos conocemos —aclara Alexis antes de que yo consiga articular palabra. Y después, mira a Yasmina.

—¿De verdad? ¡Qué maravilla! —exclama esta, y se vuelve hacia Arturo—. Entonces Roser va a estar mucho más cómoda trabajando con nosotras, ¿verdad?

«Mucho más cómoda». Si supiera lo equivocada que está.

—No tenía idea de que el evento iba a ser tan elegante —comenta Alexis de nuevo.

—Digamos que me gusta dar esta clase de sorpresas —apunta Yasmina, y le guiña un ojo a Alexis.

Ella y yo nos miramos.

Busco en sus ojos alguna grieta, alguna señal, alguna explicación que me quite este peso del pecho. Pero no hay nada. Solo calma. Y eso me deja con una tristeza que no puedo evitar sentir.

—Espero que lo disfrutes —le digo a Alexis.

Enseguida, disparo otra foto casi por reflejo, solo para romper la tensión que se ha instalado entre nosotras tres.

La cena da comienzo. Los invitados van tomando asiento con esa elegancia estudiada que se respira en estos eventos. Yo me desplazo alrededor de la mesa larga, capturando conversaciones, risas, brindis delicados con copas que tintinean como campanillas.

Pero mi concentración se resquebraja cada dos por tres.

Veo cómo Yasmina inclina la cabeza hacia Alexis y le susurra algo al oído. Alexis sonríe de lado, y le acaricia el dorso de la mano con el pulgar en un gesto lento, casi hipnótico. Bajo la mesa sus rodillas se rozan con naturalidad, como si el contacto fuera imprescindible.

Intento centrarme en la artista invitada, en la presentación de los platos —la verdad es que cada uno es una pequeña obra de arte comestible—, en el camarero que les sirve el vino.

Pero mis ojos vuelven a ellas una y otra vez, como si tuvieran voluntad propia.

Recuerdo la cena en Gràcia. Recuerdo sus palabras exactas: «Buenas amigas». Recuerdo mi propia sonrisa, esa que fingí tan tranquila mientras por dentro algo empezaba a torcerse.

Aprieto los dientes sin darme cuenta.

Disparo justo en el instante en que Yasmina apoya la mano en el muslo de Alexis con una naturalidad posesiva que me atraviesa. La composición es perfecta: luz, encuadre…

Por dentro, sin embargo, un temblor me recorre desde el pecho hasta la punta de los dedos.

Me obligo a respirar despacio, muy despacio.

«Esto es trabajo. Solo trabajo». Repito la frase como un mantra inútil que empieza a romperse dentro de mi cabeza. Sobre todo, porque cada gesto entre ellas me golpea con una fuerza que no esperaba. No imaginaba que me importaría tanto. No imaginaba que esa idea vaga de «alguien interesante en su vida» acabaría teniendo un rostro concreto, un vestido verde esmeralda que brilla bajo las luces, una mano entrelazada con la suya como si fuera lo más natural del mundo.

Cambio a un objetivo más luminoso, me acerco un poco más a la cabecera de la mesa para capturar el brindis principal.

Yasmina alza la copa con elegancia.

—Por el arte —declara con voz clara y convencida.

—Y por las nuevas etapas —completa Arturo mirando hacia su artista.

Disparo varias veces. La imagen queda hermosa, digna de portada en cualquier revista especializada.

Bajo la cámara despacio y las observo de nuevo.

Yasmina le dice algo en voz baja a Alexis, que suelta una risa corta y genuina, de esas que se le escapan cuando está a gusto de verdad. Alexis le aparta un mechón imaginario de la frente, aunque no haya nada fuera de lugar. Yasmina le contesta con un gesto coqueto, y las dos se miran como si el resto de la sala hubiera desaparecido.

Siento una punzada aguda, casi ridícula.

¿En serio? ¿Ahora? ¿Justo aquí?

Intento convencerme de que no es para tanto, de que solo es una sorpresa desagradable, de que mañana ya me reiré de esto con Pau mientras tomamos café. Pero el nudo en el estómago no se deshace. Al contrario: se aprieta todavía más.

Me desplazo hacia el otro extremo de la mesa, disparo detalles de los postres que empiezan a llegar, capturo la expresión concentrada de un coleccionista mientras prueba el vino, el camarero que rellenaba copas con disimulo.

Alexis le ofrece un bocado de su plato a Yasmina con el tenedor; ella lo acepta con una sonrisa traviesa y después le devuelve el gesto. Ríen bajito. Sus manos se buscan de nuevo sobre el mantel. Todo parece tan fácil, tan fluido, tan… perfecto.

Y yo aquí, con la cámara como escudo, sintiéndome cada vez más fuera de lugar.

Un camarero pasa a mi lado y me ofrece una copa de cava.

—¿Le apetece, señorita? —pregunta con amabilidad.

—No, gracias —respondo casi por instinto—. Estoy trabajando.

Él asiente y sigue su camino. Yo me quedo quieta un segundo, mirando la copa que no he aceptado, pensando en lo absurdo que es todo.

Pero cada vez que levanto la vista y las veo —Yasmina apoyando la barbilla en la mano mientras escucha a Alexis con atención absoluta; Alexis rozándole el brazo con las yemas de los dedos mientras habla—, el dolor se hace más real.

No es solo por la sorpresa que me he llevado. Es dolor del de verdad. Algo que no esperaba sentir con esta intensidad.

Me obligo a moverme otra vez. Cambio de posición, ajusto el ISO, disparo un plano general de la mesa, como si todo estuviera perfectamente controlado.

«Excepto yo».

Mientras cambio la tarjeta de memoria, pienso en lo irónico que es todo: yo, que me dedico a capturar instantes, a congelar emociones, ahora mismo soy incapaz de congelar las mías. Yasmina se inclina de nuevo hacia Alexis y le dice algo que la hace reír con ganas.

Bajo la cámara un instante. Solo un instante.

Y respiro.

«Esto va a ser un infierno».

26

Roser

—Muchísimas gracias a todos por venir —se despide el señor Beltrán.

La sesión termina con un último brindis capturado en ángulo lateral y el murmullo elegante de los invitados despidiéndose con abrazos y besos al aire que apenas rozan las mejillas. Bajo la cámara despacio, como si ese gesto sencillo marcara de manera oficial el final de la velada y, de paso, el comienzo de algo que preferiría no tener que procesar todavía. Mis hombros pesan más de lo habitual; no sabría decir con exactitud si es por el equipo colgado del cuello durante este último par de horas o por todo lo que he tenido que tragarme en silencio para mantener la compostura profesional.

Me acerco a la barra cuando el restaurante empieza a vaciarse poco a poco. El personal empieza a recoger y retiran copas sin hacer ruido, apilan platos con cuidado, y borran cualquier rastro de intimidad como si nunca hubiera existido. Arturo se ha despedido hace unos minutos con una sonrisa satisfecha y un apretón de manos que casi me hace crujir los nudillos. «Estoy seguro de que el reportaje será excelente, Roser. Ya me pondré en contacto contigo para la selección de fotos y la entrega», ha dicho con esa seguridad que da tener una cuenta corriente abultada y contactos en todas partes. Yo he asentido con la profesionalidad que se espera de mí, aunque por dentro solo quería salir corriendo.

Ahora tengo delante una limonada fría y un pequeño plato con pan artesanal recién horneado y un montoncito generoso de hummus que apenas pruebo. Me apoyo con los antebrazos en la barra, sintiendo el mármol fresco bajo la piel caliente, y dejo que el contraste me despierte un poco. El aroma a limón y ajo se mezcla

con el perfume residual de las flores que han decorado la mesa principal.

A mi espalda siguen oyéndose murmullos dispersos, risas que se apagan poco a poco, el eco lejano de tacones que se alejan por el pasillo hacia la salida. Pero no quiero girarme. No quiero comprobar si siguen allí, si se han quedado rezagadas hablando con alguien o si ya han desaparecido juntas en la noche barcelonesa.

Las imágenes de la velada se repiten en mi cabeza como una secuencia mal editada que nadie se ha molestado en cortar: la mano de Yasmina descansando con naturalidad en la cintura de Alexis mientras charlaban la gente de la mesa, la sonrisa compartida que ha durado un segundo de más, el gesto casi imperceptible de complicidad cuando creían que nadie las miraba. O, peor aún, cuando creían que *yo* no las miraba.

Aprieto los labios hasta que me duele un poco.

—Concéntrate, Roser —me susurro a mí misma, como si hablarme en voz baja fuera a convencerme de algo.

Dejo el vaso a un lado con cuidado para no hacer ruido y saco la cámara del estuche. Reviso las fotografías con la atención profesional que se supone que debo tener. Paso una a una, deteniéndome en los encuadres más logrados, en los que capturan exactamente lo que Arturo quería: exclusividad, elegancia, esa complicidad y pulcritud que tanto se valora en estos círculos. La luz está perfecta, cálida sin ser empalagosa. La atmósfera es íntima y sofisticada al mismo tiempo. No hay ni rastro de mi temblor interno en ninguna de las imágenes; el pulso que me ha fallado varias veces durante la noche parece haberse estabilizado mágicamente en el momento del disparo.

En una de las fotos aparece Alexis levantando la copa en un brindis espontáneo. La mirada le brilla con una intensidad que no le había visto durante estas últimas semanas. Es hermosa. Siempre lo ha sido, pero esta noche, la despreocupación que le ha suavizado las

facciones parece hacerla... feliz. Y eso me molesta. Me molesta pero mucho, muchísimo.

Cambio de imagen rápidamente, casi con brusquedad, como si al pasar la foto pudiera borrar también la sensación que me deja.

Sé que cuando mi nombre aparezca en la revista especializada, se abrirán muchas puertas para mí. Más cenas privadas en áticos con vistas al mar, más clientes del mundo del arte dispuestos a pagar tarifas que antes solo soñaba, más oportunidades de consolidarme en este mundillo tan pequeño y tan cruel.

—Al menos me llevaré algo bueno de esta noche… —pienso en voz alta mientras doy un sorbo largo a la limonada. El líquido ácido me despierta las papilas y me obliga a volver al presente.

Creo que ya se han ido todas cuando escucho una voz justo detrás de mí.

—¿Las fotos han salido bien?

El corazón me da un pequeño salto traicionero antes de que logre girarme con la naturalidad que intento aparentar. Alexis está a pocos pasos, sin la chaqueta del traje y el pelo algo más revuelto, como si la noche hubiera deshecho parte de la rigidez inicial que traía puesta. Me mira con esa picardía habitual en ella, y yo tengo que obligarme a fingir que todo está normal.

—Según he ido viendo mientras las hacía, sí —respondo, quizá más a la defensiva de lo que pretendía—. La luz ha ayudado mucho y los invitados se han portado de maravilla.

Ella asiente despacio y se acerca un paso más, apoyando una mano en la barra a mi lado.

—Desde luego la velada ha sido muy dulce —añade con un deje que podría ser ironía o simplemente una observación sincera. No sabría decirlo.

La palabra «dulce» me sabe amarga en la boca, como si alguien hubiera echado sal en la limonada sin que me diera cuenta.

—Eso parece, sí —contesto, sosteniéndole la mirada—. Todo ha salido redondo.

Hay un silencio breve, y el aire entre nosotras se espesa un poco.

—Ya… —dice Alexis, pasándose la mano por la nuca en ese gesto que reconozco de sobra cuando está incómoda o no sabe cómo seguir—. No tenía ni idea de que ibas a estar aquí esta noche, te lo prometo. Ni siquiera sabía que este era el evento que tenías que fotografiar, Yasmina no me comentó nada. Espero que no haya sido demasiado incómodo para ti.

La observo con atención mientras analizo su expresión.

—Para nada —niego. Ni siquiera sé cómo lo he dicho—. El trabajo es el trabajo.

En ese momento Yasmina se acerca con elegancia hacia nosotras, caminando con pasos medidos que hacen que el satén verde esmeralda del vestido susurre contra el suelo. Se coloca al lado de Alexis sin tocarla, pero la cercanía entre ambas es tan evidente que casi se puede palpar. Solo se ve tensión sexual.

—Roser, quería agradecerte personalmente las fotos —dice con una sonrisa abierta y sincera—. He visto algunas mientras pasabas por detrás de la mesa y son preciosas. Has capturado justo la esencia de lo que queríamos transmitir esta noche.

—Gracias —respondo, forzando una pequeña inclinación de cabeza—. La noche ha ayudado mucho. Los invitados, la decoración, la luz… todo ha jugado a favor, la verdad.

—Arturo está encantado. Tiene muy buen gusto, además. Es un hacha en este tipo de eventos —añade ella, y su voz se ilumina —. Y yo también estoy impresionada.

Su mirada es franca, directa, sin rastro de malicia. Solo satisfacción y una seguridad que me resulta difícil de sostener durante mucho rato.

—Ha sido una cena especial para mí —continúa, bajando un poco el tono como si compartiera un secreto—. Quería que todo saliera perfecto, que la gente sintiera lo que yo siento cuando expongo las piezas en la galería, que podemos llegar a un público mucho más moderno. Y creo que lo hemos conseguido.

—La verdad es que ha salido de maravilla —interviene Alexis, mirándola con un gesto que me atraviesa el pecho como un cuchillo.

Yasmina le dedica una sonrisa breve, íntima, apenas un segundo. Suficiente para que yo note cómo se le iluminan los ojos. Después, se vuelve de nuevo hacia mí.

—¿Sueles cubrir eventos de este tipo, Roser? ¿Cenas privadas, inauguraciones y todo eso?

—No tenía mucha experiencia, pero supongo que a partir de ahora lo haré más —respondo con una sonrisa gentil—. El mundo del arte tiene algo… magnético. Te atrapa y no te suelta.

—Lo tiene, sí —afirma ella con convicción—. Es apasionante, pero también muy pequeño. Seguro que volvemos a coincidir en alguna otra ocasión.

No sé si esa idea me tranquiliza o me produce un escalofrío. Probablemente las dos cosas a la vez.

—Será un placer —digo, aunque por dentro no estoy tan convencida de ello.

Hay un instante en que las tres nos quedamos en silencio. Yo sostengo la cámara entre las manos como si fuera un ancla que me impide salir corriendo. Alexis se mueve ligeramente, acercándose un poco más a Yasmina sin darse cuenta. O quizá sí se da cuenta y le da igual. Yasmina inclina la cabeza hacia ella en un gesto casi inconsciente.

Alexis está alegre. Más que eso. Está feliz.

Un calor incómodo me sube por el pecho hasta la garganta.

Pues sí. Claro que estoy celosa.

La certeza me golpea con una honestidad brutal y casi cómica en su crudeza. Unos celos puros, simples y absurdamente intensos. De los que te hacen sentir ridícula a los treinta y tantos años, pero que no por eso dejan de existir.

Aun así, sonrío. Una sonrisa pequeña, educada, y muy de manual.

—¿Te llevamos a casa? —propone Yasmina con naturalidad, como si fuera lo más lógico del mundo—. Tenemos el coche aparcado a dos calles. No es ninguna molestia.

La oferta es amable. Generosa incluso. Y por eso mismo me resulta más difícil rechazarla.

—No, gracias —respondo de inmediato, casi demasiado rápido —. Me apetece andar un poco. Es mi ritual de fotógrafa después de una sesión larga.

Intento que suene casi divertido, como si fuera una manía entrañable.

En realidad es parcialmente cierto. Pero esta noche necesito algo más que procesar imágenes. Necesito aire fresco, distancia y, sobre todo, no tener que presenciar ni un minuto más de *esta complicidad* que se respira entre ellas.

—Bueno —concede Yasmina con una sonrisa comprensiva—. Entonces no te retenemos más. Gracias otra vez, Roser. Ha sido un placer tenerte con nosotros esta noche.

Alexis me mira un segundo más, como si quisiera decir algo y al final decidiera no hacerlo.

—Nos vemos pronto —murmura.

No especifica cuándo. Ni cómo. Ni en qué circunstancias.

—Claro.

¿Hasta cuándo vamos a seguir despidiéndonos así?

Las observo mientras se alejan hacia la salida. No se toman de la mano de inmediato, pero la tensión entre ellas es evidente.

Cuando cruzan la puerta, la luz de las farolas del Born las envuelve un instante y desaparecen.

Me quedo quieta, con la cámara todavía en las manos.

Cuento mentalmente hasta diez. Luego hasta veinte. Luego hasta treinta, por si acaso.

No quiero encontrármelas otra vez en la calle. No quiero presenciar cómo se besan antes de subir al coche, cómo se ríen de algo que yo no escucho, cómo se miran con intensidad.

Espero cinco minutos más antes de moverme. Cinco minutos eternos en los que el restaurante se vacía del todo y solo queda el personal terminando de limpiar.

Recojo mis cosas. Guardo la cámara en su funda acolchada, reviso dos veces que no falte ninguna tarjeta de memoria, meto los objetivos en sus compartimentos, cierro las cremalleras con cuidado… Agradezco al último camarero que queda con una sonrisa educada y un «buenas noches» que suena cansado.

El móvil me vibra en el bolsillo de la chaqueta y veo que es un mensaje de Pau.

Cuando tengo eventos importantes, nunca se va a dormir sin preguntar.

Pau: ¿Cómo ha ido la velada? ¿Todo bien?

Miro el mensaje. Mis dedos dudan sobre la pantalla táctil. No sé por dónde empezar. No sabría resumir lo que ha sido esta noche en una frase, en un audio rápido o en un par de líneas de WhatsApp. Sería como intentar meter un huracán en un frasco de cristal.

Así que guardo el teléfono sin responder.

Me despido del último camarero que barre el suelo y cruzo la puerta del restaurante. El aire nocturno del Born me golpea el rostro con suavidad, fresco. Me ajusto la chaqueta sobre los hombros, echo a andar con pasos lentos y dejo que el ritmo de mis tacones sobre el

empedrado marque algo parecido a una estabilidad interior que en realidad no siento.

Pero el nudo en el estómago sigue ahí, apretado, terco.

Saco el móvil otra vez mientras camino bajo las farolas y llamo a Pau.

—Dime —contesta al tercer tono, con voz adormilada.

Y no espero ni un segundo más.

—No vas a creerte lo que ha pasado.

27

Alexis

—Tu amiga es muy guapa, deberías traerla a más eventos, así conoce a gente.

Yasmina me muerde el labio inferior con esa delicadeza juguetona que siempre utiliza cuando quiere dejarme sin opciones. Esto no es lo que yo llamo algo divertido. De hecho, es lo contrario: una punzada incómoda que se instala justo debajo de las costillas y que no consigo sacudirme ni con la mejor voluntad del mundo.

Acabamos de cerrar la puerta de su piso y el sonido del cerrojo encajando resuena en el recibidor como un punto final tajante a la velada que hemos dejado atrás. El espacio es amplio, casi generoso, con techos altos que transmiten una sensación inmediata de libertad y ventanales enormes que enmarcan las luces tenues y dispersas que llegan de la calle. La ciudad se extiende allá abajo como un tapiz de puntos dorados y sombras suaves. Las paredes están cubiertas por varias obras: paneles texturizados que invitan a pasar los dedos para descubrir cómo cambian al tacto, esculturas orgánicas que parecen palpitar si las rozas con cuidado, colores que se transforman según la intensidad de la luz indirecta que proyectan las lámparas de pie.

El suelo de madera clara apenas cruje bajo nuestros pasos, un sonido cálido y familiar que siempre me recibe como un abrazo silencioso cuando entro aquí. En el centro del salón reina un sofá inmenso de terciopelo gris oscuro, tan amplio que parece diseñado para perderse en él durante horas. El aire lleva impregnado su perfume amaderado y el leve aroma dulzón de las velas de soja que dejó encendidas antes de salir. Las llamas titilan con timidez sobre la mesita baja, proyectando sombras danzantes en las paredes.

Me tiene arrinconada contra la pared del recibidor, tan cerca que el calor de su cuerpo atraviesa la tela ropa y se me cuela por la piel. Sus manos ascienden despacio por mis costados, desabrochando los botones uno a uno con una paciencia deliberada, que solo despliega cuando decide que quiere saborear cada segundo. Yo trato de concentrarme en los movimientos de sus dedos, pero mi mente se escapa sin permiso hacia el restaurante, hacia Roser inclinada sobre la cámara, hacia esa mirada que intentó esconder detrás de una sonrisa profesional y que, sin embargo, se le escapó en varios momentos. Una mirada que me atravesó como un rayo silencioso.

—Se nota que es profesional de los pies a la cabeza —prosigue Yasmina mientras termina de abrir la camisa y la desliza con lentitud por mis hombros hasta dejarla caer al suelo—. Deberías invitarla a la próxima inauguración. Le caería bien a todo el mundo, estoy segura.

Sus dedos recorren la piel desnuda de mi clavícula con una caricia que me provoca un escalofrío inmediato. Mi respiración se acelera sin que pueda evitarlo. Quiero contestar algo sensato, algo que suene despreocupado y natural, pero cada mención a Roser me aprieta un nudo en el pecho que crece y crece hasta casi impedirme respirar con normalidad. Porque Roser no es solo una amiga. Porque esta noche la he visto observarnos desde detrás del objetivo y he sentido que algo dentro de mí se empezaba a romper un poco.

—Tal vez —murmuro, y mi voz sale ronca. Mis manos suben hasta su nuca y enredo los dedos en su pelo oscuro—. Aunque no sé si le gustan mucho este tipo de eventos. Es fotógrafa, ya sabes. Prefiere estar al otro lado de la cámara, capturando en lugar de ser parte del espectáculo.

Yasmina sonríe contra la piel de mi cuello. Deposita un beso lento y húmedo justo debajo de la oreja, uno de esos besos que me hacen cerrar los ojos un instante y olvidar cómo se respira con normalidad. Sus manos descienden hasta la cintura de mis pantalones, desabrochan el botón con una facilidad pasmosa y dejan

que el tejido resbale por mis caderas hasta acumularse en un montón arrugado a mis pies. Quedo en ropa interior delante de ella, expuesta bajo la luz tenue, y sin embargo me siento más segura que en cualquier otro lugar del mundo.

—Pues debería venir —insiste con un tono juguetón y persuasivo—. Imagina las fotos que podría hacer en la próxima exposición. Sería perfecto. Además, parecía más cómoda contigo esta noche.

Ahí está. Esa frase que me golpea directo en el centro del pecho y me deja sin aire un segundo. Porque sí, hace semanas que Roser ocupa un espacio en mi cabeza mucho mayor del que debería permitirme. Porque inevitablemente, recuerdo el trío y cómo algo que no debería haber significado nada, se ha metido dentro de mí. Porque no estoy segura de si ella sigue cómoda con todo esto. Porque cuando la vi moverse entre las mesas con la cámara en las manos, algo dentro de mí se agitó de una forma inesperada y violenta.

Trago saliva con dificultad, y mis dedos se tensan involuntariamente en su pelo.

Yasmina percibe el cambio al instante. Se aparta apenas un centímetro para mirarme a los ojos. Sus pupilas están dilatadas, oscuras de deseo, pero también hay una chispa de curiosidad en ellas.

—¿Pasa algo? —pregunta, con su pulgar acariciando mi labio inferior justo donde me mordió hace unos minutos—. Te has puesto tensa de repente.

Abro la boca para responder cualquier cosa que desvíe la conversación y me saque del apuro, pero las palabras se me atascan en la garganta. En su lugar solo siento el calor que asciende desde mi vientre como una marea lenta.

—Ahora mismo me interesan otras cosas —suelto por fin poco después.

No espero respuesta. La beso con una intensidad enorme, y la empujo suavemente hacia atrás hasta que sus piernas chocan con el borde del sofá. Yasmina se deja caer sobre los cojines con una risa baja, sorprendida y encantada a partes iguales. Me arrodillo frente a ella, entre sus piernas abiertas. El vestido se ha subido hasta medio muslo y la tela brilla con reflejos suaves bajo la luz de las lámparas. Mis manos ascienden por sus pantorrillas, recorren la piel suave y caliente con lentitud deliberada hasta llegar al borde de su ropa interior. Se la bajo despacio, sin prisa, disfrutando de cómo su respiración se entrecorta y se vuelve superficial.

—Alexis… —susurra, y su mano se posa en mi cabeza, no para guiarme, sino para sentirme mucho más cerca.

Inclino la cabeza y la beso justo donde más la deseo. El sabor de su piel es dulce y salado al mismo tiempo, familiar y excitantemente nuevo cada vez que lo pruebo. Mi lengua se mueve despacio al principio, trazando círculos suaves, explorando la humedad que ya la delata sin remedio. Yasmina arquea la espalda y un gemido bajo y ronco escapa de su garganta. Sus dedos se enredan en mi pelo con más fuerza, pero sin tirar. Siento cómo sus muslos tiemblan a ambos lados de mi cabeza, cómo su cuerpo entero responde al ritmo que le impongo.

El sofá cruje ligeramente bajo su peso cuando ella se mueve, buscando más contacto, más presión. Mi boca se vuelve más insistente. Chupo con suavidad primero, luego con más presión, alternando el ritmo, tal y como que sé que le vuelve loca.

—Así… justo así —murmura con la voz temblorosa, rota por el placer.

Siento cómo su placer crece bajo mi lengua, cómo el calor aumenta, cómo la tensión se acumula en cada músculo de su cuerpo. Mis propias manos suben por sus caderas, la sujetan con firmeza para que no escape del contacto, para mantenerla exactamente donde la quiero. Mi cuerpo responde también, con un latido constante y profundo entre mis piernas, y la humedad empapando mi ropa interior. Por un segundo la imagen de Roser

regresa —la forma en que bajó la mirada cuando nos vio juntas—, y la aparto con rabia. Ahora solo quiero esto. Quiero a Yasmina. Quiero sentirla deshacerse bajo mi boca, quiero oír cómo mi nombre se convierte en un gemido largo entre sus labios.

Ella llega al clímax con un sonido profundo que llena todo el salón y que me recorre la columna como una corriente eléctrica. Su cuerpo se tensa, se estremece en oleadas, y yo sigo moviéndome despacio, acompañándola con suavidad hasta que el placer empieza a bajar y la deja relajada contra los cojines. Sus ojos brillan con una intensidad que va mucho más allá del deseo físico; hay cariño, hay entrega, hay algo que me aprieta el corazón.

—Ven aquí —dice, y tira de mí hacia arriba, totalmente decidida.

Me incorporo y antes de que pueda reaccionar, Yasmina cambia las tornas. Me empuja con delicadeza contra el respaldo mullido y se arrodilla entre mis piernas abiertas. Sus manos suben por mis muslos con lentitud tortuosa, y cuando me desnuda el aire fresco roza mi piel caliente y yo contengo el aliento, expectante.

Sus dedos son hábiles, seguros, conocen cada rincón de mi cuerpo como si lo hubiera memorizado. Primero me acaricia con una lentitud casi cruel, explorando la humedad que ya no puedo ocultar ni aunque quisiera. Dos dedos se deslizan dentro de mí con facilidad y yo echo la cabeza hacia atrás, soltando un gemido que no consigo reprimir. El ritmo empieza suave, casi exploratorio, pero pronto se vuelve más intenso y profundo. Yasmina sabe exactamente cómo tocarme y el mundo se reduce a la sensación de sus dedos dentro de mí.

—Dios, Alexis… estás tan mojada —susurra contra la cara interna de mi muslo, y su aliento caliente me provoca un nuevo temblor que me recorre entera.

Mis caderas se mueven solas, persiguiendo el placer que crece como una marea imparable. Una de mis manos se agarra al cojín del sofá con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos; la otra

se enreda en su pelo oscuro y lo aprieta sin querer. Siento cada embestida como una ola que se eleva dentro de mí. El sonido húmedo de sus dedos moviéndose dentro de mí, y mi respiración entrecortada se convierte en jadeos, en pequeños gemidos que se me escapan sin control. El placer se acumula rápido, casi demasiado rápido, hasta que mis músculos se tensan alrededor de sus dedos como si quisieran retenerla para siempre. Ella acelera el ritmo sin piedad, y yo me dejo llevar.

Cuando el orgasmo me golpea es intenso, casi violento. Grito su nombre sin darme cuenta. Yasmina no para hasta que el último temblor me recorre de pies a cabeza. Luego sube despacio, besando mi vientre tembloroso, hasta llegar a mis labios. Nos besamos con languidez, todavía jadeando, saboreando el regusto salado del placer en la boca de la otra.

El sofá está caliente bajo nosotras, impregnado de nuestro olor. Ella besa mi hombro con una ternura infinita. Cierro los ojos con fuerza y aprieto un poco más el abrazo, como si así pudiera mantener a raya las dudas. Yasmina suspira contenta contra mi cuello, ajena a la tormenta que se forma dentro de mí. Porque las cosas están cambiando, mis emociones se están enredando de formas que no controlo, y tarde o temprano tendré que enfrentarme a lo que estoy evitando mirar de frente.

28

Roser

El estudio ya no huele a pintura fresca, ni hay tornillos ni piezas de muebles desperdigados por ahí. Después de cuatro días intensos de trabajo sin parar, el espacio por fin parece tener alma propia. Las paredes blancas están vestidas con algunas de mis fotografías enmarcadas en negro mate; no demasiadas, solo las justas para que quien entre capte de inmediato qué hacemos aquí y qué nos mueve en este pequeño rincón de Barcelona. La luz natural entra a raudales por el escaparate principal y rebota en el suelo, creando una claridad limpia que me llena de una satisfacción profunda; algo que no puedo explicar con palabras por mucho que lo intente.

El mostrador de recepción, sencillo y de líneas rectas, está colocado justo frente a la puerta para dar la bienvenida sin estorbar el paso. A la derecha hemos instalado el área de trabajo: dos mesas amplias con ordenadores, lámparas articuladas que se doblan como cuellos de cisne y estanterías altas donde descansan cámaras, objetivos envueltos en sus fundas protectoras y cajas perfectamente etiquetadas con fechas y nombres de proyectos. Al fondo, separado por un panel móvil que podemos abrir o cerrar según el día, está el pequeño rincón de exposición que tanto me empeñé en diseñar desde que le di el «sí» a Pau.

—Estás muy callada —observa él desde la escalera plegable donde ajusta un foco con suma concentración. Tiene el ceño fruncido, como si estuviera a punto de desentrañar el secreto mejor guardado del universo.

—Solo intento que todo esté en orden para cuando abramos —respondo sin mirarlo, recolocando uno de los marcos que parece ligeramente torcido, aunque en realidad está perfecto.

La comunicación con Alexis ha sido mínima estos días. Mensajes cortos, casi telegráficos. Respuestas que llegan horas después o incluso al día siguiente, salvo hoy —los nervios me han ganado—. En definitiva, nada que se parezca a una conversación normal, a esas charlas largas y cómodas que solíamos tener antes de que todo se complicara sin que nos diéramos cuenta. He preferido concentrarme en el estudio, en editar las fotografías de la cena para la revista —que, por cierto, han quedado espectaculares —, y en Elena.

Lo cierto es que con ella todo ha sido más sencillo. Más físico y directo. Nos hemos acostado un par de veces desde aquella loca primera vez. Con intensidad, para qué voy a mentir. Sin demasiadas preguntas ni promesas que luego no podamos cumplir —sí, es una indirecta hacia mí—. Cada encuentro ha sido una descarga eléctrica que me ha recorrido la piel de arriba abajo, dejado temblando, satisfecha en el momento y, sin embargo, vacía apenas unos minutos después de que ella se durmiera a mi lado. Cuando cierro los ojos y recuerdo sus manos, su seguridad casi arrolladora, la forma en que me miraba mientras me tocaba, siento un escalofrío que me baja por la espalda y me eriza la nuca.

—Roser —insiste Pau, bajando un peldaño de la escalera con el destornillador todavía en la mano.

—¿Qué?

—Que estás rumiando algo —dice, apuntándome con la herramienta—. Y no se te ocurra decir que no, porque se te nota en la cara. Pareces un ordenador que se ha quedado bloqueado.

Lo ignoro deliberadamente. Doy dos pasos hacia atrás, pongo los brazos en jarras y observo las fotografías que hay expuestas. La composición es armoniosa. Una imagen central de gran formato que atrapa la mirada desde el primer segundo y, a ambos lados, tres piezas más pequeñas que dialogan entre sí como si contaran una historia.

—Son preciosas —comenta una voz a mi espalda.

Y de repente, el sonido me atraviesa como un latigazo delicioso. Siento cómo la piel se me eriza incluso antes de girarme.

Alexis está en la puerta, y ni me he enterado de cuando la ha abierto.

Lleva una bolsa de donuts en una mano y un cartón con tres cafés para llevar en la otra. Sonríe de oreja a oreja, iluminando el espacio de inmediato. El corazón me da un vuelco traicionero y se acelera sin pedir permiso.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, demasiado rápido.

Pau baja de la escalera con una expresión que roza la picardía más descarada que le haya visto jamás. Nos mira a una y luego a la otra como si estuviera confirmando una teoría que lleva semanas rumiando en silencio y entrecierra los ojos.

«Si dices algo te mato», pronuncio entre pensamientos, y estoy segura de que él lo ha escuchado con mucha claridad.

—Esta mañana me has dicho por mensaje que apenas habíais tenido tiempo para desayunar —explica Alexis mientras avanza hacia el interior del estudio—. He pensado que os vendría bien reponer energías antes de que os dé un bajón de azúcar.

Su tono es natural, casi juguetón. Como si nada estuviera en tensión entre nosotras. Como si la última vez que nos vimos no hubiera habido una corriente eléctrica que casi se podía tocar con las manos, producto enteramente de mis celos.

—Así que tú eres la famosa Alexis —comenta Pau, acercándose con rapidez para ayudarla con la bolsa y los cafés.

—¿Ya me ha hecho famosa? —ella suelta una risa corta y genuina que me hace apretar los dientes sin darme cuenta.

—Bueno… eres la que ha tenido a mi mejor amiga buscando ligues durante semanas, y la verdad es que le ha venido de maravilla follar más.

—¡Pau! —protesto, carraspeando fuerte y desviando la mirada hacia el suelo como si de repente este fuera lo más interesante del

universo.

Él estrecha la mano de Alexis, sin dejar de sonreír.

—Yo soy Pau. Su mejor amigo y el que le ha obligado a no ir a lo loco con el trabajo.

—No te pases —replico, cruzándome de brazos—. Mi trabajo es tan estable como esto. Más estable, de hecho.

—Pues eso —reitera él con una media sonrisa traviesa—, ir a lo loco.

Alexis se echa a reír de nuevo y se encoge de hombros antes de apartarse un mechón de la cara.

«Quien fuera mechón…», pienso, y me lo reprocho al instante.

—A favor de Roser, debo decir que yo decidí ir por mi cuenta hace un par de años como guía turística independiente, y también voy siempre al límite. Así que entiendo esa sensación de estar a punto de caerse por el precipicio y, aun así, seguir corriendo para hacer lo que te gusta.

Me guiña un ojo. El gesto es rápido, casi imperceptible, pero me pone colorada como una adolescente. Pau lo ve. Claro que lo ve. Sus cejas suben un milímetro y su sonrisa se ensancha un poco más.

Durante unos minutos compartimos café y donuts alrededor del mostrador. El azúcar me despierta las papilas y el calor del vaso entre las manos me da algo sólido a lo que aferrarme mientras intento que mi pulso vuelva a la normalidad —cosa imposible—. Alexis camina por el estudio con curiosidad, observando cada detalle como delante de ella tuviera un mundo nuevo.

—Os ha quedado increíble —comenta Alexis mientras pasa los dedos con delicadeza por el borde de una estantería—. Estoy segura de que vais a tener muchísimo éxito.

—Eso será si la gente se atreve a no pasar de largo y si conseguimos que nos conozcan más allá de los cuatro vecinos —respondo con un suspiro.

—Qué negativa eres a veces —protesta Pau, dando un mordisco generoso a su donut.

—Realista —corrijo yo, aunque en el fondo es evidente que tiene razón.

Alexis se detiene frente al rincón de exposición. Es el espacio más personal del estudio. Hemos colocado una pared de fondo en tono gris suave para que las fotografías resalten. Hay una pequeña banca de madera clara frente a ella y una lámpara direccional que ilumina cada imagen con delicadeza, casi con cariño. En una esquina, una planta alta de hojas grandes aporta un toque orgánico que rompe la geometría perfecta del conjunto y le da vida.

Las fotografías expuestas son mías. Retratos íntimos, miradas capturadas en momentos de vulnerabilidad, escenas cotidianas convertidas en poesía visual sin que el espectador se dé cuenta de inmediato.

—Me gusta este rincón —asegura Alexis, y me observa con una sonrisa preciosa—. Es lo más personal de todo el estudio.

La observo mientras contempla una de las imágenes. Su perfil se dibuja contra la luz que entra por el escaparate y el pecho se me anuda de nuevo, en una sensación que no he podido sacar de mí por más que lo he intentado.

—Es la idea —respondo—. Que quien entre entienda que no solo hacemos fotos comerciales. Contamos historias, incluso aunque duelan un poco al mirarlas.

—Y lo haces muy bien —añade ella, girándose hacia mí de nuevo.

Nuestras miradas se encuentran. El aire se vuelve más denso de repente, como si alguien hubiera bajado la intensidad de la luz sin tocar ningún interruptor.

Pau carraspea exageradamente, rompiendo el momento con maestría.

—Bueno, bueno. No os pongáis sentimentales que todavía no hemos abierto. Guardad las emociones para cuando haya clientes pagando.

Los tres nos echamos a reír. El momento se aligera, pero algo sigue vibrando bajo la superficie, como una corriente subterránea que me tengo que esforzar mucho para guardar.

Claro que, la magia nunca dura para siempre. Porque la vida tiene formas de romper con esa paz de un plumazo. Un plumazo en forma de mujer.

La puerta del local se abre de repente y una corriente de aire fresco se cuela en el estudio, trayendo consigo el ruido de las calles. El sonido de la campanilla instalada sobre el marco resuena, alegre y despreocupado.

Me giro de manera automática, con la sonrisa todavía en los labios.

Y el mundo se para en seco.

El vaso de café se me resbala de la mano antes de que pueda reaccionar. Cae al suelo y el líquido oscuro se desparrama por este en una mancha irregular que parece sangre en una escena de crimen barata. Pero yo no veo esa mancha. Tampoco veo cómo Pau que se agacha instintivamente a por un trapo. Ni veo cómo Alexis que frunce el ceño confundida.

Solo veo a la mujer que acaba de entrar.

Su figura se recorta en la puerta con una seguridad que me resulta dolorosamente familiar. Lleva el pelo más corto que la última vez que la vi, un abrigo claro y esa expresión serena, casi serena en exceso, que siempre utilizaba cuando creía tener el control absoluto de la situación.

Siento cómo la sangre me abandona el rostro de golpe. La mandíbula se me desencaja ligeramente, y soy incapaz de articular nada coherente durante un segundo eterno que parece durar horas. Algo que no estaba preparada para vivir.

Pau mira del suelo a la puerta, confundido, con el trapo todavía en la mano y también abre la boca ante la sorpresa.

—Pa… —apenas logra pronuciar.

Alexis nos mira de uno en uno sin entender nada de lo que pasa, con el donut a medio camino de su boca.

El silencio es tan espeso que casi se puede tocar con las manos.

—Paula… —consigo pronunciar—. ¿Qué haces aquí?

29

Alexis

—¿No puedo venir a ver cómo os va el nuevo negocio? Tenía un viaje por trabajo y he aprovechado para pasarme por aquí.

La voz de la mujer entra en el estudio con una pausa estudiada, casi amable, como si llevara preparando este momento durante mucho tiempo. Observo a Roser desde mi posición, intentando descifrar qué está pasando exactamente, aunque no hace falta que nadie me lo explique con detalle para saber que esto no es una visita inocente ni casual. Sobre todo, por cómo la mira, con una sonrisa de orgullo que está segura le hace daño, mucho daño.

«Se huelen desde lejos sus intenciones…»

Roser no responde. Ni siquiera parpadea. Tiene la mirada fija en ella, el rostro pálido como un fantasma, los labios ligeramente entreabiertos como si le costara el doble que el aire entre y salga de sus pulmones. La conozco lo suficiente como para reconocer esa tensión en su cuello, y la rigidez en los hombros que aparece cuando algo la sobrepasa y su cuerpo se pone en modo defensa.

Paula da un paso hacia delante, elegante, segura de cada centímetro que ocupa en este pequeño espacio. Huele a perfume caro incluso desde donde yo estoy; una fragancia pesada y sofisticada. Su abrigo cae sobre un traje oscuro perfectamente cortado. Es atractiva, no se puede negar. Y desprende esa clase de carisma que resulta peligrosa cuando se usa como arma, porque sabe exactamente cómo empuñarla.

—Me alegro de verte, Roser —añade con una sonrisa de manual que parece ensayada en el espejo.

Es ahora cuando ella reacciona. No dice nada, simplemente avanza con pasos cortos y decididos, la agarra del brazo y la conduce hacia la puerta casi a la fuerza.

—Ven —murmura entre dientes.

Las dos salen al exterior. La campanilla vuelve a sonar con un tintineo alegre que ahora resulta fuera de lugar, y una ráfaga de aire frío se cuela en el estudio como si quisiera recordarnos que el mundo sigue girando ahí fuera. Me quedo inmóvil durante un segundo eterno, con el corazón acelerado golpeándome contra las costillas.

—Voy con ellas —digo de pronto, dando un paso decidido hacia la puerta.

Pero la mano de Pau me detiene agarrándome del antebrazo.

—Es mejor que las dejes —me dice, mirándome con seriedad.

Lo miro confundida.

—Pero…

—Créeme —insiste, más serio que nunca—. Esto es entre ellas. Roser necesita resolverlo a su manera, sino no lo hará nunca —aclara después.

Dudo. A través del escaparate las veo frente a frente en la acera estrecha. Roser está cruzada de brazos, con la mandíbula apretada, y el cuerpo inclinado ligeramente hacia delante como si se estuviera defendiendo de un golpe invisible que aún no ha llegado. Paula, en cambio, mantiene la postura relajada, las manos metidas en los bolsillos del abrigo, y la cabeza ladeada con esa fingida curiosidad que tanto odio en la gente que cree tener siempre la razón.

No hace falta escuchar para saber que la conversación no es amable ni mucho menos. Los gestos de Roser son contenidos pero intensos: una mano que se levanta y se baja rápido, un gesto negativo con la cabeza, los hombros que se encogen como si quisiera hacerse más pequeña.

—¿Qué pasó exactamente entre ellas? —pregunto a Pau, sin apartar la mirada del cristal. Conozco la mayoría, pero seguro que hay un destalle que se me escapa.

Él suspira profundamente. Se apoya en el mostrador y pasa una mano por su pelo, visiblemente tenso.

—Paula tuvo a Roser sometida a una relación tóxica durante años. No fue solo una pareja complicada. La situación fue desgastándola poco a poco hasta que casi dejó de ser ella misma.

Me giro hacia él, sorprendida y con un nudo que empieza a formarse en la garganta.

—¿Sometida?

—Sí. Hasta el punto de que dejó de salir con nosotros —admite con tristeza—. Apenas hablábamos. Solo trabajaba. Vivía pendiente de lo que Paula quería, de lo que Paula necesitaba, de lo que Paula aprobaba o desaprobaba… Se anuló por completo. Era como si hubiera desaparecido dentro de esa relación.

Trago saliva con dificultad. La imagen de Roser, siempre tan fuerte e independiente, tan dueña de sí misma, convertida en alguien que duda de cada paso que da, me revuelve el estómago.

—Fue muy doloroso verla así —añade Pau, todavía sin mirar al exterior—. Nosotros intentábamos sacarla, hablar con ella, pero cada vez que lo hacíamos se cerraba más. Hasta que un día simplemente cortó con todo. Decidió empezar de cero, y se vino a Barcelona.

Vuelvo a mirar hacia la calle. Roser gesticula ahora, aunque sus movimientos siguen siendo contenidos, casi medidos. Paula escucha con una sonrisa estúpida que solo me da ganas de cruzar la puerta y borrársela de un manotazo.

—No pensé que se hubiera mudado por algo así…

Pau asiente despacio.

—Le costó muchísimo dar el paso, la verdad. Roser ha tenido que reconstruirse entera. Y esa zorra… —se detiene un segundo, como si buscara las palabras adecuadas y no las terminara de

encontrar—, supongo que ya sabrás que no ha dejado de intentar ponerse en contacto con ella desde entonces. Y ya ves que solo lo hace con una intención.

Siento que una rabia profunda se remueve dentro de mí.

—No pienso permitir que le joda otra vez la vida —dice Pau de repente, apretando los puños hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Da un paso hacia la puerta, y yo también reacciono. No porque quiera detenerlo, sino porque algo al otro lado del cristal me paraliza.

Paula se inclina ligeramente hacia Roser y le susurra algo al oído, muy cerca, con esa intimidad falsa que usan las personas que saben dónde pinchar para hacer daño.

No puedo escuchar las palabras, pero veo el efecto inmediato.

Roser se queda inmóvil. Completamente quieta. Como si el tiempo se hubiera detenido solo para ella.

Después, Paula se aparta con lentitud, le dedica una sonrisa satisfecha que me revuelve el estómago y se da la vuelta. Antes de cruzar la calle, levanta la mirada hacia el estudio.

Hacia mí.

Y me guiña un ojo.

Un escalofrío me recorre la espalda de arriba abajo.

—Maldita sea… —murmura Pau entre dientes.

Roser tarda unos segundos en reaccionar. Luego se gira y se vuelve hacia el estudio. Camina como si el suelo no fuera del todo firme bajo sus pies, como si cada paso le costara un esfuerzo enorme.

Abro la puerta antes de que llegue, con el corazón latiéndome en la garganta.

Entra y está a punto de tropezar con el borde del escalón pequeño que hay en la entrada, haciéndome reaccionar con instinto.

La sujeto por los hombros con ambas manos.

—Cuidado —le pido.

La tengo entre mis brazos antes de darme cuenta. Y entonces noto que está temblando. Una vibración profunda que le recorre todo el cuerpo, como si algo dentro de ella estuviera a punto de romperse.

—Tranquila. Ya se ha ido —susurro, acercándola más a mí, envolviéndola con los brazos como si pudiera protegerla de todo lo que acaba de pasar.

Pau nos observa desde el mostrador, preocupado, con el ceño fruncido.

—Voy a por unas tilas —anuncia de pronto—. Ahora vuelvo. No tardaré.

Asiento sin apartar la mirada de Roser. Cuando la puerta se cierra tras él, el silencio se hace más íntimo.

Roser apoya la frente en mi hombro. Durante un segundo creo que va a decir algo, que va a romper el silencio, pero lo único que escucho es un sollozo ahogado que se le escapa desde lo más profundo.

Y entonces empieza a llorar.

Sus manos se aferran a mi jersey con fuerza, como si necesitara asegurarse de que estoy ahí, de que no voy a desaparecer como todo lo demás en su vida.

Quiero decir algo. Asegurarle que no está sola en esto. Prometerle que no voy a dejar que nadie vuelva a hacerle daño nunca más. Pero las palabras se me atascan en la garganta, porque sé que ahora mismo no necesita discursos.

Cuando aparta ligeramente el rostro, limpio con los pulgares las lágrimas que corren por sus mejillas, despacio, con cuidado, como si fueran de cristal y pudiera romperla más si aprieto demasiado.

Tiene los ojos enrojecidos, la mirada perdida en algún punto lejano que solo ella ve.

—No puede hacerme esto —murmura con voz rota, apenas audible.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto con suavidad, sin soltarla.

Roser niega con la cabeza despacio.

—Nada que no supiera ya… —respira hondo, pero el aire parece no llegarle del todo a los pulmones—. Solo… siempre ha sabido dónde y cómo hacerme daño. Es como si tuviera un mapa de todos mis puntos débiles y lo usara sin remordimientos.

Aprieta los labios, como si se arrepintiera de haber dicho esto en voz alta.

Siento una punzada aguda en el estómago. Imagino a Paula utilizando recuerdos viejos, miedos enterrados, culpas que Roser se ha echado encima durante años.

—Oye —le digo, obligándola a mirarme, sujetándole la barbilla con dos dedos—. No tiene ningún poder sobre ti. Ya no.

Sus ojos se clavan en los míos. Hay incredulidad en ellos. Y un miedo que no puede ocultar.

—Empezaste de nuevo. Has montado esto con Pau —hago un gesto amplio alrededor del estudio con la mano libre—. Esto no lo hace alguien débil. Esto lo hace alguien que ha decidido que su vida vale más que quedarse atrapada en el pasado.

Roser inspira con dificultad y se limpia las mejillas con el dorso de la mano.

—Cuando he visto… —susurra—, es como si hubiera vuelto a ser la de antes. La que necesitaba su aprobación para respirar. La que se pasaba las noches preguntándose si había hecho algo mal.

La abrazo otra vez, pegándola a mí como si pudiera absorber parte de ese dolor con mi cuerpo.

—No eres esa persona —le digo con una convicción que me sorprende incluso a mí—. Esa persona se quedó allí. La que está aquí ahora es otra. Es la que hace fotos que emocionan a la gente, la que se ríe con Pau, aunque él la saque de quicio, la que… —trago saliva.

—Quiero irme de aquí —dice de repente.

Alzo ligeramente la cabeza para mirarla a los ojos y asiento sin pensarlo demasiado.

—Vale —respondo, notando un vuelco en el corazón que no intento analizar ahora mismo—. Vamos a mi casa.

30

Roser

Estoy sentada en el sofá gris claro cuando Alexis regresa de la cocina. El té recién hecho se mezcla con el olor cálido de la madera y un toque cítrico que circula por toda la casa —quizá de un ambientador o el jabón de sus manos— que, sin saber por qué, me envuelve en una calma casi traicionera después de todo lo que ha pasado hoy. Todavía recuerdo la cara de Pau cuando salió del bar con las tazas y Alexis negó con la cabeza.

A pesar de que el piso no es tan grande, el salón es amplio y acogedor, con un ventanal enorme que da directamente a la calle y deja entrar la luz anaranjada del atardecer, un color que tiñe todo de un tono melancólico y bonito a la vez. La estantería que cubre una pared entera —al lado de una planta que ha contado mejores días— está repleta de libros, guías de viaje con las esquinas dobladas y un montón de pequeñas figuras de madera, cerámica y metal que, imagino, ha traído de cada uno de esos destinos que tanto menciona cuando habla de sus rutas guiadas fuera de la ciudad. El sofá ocupa el centro como si fuera el corazón de la casa, con una manta doblada sobre uno de los brazos.

Me hundo un poco más en los cojines, con la mirada fija en el ventanal. Durante varios segundos largos no digo nada; simplemente observo cómo la luz va cambiando despacio, cómo el naranja se vuelve más rojizo y luego empieza a perder fuerza mientras el cielo se oscurece por momentos. El silencio me cae encima de una forma cruel, como si quisiera traer consigo cada uno de los demonios que han formado parte de mi pasado. Aunque solo uno me da miedo de verdad.

En mi cabeza todavía resuena la voz de Paula, cómo pronunció mi nombre y una última frase que me puso los pelos de

punta: «Nunca vas a poder olvidarte de mí», que sigue teniendo el poder de atravesarme el pecho como si nada hubiera cambiado.

Desde la cocina llegan los pasos tranquilos de Alexis, acompañada del tintineo suave de dos tazas de cerámica al chocar entre sí. Cuando aparece en el umbral, lleva el gesto concentrado, como si preparar un par de tés fuera una operación delicada que requiere de una atención suprema. Se acerca con cuidado y me tiende una de las tazas.

—Toma, anda —dice en tono cariñoso.

El calor atraviesa la cerámica gruesa y me reconforta los dedos, que todavía los tengo fríos del paseo de vuelta. Se sienta a mi lado, lo bastante cerca como para que perciba su presencia colarse dentro de mí. Rescatándome del laberinto oscuro en el que llevo metida desde hace un par de horas. Deja su taza sobre la mesa y se gira un poco.

—No tienes que sentirte culpable por haber querido salir de allí y dejar a Pau con el estudio —comenta, sin el menor atisbo de reproche—. Nadie te va a juzgar por poner distancia cuando te sientes ahogada. Te lo he dicho muchas veces.

Agradezco en silencio que no me bombardee con preguntas. Soplo la superficie del té; el vapor sube y me empaña la vista por un instante, como si quisiera darme un respiro antes de hablar.

—De lo que me siento culpable es de no haberla superado. Porque está claro que no lo he hecho… Después de cómo me trató, de todas las veces que me prometió que cambiaría… sigo aquí, dándole vueltas.

La frase queda suspendida en el aire, porque el recuerdo de lo vivido con Paula sigue pesando dentro de mí. Alexis me mira de reojo y niega con la cabeza.

—Precisamente eso es lo que ella quiere, Roser —me interrumpe con suavidad, y se toma la libertad de acariciarme el cuello, apartando un par de mechones—. Que sigas mirando atrás.

Que te quedes atrapada en esa jaula invisible que ella misma construyó. Y no deberías darle el gusto.

Sus palabras no suenan a frase hecha; hay algo en su mirada que me dice que sabe más de lo que ha dejado entrever. La observo unos segundos y tiro el aire de mis pulmones.

—Pau te lo ha contado todo, ¿verdad?

Alexis se encoge de hombros con esa naturalidad habitual en ella, como si el mundo fuera mucho más sencillo cuando estás a su lado.

—Lo suficiente como para saber que cuando llegaste aquí estabas hecha pedazos. —Baja la mirada un instante hacia su taza y esboza una sonrisa amarga—. Y voy yo, como una imbécil, y te insisto con lo de las citas a ciegas. Menuda consejera de pacotilla estoy hecha —bromea.

Deja la taza en la mesilla y cuando se echa hacia atrás, apoya la nuca en el respaldo del sofá y cierra los ojos un segundo, como si estuviera repasando mentalmente cada una de sus meteduras de pata recientes. Veo la tensión en la línea de su mandíbula, cómo su mano libre se desliza inquieta por el muslo, tamborileando con los dedos un ritmo nervioso que me hace sonreír un poquito.

«Es que es hasta adorable».

—Tú no tienes la culpa de que yo haya sido una idiota durante tantos años —respondo, aunque la palabra «idiota» me sabe demasiado dura incluso cuando la digo refiriéndome a mí misma. Porque en el fondo, tengo muy claro que yo no fui la culpable de la actitud de Paula.

—No creo que fueras una idiota, Roser —replica y hasta se la nota un poco molesta—. Creo que tu único «defecto», si es que se le puede llamar así, es que eres una mujer que ama de verdad. Sin reservas, sin red de seguridad, sin plan B por si pasa algo. Y eso explica perfectamente que un amor tan mal gestionado te haya dejado tan hecha polvo. Porque cuando das todo, el golpe duele… hasta dejarte casi sin corazón.

Sus palabras me atraviesan y siento un estremecimiento que me nace en el pecho y se expande hacia fuera.

—Como tú ¿verdad? —adivino, casi temiendo romper el momento abriendo esta caja de Pandora.

Nuestros ojos se encuentran y en los suyos veo dudas que aparecen y desaparecen con un simple parpadeo; es la vacilación de alguien que está a punto de abrir una puerta que lleva años cerrada con llave. Pero al final, Alexis cede.

Bajo la mirada hacia mi taza, escondo los labios tras el borde y doy un sorbo pequeño mientras ella empieza a hablar.

—La verdad es que no pensé que ella fuera capaz de hacerme algo así… —suelta sin dramatismo, como si estuviera recitando un dato curioso de una de las guías que tiene por las estanterías—. Dejarme tirada con más de cincuenta invitados esperando en el salón, y mi madre llorando a moco tendido en la primera fila. —Hace una pausa breve y se encoge de hombros con una media sonrisa—. Aunque, claro, lo de mi madre no fue lo peor, ¿eh? Ella siempre ha sido de llanto fácil. —Suspira antes de continuar—: Creí que la conocía de verdad. Que lo nuestro era sólido, que podríamos aguantar cualquier tormenta. Y supongo que desde entonces… no sé, he buscado algo que me devuelva la seguridad que perdí aquel día.

Alexis se queda callada y sus palabras quedan flotando entre nosotras.

—Algo como lo que tienes con Yasmina —afirmo antes de poder morderme la lengua.

Trago saliva nada más pronunciar su nombre. Todavía veo la escena de la cena en mi cabeza: las dos sentadas frente a frente, la naturalidad con la que Yasmina le rozaba la mano, las miradas cómplices, las risas… Alexis también traga saliva, visiblemente.

—Algo como lo que tú tienes con Elena —responde, y siento un golpe en el pecho.

Se hace un silencio denso. Pienso en Elena, en la intensidad brutal de las noches que hemos pasado juntas, en cómo ha tomado el control y, a la vez, me ha encantado. Pero también pienso en cómo, incluso en medio de ese deseo, una parte de mí sigue buscando algo que tengo muy claro no voy a encontrar en su piel. Alguien que me devore así con solo mirarme.

Algo como lo que, en el fondo, me gustaría tener con…

El pensamiento surge sin permiso y lo corto de raíz antes de que tome forma concreta. Pero cuando levanto la mirada, Alexis me está observando con una atención tan absoluta que siento que ha leído el final de la frase que no he pronunciado.

—Somos un desastre absoluto en el amor, eso está clarísimo —murmura, y regresa la atención a su taza.

Sonrío a pesar de todo, porque tiene razón y porque el comentario, dicho así, tiene hasta algo tierno en sus labios.

—Pero un desastre bastante espectacular cuando estamos juntas, ¿no crees? —respondo, y las palabras se me escapan sin ningún tipo de control.

Alexis no contesta de inmediato. Sus ojos bajan a mis labios un instante y vuelven a subir. Su respiración se altera apenas, un cambio sutil pero imposible de ignorar. El espacio que nos separa se reduce sin que ninguna de las dos lo decida conscientemente. Mi rodilla roza la suya y ninguna se aparta.

—Roser… —pronuncia mi nombre en un tono casi íntimo.

Siento el pulso acelerado en las sienes. Mi mano, que todavía sostiene la taza, tiembla un poco; la dejo en la mesa con cuidado para no delatarme del todo.

Alexis se inclina apenas hacia mí. Su mano roza mi muñeca en un contacto mínimo que, sin embargo, me eriza la piel desde ese punto exacto hasta la nuca. Sube despacio por mi antebrazo, sin prisa, como si cada centímetro fuera una pregunta que espera respuesta.

Poco a poco, su mano sigue subiendo, llega al codo y se detiene. Mi respiración se hace más profunda; percibo el leve aroma de su piel, el calor que irradia su cuerpo tan cerca del mío. Estoy lo bastante próxima como para distinguir la pequeña cicatriz junto a su ceja izquierda —una marca fina que nunca había visto con tanta claridad—, la curva exacta de sus pestañas, el modo en que su labio inferior tiembla apenas.

Y entonces, todo lo que nos rodea se desvanece.

31

Alexis

El mundo se ha reducido a este sofá y a la mujer que tengo delante. Roser está tan cerca que su aliento roza mis labios como una caricia que me eriza la piel del cuello. Mis ojos recorren los suyos, grandes, brillantes, con esa mezcla de miedo y deseo que hace que mi estómago se contraiga en un nudo delicioso. Sé que ella también lo siente: el pulso acelerado que retumba en las sienes, la respiración entrecortada que apenas logra llenar los pulmones, el peso dulce y casi insoportable de lo que está a punto de ocurrir entre nosotras.

Mis dedos, que todavía descansan en su antebrazo, suben con lentitud deliberada hasta su hombro. La tela fina de su jersey se desliza bajo mi palma y percibo cómo su piel se calienta al instante bajo el roce, como si mi tacto despertara cada célula dormida. Inclino la cabeza apenas un milímetro más y nuestros labios se encuentran por fin. Sus labios son cálidos, mullidos, con ese leve regusto al té que compartimos hace un rato y que ahora se mezcla con algo mucho más íntimo. Cuando mi lengua roza la suya con cautela, un escalofrío me recorre la columna vertebral y ella responde con un suspiro largo que vibra contra mi boca y me hace apretar los párpados.

No hace falta que digamos nada. Mis manos bajan por sus costados, trazando con las yemas la curva generosa de su cintura, y tiro con delicadeza del borde de su jersey. Ella levanta los brazos sin romper el contacto de nuestros labios y dejo que la prenda caiga al suelo, aterrizando junto a la manta arrugada que ya parece parte del decorado de esta escena que ninguna de las dos planeó. Su sujetador negro de encaje contrasta con la blancura cremosa de sus hombros y el leve rubor que empieza a extenderse por su pecho. Mis dedos recorren la línea delicada de su clavícula, bajan despacio por

el valle entre sus pechos y noto cómo su respiración se vuelve más profunda, como si cada caricia le robara un poco más de control.

Roser me imita con una lentitud que me vuelve loca. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta y la suben con cuidado, rozando cada centímetro de mi abdomen con las palmas abiertas. Cuando la tela pasa por encima de mi cabeza y cae a un lado, el aire fresco del salón me roza la piel desnuda, pero el calor inmediato de sus manos lo sustituye y me envuelve como una segunda piel. Nos miramos un segundo, y de repente, siento como si estuviéramos viéndonos por primera vez, aunque ya compartiéramos nuestras caricias aquella noche.

La beso otra vez. Mis labios bajan por su mandíbula, rozan el lóbulo de su oreja con la punta de la lengua y se detienen en ese punto sensible justo debajo. Ella inclina la cabeza para darme mejor acceso y yo aprovecho para desabrochar su sujetador con una sola mano, un movimiento que sale casi sin pensar. La prenda cae y sus pechos quedan libres, redondos, perfectos, con los pezones ya endurecidos por el roce del aire. Los cubro con mis manos, los acaricio con los pulgares en círculos lentos y noto cómo se yerguen todavía más bajo mis dedos. Me inclino y tomo uno en mi boca, lo succiono con suavidad al principio, luego con más intensidad, alternando la lengua con pequeños mordiscos que la obligan a arquear la espalda. Sus dedos se hunden en mi pelo y tiran lo justo para transmitirme que me necesita cerca, que no quiere que me detenga nunca.

Y no lo hago. Mis manos bajan por su vientre, desabrochan el botón de sus vaqueros y bajan la cremallera con deliberada lentitud, prolongando el momento. Ella levanta las caderas para ayudarme y deslizo la tela por sus piernas junto con las bragas, que terminan olvidadas en el suelo junto al resto de la ropa. Ahora está completamente desnuda en mi sofá, con la piel iluminada por los últimos rayos que entran por el ventanal y que pintan su cuerpo de tonos cálidos y dorados. Es una visión que me deja mareada: las curvas de sus caderas, la línea estrecha de su cintura, el triángulo

húmedo entre sus muslos que brilla ligeramente bajo la luz menguante.

Me incorporo un segundo para quitarme el resto de la ropa con movimientos rápidos. Sus ojos me recorren con un hambre tan evidente que siento un latigazo de calor en el bajo vientre. Cuando vuelvo a ella, nuestros cuerpos se encuentran por primera vez sin barreras. El contacto es eléctrico, casi doloroso de tan intenso que lo siento. La beso otra vez mientras mi mano derecha baja por su abdomen, se desliza entre sus piernas y encuentra su humedad abundante. Está empapada, resbaladiza, lista para mí. «Cómo me encanta». Mis dedos separan sus pliegues con delicadeza y acaricio su clítoris en círculos, presionando justo lo necesario para que su respiración se convierta en jadeos cortos y entrecortados.

Roser abre más las piernas, invitándome sin palabras. Introduzco un dedo en su interior, luego dos, y empiezo a moverlos con un ritmo constante que va ganando profundidad. Su interior es caliente, apretado, perfecto, y se contrae alrededor de mis dedos cada vez que rozo ese punto sensible en la pared frontal. Ella mueve las caderas al ritmo de mi mano, acompasando el vaivén, y sus uñas se clavan en mis hombros con más fuerza. Mis labios bajan otra vez: beso su cuello, succiono la piel suave sobre su clavícula dejando una marca rosada, desciendo hasta sus pechos y los devoro con la boca mientras mis dedos siguen entrando y saliendo de ella, provocando que mi propia humedad resbale por el interior de mis muslos.

De pronto, Roser me empuja suavemente por los hombros y me hace tumbarme de espaldas en el sofá. Se coloca encima de mí, a horcajadas, y el peso delicioso de su cuerpo sobre el mío me arranca un suspiro largo. Sus manos recorren mi torso, bajan por mi vientre y se detienen entre mis piernas. Sus dedos me acarician con la misma lentitud que yo he hecho con ella, explorando cada pliegue, aprendiendo cada reacción que tengo con cada pequeña caricia. Y cuando encuentra mi interior, un gemido ronco y profundo escapa de mi garganta sin control.

Me arqueo contra ella y mis manos suben hasta sus pechos. Ella se inclina y me besa, tragándose mis jadeos continuos. Nuestros cuerpos se mueven juntos, sincronizados como si hubieran estado esperando este momento desde hace semanas enteras. Y tal vez sea así.

Roser acelera el ritmo. Sus dedos entran y salen de mí con más fuerza. Siento que el orgasmo se acerca como una ola imparable que crece en mi bajo vientre, y de repente, noto que mis caderas se mueven solas, buscando más fricción. Ella baja la cabeza y toma uno de mis pezones entre sus labios, lo succiona con fuerza mientras sus dedos siguen torturándome de la mejor manera posible.

—Dios… —susurro, la primera palabra que sale de mi boca en todo este tiempo.

No puedo contenerme más. El placer explota en mi interior con una intensidad brutal que me hace temblar de pies a cabeza. Mis músculos se contraen alrededor de sus dedos y un gemido largo, profundo y casi animal escapa de mi garganta. Roser no para; sigue moviéndose dentro de mí, prolongando el orgasmo hasta que no puedo más.

Me incorporo con esfuerzo, la abrazo por la cintura y la giro para que quede debajo de mí otra vez. Beso su boca con desesperación, luego bajo por su cuerpo dejando un rastro de besos húmedos y abiertos. Cuando llego entre sus piernas, separo sus muslos con las manos y miro su sexo hinchado, brillante de humedad. Lo beso primero con suavidad, luego con más hambre. Mi lengua recorre su clítoris en lametones largos y lentos al principio, presionando la punta contra el pequeño botón hinchado.

Roser se retuerce debajo de mí. Sus manos se aferran a mi pelo con desesperación y tiran de él. Siento cómo su interior palpita alrededor de mis dedos, cómo se contrae en espasmos cada vez más rápidos.

—Alexis…

No paro. La devoro, la saboreo, la llevo al límite y cuando el orgasmo la golpea por fin, su cuerpo se tensa como un arco perfecto, sus piernas tiemblan sin control y un grito ahogado y prolongado escapa de su garganta. Sigo lamiendo suavemente, acompañándola en las réplicas que la sacuden una tras otra hasta que se deja caer contra los cojines, exhausta, temblorosa, con los ojos cerrados y una sonrisa pequeña y satisfecha en sus labios entreabiertos.

Me incorporo despacio y me tumbo a su lado. Nuestros cuerpos se enredan de forma natural, con una pierna sobre la otra, mientras apoya su cabeza en mi pecho y yo rodeo su cintura con un brazo. Nuestras respiraciones se acompasan poco a poco, se vuelven más lentas y profundas. La luz del salón ha pasado del naranja cálido al azul profundo y frío del anochecer, lo que me hace buscar la manta para cubrirnos con ella.

Siento su corazón latiendo contra el mío, un ritmo que va calmándose al mismo compás. Mis dedos trazan círculos perezosos en su piel. Ella besa mi clavícula con ternura infinita y yo cierro los ojos, dejando que la calma nos envuelva. No hay prisa por hablar. No hay necesidad de poner nombre a lo que acaba de pasar. Pero lo que sí tengo claro, es que algo dentro de mí ha cambiado para siempre.

32

Alexis

He quedado con Yasmina en la galería. Mientras recorro los últimos metros de la calle, todavía llevo en la piel el recuerdo de esta mañana, y no del cansancio del turno interminable con los dos grupos de turistas italianos —aunque eso también pese en los hombros y en las piernas—; sino la sensación maravillosa y persistente de un cuerpo enredado al mío, el peso reconfortante de un brazo cruzado sobre mi cintura, una respiración acompasada que rozaba mi clavícula con cada exhalación lenta. Me desperté con Roser abrazada como si nunca hubiera dormido de otra forma.

Y fue absolutamente maravilloso.

Al amanecer, la observé dormir durante largos minutos. Tenía el pelo desordenado sobre la mejilla, mechones oscuros que se pegaban a la piel todavía caliente, y una expresión vulnerable que contrastaba con la firmeza con la que suele enfrentarse al mundo cuando está despierta. Pasé el dedo con cuidado por la línea de su hombro, sin despertarla, memorizando el calor de su piel, la textura suave justo donde el hueso se encuentra con el músculo. Me quedé más tiempo del que debía, hipnotizada por el leve movimiento de su pecho al respirar, por cómo sus pestañas temblaban de vez en cuando como si soñara algo intenso.

Al final, me levanté con cuidado para no despertarla. Preparé café en la cafetera italiana, tosté pan y unté mantequilla y mermelada de ciruela. Cuando volví a la cama con la bandeja, ella seguía dormida, aunque parecía sonreír a medias. Decidí dejarla en el lado de la cama y escribí una nota. «Espero que lo disfrutes, tanto como yo disfruté de ti. Hablamos luego». Aunque no sabía exactamente de qué debíamos hablar.

La campanilla de la galería suena cuando empujo la puerta de cristal con el hombro. El espacio está inundado por la luz blanca y fría de los focos que iluminan las obras colgadas en las paredes.

Yasmina aparece desde el fondo del local, impecable como siempre. Lleva un traje en tono burdeos que resalta el color cálido de su piel y unos pendientes largos de plata que capturan la luz con cada movimiento elegante de su cabeza.

—Estás guapísima —dice nada más verme, y se acerca sin dudarlo un segundo.

Sus labios se posan sobre los míos en un beso breve pero cargado de electricidad. Mi cuerpo responde por inercia, con el recuerdo automático de otros besos iguales.

—¿Con estas ojeras que llevo? —respondo, intentando sonreír mientras apenas me aparto—. No sé qué decirte, de verdad.

Yasmina alza una ceja, divertida, y ladea la cabeza.

—¿Has tenido una mala noche?

La pregunta me atraviesa como un foco directo a la cara. Me quedo paralizada apenas un instante. En mi mente aparece la imagen de Roser y la verdad es que no sé qué responder. No sé cómo explicar que mi mala noche fue, en realidad, demasiado buena, la mejor que he vivido en realidad.

Me encojo de hombros con una media sonrisa que espero que parezca natural.

—Algo así. Digamos que no dormí mucho.

Yasmina me observa unos segundos. Pero enseguida descarta cualquier pensamiento que se le haya pasado por la cabeza.

—Ven —me pide, mostrándome la mano—. He preparado algo detrás. Siéntate un rato conmigo, que se te nota que vienes corriendo.

La sigo hasta la parte trasera de la galería, donde ha dispuesto una mesa sencilla pero cuidada con platos pequeños:

queso curado cortado en lonchas finas, pan rústico recién horneado, aceitunas negras brillantes, una ensalada ligera de rúcula y tomate cherry, y una botella de vino tinto ya abierta que exhala un aroma profundo a frutos rojos. Dos copas de cristal esperan junto a los platos, relucientes bajo la luz.

—No hacía falta todo esto —murmuro, mirando el reloj por reflejo—. Aún me queda la mitad del turno. Tengo otro grupo en una hora y pico.

—Lo sé —responde ella, sirviendo el vino con una sonrisa—. Pero también sé que, si no te obligo a sentarte cinco minutos, no lo harás en todo el día. Y hoy necesitas parar un momento, aunque sea para respirar. Cuéntame, ¿cómo fue el turno de los italianos?

Dudo cuando me ofrece la copa.

—No debería…

—Es solo una copa —interrumpe, acercándola a mí—. No vas a desorientar a ningún turista por un sorbo de vino. Venga, pruébalo y dime si te gusta este ribera que compré la semana pasada pensando en ti.

La miro. Luego miro el vino, rojo oscuro y casi hipnótico en el cristal. Finalmente acepto. El primer sorbo es intenso, profundo, con un retrogusto afrutado que me relaja los hombros de inmediato.

—Está buenísimo —reconozco, y ella sonríe satisfecha.

—Sabía que te gustaría. Ahora cuéntame más de esos italianos. ¿Alguno te sacó de quicio?

—Bueno… uno me preguntó si la catedral tenía fantasmas —añado con una risa corta—. Y cuando le dije que no, me miró como si le hubiera arruinado las vacaciones.

Yasmina se ríe, llevándose un mechón de pelo a la oreja.

—¿Y ahora qué te toca? —pregunta, apoyando los codos en la mesa y mirándome con atención.

—Una visita por el casco antiguo. Grupo mixto. Más preguntas históricas que fotos, espero. Aunque con la suerte que tengo, me tocará el típico que quiere saber si la catedral tiene fantasmas otra vez.

Yasmina sonríe y asiente.

—Siempre me ha gustado cómo hablas de tu trabajo. Se nota que lo amas mucho.

—Supongo que sí —respondo, y me concentro unos segundos en la comida—. Es que cada día es distinto. Nunca sabes qué anécdota va a surgir o qué turista te va a preguntar algo más tonto.

Ella asiente despacio y cambia ligeramente el tono, volviéndolo más serio.

—Nosotros estamos ultimando la exposición de la próxima semana. Va a ser importante. Vendrá la prensa, coleccionistas de fuera, incluso un par de críticos que no suelen pisar la ciudad… —Yasmina mueve la copa con suavidad, observando cómo el vino gira en espirales lentas—. Quiero que salga perfecta.

—Será así, ya lo verás —respondo con convicción—. Siempre lo consigues. Tienes un don para eso, Yasmina.

—Además, he pensado en algo —dice, y la manera en que lo pronuncia me alerta sin saber exactamente por qué.

—¿En qué? Cuéntame.

—Que Roser sea quien lleve el reportaje el día de la inauguración.

Casi me ahogo con el vino. Toso, dejo la copa en la mesa con torpeza y noto cómo el calor me sube por el cuello.

—¿Te parece mal? —pregunta ella, inclinando ligeramente la cabeza—. Dime la verdad, Alexis.

—No. No, para nada —intento recomponerme, aunque siento que la voz me sale un poco más aguda de lo normal—. Es solo que no sé si ella se ve en estos círculos… ya sabes, con prensa y gente

que habla de arte como si fuera una religión. No quiero que se sienta incómoda.

Yasmina sonríe con calma, sin apartar la mirada.

—En la cena lo hizo muy bien. Supo moverse, captar los momentos adecuados. Tiene sensibilidad. Y talento. —Hace una pausa breve—. Seguro que le encantará. Si es que a ti no te molesta. ¿O es que hay algo que no me estás contando?

La manera en que me mira, fija, sin parpadear, me obliga a sostener su atención.

—¿Y por qué iba a molestarme? —respondo, quizá demasiado rápido—. Ella es buena en su trabajo. Solo me sorprende la propuesta, nada más.

Ella no aparta la vista mientras hace girar el vino en la copa una vez más.

—No lo sé… —contesta, y sus labios se curvan apenas en una sonrisa que no llega del todo a los ojos—. Supongo que habrá que hablarlo con ella. ¿Se lo dices tú o prefieres que la llame yo directamente?

—Como tú prefieras —respondo, y escondo los labios en el vino.

La conversación pierde algo de ligereza después de eso. Yasmina se inclina hacia mí con una cercanía estudiada, y sus dedos rozan mi muñeca al alcanzar una aceituna del plato.

—Me gusta verte aquí —murmura, bajando la voz—. Incluso con ojeras. Te dan un aire interesante, como de artista que no ha dormido por culpa de la inspiración.

Su pie busca el mío bajo la mesa.

—Podrías quedarte en mi casa esta noche. Te prometo que la pasarás mucho mejor que la anterior. Podemos cenar aquí mismo, abrir otra botella y dejar que el mundo siga sin nosotras. ¿Qué me dices?

La frase flota entre nosotras y me doy cuenta de que no sé qué expresión he puesto, pero algo cambia en su mirada. Tal vez una sombra de sospecha.

—Suena tentador —respondo con cuidado—, pero no sé si podré. Hoy ha sido un día largo y…

Antes de que pueda terminar la frase, el teléfono vibra en mi bolso con insistencia. Es como una campana que me rescata del momento.

—Es Nico —digo al ver el nombre en la pantalla—. Tengo que cogerlo.

Me levanto casi con alivio y camino hacia el salón principal de la galería, donde las obras silenciosas parecen observarme desde las paredes blancas. Respondo mientras aún me alejo de la mesa.

—Me acabas de salvar la vida —digo en voz baja, esperando su risa habitual.

El silencio al otro lado no es normal.

—Alexis —la voz de mi hermano suena tensa, rota incluso—. Mamá está en el hospital.

El aire se me queda atascado en la garganta.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado?

Hay un segundo que se estira hasta lo insoportable.

—Ha tenido un infarto —responde.

Y la realidad se hunde bajo mis pies.

33

Roser

La puerta automática del hospital se abre y el aire frío del interior me golpea el rostro y trae consigo ese olor inconfundible que tienen todos los hospitales: una mezcla de desinfectante, café de máquina y algo más difícil de nombrar, algo que siempre me recuerda a la fragilidad humana y a lo poco que controlamos en realidad.

Aprieto con fuerza la correa del bolso mientras avanzo por el pasillo principal. La iluminación blanca de las luces vuelve todo demasiado nítido, demasiado real, como si alguien hubiera subido el contraste de la vida hasta el límite. En la recepción me indican la sala de espera de urgencias con una voz neutra y profesional, y me doy cuenta que apenas recuerdo haber agradecido nada antes de seguir caminando.

El corazón me late rápido, desacompasado, como si quisiera salirse del pecho antes de que yo llegue a donde tengo que estar. No he tenido tiempo de pensar demasiado desde que Marta me llamó hace unas horas. «Roser, no sé si Alexis te lo ha dicho, pero su madre está en el hospital… parece que ha sido grave». No lo dudé. Ni un segundo. Cerré el ordenador, cogí las llaves y salí sin ni siquiera cambiarme el chándal de estar por casa.

Ahora, cuando giro la esquina que conduce a la sala de espera, mi respiración se vuelve más superficial y entrecortada.

Alexis está de pie en mitad de esta, caminando de un lado a otro sobre el suelo brillante como si no supiera qué hacer con su propio cuerpo. Sus manos se abren y se cierran nerviosamente a la altura de las caderas, y su mirada parece perdida en algún punto que solo ella puede ver, un punto invisible en la pared opuesta. Nunca la había visto así.

Me acerco un par de pasos más, y en ese momento ella levanta la cabeza. Sus ojos se abren con sorpresa, como si mi presencia fuera lo último que esperaba en este instante.

—Roser… —murmura. Se queda inmóvil, como si mi llegada no encajara del todo en la escena que tiene montada en la cabeza—. ¿Cómo te has…?

—Me lo ha dicho Marta —respondo enseguida, sin dejar que termine la pregunta—. Me llamó después de comer. No podía quedarme en casa sin más.

No espero ni un segundo, cruzo la distancia que nos separa y la abrazo con fuerza, rodeándola con los brazos como si pudiera contener todo lo que la está rompiendo por dentro. Alexis tarda apenas un segundo en reaccionar, pero cuando lo hace, sus brazos me rodean con una fuerza que me deja sin aire. Su cuerpo tiembla ligeramente contra el mío, un temblor que empieza en los hombros y baja hasta las manos que se aferran a mi espalda.

Puedo sentir su respiración irregular junto a mi cuello, caliente y entrecortada. Y también, cómo el corazón se le rompe cada vez que toma aire.

—Estoy aquí —murmuro, aunque no sé si realmente lo oye por encima del ruido de su propio pulso.

Durante unos segundos no existe nada más. Solo este abrazo y el latido desbocado de su corazón contra el mío, latiendo tan fuerte que parece que va a romper algo.

Cuando nos separamos, noto el brillo húmedo en sus ojos, aunque no deja que las lágrimas lleguen a caer por sus mejillas. Se las limpia con el dorso de la mano en un gesto rápido, casi avergonzado.

—Gracias por venir.

Es entonces cuando reparo en el hombre que está sentado en una de las sillas de la sala. Tiene el mismo tono de pelo que Alexis y una expresión agotada que revela un parentesco evidente. Lleva una

sudadera gris arrugada y las manos apoyadas en las rodillas como si necesitara sujetarse a algo sólido.

Alexis sigue mi mirada.

—Roser, él es Nico. Mi hermano.

El hombre se levanta de inmediato, un poco torpe por el cansancio acumulado.

—Encantado… —dice, extendiendo la mano con cierta rigidez —. Aunque ojalá fuera en otras circunstancias.

—Lo mismo digo —respondo mientras estrecho su mano con firmeza—. Siento mucho lo que ha pasado.

Hay algo incómodo en ese momento. Los tres somos conscientes de ello. Nadie quiere que esta sea la forma en que nos saludemos; en una sala de espera con olor a desinfectante y sillas de plástico.

Alexis se pasa una mano por el pelo, visiblemente nerviosa, y se sienta de nuevo como si las piernas ya no le respondieran.

—¿Os han dicho algo? —pregunto, mirando de uno a otro mientras tomo asiento a su lado.

Ella niega con la cabeza y sus labios tiemblan ligeramente cuando habla.

—La están operando… —susurra—. Pero todavía no sabemos nada. Solo que ha sido grave y que han tenido que intervenir de urgencia.

El silencio que sigue se instala en la sala como una presencia pesada, casi tangible. Nos sentamos los tres en fila: Nico a un lado, Alexis en medio y yo al otro. Durante unos minutos nadie habla. Solo se escuchan los sonidos lejanos del hospital.

Observo a Alexis de reojo. Tiene las manos entrelazadas sobre el regazo, tan tensas que los nudillos se han vuelto blancos. Siento un impulso casi instintivo de tocarla, y lo hago con cuidado, apenas rozando su muñeca con los dedos. Un gesto pequeño y tímido.

Ella gira ligeramente la mano, y durante unos segundos entrelazamos nuestros dedos, como si no hiciera falta decir nada más. La presión suave que ejerce sobre mi piel es suficiente para que yo sepa que lo nota, y que agradece mi presencia.

Quiero decirle tantas cosas. Que todo saldrá bien. Que no está sola. Que esta mañana, cuando desperté en su cama con el pelo revuelto, una sonrisa perezosa y el desayuno en una bandeja, pensé que tal vez podríamos intentarlo. Pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta, porque este no es el momento y porque no tengo idea de qué pasará.

Diez minutos pueden parecer insignificantes en cualquier otro contexto. Aquí, en esta sala de espera, se sienten como una eternidad. Alexis no deja de mirar la puerta del área quirúrgica, como si con la fuerza de su mirada pudiera obligar a que se abriera con buenas noticias.

Cuando finalmente pasa, los tres levantamos la cabeza al mismo tiempo. Un médico sale al pasillo con una carpeta en la mano y una expresión seria pero calmada.

—¿Familiares de Carmen Cortés?

Alexis y Nico se levantan de inmediato.

—Somos nosotros —responde él.

Yo me quedo un paso atrás, sintiéndome de pronto como una intrusa en un momento que pertenece a ellos por derecho.

El médico se acerca con paso tranquilo.

—La intervención ha ido bien —les informa—. Su madre sufrió un infarto agudo de miocardio provocado por la obstrucción de una arteria coronaria. Hemos realizado una angioplastia para desobstruirla.

Nico frunce el ceño, preocupado.

—¿Eso qué significa exactamente?

El médico asiente, comprensivo, y se lo explica con paciencia.

—Introducimos un catéter a través de una arteria del brazo hasta llegar al corazón, y colocamos un stent para abrir la arteria bloqueada; es una especie de malla metálica que mantiene el vaso sanguíneo abierto para que la sangre circule con normalidad.

Alexis escucha sin parpadear, con los labios apretados.

—¿Entonces… está bien? —pregunta, y su voz sale casi en un susurro.

El médico hace una pausa breve.

—La operación ha salido bien. Pero las próximas cuarenta y ocho horas serán cruciales. Ahora mismo está en la unidad de cuidados intensivos. Necesitamos vigilar su evolución para asegurarnos de que no hay complicaciones.

Alexis suelta el aire de golpe. Es un suspiro largo, tembloroso, como si llevara horas conteniendo la respiración. Sus hombros se relajan apenas un poco, pero conozco esa mirada: la tranquilidad que muestra hacia fuera no alcanza a lo que ocurre dentro de ella.

—Gracias, doctor —dice Nico.

El médico asiente y se marcha por el pasillo con la misma calma con la que ha llegado.

Durante unos segundos nadie habla.

—Está viva… —murmura Alexis finalmente, y su voz es apenas un hilo.

Nico la abraza por los hombros con fuerza.

—Claro que sí. Mamá es dura como el cemento. Siempre lo ha sido. Más que tú y yo juntos —bromea.

Ella sonríe débilmente.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —pregunto, acercándome un poco—. Puedo quedarme todo el tiempo que haga falta, traer café, llamar a alguien…

Alexis gira la cabeza hacia mí y abre la boca para responder, pero en ese momento Nico interrumpe señalando hacia la entrada.

—Mira —dice—. Yasmina ya ha vuelto.

Tardo un segundo en procesar lo que ha dicho. Cuando sigo la dirección de su mirada, siento cómo algo frío me recorre el estómago.

Yasmina entra en la sala con paso decidido. Su presencia destaca de inmediato entre las paredes blancas del hospital. Trae una mochila colgada del hombro y una bolsa de papel en la otra mano. Camina directamente hacia Alexis. Ni siquiera parece notar que yo estoy aquí al principio. Sus manos se alzan y enmarcan el rostro de Alexis entre sus palmas con una ternura que me resulta dolorosamente familiar.

—¿Cómo estás? —susurra.

Antes de que nadie diga nada más, inclina la cabeza y la besa. En los labios.

Siento cómo la sangre abandona mi rostro. Y recuerdo, en contra de mi voluntad, cómo hicimos el amor en su casa, el calor de su cuerpo… todo se mezcla en mi mente con esa imagen y se convierte en algo confuso, dolorosamente punzante.

«No ha roto con ella…», pienso. El pensamiento me golpea con una mezcla absurda de celos y vergüenza. Ridículo. Completamente ridículo en un lugar como este, con el pitido de las máquinas y el olor a antiséptico recordándome que hay cosas mucho más importantes.

Yasmina se separa y levanta la mochila.

—Ya he recogido la ropa que me has pedido. Me ha abierto la vecina —explica con calma—. También he traído el cargador del móvil y varias botellas de agua. ¿Os han dicho algo?

Alexis tarda un instante en reaccionar, pero finalmente asiente y le cuenta lo que le ha contado el médico. Mientras habla, su mano busca la de Yasmina y la aprieta con fuerza.

Yo permanezco en silencio. Mis manos están entrelazadas frente a mí, tan tensas que siento el pulso en las muñecas.

Yasmina escucha con atención, asintiendo en los momentos justos. Cuando Alexis termina, finalmente parece reparar en mi presencia. Sus ojos se posan en mí.

—Gracias por venir a apoyarla.

No puedo responder. Durante ese segundo suspendido, siento algo difícil de describir. Como si supiera exactamente qué significa que yo esté aquí.

Alexis guarda silencio entre nosotras, apretando la mano de Yasmina con más fuerza.

Y en ese momento, con la mochila todavía en las manos de Yasmina y su mirada posada en Alexis, siento con una claridad devastadora que he perdido la partida.

34

Roser

Seis días después.

—¿De verdad estás pensando en rechazar un trabajo así? —cuestiona Pau, y su voz sale con ese tono entre incrédulo y desafiante que pone cuando cree que estoy siendo cabezota—. ¿Qué puede salir mal, exactamente?

Levanto la vista del ordenador y lo miro sin poder creérmelo. Él está apoyado en el borde del mostrador del estudio, con los brazos cruzados sobre el pecho. La luz cálida de las lámparas que instalamos la semana pasada ilumina las fotografías colgadas en las paredes, que ahora parecen observarnos como testigos silenciosos de la conversación, con sus retratos serenos y sus paisajes quietos.

—¿Te has olvidado de que Yasmina es la novia de Alexis y que no sabe que nos hemos acostado? —respondo, y hasta niego con la cabeza—. ¿Eso te parece poco motivo para pensármelo dos veces?

Pau arquea una ceja, como si estuviera evaluando una obra de arte dudosa.

—Pues chica, yo qué quieres que te diga… es su problema. No el tuyo. Alexis es mayorcita para manejar sus asuntos sentimentales, y Yasmina tampoco es tonta. Si no lo sabe, es porque nadie se lo ha contado.

Cierro el portátil y me dejo caer en la silla giratoria que cruje bajo mi peso. El cansancio del día pesa sobre mis hombros. Ha sido una jornada interminable: clientes que han entrado y salido sin parar, consultas eternas sobre precios y paquetes, ajustes de última hora en una sesión que casi se nos descuadra por completo…

Y, entre todo eso, este pensamiento que no deja de girar en mi cabeza como un disco rayado.

La inauguración de la exposición.

La galería donde trabaja Yasmina.

Y sobre todo, Alexis.

—No seas tan egoísta —replico, y me sorprendo a mí misma por lo borde que ha sonado—. Lo ha pasado muy mal con lo de su madre. No es el momento de complicarle la vida.

Pau resopla, pero no responde enseguida. Se limita a caminar un par de pasos por el estudio, observando las fotografías que cuelgan en la pequeña pared que hemos reservado para las pequeñas exposiciones temporales. La última imagen que colgué esta mañana; un retrato en blanco y negro de una mujer mayor con la mirada serena y las arrugas contadas como historias, parece mirarnos, como si supiera que esta conversación lleva días rondándonos.

—Lo sé —dice al cabo de unos segundos, y su tono se suaviza un poco—. Pero eso no cambia el hecho de que este trabajo podría darte un empujón enorme. Una galería como la suya no invita a cualquiera a cubrir la inauguración. Es visibilidad, contactos, puertas que se abren…

Mis pensamientos se deslizan inevitablemente hacia Zaragoza. Han pasado varios días desde que la madre de Alexis fue operada, desde aquella sala de espera que olía a miedo. La operación de Carmen salió bien, y ahora se encuentra en planta, recuperándose poco a poco con esa fuerza que tienen algunas madres. Los médicos hablan de «algo leve dentro de lo que cabe», aunque esa expresión siempre me ha parecido absurda. Un infarto nunca es leve cuando se trata de alguien a quien quieres, cuando ves a su hija deshecha en un pasillo con los ojos rojos y las manos temblorosas.

Alexis sigue allí.

Cuidándola.

Haciendo turnos con Nico.

Intentando aparentar una calma que sé perfectamente que no siente, porque la conozco lo suficiente como para notar cuando su sonrisa es de cartón.

Aprieto los labios hasta que me duele un poco.

—Antes me ha dicho que en un par de días estará de vuelta en Barcelona —murmuro finalmente—. No puede cancelar más guías. Ya ha perdido suficientes ingresos.

Pau asiente con lentitud, como si estuviera midiendo cada palabra antes de soltarla.

—¿Y no habéis hablado de eso? —pregunta, y esta queda suspendida en el aire.

Me paso una mano por la nuca, incómoda, sintiendo cómo el calor me sube por el cuello.

—Supongo que hablaremos en ese momento —digo, y me encojo de hombros para quitarle hierro al asunto—. No he querido agobiarla con mensajes ni con llamadas intempestivas. Bastante tiene con lo suyo.

Pau suelta una pequeña carcajada que resuena en el estudio vacío.

—O más bien no has querido afrontar tus sentimientos de frente —replica con esa tranquilidad suya que a veces me saca de quicio—. Porque mientras tanto tampoco has dejado de ver a Elena.

Abro la boca para protestar, para decir que no es verdad, que solo han sido un par de cenas casuales, pero ninguna palabra sale de mi boca. El silencio que sigue es tan revelador que ni siquiera intento disimularlo. Bajo la mirada hacia el teclado del portátil, como si las teclas pudieran darme una excusa creíble.

Elena me dejó las cosas muy claras desde el principio. «No quiero nada serio», me dijo la primera vez que nos acostamos ella y yo solas. Lo dijo con una sonrisa relajada, sin drama, sin segundas intenciones ocultas. Y, sin embargo, desde entonces nos hemos visto

varias veces. Siempre de forma casual. Siempre con la misma dinámica sencilla: cenamos algo rápido en un sitio sin pretensiones, hablamos de cualquier cosa que no comprometa demasiado, e inevitablemente, terminamos en su cama.

Es sencillo.

Ligero.

Sin expectativas que decepcionen a nadie.

De alguna manera, esa ausencia de implicación me tranquiliza. Pero en el fondo, no es para nada lo que yo quiero.

Pau suspira y apoya las manos en el mostrador, inclinándose un poco hacia mí.

—Roser —dice con cariño—. Sabes que no te juzgo. Pero esconderte detrás de Elena no va a hacer que lo que sientes por Alexis desaparezca. Solo lo aplaza. Y aplazarlo duele más a la larga.

Bajo la mirada hacia mis manos. La piel de mis dedos está ligeramente enrojecida por el frío de la tarde que se cuela por la rendija de la puerta.

—No me estoy escondiendo —respondo, aunque mi voz no suena tan convencida como me gustaría.

—¿Ah, no? —replica él, y arquea una ceja con sorna—. Entonces explícame por qué cada vez que sale el tema de Alexis cambias de conversación o te pones a ordenar cosas que ya están ordenadas.

Levanto la cabeza y lo miro fijamente.

—No es eso —repito—. Solo estoy… protegiéndome. Hay una diferencia. Y más después de lo de Paula, siento que en algún momento va a volver a la carga y me va a joder la vida.

Pau me observa unos segundos más, como si estuviera valorando si merece la pena seguir insistiendo o si es mejor dejarlo correr por hoy. Finalmente se encoge de hombros con un gesto resignado.

—En fin. Ya veremos qué pasa cuando vuelva —concede—. Pero no me digas luego que no te lo advertí.

Agradezco ese pequeño gesto de tregua con una media sonrisa cansada. Me levanto de la silla y empiezo a recoger algunas cosas del escritorio: el ratón inalámbrico, el cargador del móvil, un par de tarjetas de memoria que dejé olvidadas junto al teclado.

—Ahora solo quiero ir a casa, darme una ducha caliente que me quite el frío de los huesos y preparar las cosas para mañana —digo mientras meto todo en el bolso—. Ha sido un día larguísimo.

Pau no se mueve del mostrador. Sigue mirándome con los brazos en jarras.

—Entonces vas a aceptar el trabajo para la inauguración de la exposición… ¿o no? —pregunta, y su voz recupera el tono desafiante de antes.

Me quedo quieta con el bolso a medio cerrar.

El estudio está casi en silencio. Solo se escucha el zumbido suave del frigorífico pequeño que tenemos en la esquina y el murmullo lejano de la calle que entra por la puerta entreabierta.

Suspiro profundamente, dejando caer los hombros.

—Pau…

—¿Sabes la de puertas que se te podrían abrir? —insiste él, sin darme tiempo a protestar—. Una galería como la de Yasmina, Roser. No es un trabajillo cualquiera. Es un escaparate para exponer también tu trabajo.

Me llevo una mano a la frente y cierro los ojos un instante, sintiendo cómo la tensión me sube por la nuca.

—No empieces otra vez con lo mismo —pido, aunque mi voz sale más cansada que enfadada—. Ya lo hemos hablado mil veces.

—Y lo seguiremos hablando hasta que tomes una decisión sensata —replica él sin inmutarse—. Porque rechazar esto por miedo

a lo que pueda pasar con Alexis es… no sé, ¿autodestructivo? ¿Cobarde? Elige el adjetivo que más te guste.

Me dejo caer contra la pared y apoyo la cabeza en el yeso.

Lo sé.

Claro que lo sé.

Ese tipo de eventos son oportunidades que no aparecen todos los días. Mi nombre podría empezar a moverse en círculos importantes. Podría significar nuevos encargos de nivel, mucho dinero, más visibilidad en un mundo donde la visibilidad lo es casi todo. Pero también significa estar allí. Con Yasmina. Con Alexis. Con todo lo que eso implica.

Echo la cabeza hacia atrás y dejo escapar un largo suspiro que parece no tener fin.

—¡Vale, vale, pesado! —cedo finalmente, abriendo los ojos y mirándolo con resignación—. Ahora mismo le digo a Yasmina que sí. ¿Estás contento?

Pau levanta ambos brazos en señal de victoria, con una sonrisa enorme que ilumina el estudio entero.

—Muchísimo. Vas a ver como esto te cambia la carrera.

No puedo evitar sonreír, aunque sea una sonrisa pequeña y cansada. Terminamos de cerrar la caja del día, apagamos las luces del estudio una a una y echamos el cierre con llave. Cuando salimos a la calle, la noche ya se ha instalado sobre Barcelona con ese aire fresco tan particular.

—Mañana será un buen día —dice Pau mientras se despide en la esquina con un abrazo rápido.

—Eso espero —respondo, y lo digo de corazón.

Nos separamos. Camino sola hacia la estación de metro. Las calles están llenas de gente que regresa a casa después del trabajo o que empieza su noche de ocio. Las luces de los escaparates se reflejan en el asfalto ligeramente húmedo por la llovizna de la tarde.

Cuando bajo las escaleras, saco el móvil del bolso con dedos fríos.

Abro el chat de Yasmina.

Escribo despacio, borrando y reescribiendo la frase tres veces hasta que me convence.

> **Roser**: Me lo he pensado bien y sí que me apetece estar en la fiesta de inauguración. Cuenta conmigo.

Dudo un segundo antes de enviarlo, con el pulgar suspendido sobre la pantalla.

Luego pulso el botón.

El mensaje desaparece. Y el tren llega en ese momento con un soplo de aire caliente. Entro en el vagón y me agarro a la barra vertical mientras el metro arranca con un traqueteo familiar.

La respuesta llega antes de que salgamos de la estación.

> **Yasmina**: Genial. Si quieres mañana quedamos y te cuento un poco cómo va a ir la historia, los horarios, lo que espero de las fotos… ¿Te viene bien a mediodía en la galería?

Leo el mensaje varias veces, sintiendo cómo el estómago se me contrae un poco.

Luego apoyo la cabeza contra el cristal frío del vagón y cierro los ojos un instante.

—Va a ser una idea terrible… —murmuro para mí misma, tan bajo que el ruido del tren se lo traga.

Guardo el móvil en el bolsillo del abrigo.

Pero apenas unos segundos después lo vuelvo a sacar. Y abro el chat que tengo con Alexis. La pantalla muestra nuestra conversación de los últimos días: mensajes sencillos, breves, llenos de preocupación y cuidado mutuo.

> **Roser**: ¿Cómo está hoy tu madre?

Alexis: Cansada, pero mejor. Hoy ya la han levantado un rato y ha comido algo sólido.

Roser: Me alegro muchísimo. Dale un abrazo enorme de mi parte.

Alexis: Lo haré. Gracias por estar pendiente, de verdad.

Roser: Para eso estamos. Cuídate tú también.

Paso el dedo por la pantalla, recorriendo las palabras como si pudiera tocarla a través de ellas.

Recuerdo su rostro en el hospital. La forma en que se aferró a mí durante ese abrazo eterno en la sala de espera. El modo en que me miró antes de que todo se complicara más.

El vagón del metro se balancea suavemente mientras avanzamos por el túnel oscuro.

Mis dedos se mueven casi solos sobre el teclado.

Roser: Ya verás como todo va a ir bien con tu madre. ¿Nos tomamos un café cuando regreses a Barcelona? Me gustaría verte y hablar con calma.

Tardo un segundo en enviarlo.

Un segundo en el que siento cómo el corazón empieza a latirme más fuerte, como si supiera que estoy cruzando una línea que no tiene vuelta atrás.

Después pulso el botón. Y entonces, me doy cuenta de que tengo la mano apoyada sobre el pecho, como si intentara contener algo que empuja desde dentro con fuerza; una imagen que ya se ha metido dentro de mí.

Y esa imagen, es la sonrisa de Alexis.

35

Alexis

Llevo la música en los oídos mientras avanzo entre la multitud que llena la acera. El ritmo constante de la canción me ayuda a mantener el paso firme, a ordenar un poco el caos que llevo dentro desde hace días, ese revoltijo de emociones que no termina de salir de mi interior. Barcelona respira con su energía habitual, con el murmullo incesante de los coches que circulan por las rondas, de las bicicletas al pasar rozando los bordillos, el aroma intenso del café recién hecho que se escapa por las puertas abiertas de las cafeterías y se mezcla con el olor a pan caliente de las panaderías cercanas. Todo sigue igual. Todo continúa girando con normalidad, como si el mundo no hubiera hecho una pausa dramática hace unos pocos días.

Pero para mí, el mundo ha cambiado ligeramente de eje, como si alguien hubiera movido el centro de gravedad un par de centímetros hacia la izquierda y yo todavía estuviera intentando recuperar el equilibrio.

Me ajusto la chaqueta mientras atravieso la plaza que conduce hacia la Sagrada Familia, el lugar donde hoy tengo programadas las visitas guiadas de la mañana. La basílica se eleva ante mí como una montaña viva, con sus torres recortándose contra el cielo de la mañana, con esa mezcla de formas orgánicas y geométricas que siempre me deja sin aliento. De hecho, siempre me produce la misma sensación; respeto, fascinación y una especie de orgullo que no sé muy bien de dónde sale, como si esa construcción, todavía inacabada, formara parte de mi propia historia personal.

He tenido centenares de visitas, y aun así sigo mirándola como si fuera la primera vez, como si cada día que vengo por aquí

descubriera un detalle nuevo en las fachadas que capturan la luz de forma diferente según la hora.

Me quito uno de los auriculares justo cuando cruzo la valla de acceso para el personal, ese pequeño paso que me saca del bullicio turístico y me mete en el ritmo más tranquilo del recinto.

—¡Alexis! —Levanto la cabeza de golpe.

Paquita avanza hacia mí con los brazos abiertos, atravesando el pequeño espacio que separa la zona de guías del resto del recinto. Lleva la chaqueta negra abierta y el pelo recogido en una coleta alta que se mueve con cada zancada.

Apenas me da tiempo a reaccionar. Paquita me envuelve en un abrazo fuerte, apretado, casi maternal.

—¡Qué alegría verte! —exclama, y su voz resuena con una alegría y fuerza que hace que varias cabezas se giren hacia nosotras.

Sonrío contra su hombro, sintiendo cómo el nudo que llevo días llevando en el pecho empieza a deshacerse un poco.

—Hola, Paquita…

Pero el abrazo dura exactamente tres segundos. Porque al cuarto, me suelta de golpe, y me da un manotazo en el brazo, lo suficiente para que me escueza.

—¡Ay!

—¿Se puede saber por qué no me has pedido ayuda para reorganizarte los grupos y que así no pierdas dinero? —dice, plantándose frente a mí con los brazos en jarras y un enfado que no tengo muy claro si es fingido o no—. ¿O es que ya no confías en tu compañera favorita?

—Para matizar, eres la única guía de Barcelona que soporto —aclaro, intentando no reírme—. Ya sabes que no quería molestar, Paquita. Pensé que con los cambios de días y lo de mi madre sería más fácil arreglarlo yo sola.

Me quito los auriculares del todo y los guardo en el bolsillo del abrigo mientras ella me observa, recorriéndome el rostro como si estuviera evaluando cada detalle: las ojeras, el pelo que no me he lavado desde ayer, la postura ligeramente encorvada por el cansancio acumulado…

—Tienes mala cara —sentencia.

—Gracias por los ánimos, chica —respondo con sarcasmo.

—No te hagas la graciosa conmigo, que te conozco.

Suspira profundamente y vuelve a abrazarme, esta vez con más suavidad, como si quisiera compensar el manotazo de antes.

—Estos días han sido una locura —murmuro contra su hombro —. Y ni siquiera me quedo tranquila dejando sola a mi madre, aunque Nico esté con ella y los médicos digan que todo va de maravilla.

Paquita me sujeta por los hombros y me obliga a mirarla directamente a los ojos.

—Tu madre es una tía fuerte —aclara, como si estuviera declarando un hecho irrefutable—. Ya verás cómo se recupera del todo. Además, tiene a tu hermano allí, y seguro que con que vayas a verla de vez en cuando, termina perfecta. A partir de ahora se tomará la vida con más calma.

Asiento lentamente, sintiendo cómo sus palabras me calman un poco.

—Sí… —Pero la inquietud sigue instalada dentro de mí como una piedra difícil de mover—. Aunque yo me siento la descarrilada, cómo no… —añado, bajando la mirada hacia el suelo empedrado—. Odiándome incluso por no querer volver allí a pesar de lo que ha ocurrido.

Paquita me da dos palmaditas en los hombros, firmes pero cariñosas.

—Anda, basta ya de dramas. Vamos con los grupos. Trabajar te va a venir de maravilla para desconectar un rato. Y luego me

cuentas el resto con detalle, ¿eh?

Asiento, dispuesta a afrontar una jornada que siento que se me va a hacer eterna. Aunque, contra todo pronóstico, tiene razón.

Porque poco después estoy frente a un grupo de turistas que hablan animadamente en inglés con acento australiano. Son unas quince personas, todos con mochilas bien cargadas, cámaras colgadas al cuello y una curiosidad contagiosa en la mirada que me hace sonreír casi sin darme cuenta.

Levanto el pequeño cartel con el nombre del grupo y la bandera de España que siempre llevo para que me localicen.

—Buenos días a todos. Me llamo Alexis y hoy seré vuestra guía —me presento en un fluido inglés.

Las conversaciones se detienen casi al instante. Varias caras sonríen con expectativa. Me giro y señalo la basílica con un gesto amplio del brazo.

—Antes de entrar, tomad un momento para mirar hacia arriba y disfrutarla.

Todos levantan la cabeza al unísono. El sol comienza a asomar entre las nubes y la luz se desliza sobre las torres, iluminando los detalles de las esculturas, los pináculos que parecen brotar de la piedra como ramas vivas.

—La construcción empezó en 1882 —explico mientras caminamos lentamente hacia la entrada principal—. Y todavía hoy, más de un siglo después, sigue inacabada. La fecha oficial de finalización ahora está prevista para 2026, aunque los trabajos decorativos y la escalinata de la fachada de la Gloria podrían alargarse mucho más. El propio Gaudí dijo que la obra continuaría hasta que estuviera perfecta.

—¿En serio? —dice una mujer joven con los ojos muy abiertos.

—Sí —respondo, y mi voz va ganando fuerza poco a poco—. Antoni Gaudí dedicó los últimos años de su vida enteramente a este

proyecto. Para él, la arquitectura no era solo un simple diseño. Era devoción, casi una forma de oración.

Mientras hablo, siento cómo algo dentro de mí regresa poco a poco a la normalidad. Mi voz fluye con naturalidad, las palabras salen sin esfuerzo, y el peso que llevaba en el pecho desde hace días se aligera un poco con cada explicación.

—Gaudí creía que la naturaleza era la mejor arquitecta —continúo mientras nos acercamos a las puertas monumentales—. Si os fijáis bien, veréis que las columnas del interior parecen árboles, con ramas que se extienden para sostener la bóveda como un dosel forestal.

El grupo asiente con interés, algunos sacan los móviles para fotografiar detalles que les señalo mientras caminamos entre las puertas monumentales, y cuando entramos en el interior, siempre ocurre lo mismo.

El silencio.

Las voces que se apagan casi por completo.

La luz atraviesa las vidrieras y cae sobre el suelo en manchas de color azul intenso, rojo y un dorado cálido, creando un efecto que parece sacado de un sueño.

Un murmullo de admiración recorre al grupo.

—Madre mía…

Sonrío para mis adentros. Es en momentos como este cuando recuerdo por qué amo este trabajo.

Porque puedo ver la belleza reflejada en los ojos de otras personas. Porque puedo contar historias que no son solo hechos, sino emociones. Porque, durante unas horas, la vida se vuelve más sencilla, más clara, más manejable.

El recorrido termina casi dos horas después. Los australianos me agradecen la visita y uno de ellos incluso me estrecha la mano con energía y me dice que ha sido la mejor guía que han tenido en toda Europa.

—Ha sido increíble. Muchas gracias.

—Gracias a vosotros —respondo, y la sonrisa me sale sincera por primera vez en días.

Cuando el grupo se dispersa, respiro profundamente, sintiendo cómo el aire fresco del exterior me llena los pulmones.

El cansancio vuelve a instalarse en mis piernas, pero también una sensación tranquila, reconfortante, como si el trabajo hubiera servido de bálsamo temporal.

Estoy guardando los papeles en mi carpeta cuando escucho una voz conocida que me hace girar la cabeza de inmediato.

—¿Tienes espacio para una turista más?

Roser está de pie a pocos metros, con las manos en los bolsillos de su abrigo y una sonrisa que ilumina todo su rostro, esa sonrisa que siempre parece llevar luz propia.

Mi corazón da un pequeño salto, inesperado y traicionero.

—Hace tiempo que tú has dejado de ser una turista, señorita —respondo acercándome con pasos lentos hacia ella—. Ya tienes Barcelona en el alma, y un poco de Gaudí también.

Ella alza una ceja con esa expresión divertida que tanto me gusta.

—Vaya, qué frase tan poética. ¿La tenías preparada para ocasiones especiales?

—Es la influencia de este lugar —contesto, y me encojo de hombros con fingida modestia—. Te empapa sin darte cuenta.

Se ríe, una risa cálida que resuena en el espacio abierto.

Y antes de que pueda decir nada más, la abrazo. El gesto surge de forma natural, instintiva, como si mi cuerpo hubiera decidido tenerlo por sí solo. Durante un segundo demasiado breve, todo parece detenerse: el ruido de los turistas, el viento frío que baja de las torres, el peso de los últimos días.

Cuando nos separamos, me quedo mirándola fijamente.

Sus ojos brillan y me parecen absolutamente preciosos. Hoy lleva pelo recogido de forma descuidada, con algunos mechones cayendo sobre la frente, y las mejillas ligeramente sonrosadas, como si hubiera llegado corriendo.

Parece… libre.

Más luminosa.

«La he echado de menos», pienso sin poder evitarlo, y el pensamiento me golpea con tanta fuerza que me da un vuelco el corazón.

—¿Nos tomamos algo en la cafetería? —propongo, señalando el pequeño local que suele estar lleno de turistas y guías.

—Claro —responde ella sin dudar—. Me muero por un café decente después de la mañana que he tenido. No sé yo si ha sido buena idea esto de trabajar con Pau —bromea.

—Tienes que contármelo todo —añado.

Caminamos hasta el local. El aroma a café y pan tostado nos envuelve en cuanto entramos, cálido y reconfortante.

Nos sentamos cerca de la ventana, en una mesa pequeña con vistas a la plaza.

—Dos refrescos, por favor —pido al camarero cuando se acerca—. Y dos bocadillos de atún con tomate y mayonesa. Grandes, que tengo un lobo dentro. —Me giro hacia Roser—. Ya verás cómo te encanta.

Roser levanta las cejas con sorpresa.

—Te van a faltar unos dónuts —dice, y evoco la mañana que fui a su casa.

Cuando los bocadillos llegan, el aroma es tan bueno que casi babeo del hambre —y de la felicidad—. El pan está crujiente por fuera y tierno por dentro. El atún mezclado con la mayonesa se mantiene cremoso y el tomate fresco desprende un aroma delicioso.

Roser da el primer mordisco y suspira con los ojos cerrados.

—Madre mía…

—Te lo dije —respondo con la boca llena, sin importarme las formas.

—Está… increíble. ¿Cómo no había probado esto antes?

La observo mientras come. Tiene una pequeña mancha de mayonesa en la comisura del labio. Sin pensarlo demasiado, estiro la mano.

—Espera.

Rozo suavemente la esquina de su boca con el pulgar para limpiarla. El contacto dura apenas un segundo, pero una descarga me recorre el cuerpo de arriba abajo, eléctrica y traicionera.

Roser se queda inmóvil.

Yo también.

Mi mirada desciende hasta sus labios, y de repente recuerdo con una claridad brutal el calor de su piel contra la mía cuando nos acostamos, su respiración acelerada contra mi cuello, la forma en que su nombre sonaba cuando lo susurraba entre gemidos.

Trago saliva con dificultad.

—Roser, yo quería…

Mi móvil vibra sobre la mesa. El sonido rompe el momento como un golpe seco y cuando la pantalla se ilumina, veo que es con un mensaje de Yasmina.

Roser no lee el contenido, pero ve el nombre claramente. Su expresión cambia ligeramente: una sombra pasa por sus ojos, rápida pero visible. Da otro mordisco al bocadillo y niega con la cabeza, como si quisiera sacudirse algo de su interior.

—No hay nada que decir —murmura, poniendo una sonrisa falsa en los labios. Y cuando la miro fijamente, añade—: De verdad. —Levanta la vista hacia mí mientras noto cómo aprieta el bocadillo con más fuerza—. No hace falta que me lo expliques. Deberíamos

centrarnos en el trabajo, y tú en estar bien con lo de tu madre. Eso es lo que importa ahora.

Cada una de esas palabras me rompe el corazón un poco. Porque tengo muy claro que está poniendo distancia para protegerse, y porque yo también he hecho lo mismo durante estos días. Solo porque el miedo ha palpitado con mucha fuerza en mi corazón.

36

Roser

El motor del coche ya está apagado, pero ninguna de las dos se mueve. Durante unos segundos sigo mirando a través del parabrisas empañado por el contraste del aire frío de la noche y el calor que todavía flota dentro del vehículo. A unos metros, la fachada iluminada de la galería brilla con fuerza. La gente entra y sale entre risas y conversaciones animadas. Las puertas de cristal se abren y se cierran sin descanso, dejando escapar ráfagas de música suave, y el murmullo sofisticado de una inauguración que promete ser importante para todos los que están ahí dentro.

Pero yo me sigo sintiendo fuera de lugar.

El vestido negro se ajusta a mi cuerpo como si hubiese sido diseñado exclusivamente para esta noche. La tela cae con una elegancia espectacular, pero la abertura en el lateral sube mucho más de lo que estoy acostumbrada a mostrar, dejando la piel de mi muslo al descubierto cada vez que cruzo las piernas o me muevo en el asiento. Cuando inclino la cabeza para mirarme mejor, veo cómo la luz de las farolas exteriores resalta el escote sutil y la curva de mis hombros desnudos.

A mi lado, Elena suelta una risa ronca, que me habla mucho más antes incluso de que suelte lo que está pensando.

—Si no fuera porque es un trabajo importante… —murmura, muy pegada a mi oído—, …te follaría aquí mismo.

La frase cae en el aire con una naturalidad que me hace negar con la cabeza, aunque una sonrisa inevitable se curva en mis labios y siento cómo el calor me sube por el cuello.

Elena desliza la mano sobre mi muslo desnudo, justo donde la abertura del vestido deja la piel expuesta. Su caricia es cálida, lenta,

deliberada. La piel se me eriza al instante, un escalofrío que nace en el punto de contacto y sube por mi columna hasta la nuca.

—Estás preciosa —añade y me muerde el lóbulo de la oreja—. Incluso la cámara te queda de maravilla esta noche. Parece una extensión de tu cuerpo.

Miro el objeto apoyado sobre mi regazo. El frío contrasta con el calor que su mano está despertando en mi piel, trazando círculos lentos que me obligan a apretar los muslos de forma instintiva. Levanto la vista hacia ella y encuentro su sonrisa ladeada, provocándome siempre, como si tuviera un mapa secreto de todos mis puntos débiles.

Y lo sabe.

Elena me atrae. Eso nunca ha estado en duda.

Tiene una seguridad magnética, una manera directa de mirar, de tocar, de hablar que hace que el cuerpo responda antes incluso de que la mente tenga tiempo de procesar lo que está pasando. Cuando estoy con ella, todo es simple. Directo. No hay que descifrar silencios ni interpretar gestos. Solo hay caricias, besos, deseo y una liberación inmediata que me deja sin aliento.

Pero también sé —lo supe desde el principio— que nunca habrá algo más profundo entre nosotras. Nunca será amor. Ni siquiera algo que se acerque remotamente, y eso es muy importante para mí. Aun así, el escalofrío que me recorre cuando su dedo traza una línea lenta por el interior de mi muslo es completamente real, imposible de ignorar.

—Siempre puedes venir a recogerme después —le propongo con una sonrisa tranquila.

Sus cejas se elevan con interés.

—¿Eso es una invitación formal? —pregunta, y su mano sube un centímetro más, rozando el borde de la ropa interior.

—Eso es una posibilidad, solo si la quieres tomar —respondo con picardía.

Elena se inclina hacia mí sin pedir permiso, como siempre hace.

El beso llega con una intensidad que siempre me sorprende. Su boca es decidida, cálida, exigente. Una de sus manos se desliza hasta mi nuca y tira suavemente de mí para acercarme más, mientras la otra presiona mi muslo, abriendo espacio entre mis piernas. Cuando muerde mi labio inferior con esa presión justa que sabe que me deshace, un pequeño gemido se me escapa antes de que pueda evitarlo, y siento cómo mi cuerpo se arquea hacia ella sin que yo se lo ordene.

Me separo primero, jadeando ligeramente.

—Tengo que trabajar… —murmuro; daría todo por no tener que hacerlo ahora mismo.

—Qué tragedia —responde ella, divertida, y pasa la lengua por su propio labio inferior como si todavía pudiera saborearme.

Abro la puerta del coche.

El aire nocturno me envuelve de inmediato. Fresco, limpio, lleno de voces lejanas y luces que parpadean en la distancia.

Antes de cerrar, Elena añade con esa sonrisa que promete problemas:

—Esperaré tu llamada. Y no tardes mucho, que ya me tienes impaciente.

Le lanzo una última sonrisa.

—No prometo nada.

Cierro la puerta y me encamino hacia la entrada trasera de la galería, ajustándome el vestido con un movimiento rápido para que la abertura no suba demasiado.

El bullicio me alcanza incluso antes de cruzar la puerta.

Dentro, la atmósfera es vibrante, casi eléctrica. La iluminación está cuidadosamente diseñada para resaltar las obras expuestas: focos cálidos que caen sobre los cuadros, proyectando sombras

suaves sobre las paredes blancas y creando un contraste dramático que hace que cada pieza parezca viva. Camareros vestidos de negro se deslizan entre los invitados con bandejas llenas de copas de champán y pequeños bocados elegantes que parecen joyas comestibles.

Percibo el perfume caro, las risas, las conversaciones sobre arte, inversión, cultura, nombres importantes que suenan en voz baja como si fueran secretos. Es el tipo de ambiente que siempre me hace sentir un poco intrusa… y al mismo tiempo completamente viva, como si perteneciera a este mundo, aunque tenga un pie fuera de él.

Me cuelgo la cámara al cuello con cuidado, ajustando la correa para que quede cómoda, y enseguida empiezo a moverme entre la gente con naturalidad, casi de manera invisible. Es algo que he aprendido con los años; capturar momentos sin romperlos, fundirme con el entorno hasta que nadie note la presencia del objetivo.

Un gesto elegante de una mano que sostiene una copa.

Una risa que estalla de repente y hace girar cabezas.

Dos coleccionistas discutiendo frente a un cuadro con pasión.

El obturador de la cámara suena. Algunas personas me reconocen y me saludan con una leve inclinación de cabeza o un gesto discreto. Respondo con la misma discreción mientras sigo moviéndome, encuadrando, ajustando la luz, buscando el instante preciso, hasta que Yasmina me intercepta con esa elegancia que parece llenar el espacio a su alrededor. Apoya una mano ligera sobre mi brazo y me guía hacia un pequeño grupo de personas que conversan junto a una escultura de bronce.

—Quiero que conozcáis a alguien —anuncia con voz clara y cálida—. Esta es Roser, una fotógrafa con mucho futuro… y quién sabe, que quizá acabe exponiendo en una gran galería en el futuro.

Me guiña un ojo con complicidad, y el gesto hace que varias cabezas se vuelvan hacia mí con interés renovado. Siento cómo el

calor me sube por el cuello, pero respondo con una sonrisa modesta y serena:

—Eso queda muy lejos, pero gracias por contar conmigo.

Mientras pronuncio esas palabras, mi mirada se desvía involuntariamente hacia el fondo de la sala. Allí está Alexis, a lo lejos, de pie junto a uno de los ventanales altos. Lleva el pelo suelto, cayéndole sobre los hombros en ondas suaves y naturales, y su figura se engalana con un vestido precioso de un tono burdeos intenso, profundo y sensual, que abraza cada curva con elegancia felina y resalta el calor dorado de su piel como si la tela hubiera sido tejida pensando en ella. El escote sutil deja ver la línea delicada de las clavículas, y la falda cae con un corte que insinúa más de lo que muestra cada vez que se mueve. Trago saliva con dificultad, siento un nudo apretado en el estómago y giro la cabeza rápido, casi con brusquedad, para volver a enfocar la cámara y continuar con mi trabajo, aunque el pulso me late desbocado en las sienes y ya no consigo concentrarme del todo en los encuadres.

Estoy revisando algunas imágenes en la pantalla de la cámara, agachada ligeramente para que la luz no refleje en el visor, cuando una sombra se detiene frente a mí.

Al levantar la vista, veo a Alexis con dos copas de champán en las manos y una expresión que mezcla cierto nerviosismo.

Por un instante, simplemente nos miramos. Sus ojos recorren mi vestido.

—Estás preciosa… —murmura antes de beber.

Siento cómo una corriente eléctrica me recorre la espalda entera, desde la nuca hasta la base de la columna.

Me ofrece una de las copas.

La acepto con dedos que tiemblan ligeramente.

—Deberías tomarte un descanso —dice, y su mirada baja un segundo a mi boca antes de volver a mis ojos.

Sonrío con cansancio, aunque el corazón me late tan fuerte que creo que ella puede oírlo.

—Ya sabes que no suelo hacerlo durante el trabajo —respondo, pero aun así cuelgo la cámara alrededor de mi cuello y doy un pequeño sorbo al champán. Las burbujas estallan en mi lengua mientras nos quedamos de pie una frente a la otra, rodeadas por el ruido de la fiesta que parece desvanecerse poco a poco.

Durante unos segundos no hablamos.

Solo nos miramos.

Y en ese silencio siento cómo la tensión sexual crece entre nosotras de una forma tan palpable que me corta la respiración.

—¿Cómo has estado? —pregunto sin mirarla del todo a los ojos.

Sus dedos giran lentamente el tallo de su copa, un movimiento nervioso que pillo al instante.

—Podría estar mejor —admite, y su mirada se clava en la mía con una intensidad que me deja sin aire—. Te he echado de menos.

La frase me golpea con una fuerza inesperada, directa al estómago.

—Me gustaba cuando hablábamos sin parar y… —empieza, pero se detiene, como si las palabras le quemaran en la garganta.

Me obligo a interrumpirla antes de que termine, porque si sigue hablando no sé si podré mantener la distancia.

—Alexis.

Ella guarda silencio, pero no aparta la mirada.

—Estás con Yasmina y yo…

—¿Y tú qué?

La pregunta queda suspendida entre nosotras.

El ruido de la fiesta parece alejarse de repente, como si alguien hubiese bajado el volumen del mundo entero.

Nos miramos demasiado tiempo.

Sé lo que hay en sus ojos.

—Estás con Yasmina —repito.

Alexis baja la mirada hacia su copa un instante.

Durante un segundo creo que va a dejarlo pasar, que va a dar media vuelta y volver con los invitados. Pero entonces la levanta y bebe de un trago lo que queda de champán. Sus dedos dejan la copa vacía en la bandeja de un camarero que pasa junto a nosotras con una sonrisa profesional.

Cuando vuelve a mirarme, algo ha cambiado en su expresión. Me hace tragar saliva.

—Pero no es ella a quien quiero —dispara sin titubeos.

Mi corazón se detiene, aunque no tengo tiempo de responder.

De repente, Alexis agarra mi muñeca.

Su mano está caliente mientras los dedos se cierran alrededor de mi piel con una presión que me hace contener el aliento.

—Alexis… —empiezo, pero no soy capaz de continuar.

Ella ya está tirando suavemente de mí.

A través de la multitud.

Entre las conversaciones animadas, las risas elegantes y las luces tenues de la galería.

Mi cámara golpea ligeramente contra mi cadera mientras intento seguir su paso sin tropezar con los tacones.

—¿Qué estás haciendo? —susurro, aunque mi cuerpo ya sabe la respuesta y responde antes que mi cabeza.

Ella no dice nada, solo aprieta un poco más mi muñeca mientras avanzamos hacia el pasillo lateral que conduce a las salas privadas de la galería; ese corredor discreto donde la luz es más tenue y el ruido de la fiesta se queda atrás como un simple eco lejano.

37

Roser

El pasillo lateral parece infinito mientras Alexis me arrastra con esa determinación que no deja espacio para nada más. Su mano alrededor de mi muñeca es un ancla caliente y firme que me mantiene en movimiento, aunque mis tacones resbalan ligeramente sobre el suelo pulido de la galería y tengo que concentrarme en no tropezar. El ruido de la fiesta se amortigua detrás de nosotras, convirtiéndose en un eco distante de risas contenidas, copas que chocan con elegancia y conversaciones que se desvanecen como humo. Mi pulso late tan fuerte en los oídos que apenas percibo nada más, solo el roce de su piel contra la mía, el calor que emana de su palma y se filtra hasta mis venas, acelerando todo dentro de mí hasta que siento que voy a estallar. «¿Qué estoy haciendo?» La pregunta gira en mi mente como un torbellino desesperado, pero mi cuerpo no se detiene; avanza, atraído por esa fuerza invisible que siempre ha existido entre nosotras.

Alexis empuja una puerta al final del pasillo. La habitación se abre ante nosotras en penumbras acogedoras: paredes cubiertas de telas protectoras de color crema que amortiguan el sonido, un par de lienzos envueltos apoyados en un rincón, una mesa larga al centro con papeles dispersos y catálogos olvidados, y una lámpara de pie que proyecta una luz ámbar suave sobre el suelo de madera oscura, creando sombras largas y sugerentes. El aire aquí es más fresco, creando un contraste con el bullicio exterior que hace que el silencio nos envuelva con delicia. Cierra la puerta detrás de nosotras, y el mundo desaparece, dejando solo el sonido de nuestras respiraciones aceleradas y el latido ensordecedor de mi propio corazón.

Me suelta la muñeca, pero su mano no se aleja; sube por mi brazo con una lentitud deliberada, rozando la piel expuesta con las yemas de los dedos y dejando un rastro de fuego que me eriza el vello de la nuca. Siento cómo mi pecho sube y baja con respiraciones cortas, cómo el vestido se pega a mi piel por el calor que empieza a acumularse en mi vientre.

—Alexis, esto es una locura —murmuro, aunque mi voz sale entrecortada, sin convicción real. Mi espalda roza la puerta cerrada, y siento el frío de la madera a través de la tela fina del vestido, un contraste que me despierta aún más los sentidos y me hace arquear la espalda sin darme cuenta.

Ella no responde. En cambio, se acerca un paso más, invadiendo mi espacio personal hasta que su aliento cálido me roza los labios y su perfume me envuelve. Sus ojos recorren mi rostro como si estuviera memorizándolo: la curva de mi boca entreabierta, el pulso acelerado que late visible en mi cuello, el modo en que mi pecho sube y baja. Levanta la mano y, con una delicadeza sorprendente que contrasta con la urgencia de sus movimientos, me quita la cámara del cuello. Sus dedos rozan mi clavícula al pasar la correa por encima de mi cabeza, un toque accidental que envía una chispa directa al vientre y me obliga a contener el aliento. La deja con cuidado sobre la mesa cercana, como si fuera algo frágil, algo valioso, un gesto que vuelve a dejarme sin palabras.

—No quiero que se rompa —dice en voz baja, y su mirada se clava en la mía mientras lo hace, como si no estuviera hablando solo de la cámara.

Antes de que pueda procesarlo, Alexis me gira con una mano firme en mi cadera, colocándome de cara a la pared. Mi aliento se condensa contra la superficie fría, y siento su cuerpo pegado al mío por detrás, el calor de su pecho contra mi espalda, el roce de su vestido, la presión de sus pechos que se aplastan contra mí con cada respiración. Su aliento me roza la nuca, caliente y entrecortado, mientras una de sus manos sube por mi muslo, aprovechando la abertura del vestido para deslizarse por la piel expuesta con una

lentitud tortuosa que me hace arquear la espalda sin querer. El tacto es eléctrico, sus dedos me exploran, subiendo más alto, rozando el borde de mi ropa interior hasta que siento la humedad entre mis piernas.

—Llevo deseándote desde que te he visto entrar por la puerta —susurra contra mi oído, y su voz ronca vibra en mi piel—. Cada vez que te veía moverte entre la gente, con ese vestido que te abraza como si fuera mío, solo podía pensar en esto.

Siento cómo mi pulso se acelera hasta convertirse en un tambor desbocado dentro del pecho, cómo el deseo se condensa y se acumula entre mis piernas con cada caricia que sube más alto, rozando el borde de mi ropa interior con una lentitud deliberada que me obliga a apretar los muslos por instinto. El roce de sus uñas contra la piel sensible del interior de mi muslo me arranca un jadeo corto que intento tragarme, pero Alexis lo nota; su risa baja y ronca vibra contra mi nuca mientras sus dedos finalmente se cuelan bajo la tela fina de encaje. Separa mis pliegues, explorando la humedad que ya me delata, deslizando los dedos arriba y abajo, antes de detenerse justo en la entrada.

Asiento una vez, aunque ella no haya dicho nada; un movimiento pequeño y tembloroso, mientras ella empuja dos dedos dentro de mí de golpe. Un gemido ronco se me escapa sin control, más alto de lo que pretendía. El movimiento es duro, rítmico, pegada a mi espalda como si quisiera fundirse conmigo.

Siento su aliento acelerado contra mi cuello, caliente y húmedo, mientras lame la piel sensible justo debajo de la oreja y luego muerde suavemente el lóbulo. Cada embestida envía oleadas de placer que me recorren entera, desde la nuca hasta las puntas de los dedos de los pies; mis rodillas flaquean, y tengo que apoyar las palmas abiertas contra la pared para no desplomarme. Mis caderas se mueven solas, buscando más profundidad, más fuerza, y ella lo entiende acelerando el ritmo enseguida.

Intento acallar mis gemidos mordiéndome el labio inferior hasta que duele, hasta que saboreo un leve regusto metálico de

sangre, pero otro se me escapa, ronco y desesperado, casi un grito ahogado. Alexis tapa mi boca con la mano libre al instante; sus dedos presionan suavemente contra mis labios, y siento el sabor salado de mi propia excitación en su piel.

—Shh, no queremos que nos oigan… —susurra, y su voz ronca se quiebra un poco por el esfuerzo de contenerse ella misma —. Aunque me encantas.

El gesto me excita aún más; el contraste entre la rudeza de sus movimientos y la ternura de su voz, me lleva al borde de la locura. El placer sube en espiral, intenso, casi doloroso, un nudo apretado en mi vientre que se tensa más y más hasta que siento que voy a romperme. Mi interior se contrae alrededor de sus dedos en espasmos involuntarios, el calor se acumula en mí, y cuando explota, el orgasmo me atraviesa entera: un latigazo que me arquea contra la pared, que me hace clavar las uñas en la pintura, que me arranca un grito que Alexis ahoga tapándome la boca con más fuerza. Mis piernas ceden, tiemblan sin control, y ella me sostiene con el brazo alrededor de mi cintura, manteniéndome pegada a su cuerpo mientras las contracciones siguen una tras otra, prolongadas, hasta que me convierto en un desastre tembloroso y jadeante.

Alexis no se detiene de inmediato; ralentiza el ritmo con movimientos suaves y profundos, prolongando las ondas de placer que me recorren.

—Eres maravillosa…

Me gira con cuidado, y ahora soy yo quien la empuja contra la pared con una urgencia que no reconozco en mí misma, una necesidad cruda de devolverle lo mismo, de marcarla como ella me ha marcado a mí. Nuestros vestidos se arrugan por el contacto. La beso con pasión, mordiendo su labio inferior hasta que gime en mi boca, y mis dedos bajan por su vientre, colándose bajo la tela de su vestido sin delicadeza ninguna. Encuentro su calor húmedo, resbaladizo, y la penetro, sintiendo cómo se arquea contra mí y su cabeza cae hacia atrás contra la pared con un golpe sordo.

—Roser… —susurra contra mis labios, y yo tapo su boca con la mía, acallando sus gemidos con un beso profundo.

Su mano se enreda en mi pelo, tirando con fuerza mientras yo acelero el ritmo, frotando su clítoris con el pulgar en círculos que la hacen temblar de pies a cabeza. Siento cómo su interior se aprieta alrededor de mis dedos, cómo su respiración se acelera hasta convertirse en jadeos cortos y desesperados. Ella intenta contenerse, pero un gemido se le escapa, ronco y profundo, y yo tapo su boca con más fuerza, presionando la palma contra sus labios mientras mis dedos siguen entrando y saliendo con fuerza, golpeando ese punto que la hace arquearse contra mí una y otra vez.

—Más… —suplica e, inevitablemente, me hace sonreír.

Obedezco y pronto el orgasmo la atraviesa como un relámpago, me deja jadeando junto a ella.

Nos quedamos abrazadas en el silencio de la sala. El mundo exterior regresa poco a poco: el eco distante de la fiesta, el olor a óleo que nos envuelve, el latido de nuestros corazones que empieza a calmarse. Alexis me besa la frente con ternura infinita, y yo cierro los ojos, sabiendo que esto lo cambia todo, que ya no hay vuelta atrás, que lo que acaba de pasar aquí dentro de esta sala privada no se puede deshacer ni olvidar.

38

Alexis

—Debería volver al trabajo —me dice Roser mientras coloca con delicadeza las manos sobre mi pecho, como si necesitara ese contacto para anclarse a la realidad antes de apartarse—. Esto no ha sido buena idea.

Durante un instante me quedo completamente inmóvil, con el cuerpo todavía vibrando por dentro a causa de lo que acabamos de compartir. El aire de la sala privada sigue denso y cálido, como si las paredes hubieran absorbido el eco de nuestros jadeos, de nuestros susurros y de cada roce que ha sucedido aquí hace apenas unos minutos. Roser tiene las mejillas encendidas de un rojo suave que se extiende hasta el cuello, los labios ligeramente hinchados por los besos y algunos mechones rebeldes de su pelo oscuro acariciando su cara, otorgándole un aspecto desordenado, vulnerable y, para mí, dolorosamente hermoso.

Por la forma en que evita sostenerme la mirada deduzco que sus palabras no reflejan del todo lo que siente. Hay algo en sus ojos, un brillo, una chispa de reconocimiento mutuo que no puede disimular, aunque lo intente con todas sus fuerzas. Pero, aun así, da un paso atrás, rompiendo el contacto físico.

—Roser… —susurro su nombre casi sin aliento, como si pronunciarlo en voz alta pudiera hacer que se quede.

Ella ya ha empezado a recomponerse: sus dedos finos y elegantes se deslizan por la tela negra del vestido, alisando la abertura lateral que deja al descubierto la curva de su pierna, ajustando cada pliegue, como si arreglar la ropa pudiera solucionar también el torbellino que hemos creado aquí. La observo mientras

respira hondo una sola vez, profundamente, intentando recuperar el control absoluto de sí misma.

No me mira a los ojos.

—Tengo que trabajar —añade, y sin más, se dirige hacia la puerta.

La abre con un movimiento lento y desaparece al otro lado. El sonido del cierre al encajar resuena con una claridad absurda en la quietud absoluta de la sala, como un punto final que alguien hubiera colocado de golpe.

Me quedo de pie durante varios segundos sin ser capaz de moverme, con los brazos caídos a los lados y el corazón latiendo todavía desbocado. Después, llevo las manos a la cabeza y me presiono las sienes.

—Joder… —exhalo la palabra cargada de frustración y aire caliente—. Joder…

Camino apenas un par de pasos en círculos pequeños, completamente desorientada, como si el suelo se hubiera movido bajo mis pies. Apoyo las palmas abiertas sobre la mesa de madera que hay junto a la pared y cierro los ojos un instante, intentando ordenar el caos que se agolpa en mi mente como si alguien hubiera abierto una compuerta y todo saliera a borbotones sin control.

«Esto sí que no es buena idea», pienso, pero no me refiero a lo que acaba de suceder entre Roser y yo en esta sala apartada. Me refiero a todo lo demás: a esta galería llena de luces artificiales y conversaciones, a esta fiesta donde todo el mundo finge ser alguien que no es, a la mujer que me espera ahí fuera con una sonrisa confiada y a la mentira que llevo días sosteniendo con uñas y dientes, una mentira que ya no puedo seguir cargando sin que me aplaste.

Respiro profundamente varias veces, obligándome a recuperar el ritmo. Después empiezo a recomponerme poco a poco. Me aliso el vestido verde con las manos, intentando devolverle algo de la elegancia que tenía al principio de la noche, antes de que mis dedos

—y los de Roser— lo arrugaran sin piedad en medio de la urgencia. Me recojo el pelo detrás de las orejas con cuidado, aunque sé perfectamente que no hay manera de restituirle la perfección inicial; algunos mechones siguen rebeldes y el peinado ya ha perdido su estructura perfecta.

Me acerco despacio a una de las ventanas altas. El cristal oscuro refleja mi rostro bajo la luz tenue. Todavía tengo los labios marcados, con el carmín difuminado hacia un lado en un borrón sutil que delata lo que ha pasado. Paso los dedos por ellos intentando corregirlo, pero el resultado no es perfecto. Tampoco me importa demasiado en este momento; hay cosas mucho más importantes que un maquillaje impecable.

Inspiro una vez más, me enderezo y me obligo a salir de la sala privada.

En cuanto cruzo el umbral, el bullicio de la fiesta me golpea de nuevo como una ola: las conversaciones animadas que se entrecruzan, las risas que estallan aquí y allá, el tintineo constante de las copas de cristal, la música suave de fondo que flota en el ambiente como una niebla elegante. Durante un segundo me siento extrañamente ajena a todo, como si hubiera regresado de un lugar muy lejano, como si el tiempo se hubiera detenido solo para nosotras dos durante esos minutos robados y ahora el mundo hubiera vuelto a girar sin esperarme.

Un camarero joven pasa junto a mí con una bandeja repleta de copas de champán. Cojo una sin pensarlo, la llevo hasta mis labios y la bebo de un solo trago largo. Las burbujas frías bajan rápidas por mi garganta, produciéndome un leve cosquilleo que me ayuda a centrarme.

Miro alrededor con disimulo, buscando entre la multitud el vestido negro de Roser, esa silueta que reconozco incluso entre cientos de personas. Pero no la veo. Avanzo unos pasos más, estirando el cuello con discreción mientras observo a fotógrafos que ajustan sus objetivos, a coleccionistas que comentan las obras con aire entendido, a periodistas que toman notas rápidas en sus

móviles y a invitados que contemplan los cuadros con atención. Pero ella no está.

Estoy a punto de dirigirme hacia la sala contigua cuando una voz conocida me detiene en seco.

—Te has perdido un rato, ¿no?

Me giro despacio.

Yasmina está frente a mí, impecable. Su sonrisa es tranquila, elegante, perfectamente controlada, la misma que ha lucido toda la noche.

—¿Dónde estabas? —pregunta con un tono casi juguetón.

Antes de que pueda inventar una respuesta convincente, se acerca un paso más. Sus dedos se deslizan por mi cuello en una caricia lenta y familiar que, en cualquier otro momento, me habría resultado agradable y reconfortante. Ahora, sin embargo, solo despierta una incomodidad profunda que se instala directamente en el centro del pecho y me aprieta.

—Me encanta cómo te queda ese vestido —susurra acercando su boca a mi oído—. Te hace los ojos más bonitos.

Su rostro se inclina hacia el mío hasta que su aliento roza mi piel.

—No sabes las ganas que tengo de quitártelo esta noche…

Sus labios están tan cerca que casi rozan los míos. La miro fijamente y, de repente, todo se me aparece con una claridad brutal y dolorosa: la forma en que me observa, llena de expectativa; la seguridad absoluta en sus ojos, la certeza de alguien que cree que esto que tenemos continuará después de la fiesta, que mañana despertaremos juntas y que todo seguirá igual. Y comprendo, con una lucidez que me atraviesa como un rayo, que no puedo seguir adelante. No puedo fingir ni un minuto más. No puedo permitir que esto avance ni un solo paso. Y tampoco puedo hacerle más daño.

—No va a ser buena idea, Yasmina. Yo… —Las palabras se me atascan en la garganta, rotas por el grito repentino que atraviesa la

sala entera.

—¡Te dije que me dejaras en paz!

Es la voz de Roser, afilada por la rabia y el cansancio.

El silencio cae sobre la galería como si alguien hubiera apagado de golpe el sonido del mundo entero. Incluso la música parece bajar varios tonos, respetando el instante. Las conversaciones se interrumpen a medio camino, las risas se congelan, todas las miradas convergen hacia el mismo punto.

Mi corazón se acelera de inmediato, latiendo con tanta fuerza que lo siento en las sienes. Busco con los ojos el origen del grito y me encuentro a Roser de pie en medio de un pequeño círculo de curiosos. Su cuerpo está tenso, con los hombros rectos, la barbilla alzada en un gesto de desafío, y la mirada firme y brillante de emoción. Frente a ella se encuentra Paula, sonriendo con burla y superioridad, como si supiera algo que los demás ignoramos.

«¿Cómo coño ha entrado?»

El dolor se refleja claramente en los ojos de Roser, un dolor mezclado con la humillación del momento presente, y eso basta para que algo dentro de mí se rompa definitivamente, como si una cuerda que llevaba tiempo a punto de ceder hubiera saltado por fin.

A mi lado, Yasmina observa la escena sin inmutarse.

—Estás enamorada de ella, ¿verdad? —comenta, sin rastro de reproche, como si decirlo fuera lo más normal del mundo.

Podría negarlo. Podría inventar cualquier excusa, cualquier frase hecha para salir del paso. Podría seguir fingiendo un poco más. Pero no lo hago. Porque la verdad ya está ahí, desnuda y evidente, reflejada en mis propios ojos y en la forma en que mi cuerpo se inclina instintivamente hacia donde está Roser.

Yasmina suspira y después, me acaricia la espalda.

—En el fondo… siempre lo he sabido —murmura casi para sí misma.

Me giro hacia ella sin saber muy bien qué decir, con la culpa y el alivio peleando dentro de mí. Pero ella se adelanta. Sus dedos se posan con ternura en mi mejilla y giran suavemente mi rostro para que la mire a los ojos. Su expresión es sorprendentemente cálida, sin rastro de amargura.

—No te culpo —me dice—. Es una mujer extraordinaria, de verdad.

Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa, triste pero sincera.

—Y tampoco te odio. Lo hemos pasado bien, ¿no? Muy bien.

Trago saliva con dificultad.

—Yasmina, yo…

Ella niega con la cabeza, interrumpiéndome.

—Ve —me dice simplemente.

Y con esa palabra, es más que suficiente para actuar.

Mi cuerpo se mueve antes incluso de que mi mente termine de procesar esa petición. Cruzo la sala, abriéndome paso entre la gente que sigue observando la escena con curiosidad morbosa, sin importarme las miradas ni los murmullos que dejo a mi paso.

Cuando llego junto a Roser, tomo su mano sin dudarlo ni un segundo y entrelazo mis dedos con los suyos. Su piel está fría, casi helada por los nervios, pero su agarre responde de inmediato, apretando con fuerza como si hubiera estado esperando ese contacto toda la noche.

Me coloco a su lado, hombro con hombro, y me encaro directamente con Paula.

—Te ha dicho que la dejes en paz —declaro con una calma que me sorprende incluso a mí misma—. ¿Está claro o tengo que repetírtelo?

La multitud sigue mirando, conteniendo el aliento, pero en este preciso instante nada de eso me importa lo más mínimo. No

estoy rescatando a nadie ni intentando parecer valiente ante toda esta gente. Solo estoy haciendo lo único que tiene sentido en este momento: demostrarle a Roser que no está sola, que puede contar conmigo, que la quiero y que todo esto es real.

Sin esperar respuesta de Paula, tiro suavemente de la mano de Roser.

—Vamos —le digo en voz baja, solo para ella.

Roser no se resiste. Deja que la guíe.

Atravesamos la galería entre murmullos crecientes y miradas curiosas que nos siguen como focos. Salimos por la puerta principal y el aire fresco de la noche nos envuelve de golpe, como un bálsamo frío que corta el calor sofocante del interior y nos devuelve a la realidad de la calle.

La ciudad sigue viva a nuestro alrededor, y nosotras nos detenemos unos pasos más allá de la entrada, lejos del alcance de las miradas indiscretas.

Roser me mira fijamente. Sus ojos están llenos de preguntas, de miedo, de esperanza…

Respiro profundamente, sintiendo cómo el aire frío me llena los pulmones.

Y entonces pronuncio la única verdad que queda en pie.

—Quiero esto contigo… y lo quiero de verdad.

39

Roser

—Quiero esto contigo… y lo quiero de verdad.

Las palabras de Alexis quedan suspendidas en el aire, entre nosotras, como si el tiempo se hubiera detenido solo para darles espacio a esas sílabas que acaban de cambiarlo todo. Durante unos segundos largos soy incapaz de reaccionar; solo la miro, con los ojos muy abiertos, mientras el corazón me golpea el pecho con una fuerza que me dificulta incluso respirar con normalidad. Detrás de ella, la ciudad continúa su curso. Pero para mí, en este preciso instante, el mundo entero acaba de detenerse.

Mi mano sigue entrelazada con la suya. Percibo el calor de sus dedos rodeando los míos con firmeza, un contacto sencillo que, sin embargo, está cargado de una presencia tan absoluta que me atraviesa de arriba abajo y me hace sentir, por primera vez en mucho tiempo, completamente viva. Hace apenas unos minutos estaba dentro de la galería, con la cámara colgada al cuello, intentando concentrarme en el trabajo, fingiendo ante el mundo —y ante mí misma— que todo seguía bajo control, que podía manejar la noche sin que nada me desbordara. Y entonces apareció Paula.

El recuerdo me asalta de nuevo con la misma intensidad que el grito que se me escapó antes. La había visto acercarse entre la multitud sonriente, poniéndome los nervios a flor de piel.

Se detuvo frente a mí como si la fiesta entera fuera su escenario personal y yo, una mera invitada secundaria en su representación.

—Vaya —dijo—. Así que esta es tu gran vida nueva, ¿eh?

Intenté mantener la calma. Apreté la cámara con ambas manos, como si el peso pudiera servirme de recordatorio de que

seguía siendo yo quien controlaba la situación.

—Paula, no es ni el lugar ni el momento —respondí con voz lo más neutra que pude.

—¿Para qué? —replicó ella con una risa breve y cortante—. ¿Para hablar de lo que hiciste? ¿Para que me expliques por qué te largaste? Voy a seguir persiguiéndote hasta que me lo digas.

Respiré despacio, contando mentalmente hasta tres antes de contestar, porque sabía que cualquier emoción descontrolada solo le daría más munición.

—Me fui porque ya no podía más. Porque seguir a tu lado era como respirar un aire que me envenenaba poco a poco.

Sus ojos brillaron con esa chispa que reconocí al instante: la mezcla de desprecio y diversión que siempre aparecía cuando sentía que tenía la sartén por el mango.

—Siempre tan dramática, Roser —dijo con un suspiro teatral —. Siempre convirtiendo las cosas en una tragedia griega.

Apreté los dedos alrededor de la cámara hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

—Fue supervivencia pura y dura.

Ella dio un paso más cerca, invadiendo mi espacio personal con esa naturalidad posesiva que tanto odiaba.

—¿Supervivencia? —repitió con incredulidad—. Por favor. Si te di todo lo que tenías. Te abrí puertas, te presenté a gente importante, te puse en el mapa.

El ruido de la galería —las conversaciones, las risas, el tintineo de las copas— parecía desvanecerse a nuestro alrededor hasta convertirse en un zumbido lejano. Algunas personas empezaron a girarse con curiosidad, pero en ese momento apenas era consciente de su presencia; solo existíamos Paula y yo.

—No me diste nada —respondí al fin—. Me quitaste muchas cosas. Me quitaste la paz, la confianza en mí misma, la sensación de

que mi vida no me pertenecía.

Su expresión se endureció al instante y los labios se le apretaron en una línea fina.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te quité exactamente, según tú?

Mis manos temblaron un poco, pero aun así sostuve su mirada.

—La tranquilidad de despertarme sin miedo a lo que iba a encontrar. La confianza de saber que mis decisiones valían algo. La certeza de que no tenía que justificar cada paso que daba.

Paula negó lentamente con la cabeza, como si estuviera escuchando a una niña caprichosa.

—Siempre exagerando. Siempre victimizándote.

—No estoy exagerando —insistí—. Y no me victimizo. Me fui porque ya no podía seguir despertándome cada mañana preguntándome qué versión tuya iba a encontrar ese día: la cariñosa, la distante, la cruel. Incluso todas a la vez.

El silencio se extendió entre nosotras como una niebla espesa.

—Eras tú la que dudaba siempre —respondió ella con frialdad —. La que nunca sabía lo que quería de verdad. La que cambiaba de opinión cada dos por tres.

—Lo sabía perfectamente —dije—. Lo que pasaba es que tú nunca lo escuchabas. Nunca te interesó escucharlo.

Paula sonrió de nuevo, esa sonrisa que tanto daño me había hecho.

—Pues mira dónde has acabado. Haciendo fotos en una fiesta ridícula, intentando parecer importante.

Fue entonces cuando sentí el peso de todos esos años caer sobre mis hombros de golpe. Recordé cada comentario hiriente disfrazado de broma, cada vez que había cuestionado mis decisiones, cada inseguridad que había convertido en arma para mantenerme pequeña. Y fue ahí, en medio de ese silencio cargado,

cuando por fin dije en voz alta lo que llevaba demasiado tiempo guardando en el pecho.

—¡Te dije que me dejes en paz! —grité, y mi propia voz me sorprendió por su potencia y su claridad.

El silencio que siguió fue absoluto, como si la galería entera hubiera contenido el aliento.

Y ahora, de pie en la acera frente a Alexis, con el aire frío de la noche rozándome la piel, todo ese recuerdo todavía me recorre el cuerpo como un eco persistente que se niega a apagarse.

—Roser… —susurra Alexis, y su voz me devuelve al presente con una suavidad que me envuelve.

Pero antes de que pueda responder, la puerta de la galería se abre con brusquedad a nuestras espaldas. Paula aparece en el umbral, con el rostro tenso y los ojos encendidos de rabia. Camina hacia nosotras con paso decidido, taconeando fuerte contra el suelo.

—¿Y tú quién te crees que eres para hablarme así? —le espeta directamente a Alexis, sin siquiera mirarme—. No tienes ni puta idea de con quién estás hablando.

El silencio vuelve a caer, como si el aire mismo se hubiera vuelto de plomo.

Durante un instante siento que todo se congela. Pero esta vez no retrocedo. Aprieto la mano de Alexis con más fuerza, entrelazando nuestros dedos y doy un paso al frente, colocándome entre ella y Paula.

—Y tú deberías largarte por dónde has venido, Paula —respondo con tranquilidad—. Ya no tienes nada que hacer aquí.

Ella gira la cabeza hacia mí con incredulidad.

—¿Perdona?

—Ya no te quiero —declaro, y las palabras salen claras, sin titubeos—. Y ojalá no lo hubiera hecho nunca.

Sus ojos se estrechan hasta convertirse en dos rendijas.

—¿Crees que estás enamorada de esta? —pregunta, y señala a Alexis con un gesto despreciativo que me hierve la sangre—. Por favor, Roser. Tú no sabes qué es el amor de verdad.

Siento una punzada aguda en el pecho, pero no aparto la mirada ni un segundo.

—La que no sabe qué es el amor eres tú —respondo—. Y me temo que no lo vas a saber nunca, porque para ti siempre ha sido una cuestión de control.

Paula me observa unos segundos más, evaluándome, buscando alguna grieta por donde entrar. Cuando comprende que esta batalla ya no la tiene ganada, gira el cuerpo hacia Alexis con una sonrisa fría.

—Ya te cansarás de ella —le dice—. Cuando venga con sus dudas, con ese trabajo inestable que nunca sabe si va a durar, con la poca decisión que tiene para cualquier cosa importante.

Alexis suelta una risa clara, sincera, que corta la tensión como si hubiera roto un cristal con un martillo.

—Lo sabré, claro que lo sabré —responde sin inmutarse—. Pero la seguiré queriendo igual. Porque eso es lo que hacen las personas que quieren de verdad: quedarse incluso cuando hay dudas, incluso cuando no todo es perfecto.

Me mira de reojo, con una ternura que me deja con el corazón suspirando.

—Y porque así es Roser —añade en voz más baja, solo para mí—. Especial como congelar un momento precioso en una fotografía. Capaz de ver belleza donde los demás solo ven ruido. Y yo quiero estar ahí, siempre, para ser parte de esos momentos que ella captura.

El comentario me golpea en el pecho de una forma inesperada, cálida, profunda. Paula abre la boca para replicar, pero al final no dice nada. Se queda mirándonos unos segundos más, con los labios apretados, y luego se da la vuelta sin mediar palabra. Sus

tacones resuenan mientras se aleja calle abajo, perdiéndose entre la multitud.

Solo entonces me doy cuenta de que estoy temblando de pies a cabeza. El alivio llega de golpe, como una ola inmensa que me atraviesa y me deja sin fuerzas. Dos lágrimas se me escapan sin que pueda evitarlo.

Alexis las ve al instante. Sus pulgares se deslizan con una delicadeza infinita por mi piel y las limpia, trazando círculos suaves que me hacen cerrar los ojos.

—¿Te he dicho ya que estás guapísima? —pregunta con una sonrisa divertida que ilumina toda su cara.

No puedo evitar reír, aunque la risa sale entrecortada por la emoción.

—Y tú eres absolutamente maravillosa —respondo, todavía con la voz temblorosa.

La miro con una mezcla de incredulidad y felicidad tan grande que casi me duele.

—Pensé que… que no querías tener nada conmigo —confieso —. Sé que es una locura, que no era lo que habíamos pactado al principio, que todo esto ha ido demasiado rápido, pero…

—Ssshhh —me interrumpe Alexis, y coloca un dedo sobre mis labios—. No digas más.

Sus ojos brillan bajo la luz ámbar de las farolas, intensos y serenos al mismo tiempo.

—Lo único que yo sé —continúa en voz baja—, es que desde que te vi en la boda de Marta he querido ser quien termine pegada a tus labios. Quien te vea sonreír cuando capturas algo hermoso con la cámara. Quien esté a tu lado cuando el día haya sido largo y solo quieras silencio. Y quien te recuerde, cada vez que lo dudes, que mereces todo lo bueno que pueda pasarte.

Y entonces me besa.

La ciudad sigue viva a nuestro alrededor —los coches, las voces, el rumor constante de la noche—, pero ese beso lo eclipsa todo. Su boca se mueve contra la mía con una suavidad que contrasta con la intensidad de todo lo que sentimos mientras sus manos suben hasta mi nuca, enredándose en mi pelo con cuidado, y yo me entrego, rodeándola por la cintura como si temiera que pudiera desaparecer.

Cuando nos separamos, lo hacemos a regañadientes, con los labios todavía rozándose.

Alexis sonríe y me mira a los ojos.

—Deberías terminar el reportaje, ¿no? —me recuerda con dulzura—. Todavía hay fotos que hacer ahí dentro.

Parpadeo, aun un poco mareada por el beso y por todo lo que acaba de suceder.

—Sí… creo que sí —admito—. Aunque ahora mismo lo último que me apetece es volver a entrar.

Ella entrelaza nuestros dedos una vez más, con esa naturalidad que hace que todo parezca fácil.

—Pues entonces hazlo rápido —me dice—. Te esperaré para que nos vayamos juntas a casa.

Levanta mi mano y deposita un beso lento y cálido en el dorso, sin apartar la mirada de la mía.

Asiento, todavía temblando un poco, pero esta vez de pura emoción. Doy media vuelta hacia la puerta de la galería, con la cámara colgando del cuello y el corazón latiendo desbocado. Antes de entrar, me giro una última vez. Ella sigue allí, bajo la luz de las farolas y una sonrisa que ilumina toda la calle.

Y yo entro sabiendo que, cuando salga, ya no habrá vuelta atrás.

Porque esto, lo que tenemos, es real.

Y lo quiero con toda mi alma.

40

Alexis

El grupo de turistas me acompaña entre sonrisas y con la satisfacción que siempre surge al término de una visita larga y bien aprovechada. Algunos consultan todavía sus mapas arrugados, otros revisan con atención las fotografías que acaban de tomar, ampliando detalles y comentando entre susurros lo que más les ha impresionado. La tarde empieza a caer lentamente sobre Barcelona y la luz adopta ese tono generoso que transforma la ciudad en algo todavía más hermoso, casi irreal, como si el sol quisiera despedirse con un último regalo antes de ocultarse.

—Y con esto terminamos nuestro recorrido de hoy —anuncio con una sonrisa serena y acogedora—. Muchas gracias por haber confiado en mí y por acompañarme durante estas horas. Ha sido un placer inmenso compartir con todos ustedes un pequeño fragmento de la historia y el alma de esta ciudad tan viva.

Una mujer de mediana edad, con el sombrero ligeramente ladeado y las mejillas sonrosadas por el paseo, levanta la mano con entusiasmo infantil.

—Gracias, Alexis. Ha sido maravilloso —dice con acento americano marcado pero lleno de calidez.

Inclino ligeramente la cabeza en un gesto de agradecimiento sincero.

—Espero que disfruten mucho del resto de su estancia.

Se despiden uno a uno con esa cortesía que surge cuando un grupo ha compartido varias horas intensas. Algunos me estrechan la mano con firmeza y me dan las gracias de nuevo, otros se limitan a dedicarme una sonrisa amplia y agradecida antes de perderse entre la gente que pasea por la plaza, mezclándose con el flujo constante

de barceloneses y visitantes que llenan las calles a esa hora. Cuando el último turista desaparece tras una esquina, dejo escapar un suspiro suave, casi de alivio.

Me gusta este momento del día por encima de todo. El instante preciso en el que mi voz se apaga después de horas hablando, el grupo se dispersa y la ciudad recupera su ritmo natural, sin guías ni explicaciones, solo con el rumor de pasos, conversaciones lejanas y el eco distante de alguna moto que sube por una calle empinada.

Me giro para recoger mis cosas y veo a Roser a unos metros de distancia, apoyada con naturalidad contra una columna de piedra desgastada por el tiempo, con la cámara colgada al cuello y la expresión concentrada de alguien que observa el mundo como si cada detalle, por insignificante que parezca, mereciera ser capturado para siempre. Durante un segundo parece realmente una turista más, una visitante fascinada por la ciudad que acaba de descubrir. La luz de la tarde ilumina su rostro con una suavidad casi pictórica, resalta el contorno de sus pómulos y hace que algunos mechones sueltos de su pelo oscuro bailen ligeramente con la brisa que baja desde el mar.

Sonrío sin darme cuenta y camino hacia ella con pasos tranquilos.

—¿Se ha perdido, señorita? —pregunto en tono juguetón cuando estoy lo bastante cerca.

Roser levanta la vista de la pantalla de la cámara, donde revisaba las últimas tomas. Sus ojos se encuentran con los míos y la sonrisa que aparece en su rostro es tan luminosa, tan abierta y genuina, que me atraviesa y me calienta el pecho de una forma que todavía me sorprende.

—Me acabo de encontrar —responde.

Se acerca un paso más y deposita un beso en mis labios, suficiente para recordarme que esto es real, que no es un sueño ni una casualidad pasajera. Ha pasado exactamente una semana desde

aquella noche en la galería, desde que todo cambió para siempre, desde que las palabras que nos dijimos en la acera bajo las farolas se convirtieron en la base de algo mucho más sólido de lo que ninguna de las dos esperaba.

—¿Estás muy cansada para ir a dar una vuelta? —pregunta mientras se aparta apenas unos centímetros, con los ojos todavía fijos en los míos.

Me llevo una mano al pelo para acomodar un mechón rebelde que el viento se empeña en soltar, y me sacudo un poco la ropa después de horas caminando con el grupo, quitándome el polvo invisible de las calles.

—Para nada —respondo con una sonrisa—. Creo que todavía tengo energía para rato. De hecho, me vendría genial estirar las piernas.

Sus ojos brillan con un entusiasmo casi infantil.

—Genial. Porque hay un par de sitios a los que me gustaría que me llevaras.

Levanto las cejas con curiosidad.

—¿Ah, sí? Sorpréndeme.

—Quiero ver el atardecer en el Park Güell.

—Buena elección —apruebo—. Muy buena.

—Y después… —añade con una pequeña sonrisa traviesa que me acelera el pulso—, podríamos ir al mural «El món neix en cada besada». He querido hacer unas fotos desde que me instalé.

No puedo evitar reír suavemente, con una risa que sale desde el fondo del pecho.

—Entonces será una cita bastante completa y muy bien pensada.

Roser se encoge de hombros con fingida modestia. No tarda mucho en anochecer cuando llegamos al Park Güell. Subimos por las escaleras mecánicas y, al llegar a la terraza principal, la ciudad se

extiende a nuestros pies como un océano inmenso de luces que empiezan a encenderse una a una. Desde aquí arriba Barcelona parece respirar de una manera distinta, más pausada y profunda, como si el bullicio frenético de las calles se hubiera transformado en un murmullo lejano y armónico que solo se percibe cuando uno se detiene a escuchar.

Roser camina despacio a mi lado, observando cada rincón con atención, como si temiera perderse algún detalle. La famosa escalinata aparece ante nosotras, coronada por el mosaico brillante del dragón que parece cobrar vida bajo las luces artificiales.

Roser levanta la cámara inmediatamente y encuadra sin pensárselo dos veces.

—Sabes que este parque fue en origen un proyecto urbanístico fallido, ¿verdad? —le cuento mientras nos acercamos despacio—. A principios del siglo XX se pensó como una urbanización de lujo exclusiva, con mansiones modernistas y jardines privilegiados. Pero casi nadie quiso comprar las parcelas; la ubicación etabaa demasiado alejada del centro y el precio, prohibitivo.

Ella baja la cámara un instante y me mira con interés.

—Pues es precioso…

—Sí. Gaudí y Eusebi Güell apostaron fuerte, pero el sueño no cuajó como esperaban. Al final terminó convirtiéndose en un parque público en los años veinte y ahora es uno de los lugares más emblemáticos y visitados de la ciudad. A veces las cosas más bonitas nacen de planes que no salen como estaban previstos.

—Como nosotras… —añade sin pensárselo dos veces.

Roser se detiene frente al mosaico del dragón. La luz artificial resbala por las piezas de cerámica de colores intensos y las hace brillar como pequeñas estrellas caídas sobre la piedra.

—Gaudí tenía una forma muy peculiar de entender la arquitectura —continúo, colocándome a su lado—. Para él todo debía

integrarse con la naturaleza, fluir con ella. Nada era arbitrario; cada curva, cada color, cada material respondía a una razón orgánica.

—Se nota —dice Roser mientras enfoca de nuevo la cámara con cuidado—. Parece como si tuviera vida.

La observo mientras trabaja, y me enamoro de cómo se mueve, cómo se inclina ligeramente hacia un lado para buscar el encuadre perfecto, de cómo frunce el ceño un instante antes de pulsar el disparador, y de cómo su expresión cambia por completo cuando encuentra la imagen exacta que estaba buscando. No puedo evitar pensar, que seguramente me enamoré de ella casi desde el principio. De su manera de ver el mundo, de su paciencia infinita detrás del objetivo, de la forma en que hace que cada instante parezca importante.

—Ahora te toca a ti —dice de repente, girándose hacia mí con una sonrisa decidida.

—¿Perdón?

—Ven aquí. No te escapes.

Me coloca con delicadeza frente al banco ondulado cubierto de mosaicos que domina la terraza principal, ese banco sinuoso que parece una serpiente multicolor enroscada sobre la ciudad.

—Roser…

—Quietecita un momento —me pide y después guiña un ojo —. Solo un par de fotos.

Levanto las manos en señal de rendición y me quedo quieta. Ella se acerca un poco más, ajusta el objetivo, retrocede dos pasos, y ladea la cabeza. Sus ojos analizan la escena con concentración y tira ese par de fotos.

—Perfecto —murmura para sí misma, satisfecha.

—¿Tan fotogénica soy? —pregunto con una media sonrisa.

—Mucho más de lo que crees —responde sin dudar—. Mucho más de lo que tú misma te permites reconocer.

Seguimos caminando entre los senderos sinuosos del parque, hablando de cosas pequeñas y grandes al mismo tiempo. De cómo ha ido mi semana guiando grupos variopintos, de la pareja de japoneses que se emocionaron hasta las lágrimas frente a la Sagrada Familia, de las fotografías que Roser ha estado editando hasta altas horas de la madrugada porque no conseguía el tono exacto que buscaba en una serie sobre el mercado de la Boqueria para una revista que la contrató hace nada…

Cuando llegamos al mirador principal, la vista de Barcelona se abre ante nosotras en toda su magnitud abrumadora. El cielo está teñido de un azul oscuro profundo y las luces de la ciudad forman un tapiz brillante que se extiende hasta donde alcanza la vista, salpicado por las torres iluminadas de la Sagrada Familia y el contorno lejano del mar.

Roser se acerca a la barandilla y apoya los antebrazos en el hierro frío.

—Cuando llegué a Barcelona —dice, casi como si hablara consigo misma—, nunca pensé que una boda pudiera llevarme a cometer la locura de conocerte.

Me coloco a su lado, rozando su hombro con el mío.

—Y yo no imaginé ni por un segundo que tú fueras a cambiar mi percepción de lo que quería para mí. Creía que lo tenía todo claro, pero ya ves que no.

Roser me mira de reojo.

—¿Y qué querías exactamente?

Sonrío ligeramente, recordando la versión de mí misma de hace solo unas semanas.

—Cero compromisos. Nada que me obligara a salir de mi zona segura.

—¿Y ahora? —pregunta en voz baja.

—Ahora quiero una vida contigo —respondo sin dudar—. Con todo lo que eso implica; las dudas, las risas inesperadas, las noches

sin dormir porque una de las dos tiene una idea loca a las tres de la mañana, las mañanas en las que nos despertamos sin saber qué día es. Lo quiero todo.

El silencio que sigue no es incómodo en absoluto. Roser levanta la cámara de nuevo y me apunta con ella.

—Esta va a ser una de mis favoritas —asegura mientras revisa la pantalla.

—¿Por qué?

—Porque es la primera fotografía en la que sales como la mujer que amo —explica con una naturalidad que me deja sin aliento—. Sin filtros, ni poses. Solo tú, tal como eres en este momento.

Mi corazón se acelera tanto que casi lo oigo latir en los oídos. No digo nada. Simplemente tomo su mano libre y entrelazo mis dedos con los suyos, apretando con fuerza para que sepa que lo he oído, que lo siento igual.

Más tarde, cuando la noche ya se ha instalado del todo, llegamos al segundo destino de la velada: el pequeño rincón del Barrio Gótico donde se encuentra el mural «El món neix en cada besada», en la Plaza de Isidre Nonell. La obra está formada por miles de fotografías diminutas que, vistas desde lejos, componen la imagen poderosa de dos personas besándose. Cada pequeña imagen es un instante robado de libertad, de amor, de vida cotidiana.

Roser se acerca lentamente, casi con respeto.

—Es impresionante —murmura—. Miles de historias minúsculas formando una sola imagen enorme.

Ella observa la pared con atención, como si estuviera leyendo cada una de esas historias invisibles, y poco después, levanta la cámara una vez más.

Después me mira con esa chispa traviesa que empiezo a reconocer muy bien.

—Ven aquí.

Me coloco frente al mural, un poco cohibida.

—¿Otra foto?

—Varias —responde con decisión.

Se acerca un poco más, baja la cámara y me observa con intensidad.

—Ahora una diferente. —Roser deja la cámara colgando a un lado y se inclina hacia mí con lentitud deliberada. Imitando la imagen que tenemos a la espalda.

El mural queda detrás de nosotras, iluminado suavemente por las farolas antiguas del barrio. Cuando nos separamos, ambas estamos sonriendo de pura felicidad.

—Creo que el plan de las citas nos ha salido bastante bien —murmuro contra sus labios.

Roser inclina la cabeza con una sonrisa cómplice y brillante, acaricia mi cuello y entonces añade:

—Sí… pero tengo la sensación de que la noche todavía puede mejorar mucho más.

EPÍLOGO

Alexis

Barcelona. Ocho meses después.

Entro en la galería con el corazón latiendo acelerado. Las luces suaves, dirigidas con precisión hacia las paredes blancas, hacen que cada fotografía destaque como una ventana a un mundo íntimo, capturado con esa sensibilidad única que solo Roser posee. Siento el suelo de parqué crujir ligeramente bajo mis tacones, un sonido que se mezcla con el murmullo bajo de las conversaciones y el tintineo ocasional de copas de vino. Barcelona, afuera, bulle con su energía habitual bajo el atardecer primaveral, pero aquí dentro, el tiempo parece ralentizarse, enfocado en este momento que marca el debut de Roser como fotógrafa en una exposición propia.

Me detengo un instante para ajustar el vestido que elegí para esta noche: un diseño fluido en tono azul medianoche que cae hasta los tobillos, con mangas delicadas que se ciñen en los hombros y una espalda descubierta que me hace sentir expuesta y a la vez confiada. Roser lo vio esta mañana en el armario y, con una sonrisa pícara, me dijo que le recordaba al color del cielo justo antes de que salga la luna, ese momento en que todo parece posible. Pienso en cómo ha cambiado nuestra rutina diaria desde aquella noche en la que lo confesamos todo, cómo los pequeños gestos se han convertido en anclas de nuestra vida juntas. Ahora compartimos un apartamento en el Barrio Gótico, con vistas a una plaza empedrada donde las palomas revolotean al amanecer y el sol filtra sus rayos a través de las persianas entreabiertas, calentando la cama donde nos despertamos entrelazadas.

Busco a Roser entre la multitud. La veo al fondo, rodeada de un grupo de personas que admiran una de sus series más recientes:

fotografías en blanco y negro de las calles de la ciudad al amanecer, capturando la niebla que se disipa sobre el pavimento mojado y las siluetas de los primeros transeúntes. Lleva un vestido negro ceñido que resalta la curva de su cintura y se abre en una falda ligera hasta las rodillas, con un escote cruzado que deja ver el colgante de plata que le regalé en nuestro tercer mes juntas, una pequeña cámara estilizada que simboliza cómo nos encontramos a través de las lentes. Su pelo cae en ondas sueltas sobre los hombros, y mueve las manos con gracia mientras explica el proceso detrás de una toma. Siento un calor ascender por mi cuello al observarla así, tan en su elemento, y un pensamiento me cruza la mente: cómo hemos evolucionado de aquellos encuentros, donde las dudas del principio han dado paso a una certeza tranquila, construida en conversaciones y risas compartidas en la cocina mientras preparamos café.

Me acerco, esquivando a un par de invitados que charlan animadamente sobre la composición de una foto. Cuando estoy a su lado, deslizo una mano por su espalda, sintiendo la tela suave bajo mis dedos y el calor de su piel a través de ella. Ella se gira con una sonrisa que ilumina sus ojos, esos ojos castaños que ahora conozco en todas sus variaciones: somnolientos por la mañana, brillantes de excitación cuando captura algo perfecto, o como ahora, llenos de un amor que no necesita palabras para confirmarse.

—Aquí estás —murmura, inclinándose para rozar mis labios en un beso—. Pensé que el tráfico te había retenido.

Sacudo la cabeza ligeramente, aún con la mano en su cintura, y miro alrededor para absorber el ambiente: el eco de risas lejanas, el aroma a vino tinto que flota desde una mesa cercana, la forma en que la luz proyecta sombras suaves en las paredes, haciendo que las fotografías parezcan respirar.

—Nada me habría impedido llegar a tiempo —respondo—. Esta es tu noche, Roser. Y estoy tan orgullosa que apenas puedo contenerme.

Ella aprieta mi mano, entrelazando nuestros dedos con esa naturalidad que hemos cultivado en estos meses, y se aparta un

poco para mirarme directamente.

—Gracias a ti, en parte —dice con una calidez que me envuelve—. Tus paseos por la ciudad inspiraron muchas de estas tomas. ¿Recuerdas aquel amanecer en la playa, cuando insististe en que saliéramos a pesar del frío?

Asiento, recordando el viento helado que nos azotaba mientras caminábamos por la arena húmeda, sus manos frías buscando las mías, y cómo reímos cuando una ola nos salpicó los pies inesperadamente. Ese día, ella tomó una serie de fotos del mar agitado, y ahora una de ellas cuelga en la pared opuesta, capturando la espuma blanca contra las rocas con una textura casi táctil que hace que sienta el salitre en la piel solo con mirarla.

—Cómo olvidar eso —contesto, y un toque de diversión se cuela en mi tono—. Pensé que me congelaría, pero verte con la cámara, tan concentrada, valió cada escalofrío.

Roser ríe suavemente, un sonido que vibra en su pecho y me hace sonreír a mí también, y se inclina para apoyar la frente contra la mía por un segundo, ignorando las miradas curiosas de los invitados cercanos. En estos ocho meses, hemos tejido una red de amigos en común que enriquecen nuestra vida: como Irene, la dueña de la cafetería donde nos reunimos los fines de semana, o Javier, un colega mío que ahora colabora con Roser en proyectos fotográficos. Ellos están aquí esta noche, charlando en un rincón con copas en mano, y Javier nos saluda con un gesto entusiasta desde lejos, alzando su bebida en un brindis silencioso.

—Hablando de amigos —dice Roser, siguiendo mi mirada—, Javier me ayudó con la iluminación de estas piezas. E Irene trajo esos pasteles que ves en la mesa; dice que son para celebrar «nuestra familia extendida».

Me giro hacia la mesa, donde bandejas de dulces variados —con toques de almendra y chocolate— emanan un aroma tentador que se mezcla con el de las flores. Siento una oleada de gratitud por esta vida que hemos construido juntas. Nuestra relación ha

evolucionado hacia una armonía profunda, donde el amor se manifiesta en lo cotidiano: en cómo ella deja notas en mi bolso con frases que me hacen reír durante el trabajo, o en cómo yo le preparo baños calientes después de un día largo de sesiones fotográficas. No ha sido siempre fácil, pero cada desafío nos ha fortalecido, tejiendo un lazo más resistente.

Un invitado se acerca entonces, un hombre de pelo canoso y gafas redondas, con una expresión de genuino interés. Extiende la mano hacia Roser.

—Felicidades por la exposición —le dice con voz entusiasta—. Estas imágenes capturan la esencia de Barcelona de una forma que pocas veces he visto. ¿Cómo logras esa profundidad emocional en algo tan urbano?

Roser se sonroja ligeramente, un rubor que sube por sus mejillas y la hace aún más hermosa a mis ojos, y aprieta mi mano antes de responder, como si buscara anclaje en mí.

—Gracias —responde con humildad—. Creo que se trata de observar con el corazón. Cada foto es un pedazo de lo que siento por esta ciudad, y por las personas que la hacen viva. Como Alexis aquí, que me ha mostrado rincones que nunca habría descubierto sola.

El hombre asiente, impresionado, y se aleja tras un intercambio breve. Yo me vuelvo hacia ella, sintiendo un nudo en la garganta por la emoción.

—Eres increíble —admito de nuevo con una sonrisa—. Ver cómo has crecido en estos meses, cómo has transformado tus pasiones en esto... Me hace amarte aún más.

Roser me mira con ojos que brillan bajo las luces, y levanta una mano para acariciar mi mejilla, mientras tanto, su pulgar traza un camino que envía un escalofrío placentero por todo mi cuerpo.

—Y tú me has dado la confianza para llegar aquí —confiesa—. Antes de ti, dudaba de mostrar mi trabajo al mundo. Pero ahora, siento que puedo enfrentar cualquier cosa. Nuestra vida es

maravillosa, Alexis. Es como si hubiéramos encontrado un ritmo perfecto.

Asiento, y un pensamiento cruza mi cabeza: cómo este amor ha sanado partes de mí que ni sabía que todavía estaban rotas, cómo su presencia diaria me llena de una paz que nunca había conocido. La galería se llena más, con amigos como Marta acercándose para abrazarnos.

—Miraos, parejita —dice Marta con una sonrisa amplia, entregándonos copas de vino—. También sois el ejemplo de que el amor verdadero existe, ¿eh?. Roser, esta exposición es un sueño hecho realidad, y Alexis, tú eres la musa perfecta.

Reímos juntas, y yo siento el vino bajar por mi garganta, fresco y afrutado, mientras brindamos. La noche avanza con un flujo natural. En un rincón tranquilo, nos apartamos un instante, y ella me besa de nuevo, esta vez con más profundidad.

—Esto es solo el comienzo —murmuro contra su boca, sintiendo su aliento entremezclarse con el mío.

—Lo sé —responde ella, y sus ojos reflejan un futuro lleno de más exposiciones, viajes juntas, una maravillosa vida compartida—. Contigo, todo es posible.

La exposición continúa, pero en mi mente, ya imagino el regreso a casa: quitarnos los vestidos con lentitud, tumbarnos en la cama con las ventanas abiertas al ruido suave de la ciudad, y hablar hasta que el sueño nos reclame. Esta vida maravillosa que hemos construido, con un amor que crece cada día, que me llena de una felicidad tan completa que casi desborda dentro de mí.

Un amor cuyo epílogo no es un final, sino el preludio de innumerables capítulos más.

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela ha supuesto un pequeño reto nuevo para mí, aunque tengo la sensación de que cada novela lo es. Sin embargo, me he dejado llevar más por las emociones en esos encuentros entre las protagonistas que han desatado un fuego que normalmente, no plasmo tanto en mi escritura.

Las personas evolucionamos, y como tal, también lo hace nuestro entorno y, en mi caso, lo que escribo conforme pasan los meses.

Esta novela está dedicada a mi eterno amor, a la mujer que me acompaña en cada lado del camino, la que me sostiene cuando la oscuridad y las sombras se ciernen sobre mí. Gracias por dar luz a mis grietas.

Gracias a ti, lectora, por disfrutar de cada novela escrita, por compartir tu voz conmigo, por los agradecimientos y las muestras de cariño. Gracias por no abandonar nunca mis sueños.

Y a ti, si has sonreído con estos personajes, no olvides que esa sonrisa, se esconde en cada rincón por el que camines.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Devoradora de series, persona en proceso; empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en **Amazon**.